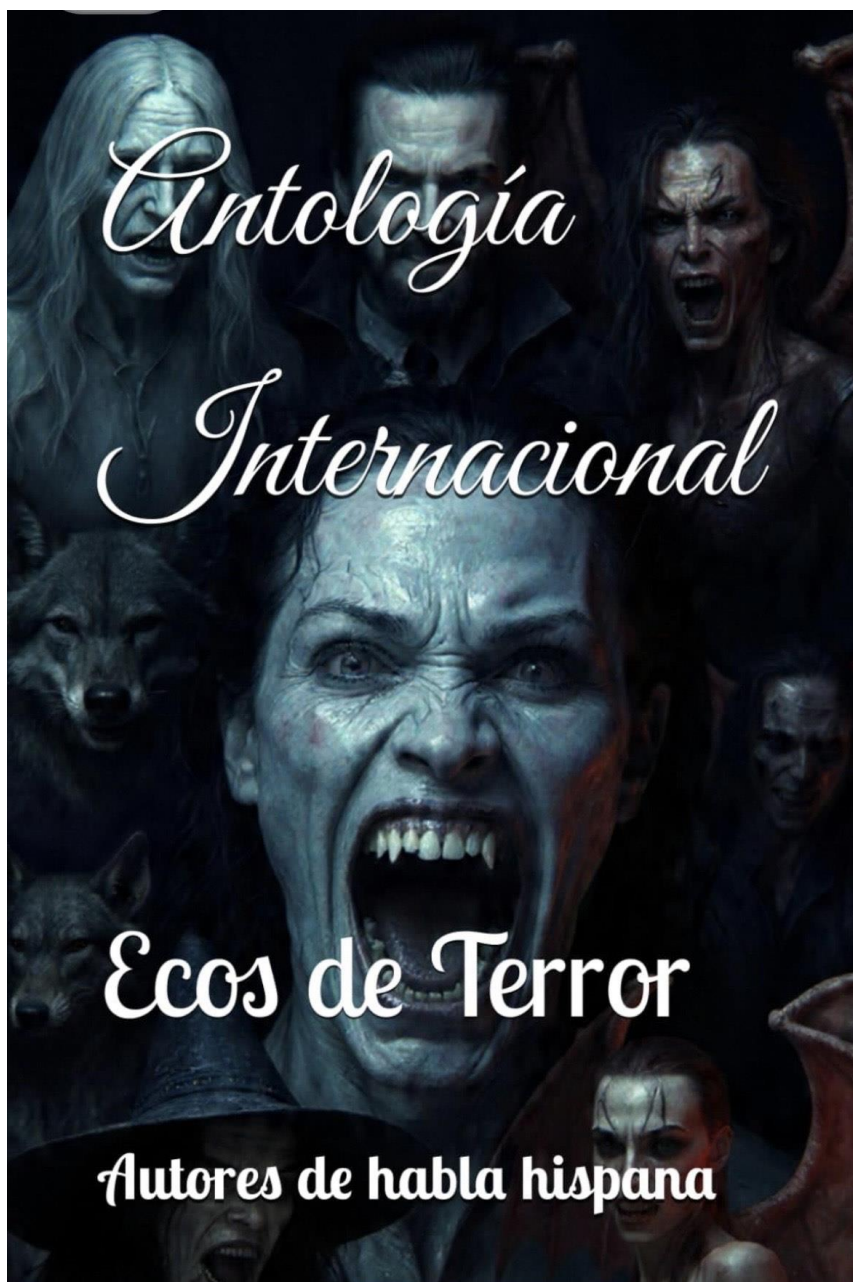


ECOS DE TERROR: ANTOLOGÍA INTERNACIONAL



Antología

Internacional

ECOS DE TERROR

Autores de habla hispana

ECOS DE TERROR: ANTOLOGÍA INTERNACIONAL



**ANTOLOGÍA
INTERNACIONAL
ECOS DE TERROR**

**VOCES QUE HABLAN DE DISTNTOS RINCONES
DEL MUNDO**

TERROR PARANORMAL



ANTOLOGÍA INTERNACIONAL

Ecos de Terror

Primera edición 2025

© Editor Literario: José Arturo Sarabia Campos

© Derechos reservados

ISBN: 9798269614793

Queda estrictamente prohibido la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del titular.

Los relatos y textos incluidos en esta antología son propiedad intelectual de sus respectivos autores. El editor no se hace responsable por las opiniones, ideas o conceptos expresados en esta obra, siendo estos de exclusiva responsabilidad de sus creadores.

Esta publicación busca fomentar la literatura de terror sobrenatural como un medio para explorar los miedos humanos frente a lo inexplicable y lo trascendental, al tiempo que impulsa la visibilidad de nuevas voces en el ámbito literario internacional.

ÍNDICE

DEDICATORIA	8
AGRADECIMIENTO	11
PRÓLOGO	14
IZEL	17
PACTO CON EL DIABLO	22
LA CASA DE LAS VOCES	28
NO CIERRES LA PUERTA	33
LILIT	39
EL LOBO	43
EL EXTRAÑO DE NEGRO	48
LA BRUJA Y EL SAPO	52
EL MUSEO DE LAS SOMBRAS	58
EN LO PROFUNDO DE LA MINA	64
LOS DIENTES DE LA MAGA	68
LAS GARGOLIAS	75
MISTERIO EN LA ANTÁRTIDA	81
EL PUEBLO MALDITO	88
EL CURA DE REPAROESPINO	96
EL AMIGO DIABOLICO	103
RETORNO CON SUEÑO	111
EL OMEGALIPSIS DE LOS CIELOS QUEMADOS AL ROJO VIVO	117

ECOS DE TERROR: ANTOLOGÍA INTERNACIONAL

<i>EL AISLAMIENTO EN LA METRÓPOLIS SUBTERRÁNEA DE LA PAMPA</i>	123
<i>LA OFRENDA</i>	128
<i>BAJO LA NIEBLA</i>	133
<i>EL VAMPIRO DEL LAMENTO ETERNO</i>	139
<i>LAS PESADILLAS DE LUCY</i>	145
<i>TENTÁCULOS</i>	151
<i>EL SUEÑO DEL PAJARO</i>	157
<i>VARADA</i>	160
<i>EL INDIO</i>	161
<i>EL BAILE DE SANGRE</i>	163
<i>ENTRE REZOS Y AULLIDOS</i>	169
<i>LA HUIDA DE LA TATUANA Y EL CARRETON DE LA MUERTE</i>	173
<i>JUEGOS EN EL VACÍO</i>	178
<i>ENTREGA MORTAL</i>	185
<i>LA MALEDICIÓN DEL ESPECTÁCULO</i>	190
<i>ME LLAMA. ME AMENAZA. ESTÁ AFUERA</i>	194
<i>EL SUEÑO DE LA BESTIA</i>	201
<i>EL PABELLÓN MARDITO</i>	205
<i>LA VELA MALDITA</i>	213
<i>LA BRUJA Y EL ÁNGEL CAÍDO</i>	216
<i>LA MALEDICIÓN ANCESTRAL</i>	223
<i>LA PÁGINA EN BLANCO</i>	231
<i>MIS DOS ARLEQUINES IMAGINARIOS</i>	236
<i>EPÍLOGO</i>	245
<i>COLABORADORES DE LA ANTOLOGÍA</i>	247

DEDICATORIA

A quienes se atreven a mirar en la oscuridad

Dedicamos esta antología a todos los lectores que, sin importar edad, origen o idioma, han sentido alguna vez el roce invisible del miedo. A quienes han escuchado su nombre en el silencio, han visto sombras donde no había luz, han sentido que algo los observa cuando nadie está cerca. A quienes no huyen del escalofrío, sino que lo convierten en pregunta, en historia, en arte.

Esta colección de relatos nace del deseo de explorar lo que nos inquieta, lo que nos desvela, lo que nos obliga a mirar dos veces. Pero también nace del encuentro: de voces que vienen de distintos rincones del mundo, de autores que escriben desde culturas y paisajes diversos, unidos por una misma pulsión narrativa. El terror, como el sueño, no conoce fronteras. Se manifiesta en leyendas antiguas, en mitos urbanos, en pesadillas compartidas. Y en cada una de ellas hay una chispa de humanidad que nos conecta.

‡ A los autores que cruzan umbrales

A quienes escriben con la sangre de sus recuerdos, con la tinta de sus temores, con el pulso tembloroso de quien sabe que cada palabra puede abrir una puerta que no se cerrará. A los que se atreven a imaginar lo que otros prefieren no nombrar. A los que entienden que el horror no siempre grita: a veces susurra, a veces espera, a veces se disfraza de ternura.

Gracias por construir estos mundos oscuros, por darles forma y voz, por permitir que el lector los habite. Gracias por no suavizar los bordes, por no encender todas las luces, por confiar en que el lector sabrá caminar entre sombras. Esta antología es también suya: un mapa de lo inquietante, trazado con cuidado, con coraje, con belleza.

📖 A los lectores que buscan más allá del miedo

A quienes no leen solo para asustarse, sino para entender. Para descubrir qué hay detrás del monstruo, qué significa el silencio, por qué el espejo devuelve otra imagen. A los que saben que el terror es también una forma de pensar, de sentir, de crecer. Que en cada historia hay una pregunta, una advertencia, una posibilidad.

Esta antología les pertenece. Es un espacio para explorar, para detenerse, para volver. No todas las respuestas están aquí. Pero sí las preguntas que valen la pena. Y quizás, al cerrar el libro, algo haya cambiado. Tal vez el mundo se vea distinto. Tal vez el miedo tenga otro nombre.

📖 A los maestros que abren puertas

A quienes, desde el aula o desde la conversación, invitan a leer con curiosidad, con respeto, con valentía. A los que entienden que el terror no es solo entretenimiento, sino una herramienta para pensar el mundo, para hablar de lo que duele, para imaginar lo que podría ser. A los que no temen que sus estudiantes se enfrenten a lo inquietante, porque saben que allí también hay aprendizaje.

Gracias por permitir que estas historias lleguen a quienes más las necesitan. Por acompañar la lectura con preguntas, con diálogo, con escucha. Por entender que el miedo, cuando se comparte, se transforma.

📖 A los que aún no saben que aman el terror

A quienes creen que no les gusta asustarse, que prefieren lo seguro, lo claro, lo luminoso. Esta dedicatoria es también para ustedes. Porque quizás, entre estas páginas, descubran que el miedo puede ser hermoso. Que hay algo humano en su forma más pura al enfrentarlo. Que hay historias que, aunque duelan, iluminan.

No se trata de sufrir, sino de sentir. De abrirse a lo desconocido. De descubrir que, a veces, lo que más tememos es lo que más nos revela.

§ A los traductores, editores y soñadores

A quienes hicieron posible que estas voces se encontraran. Que cuidaron cada palabra, cada giro, cada atmósfera. Que respetaron el tono, el ritmo, la intención. Que entendieron que el terror no se traduce solo con diccionarios, sino con sensibilidad, con oído, con alma.

Gracias por tejer este puente entre lenguas, entre culturas, entre lectores. Esta antología es también un acto de encuentro, de diálogo, de celebración de la diversidad narrativa.

§ A la oscuridad que nos enseña

A modo de epílogo, dedicamos este libro al miedo mismo. No como enemigo, sino como maestro. Porque nos obliga a mirar lo que evitamos. Porque nos recuerda que somos vulnerables, que somos humanos. Porque nos empuja a imaginar, a crear, a contar.

Que estas páginas sean un refugio, un desafío, un espejo. Que cada lector encuentre aquí su propia sombra. Y que, al hacerlo, descubra también su propia luz.

AGRADECIMIENTO

A quienes encendieron la llama en la oscuridad

Hay sueños que nacen en silencio. Que se gestan en la intimidad de una idea persistente, en el susurro de una página en blanco, en el anhelo de reunir voces que hablen desde distintos rincones del mundo con un mismo pulso: el del misterio, el del miedo, el de lo inexplicable. Esta antología internacional de terror paranormal es uno de esos sueños. Y hoy, al verla hecha realidad, no puedo sino detenerme y agradecer con todo el corazón a quienes la hicieron posible.

A ustedes, autores valientes, inquietos, visionarios, les debo más que palabras. Les debo la forma, el alma, el latido de este libro. Porque cada uno de ustedes no solo escribió una historia: ofreció una parte de sí, una mirada única, un fragmento de oscuridad que se volvió luz compartida.

👤 Gracias por creer

Gracias por confiar en esta idea cuando aún era solo una chispa. Por decir «sí» cuando lo fácil habría sido esperar. Por apostar por un proyecto que cruzaba fronteras y estilos, que buscaba reunir lo diverso sin perder lo profundo. Su fe en esta antología fue el primer conjuro, el primer acto de magia que la hizo posible.

Cada texto que enviaron fue un acto de generosidad. Una entrega. Una promesa. Y también una prueba de que el terror, cuando se escribe con pasión y oficio, puede ser puente, espejo, revelación.

👤 Gracias por traer sus mundos

Esta antología no sería lo que es sin la riqueza de sus voces. Voces que vienen de distintas geografías, que respiran lenguas distintas, que se nutren de mitologías, leyendas, temores y

paisajes propios. Voces que, al reunirse, crean un coro inquietante y hermoso.

Gracias por traer sus fantasmas, sus criaturas, sus silencios. Por compartir sus pesadillas y sus preguntas. Por permitir que el lector viaje, tiemble, imagine. Por demostrar que el terror paranormal no es solo un género, sino una forma de explorar lo humano desde lo invisible.

☠ Gracias por el oficio

Cada relato que forma parte de esta colección lleva la huella de su autor: el ritmo, la atmósfera, el cuidado en cada palabra. Gracias por escribir con rigor, con sensibilidad, con entrega. Por revisar, corregir, pulir. Por no conformarse con lo fácil. Por buscar siempre la mejor forma de contar lo inquietante.

Gracias por entender que el terror no se trata solo de asustar, sino de provocar, de sugerir, de dejar una marca. Y por lograrlo con elegancia, con profundidad, con estilo.

☠ Gracias por la complicidad

Más allá de los textos, esta antología es también el resultado de una complicidad creativa. De conversaciones, intercambios, acuerdos. De respeto mutuo, de escucha, de entusiasmo compartido. Gracias por hacer de este proceso algo humano, cálido, estimulante.

Gracias por la paciencia, por la apertura, por la disposición a construir juntos. Por entender que este libro no es de uno, sino de todos. Que cada página lleva la energía colectiva de quienes creyeron en él.

☠ Gracias por el coraje

El terror paranormal exige coraje. No solo para imaginar lo imposible, sino para enfrentarlo. Para escribirlo. Para compartirlo.

Gracias por atreverse. Por mirar de frente lo que otros evitan. Por explorar lo oculto, lo perturbador, lo inexplicable.

Gracias por no temerle al abismo. Por convertirlo en relato. Por invitar al lector a cruzar el umbral. Por demostrar que el miedo, cuando se transforma en arte, puede ser revelador.

👁️💀 Gracias por hacer realidad este sueño

Este libro es más que una antología. Es la prueba de que los sueños, cuando se comparten, se vuelven posibles. Que la literatura puede unir lo disperso. Que el terror puede ser un lenguaje común. Que lo paranormal puede ser también un reflejo de la condición humana.

Gracias por hacer de este sueño algo tangible. Por darle cuerpo, voz, alma. Por permitir que hoy, al sostener este libro entre las manos, sienta que todo valió la pena.

💀 Gracias por lo que viene

Este agradecimiento no es un cierre. Es una apertura. Porque sé que este proyecto es solo el inicio. Las historias que aquí se reúnen resonarán en nuevas voces, cruzarán fronteras y despertarán inquietudes. Nuevos lectores las descubrirán. Nuevas voces se unirán a este coro oscuro y vibrante.

Gracias por ser parte de este primer conjuro. Por encender la llama. Por dejar su huella. Por hacer que el miedo, en sus múltiples formas, se vuelva arte compartido.

Con todo mi respeto, mi admiración y mi gratitud,

José Arturo Sarabia Campos

PRÓLOGO

Hay lugares que parecen tranquilos. Casas con cortinas floreadas, escuelas con pizarras limpias, calles donde el sol se cuele entre los árboles y los vecinos saludan con una sonrisa. Lugares donde todo parece estar en orden. Pero incluso ahí, justo debajo de la superficie, el miedo puede estar a la espera.

Esta antología nace de una pregunta sencilla pero poderosa: ¿Qué pasaría si lo extraño ocurriera justo aquí, donde vivimos, estudiamos, soñamos? No en castillos abandonados ni en bosques malditos, sino en la sala de tu casa, en el pasillo de tu escuela, en el celular que usas cada día. El terror, cuando se acerca a lo cotidiano, se vuelve más inquietante. Porque entonces ya no puedes decir «eso nunca me pasaría a mí».

El miedo como espejo

El miedo no es solo un grito en la oscuridad. Es también una forma de mirar el mundo. Nos obliga a preguntarnos qué haríamos si lo imposible se volviera real. ¿Cómo reaccionarías si tu reflejo en el espejo decidiera no moverse contigo? ¿Y si tu mejor amigo empezara a comportarse como si ya no fuera él? ¿Y si el sueño que tuviste anoche no fuera solo un sueño?

Cada historia en esta colección explora una faceta distinta del miedo. Hay relatos que juegan con lo sobrenatural, otros que se adentran en lo psicológico, y algunos que se inspiran en leyendas urbanas o en terrores modernos como la tecnología, el aislamiento o la pérdida de identidad. Pero todos tienen algo en común: buscan que el lector se detenga, piense, y sienta ese escalofrío que recorre la espalda cuando algo no encaja del todo.

¿Por qué leer terror?

Tal vez te preguntes por qué alguien querría leer historias que asustan. ¿No sería mejor evitar lo inquietante, lo perturbador?

Pero el terror tiene una función importante. Nos permite enfrentar nuestros miedos en un espacio seguro. Al leer, podemos explorar lo desconocido sin correr peligro. Podemos sentir la adrenalina, la tensión, el desconcierto... y luego cerrar el libro y volver a la realidad. Pero algo queda. Una pregunta, una imagen, una sensación que nos acompaña.

Además, el terror despierta la imaginación. Nos obliga a pensar en posibilidades, en mundos alternos, en decisiones que cambian destinos. Nos hace más atentos, más críticos, más creativos. Y, a veces, nos ayuda a entender mejor nuestras propias emociones. Porque detrás del miedo suele haber algo más: tristeza, soledad, culpa, deseo, esperanza.

Historias que te hacen pensar

Esta antología no solo quiere asustarte. Quiere que pienses. Que te preguntes por qué algo te inquieta. Que descubras qué hay detrás de cada personaje, cada situación, cada final. Algunas historias te dejarán con dudas. Otras con respuestas que no esperabas. Y algunas, quizás, con la sensación de que algo te observa desde la última página.

Los autores que participan en esta colección han creado mundos oscuros, pero también marcados por una humanidad palpable. Sus personajes sienten, dudan, se equivocan, luchan. Y eso los hace cercanos. Tal vez reconozcas a alguien. Tal vez te reconozcas a ti.

Un pacto silencioso

Al abrir este libro, haces un pacto. Aceptas entrar en territorios desconocidos. Aceptas que algunas cosas no tendrán explicación. Que el miedo puede tomar formas inesperadas. Que no todo lo que parece normal lo es. Pero también aceptas que hay belleza en lo inquietante. Que hay arte en lo perturbador. Que el terror puede ser una forma de entender el mundo.

ECOS DE TERROR: ANTOLOGÍA INTERNACIONAL

Este prólogo es solo la puerta. Las historias que siguen son los pasillos, las habitaciones, los rincones oscuros. Algunos tienen luz. Otros no. Pero todos están a la espera de que los recorras.

Así que adelante. Respira hondo. Mantén los ojos abiertos. Y recuerda: el miedo no siempre grita. A veces susurra.

Editor Literario: José Arturo Sarabia Campos

IZEL

Andrés Vidal

MÉXICO

El calor sofocante no detenía el movimiento en el mercado. La sirena de una patrulla anunciaba una desgracia; un fuerte operativo se dirigía a los desagües: ambulancias, camionetas de la naval, una larga caravana. Todo indicaba que había aparecido otro muerto.

El movimiento policial iba en aumento. Con tantos turistas, la policía no se daba abasto. En los noticieros se decía que las trabajadoras de la vida galante habían subido sus precios, que era arriesgado trabajar en la noche, que alguien se las llevaba.

Al principio, los restos de las desaparecidas aparecían en zonas despobladas, como si un animal las hubiera atacado. Las teorías abundaban: narcos, rituales, bestias del monte, comercio de órganos.

Con el tiempo, los borrachos, mariguanos, pandilleros también empezaron a desaparecer. Y, por último, los niños de la calle: también aparecían despedazados, roídos, devorados... Nadie estaba seguro en la noche.

El bullicio nocturno se volvió silencio, y los visitantes podían sentir la tensión en el aire. Las autoridades incluso consideraron un toque de queda.

Esa noche fui al bar del Güero. Le conté mis desgracias amorosas, tanta mala suerte que hasta la gorda que trabajaba en el bar me había rechazado. El güero hizo un gesto de fastidio, encendió un cigarro y me habló de los rumores sobre los niños devorados cerca de los canales.

—Es raro, aquí eso no pasaba —dije, dándole una calada al cigarro.

—Te voy a contar, cabrón, los policías y militares no tienen ni puta idea de quién provoca este desmadre. Ya los presionan desde arriba —dijo tras dar un trago de su botella—. Pobrecito del que agarren, traen orden de chingarlos.

—¿Cómo sabes tanto, pinche Güero? —repliqué, curioso.

—Aquí llegan los pinches polis, se ponen hasta la madre y me cuentan. Yo solo escucho.

¿No hay nada de malo en eso, ¿verdad?

—Cuídate mucho, Güerito, no te metas en problemas por oír lo que no debes.

Miré el reloj: era casi la una de la mañana.

Salí del bar y busqué un taxi, pero al final decidí caminar a casa. Pasé junto a la escuela Miguel Hidalgo, un antiguo convento con grandes puertas de madera y ventanales protegidos por herrería carcomida. De pronto, escuché un gruñido, un grito y un llanto lastimero. Parecía un forcejeo entre un animal y una persona.

Con el corazón acelerado y las manos sudorosas, me asomé. Un niño de los que venden chicles y su madre luchaban con una figura. Era lo que parecía una mujer, con el cuerpo cubierto de pelo enmarañado y vestida apenas con andrajos.

A pesar del riesgo, me acerqué para ayudar. Con cada paso, un olor me asaltó. No era vómito, ni basura, tampoco heces. Era un tufo asqueroso que hirió mi olfato. Al llegar, vi el rostro angustiado de la madre. La pestilencia se intensificó. Con asco y miedo miré la figura: su rostro no era humano, sino el de una bestia. Su mirada, animal, pero con la inteligencia de un humano. De su hocico babeante asomaban colmillos amarillentos. Los

dedos de sus manos eran largos y huesudos, con uñas afiladas como garras. Sus extremidades terminaban en patas de animal, parecidas a las de un lobo.

La criatura —pues no podía llamarla de otra forma— volteó a verme, clavándome esos ojos. La madre aprovechó el instante para sacar un amuleto y ponerlo frente a la bestia. La criatura se detuvo, soltó al niño y retrocedió un paso, mirándonos con desafío. Sentí su humanidad, su furia.

Los faros de una camioneta que se acercaba nos devolvieron el alma al cuerpo. La mujer, a mitad de la calle y sin soltar al niño, agitaba su brazo. La criatura, de forma atropellada, se lanzó en una furiosa carrera, como un felino.

El conductor de la camioneta bajó la ventanilla, preguntó si estábamos bien y se ofreció a llevarnos a un sitio de taxis. Aún perplejos, hicimos el trayecto en silencio. Pagué el viaje del niño y su mamá por adelantado. Antes de subir al taxi, la mujer se detuvo.

—Debe tener cuidado, esta noche la libramos, pero tal vez mañana no.

—Pero ¿Qué es? ¿Un perro? ¿Un lobo? —le pregunté, con la esperanza de que mi imaginación me hubiera traicionado.

La mujer desvió la mirada y subió al taxi sin responder.

Pasaron varios días. Después de aquel encuentro, evité salir tarde. Sentía una presencia a mis espaldas, y a veces me despertaba al sentir que alguien espiaba por la ventana. En ocasiones, ese tufo asqueroso, sofocante, se hacía presente.

Una noche de insomnio —algo ya habitual— sentí una ansiedad creciente. La sangre me palpitaba en las sienes. Me vestí rápido y salí sin rumbo.

Caminé absorto en mis pensamientos, sin darme cuenta del tiempo o la distancia, hasta que llegué a la orilla de un canal. Sentí esa pestilencia, y mis sentidos se alertaron. Una sombra, en cuclillas, parecía comer algo en los límites de la periferia. Solo había penumbra. El sudor entró en mis ojos, creaba una imagen estremecedora de aquella sombra.

La prudencia me aconsejó no acercarme. Empecé el regreso, exhausto, preguntándome si aquello no era una jugada de mi agobiado cerebro. Llegué a casa y me metí a la ducha, intentaba lavar el olor que aún sentía en la nariz.

Desperté tarde. Quise comprobar los hechos de la noche. Pedí un taxi, y al llegar, la orilla del canal era un escenario lleno de policías, forenses, reporteros y curiosos. Una línea amarilla circundaba la zona.

¡Habían encontrado los restos devorados de una niña! Entre la multitud, una mujer con dos trenzas largas me llamó la atención. Tenía un brillo especial en los ojos. Sus facciones, duras pero hermosas, me recordaron a las mujeres indias de las revistas de vaqueros de mi infancia. Quedé pasmado. Vestía un huipil sucio y desgastado, pero no pude evitar notar la perfección de su cuerpo. La observé con descaro y sentí su mirada. Mis manos comenzaron a sudar. La saludé con un movimiento de cabeza y ella sonrió. Era perfecta, incluso con su huipil desgastado, sus trenzas y descalza.

—¿Eres de este rumbo? —pregunté, mientras trataba de disimular mi interés.

—No, de un poco más lejos —respondió, sin dejar de mirarme a los ojos. Sonrió de nuevo.

—¿Puedo saber tu nombre? —Mi nerviosismo hizo que la voz se me perdiera en un susurro.

—Izel —respondió.

Con el tiempo, las desapariciones de niños se redujeron, hasta casi cesar por completo. En raras ocasiones, cuando aparece un menor devorado, culpan a los lobos que bajan del monte. El gobierno presume de sus estadísticas. Casi todo ha vuelto a la normalidad.

Mis insomnios han desaparecido.

Ahora, Izel estudia. Quiere ser doctora. Dice que así podrá tener acceso a la vitalidad que tanto le atrae, pero de una manera más controlada. Piensa bien. Ahora usa vestidos bonitos y aprendió a usar zapatillas, aunque prefiere las sandalias. Se encarga de la casa y logramos encontrar una forma de manejar su dieta, lo cual nos dio mucha tranquilidad.

No fue fácil. He tenido que ayudarla a controlar sus necesidades, pero el amor y las ganas de salir adelante lo hacen posible. El hambre y la sed que la consume es insaciable, pero con mi ayuda la ha aprendido a dominar.

Hemos creado una fundación para ayudar a los niños de la calle: les damos comida y un techo. Nos aseguramos de que en verdad no tengan a nadie, para no despertar sospechas. Izel extraña sus recorridos y, a veces, regresa a ese lado del canal. Por mi parte, he aprendido a lidiar con los olores: un poco de mentol y lanolina en la nariz lo resuelven.

Hoy traerán la máquina para el cuarto frío. La comida no debe desperdiciarse ni dejarse tirada por ahí.

La vida es bella, a pesar del calor sofocante, pero la situación me preocupa un poco ahora que Izel está embarazada. Tendré que esforzarme un poco más para que la vida que viene en camino siempre tenga de que alimentarse.

PACTO CON EL DIABLO

Lyz Rayón Lezama

MÉXICO

El dolor se aloja en cada rincón de mi cuerpo. A veces, el sueño me ofrece un breve respiro, aunque al despertar, la aflicción regresa con más fuerza. En mi adolescencia, sufrí depresión muchas veces, pero nunca consideré el suicidio; me parecía una salida cobarde y temía la condena eterna del infierno.

Ahora, sin embargo, cuando mi cuerpo parece atravesado por un millar de espinas y mi mente está atormentada por recuerdos crueles, la muerte se presenta como un alivio tentador. Por desgracia, no hay instrumento que me otorgue la libertad de acabar con mi vida. Me entretengo preguntándome cómo caí en esta pesadilla atroz, cómo llegué a desear tanto la muerte. Al final, no queda nada más que hacer. Es desolador saber que perderé la vida, pero más aterrador aún es saber que mi alma ya está condenada.

EL comienzo de mi condena.

Aquella mañana desperté con el corazón desbocado, como si quisiera escapar de mi pecho. Una pesadilla espantosa me había arrancado del sueño, lo que me dejó lágrimas en mis mejillas y un escalofrío en la piel. El escenario era una carretera conocida, envuelta en un cielo negro como la tinta, con una atmósfera que pesaba sobre los hombros. Iba con un amigo en su viejo Ford rojo, el motor rugía de forma suave. Mientras miraba por la ventana, algo horrendo captó mi atención: a lo lejos, un cerdo monstruoso devoraba algo con ferocidad, su silueta grotesca recortada contra el horizonte.

El animal era descomunal, imposible en la realidad. Su cuerpo hinchado, de piel rosada y pálida con un matiz verdoso,

despedía un hedor fétido que parecía impregnarse en el aire. Mis ojos se abrieron de par en par, en busca de una explicación. Le pedí a mi amigo que acercara el auto para ver qué devoraba. Al acercarnos, un grito desgarrador escapó de mi garganta: era mi abuela, atrapada bajo los colmillos de aquella bestia. Su cabeza, desprendida del cuerpo, yacía en un charco de sangre que empapaba el suelo.

Ignoré los gritos de mi amigo, bajé del auto y caminé hacia el animal. Lo increpé con furia, maldiciéndolo con todo mi ser. Entonces, ese ser infernal me miró con ojos inyectados de sangre y gruñó con una voz que no parecía de este mundo:

—Tú pagarás por ella.

Se abalanzó sobre mí. Grité y desperté empapada de sudor, temblorosa. El miedo recorría cada centímetro de mi cuerpo. No entendía por qué había soñado algo tan escalofriante, y por un momento, me sugestioné. Llamé a mi abuela para asegurarme de que estaba bien. Su voz, aunque respondió que sí, sonaba distante, fría, como si algo la apagara. Intenté convencerme de que era mi imaginación y traté de no preocuparme.

Pero estaba equivocada. No sabía que ese sería el comienzo de mi condena.

Por la tarde, mi abuela me llamó para decirme que quería verme. Me pareció una buena idea; así podría confirmar que estaba bien. Toqué a su puerta, pero nadie respondió. Vivía sola desde que mi abuelo murió, dos años atrás. Esperé unos minutos, y al no obtener respuesta, la llamé por teléfono. Nada. Mi preocupación creció. Recordé que solía dejar una llave bajo el tapete, la encontré y abrí la puerta. Sabía que no se molestaría.

Al entrar, un escalofrío me recorrió. La casa estaba en caos: muebles volcados, ropa esparcida por el suelo y, en el centro, una mesita con velas e inciensos encendidos, que despedían un olor acre. Las cruces de la casa yacían tiradas, y la atmósfera era

opresiva, casi viva. Busqué a mi abuela en su cuarto, pero no estaba. Pensé que habían robado, hasta que vi un papel pegado en el espejo con una nota escrita:

Estela, mi niña, algo terrible me persigue. Mi hora ha llegado. Por favor, ven con tu hermanito a las ruinas de la catedral. Quiero despedirme de ustedes.

Mi corazón se detuvo al leer esas palabras. No podía creerlo. Quería correr, contárselo a mi padre, deseaba que fuera una broma cruel. ¿Cómo era posible que mi abuela, a quien había visto sana días atrás, escribiera algo así? Corrí a casa, al tiempo que trataba de borrar esos pensamientos.

Mi madre murió al dar a luz a mi hermanito; el parto se complicó. Ahora él tiene diez meses, y mi padre, que trabajaba hasta tarde, contrata a una persona para que nos cuide. Al llegar a la casa, le expliqué que mi abuela estaba mal y quería despedirse. Sin dudarle, me entregó al bebé. Tomé un autobús que me llevaría cerca de las ruinas de la catedral. La noche caía, y la presión en mi pecho crecía. Me senté en el penúltimo asiento, mientras lo abrazaba temerosa de no soportar otra pérdida.

Lloré en silencio, rezaba para que todo fuera un error. Pero algo interrumpió mi llanto: risas burlonas y escandalosas desde el asiento trasero. Volteé de forma discreta y vi a dos ancianas vestidas con harapos negros que absorbían la luz. Su cabello largo y lacio, de un blanco sucio, se movía como si tuviera vida propia, algo imposible para su edad. Notaron mi mirada y me sonrieron con dientes afilados. Volteé de inmediato, a la vez que apretaba a mi hermanito contra mi pecho.

Intenté llamar a mi padre y a mi abuela, aunque ninguno contestó. Los pasajeros bajaron poco a poco, hasta que solo quedamos las ancianas y yo. El autobús traqueteaba en la oscuridad, y sus murmullos se volvieron un cántico roto, erizándome la piel. Mi hermanito rompió en llanto, un chillido agudo que pareció alimentar sus risas. Intenté arrullarlo, pero

estaba inconsolable. Entonces, una de las ancianas gruñó con voz tajante:

—Silencio.

El bebé calló al instante, como si hubiera entendido. Me quedé petrificada. No tuve tiempo de pensar más; llegamos a la última parada, cerca de una barranca. Bajé con mi hermanito en brazos, noté que las ancianas también descendieron. Un nudo se formó en mi estómago. Caminé rápido hacia las ruinas, pero una de ellas se plantó frente a mí con una velocidad imposible para su edad. Sus ojos negros me taladraron.

—¿A dónde vas? —preguntó con voz rasposa.

No respondí. La otra anciana se acercó por detrás, exigiéndome que contestara. El miedo me paralizó; estaba sola con mi hermanito en la noche. Sus risas se volvieron más fuertes, casi inhumanas. Tomé al bebé con fuerza, pero una de ellas lo jaló del brazo, dislocándolo. Él gritó, y yo también. Intenté arrebátárselo, sin embargo, la otra me golpeó con tal fuerza que todo se volvió oscuro.

Desperté con un dolor punzante en la cabeza, como si martillarán mi cráneo. Abrí los ojos poco a poco y vi un cuarto iluminado por velas, impregnado de un hedor a azufre y podredumbre. Recordé a las ancianas, a mi hermanito, a mi abuela. Estaba atada a una silla, incapaz de moverme. Grité con todas mis fuerzas. Las ancianas entraron, sus rostros retorcidos en sonrisas malévolas. Les exigí ver al bebé, saber si estaba bien. Me aseguraron que lo vería, junto a mi abuela.

Un escalofrío me recorrió. Supliqué que no les hicieran daño. Una de ellas me escupió, a la vez que reía. No podía entender cómo era posible que tuvieran a mi abuela. Salieron y me dejaron sola. Lloré desesperada, rogaba para que estuviera bien. Pasaron horas, o al menos así lo sentí.

Cuando regresaron, traían a mi hermanito en brazos y arrastraban a mi abuela con una cuerda al cuello. Ella estaba demacrada, con el maquillaje corrido y el cabello deshecho. Mi corazón se rompió al verla. Intenté calmarla, no obstante, ella bajó la mirada, avergonzada. Una de las ancianas lamió la piel del bebé con una lengua larga y viscosa. Grité, rogué, lloré, pero no les importó.

Lo que hicieron después me dejó sin aliento: comenzaron a morderlo, arrancándole pedazos de piel y carne tierna. Se turnaban para devorarlo mientras él lloraba desconsolado. Al final, el silencio llenó la habitación; mi hermanito ya no estaba vivo. Miré a mi abuela, esperaba que hiciera algo, pero parecía ausente. Nunca había llorado tanto, ni siquiera cuando murió mi madre. Todo era atroz, y lo peor era sentir que era mi culpa por llevarlo allí.

La silla cayó al suelo por mis movimientos desesperados, dejándome entre lágrimas y vómito. Las ancianas se limpiaron la boca, manchadas de sangre, y me miraron con sonrisas crueles. Una habló con olor fétido, lo que provocó que vomitara de nuevo. Explicaron que todo tenía un propósito y miraron a mi abuela, quien no levantó la vista.

La otra anciana se agachó, lamió mi vómito con un dedo y reveló la verdad: mi abuela, a los diecisiete años, había hecho un pacto con Satanás para escapar de la pobreza. Le prometió riquezas y poderes a cambio de las vidas de sus futuros nietos. Creía que nunca tendría hijos, por eso aceptó. Pero el diablo fue astuto: le dio una hija, mi madre, a quien pidió que no tuviera hijos. Luego nació yo, y después, mi hermanito.

Mi abuela intentó quitarse la vida para evitar el castigo, pero el diablo no perdona. Con ayuda de esas ancianas infernales, nos encontró. Mi abuela me miró y susurró:

—Lo siento.

La maldije entre lágrimas. Entonces, una de las ancianas se retorció en el suelo como una alimaña. Su piel se tornó rosada, cubierta de pelos, hasta transformarse en el cerdo de mi pesadilla. La bestia devoró a mi abuela con un crujido húmedo, sus gritos mezclándose con los míos en un eco de horror.

Cuando terminó, el cerdo gruñó y salió, seguido por la otra anciana. Me dejaron tirada, a la espera de ser devorada. Entretanto, recibí una paliza brutal con cables, palos y un fierro. Me maldijeron y se burlaron mientras el dolor consumía mi cuerpo y mi alma.

Los días pasaron en una bruma de hambre y sed. A veces creía estar muerta, pero sabía que no estaba en el infierno porque no veía a mi abuela. Ya no deseo agua ni comida, solo la muerte. Mi alma, de un modo u otro, ya se ha perdido en la oscuridad.

LA CASA DE LAS VOCES

Julio César Aguilar

MÉXICO

La casa estaba vacía desde hacía quince años. Aun así, cada noche, los vecinos juraban escuchar pasos en el corredor y una voz infantil que repetía nombres con un tono enronquecido, como si los masticara entre dientes. Nadie se atrevía a acercarse después del ocaso, excepto Tomás, el restaurador de iglesias que había vuelto al pueblo con la obstinación de los que no pueden soportar una deuda sin saldar.

Tomás conocía aquella casa: tenía la herrumbre exacta del tiempo, las grietas en el muro como si hubieran crecido junto con los remordimientos, las cortinas amarillas por el humo. Su madre había muerto allí una noche de tormenta, cuando él tenía doce años, y desde entonces el eco de su grito lo había seguido en sueños. Volvió porque alguien debía poner orden en las ruinas, vender la propiedad, cerrar las cuentas con el pasado. Pero el primer paso dentro de la casa fue como ingresar a una garganta fría y húmeda: el aire tenía un olor a tierra removida.

Al abrir las ventanas, descubrió que no había polvo, ni telarañas, ni señal de abandono. Al contrario: en cada habitación los objetos estaban dispuestos como si una mano invisible los hubiera ordenado con esmero. Sobre la mesa del comedor, una taza humeaba, y en el fondo podía verse una huella de labios pintados.

Tomás corrió hacia la puerta, pero esta se cerró con un golpe que estremeció las vigas. Quiso abrirla con desesperación, pero los cerrojos se deformaron como si hubieran derretido su voluntad. En el silencio posterior, oyó el tic-tac de un reloj que él recordaba roto desde niño. Y entonces la voz:

—Te tardaste demasiado.

Era la voz de su madre. O una imitación enferma, salida de algo que había aprendido el timbre humano para envenenarlo.

—No puede ser —dijo Tomás, al tiempo que retrocedía hacia la escalera.

Las paredes parecían respirar; se expandían y contraían con un ritmo casi orgánico. De ellas brotaban pequeñas grietas de donde se asomaban dedos, dedos finísimos que se deslizaban por la pintura y palpaban el aire. El hombre tembló.

Cerró los ojos y murmuró una oración, pero el suelo comenzó a moverse y levantó fragmentos de baldosas. De uno de los huecos emergió una figura: una mujer pálida, vestida con una bata de dormir empapada en lo que parecía sombra líquida. En lugar de ojos, tenía dos cavidades oscuras que destilaban humo.

—¿Por qué me dejaste aquí? —dijo ella—. Me ahogué mientras gritaba tu nombre, y tú jamás regresaste.

Tomás cayó de espaldas. Comprendía al fin lo que ocultaban los años de silencio: que él había huido aquella noche, que su madre lo había llamado desde el piso superior, presa del fuego, y que él no había vuelto por miedo. Nunca lo confesó.

La figura lo miró —si es que puede llamarse mirada a ese vacío— y sonrió con lentitud.

—He aprendido a no dormir. Aquí no hay sueño, solo voces. Ven, hijo. Te enseñaré cómo suenan.

El aire se impregnó de un silbido agudo, como el roce del metal contra los huesos. Detrás de ella, empezaron a aparecer otros cuerpos: hombres, mujeres, niños, todos con las cuencas vacías, todos moviéndose de manera espasmódica. Algunos arrastraban cadenas invisibles, otros se retorcían como si algo les absorbiera desde dentro.

Tomás retrocedió hasta tropezar con un espejo. Se reflejó en él un instante y vio algo que lo paralizó: en su espalda se abría una grieta, delgada como una sonrisa. De ella manaba una luz ceniza.

—No puedes salir —susurró una niña espectral, con la cara cosida con hilo negro—. Ya perteneces a la casa.

Tomás sintió el primer hilo de calor bajo la piel. El fuego antiguo volvía, no en las vigas, sino en su propia carne. La herida en su espalda creció hasta convertirse en una boca que respiraba. Escuchó dentro de sí el mismo grito que había oído de niño, pero ahora comprendió que había sido suyo desde siempre: el eco de su huida, moldeado por el miedo.

Intentó correr hacia la ventana del pasillo. La rompió con el codo. Un aire helado golpeó su rostro; fuera, la noche era tan densa que parecía de piedra. Saltó.

Cayó sobre el jardín, o sobre algo que fingía serlo. La tierra estaba blanda, húmeda. Se levantó con dificultad y notó que cada paso que daba lo hundía más. Miró hacia la casa: las ventanas ardían con un resplandor rojizo, y las sombras dentro parecían celebrar un banquete.

El suelo lo tragó hasta las rodillas. Escuchó un murmullo subterráneo, como docenas de gargantas que oran en un idioma sin vocales. Al mirar hacia abajo, vio que no era tierra, sino una masa de manos translúcidas que lo sujetaban por los tobillos.

—Déjenme —gritó.

Nada respondió, excepto el sonido de un corazón que latía bajo el suelo. Empezó a tirar, desesperado, pero las manos lo arrastraron hasta el pecho. Entonces se oyó la voz de su madre una vez más, ahora desde todas partes.

—No corras, Tomás. La casa solo quería que volvieras al principio.

El cuerpo se hundió en su totalidad. El silencio que siguió fue tan absoluto que ni los grillos se atrevieron a quebrarlo.

Al amanecer, los vecinos vieron humo salir de la chimenea. Una anciana juró haber visto a una mujer que preparaba café en la cocina, cantaba una canción de cuna antigua. Otro escuchó a un hombre golpear las paredes, suplicaba salir. Nadie entró.

Con los meses, la historia volvió a repetirse cada cierto tiempo: alguien pasaba frente a la vieja casona y juraba oír el nombre de Tomás pronunciado por una multitud. Algunos jóvenes osaron profanar el lugar por diversión, pero ninguno duró más de unos minutos dentro. Los que volvieron hablaban de espejos que respiraban, de retratos que abrían los ojos, de una escalera que subía al revés.

El ayuntamiento ordenó tapiar las ventanas, pero los ladrillos se agrietaban al amanecer, expulsados desde dentro. Los obreros se negaron a continuar. Uno de ellos, antes de irse, dijo algo que le había susurrado al oído: «No estamos muertos. Solo escuchamos».

Años después, un niño del vecindario arrojó una pelota hacia el patio trasero de la casa. Cuando fue a recogerla, vio una figura masculina en la ventana, con el rostro deformado por la ceniza. Le pareció que lloraba. La figura levantó la mano y extendió algo invisible. El niño sintió un roce en la frente, como un beso helado.

Desde entonces, cada noche, la pelota rueda sola hasta la puerta de la casa, vuelve a entrar por sí misma y se oye una risa apagada que estalla por segundos. Los perros ladran sin cesar.

Nadie volvió a hablar de Tomás. Pero todos saben — aunque nadie lo confiese— que cada vez que una familia pasa frente a la casa de las voces, algo los sigue durante unos pasos. Un suspiro, un ruido de respiración muy cerca del oído, a veces un murmullo infantil que pronuncia su apellido con ternura fingida.

Y cuando intentan mirar hacia atrás, nunca hay nadie, solo el eco de una puerta que se cierra sola.

NO CIERRES LA PUERTA

Adriana de Jesús Casas Moreno

MÉXICO

Alexis siempre había temido a las puertas. No a las cerraduras ni a los cerrojos, sino a las puertas mismas: la madera, el chirrido de las bisagras, el modo en que parecían respirar cuando nadie las miraba. Desde los cuatro años supo que no eran objetos inertes. Sabía que tenían ojos. Que escuchaban.

Todo comenzó aquella noche en que quedó atrapado en el clóset. La casa era vieja, más vieja de lo que sus padres sabían. Tenía las paredes gruesas y húmedas de las construcciones del pueblo, techos altos con vigas de madera que crujían con el viento, y un olor a polvo añejo que no se iba ni con los ventanales abiertos. Cuando la compraron, su madre había dicho que tenía «encanto», que solo necesitaba «cariño» para que se sintiera como un hogar.

Pero nadie pensó en las puertas. Eran enormes, de madera maciza, con relieves de flores talladas que habían perdido el color. Pesadas. Frías al tacto.

Aquella noche, cuando Alexis tenía apenas cuatro años, jugaba a esconderse.

Su escondite favorito era el clóset del cuarto: un mueble tan grande que parecía un segundo cuarto dentro del dormitorio. Lo hacía siempre que escuchaba los pasos de su mamá al subir las escaleras para anunciarle la hora de dormir.

Esa noche, como siempre, entró en silencio y cerró las puertas tras de sí. La oscuridad era absoluta. Podía oler la ropa

guardada por años, el perfume rancio de la madera húmeda. Se sentó en el piso y esperó.

Pero cuando quiso salir, la manija no giró. Primero probó con suavidad, después con fuerza. Empujó con el hombro. Golpeó. Nadie respondió. Afuera, el sonido del televisor de sus papás se escuchaba lejano, como si estuviera en otra casa.

Alexis gritó, una y otra vez. Nadie vino. Estaba muy asustado. Su voz sonó apenas como un hilo.

—¡Ábrete! —rogó al clóset, con la voz quebrada—. Por favor... ábrete.

Del otro lado, algo crujió. Un chirrido lento, como un quejido burlón. Alexis se quedó quieto, tembloroso. Pensó que tal vez había viento afuera, que las bisagras eran viejas. Pero el sonido se repitió cuando volvió a pedirlo.

Un largo «ñiiiiiiiiic» que parecía responder. Pasó la noche entera dedicado a hablar con la puerta. Lloraba y prometía portarse bien; pedía perdón por algo que ni siquiera sabía si había hecho mal. Cada vez que su llanto se hacía más fuerte, las bisagras chirriaban. Y cada vez que se quedaba callado, un silencio espeso le llenaba los oídos, hasta que el miedo lo hacía gritar de nuevo.

Al amanecer, la voz de su mamá rompió la pesadilla.

—¡Alexis! ¡Despierta que llegamos tarde para el kínder!

Los rayos del sol entraron por la ventana y, como si alguien la hubiera liberado desde adentro, la puerta del clóset se abrió de golpe. Alexis salió tambaleándose, pálido, con los ojos rojos de tanto llorar. Su madre pensó que solo se había quedado dormido mientras jugaba. Pero Alexis no olvidó. Nunca olvidaría.

Una semana después ocurrió de nuevo. Esta vez no fue el clóset, sino la puerta de su recámara. Se cerró sola mientras jugaba y, aunque su madre intentó abrirla, no pudo.

—Pero si esas llaves las guardé en el cuarto de lavado — murmuraba nerviosa, mientras rebuscaba entre cajas y frascos viejos.

Cuando por fin encontró la llave, la introdujo en la cerradura y... clic, la puerta se abrió sola, antes de que la girara.

Alexis lloraba en un rincón. Había pasado dos horas dándole golpes a la madera, rogándole. Y otra vez había escuchado el chirrido. Otra vez había sentido que la puerta lo escuchaba.

Desde ese día, ya no quiso entrar a ningún lugar que tuviera puerta. Ni a la escuela, ni al baño, ni a su propia recámara. Dormía en la sala, junto a las ventanas, y no soportaba que las cerraran. Decía que las puertas eran malas, que querían hacerle daño.

Y cada vez que alguien intentaba cerrarla, él gritaba una frase que se volvió parte de su vida:

—¡No cierres la puerta!

Porque si la cerraban, no sabía si la puerta malvada lo dejaría salir.

Cuando cumplió cinco años, sus padres decidieron sacarlo del kínder. Los maestros no permitían dar clases con la puerta abierta, y Alexis entraba en pánico cada vez que intentaban cerrarla. Sus gritos eran tan desesperados que varios niños rompían en llanto con él.

—Ya se le pasará —decía su padre, aunque en su mirada había un brillo de miedo—. Son cosas de niños.

Pero no se le pasó. La primaria fue aún más difícil. Para entonces, la fobia de Alexis se había vuelto parte de su vida.

Caminaba en los pasillos pegado a las paredes; evitaba pasar cerca de los marcos. Si una puerta se movía por el viento, se ponía pálido. Si escuchaba un chirrido, gritaba.

Los padres, desesperados, lo llevaron al psicólogo.

La doctora Laura era joven, amable y paciente. Le enseñó a respirar profundo cuando sentía miedo, a imaginar un lugar seguro y en calma. Poco a poco, Alexis aprendió a entrar al consultorio con la puerta abierta. Era un avance. Pero solo funcionaba con la puerta abierta.

—Las puertas no pueden hacerte daño, Alexis —le decía Laura, con una sonrisa—. Son solo madera. El miedo está en tu mente, no en las puertas.

Alexis no respondía. Solo miraba de reojo el marco, las bisagras, la manija. Observaba cada leve movimiento, cada sombra. Sabía que no eran «solo madera».

El invierno llegó al pueblo con vientos helados. Esa tarde, la sesión se alargó porque sus padres se retrasaron. Afuera oscurecía más rápido de lo normal.

Laura encendió la lámpara del escritorio y retomaron la conversación. Alexis parecía más tranquilo. Habían pasado semanas sin incidentes.

Entonces, el viento sopló. Un portazo brutal cerró la puerta del consultorio.

—¡Pum!

El ruido retumbó en las paredes. Las ventanas vibraron. Alexis se congeló en el asiento. Laura se levantó de inmediato, mientras sonreía para calmarlo.

—Tranquilo, solo fue el viento —dijo, al tiempo que caminaba hacia la puerta.

Giró la manija. No se movió. Probó otra vez. Tiró. Empujó. Nada. Alexis ya no respiraba. Sus ojos estaban fijos en la madera. El chirrido comenzó, suave, como un susurro: «ñiiic... ñiiic...»

Laura retrocedió. Nunca había escuchado ese sonido en la puerta de su consultorio. El aire se volvió frío, tan frío que salía vapor de sus bocas. Alexis empezó a temblar, mudo, con lágrimas silenciosas corriéndole por la cara.

—Alexis... respira —dijo Laura, intentaba sonar calmada—. Es solo una puerta...

Pero entonces lo sintió. No era el viento. No era la madera vieja. Era algo más.

Algo que miraba desde el otro lado. Un odio espeso, antiguo, que llenaba la habitación. Un murmullo apenas audible comenzó a filtrarse entre las rendijas, como si miles de voces susurraran en un idioma imposible.

Laura intentó no gritar. Corrió hacia el teléfono de su escritorio. Sin señal. La luz de la lámpara parpadeó. En el vidrio de la ventana, las siluetas de las puertas del pasillo parecían acercarse, una tras otra, como si avanzaran sin moverse.

Alexis sollozaba. Repetía apenas un hilo de voz:

—Te dije que son malas... te dije: no cierres la puerta... no la cierres.

Un golpe sordo resonó en la puerta. Luego otro. Y otro. Como si algo quisiera entrar... o salir.

Laura abrazó al niño y cerró los ojos. Un último chirrido llenó la habitación.

Al día siguiente, cuando la policía llegó al consultorio, no encontraron a nadie. Solo la libreta de la psicóloga sobre el escritorio. La última página escrita decía, con letra temblorosa: «Alexis tenía razón. Nunca nos dejará salir».

Desde entonces, nadie volvió a usar ese consultorio. Se clausuró con tablas y cadenas, pero, aun así, los vecinos juran que algunas noches de viento fuerte, si pasas frente al edificio y guardas silencio, puedes escuchar golpes suaves y dos voces lejanas que suplican al mismo tiempo:

—Por favor... déjanos salir.

LIT

Iván Medina Castro

MÉXICO

Durante el beso pasional, mis inquietas extremidades magreaban sobre cada una de las partes de ella. De repente, sentí un goce ardiente en el labio inferior; la temperatura se incrementó, concentrándose en esa área magullada, por consiguiente, la mucosa dejó derramar una sustancia salada y densa que veloz, recorrería a voluntad las encías, la dentadura y mi lengua entera.

En ese instante, advertí su placentera lengua, fuerte como la de una serpiente, que se entretenía sin cesar sobre la herida, lo que provocaba una profusa irrigación. Entonces fue que, a lapsos, su boca sedienta succionaba la cálida mezcla excedente entre saliva y sangre, a la vez que profería jadeos resonantes.

Debo confesar que el terrible ardor tras la mordida — imposible de ocultar— me hizo verter algunas lágrimas; pero la pura idea de yacer juntos me obligó a aguantar el penetrante dolor.

Una vez que la débil exhalación matutina violó el sórdido interior de la tasca, sus jugosos y suaves labios se desunieron de los míos, y, sorprendido, pude observar su cara extasiada, con las pupilas blancas en su totalidad. también miré, a través de sus fauces, un par de destacados columelares entintados con un color rojo refulgente, por lo que, espantado, me aparté de manera violenta a una corta distancia de ella.

Su rostro transformado en su totalidad, al recuperar su dulce naturalidad perdida, entreabrió la pequeña boca de un rosado pálido y sacó de inmediato su insaciable lengua para lamer las comisuras marchitas y babeantes. Después, sin pronunciar

palabra, me dirigió una penetrante mirada con unos ojos fríos, de un bello color verde turquesa; su iris se volvió de un tono bermejo opaco. Colocó de manera tierna sus dedos índice y medio en mis lastimados belfos, haciéndome experimentar un estremecimiento glacial, e impidiéndome musitar alguna palabra, depositó en mis manos su gargantilla con una hermosa cruz de plata de la Orden de Santiago. Aquel mismo collar que, de forma tímida ladeado, se refugió temeroso de la muchedumbre entre sus admirables senos de blanchura azulada.

Acto seguido, esa criatura pelirroja, grácil y embrujadora, me volvió la desnuda espalda y se marchó majestuosa. La perseguí con la vista, absorto, a través del estrecho corredor, hasta verla abandonar el garito. Allí, desprovisto, aquel ser dionisiaco, nocturno y siniestro me abandonó sin volver a saber de ella jamás.

Después de aquel fatal incidente expuesto a ti, estimado confidente, mis lentas jornadas trascurrían abrumadas por la remembranza de Lilit, y, antes de concluir el mes, caí enfermo de un deterioro anímico acompañado por diversos síntomas: una intensa fatiga, fiebre, convulsiones y pesadillas angustiosas de seres rapaces cubiertos de pelo. No deseaba comer ningún tipo de alimento, ni beber siquiera líquidos, pero lo más extraño de los signos era que mi piel, al hacer contacto con la luz solar, era invadida de inmediato por lacerantes llagas.

Lo único capaz de darme reposo durante mi convalecencia, en esos momentos de trastorno en los cuales estaba recluso, fueron, de forma exclusiva, los intrincados acordes de Massenet, ejecutados con un poderío sublime por Anne – Sophie Mutter en su violín.

Mi anciana madre, preocupada por mi delicada vitalidad, contrató los servicios permanentes de Paloma Toscana, una joven y encantadora estudiante de enfermería, para velar por mi salud. Ignoro cuántos días pasé con el referido malestar, pero pronto descubriría, en la noche, mi mejor refugio, y junto a esa insólita

revelación, la intensa ansiedad interna hacia la carmínea fuerza de la vida. Fue durante una fresca noche de primavera, en la cual gozaba de las tiernas atenciones de la enfermera que, a consecuencia de un inapropiado manejo del bisturí, la filosa hoja metálica abrió la palma de su mano izquierda, lo que procuró un fino torrente sanguíneo de un llamativo matiz rubí.

En aquel momento, sin previa conciliación de mis sentidos y excitado por el estímulo inspirador del aroma de su estro, encontré impetuoso empuje y me arrojé a su lesión para absorber el líquido vital, entregándome por completo a la voluntad del placer.

Aún recuerdo sus irascibles reclamos pronunciados con lindura:

—Espera..., espera. ¿Qué haces? ¿Estás loco? ¿No sabes que desangras más de lo debido la incisión?

Sordo a sus protestas ante peculiar deleite, su impulso fue separar la mano con brutalidad de mi boca, y con la vista baja, como si dudara de mi reputación, abandonó resuelta la alcoba. Ignoré su respuesta de manera inmediata; después fui envuelto por un profundo estupor, me arrojé a la cama y dormí con la tranquilidad de un infante.

Al siguiente día, de forma inexplicable para mí y para la cándida enfermera, mis males habían desaparecido. Para ese entonces, dada mi repentina recuperación, mi mamá instaló en casa a la jovial Toscana para que continuara con su aprendizaje médico a cambio de sus cuidados. En cuanto a mí, volví con entusiasmo a retomar mis actividades académicas; sin embargo, al cabo de unas semanas, señales semejantes del mal comenzaron de nuevo a adueñarse de mí.

Aquella vez, en un crepúsculo singular poblado de fugaces pero inquietantes ensoñaciones, vi secuencias de imágenes confusas de sarcófagos exhumados por moradores de antiguas poblaciones que abrían los pechos de los difuntos con cruces

similares a la que Lilit me entregara. Desperté intranquilo y sudaba frío; de manera inconsciente, tomé la resplandeciente cruz soñada y me incorporé de la piltra como si debiera ir hacia algún lugar, y así fue.

Sin saberlo, inicié una marcha de forma mecánica y me dirigí con sigilo al cuarto de la tierna Paloma, entre más me acercaba, más podía escuchar la agitación de mi resuello. Al cruzar el umbral de su habitación, allí estaba acostada ella, sumida en un sueño dulce e inofensivo. Vestía con una seda tan fina que no ocultaba en nada la figura encantadora de su cuerpo. Me arrodillé junto a ella, tan cerca, para colocar la gargantilla —símbolo de iniciación—, y fue de tal modo que pude sentir su calor.

En ese momento, en su totalidad complacido, para poder mordisquear su aterciopelado cuello, largo y esbelto, aparté su sedoso cabello, a lo que ella cedió para inclinar de manera sumisa su cabeza tras un suspiro. Su corazón palpitaba de forma vertiginosa, lo que hizo destacar su vena yugular que no dejaba de pulsar. Turbado, más voluptuoso de lo debido, mis manos acariciaron sus formas bellas y, de un sobresalto, obedecía al instinto del deseo, profané su espíritu.

Al afrentarla, ambos gemimos al penetrarla de manera suave, poco después, chupé con paulatina concupiscencia y delicadeza un flujo puro y rebosante de vigor, sólo para obtener lo necesario y sobrevivir; para dejar así un claro indicio de dos hoyuelos ensangrentados en la garganta y algunas gotitas que teñían la albura del camisón como evidencia de aquella gozosa saciedad.

EL LOBO

Iván Medina Castro

MÉXICO

Según establece el libro sagrado de los hebreos, en una región localizada a pocos estadios de Jerusalén se hizo el milagro de la resurrección. Sin embargo, por orden estricta de los protectores del lugar de culto, se decidió, velar hasta el olvido, el destino del resurrecto. No así para Martha, hermana mayor de quien se habla, cuyo relato fue luego recogido en un escrito apócrifo llamado el Evangelio Secreto de Marcos.

Al cuarto día del entierro, después de retirada la piedra, a la orden de una encriptada frase mística proveniente de una voz redentora del reino de la oscuridad —de aquella región de sueño permanente—, Lázaro, maloliente, con un profundo olor a perro, fue liberado de su sepulcro. Hubo sosiego y, de pronto, el hijo de la muerte salió de su cripta. Lento, dejaba detrás la cueva abierta entre los muros, se dirigió al río Jordán, protegiéndose entre las palmeras de la luminosidad rojiza del amanecer. Era otra vez la vida. Tras alcanzar el afluente, parecía que un nimbo radiante lo acompañaba, y, alrededor suyo, una jauría lo escoltó.

Llegó al riachuelo, y la manada de bestias temerosas huyeron en desbandada. Él, sin inmutarse, caminó dentro de la fría agua y, en la apacible profundidad, se sumergió por unos segundos. Imitaba así una ablución. De regreso a la orilla, permaneció por un tiempo, reconoció las viejas veredas por donde una vez fue errante y partió a su hogar por una angosta calle. Tras llegar al portón, el gentío se arremolinó alrededor suyo: lo tocaban como a un elegido, le brindaron regalos y lo aclamaron, pero él ignoró sus llamados.

En el momento de su ingreso a la casa, nos hincamos ante él y bendecimos su presencia. A Lázaro no parecía importarle, o quizás sólo desconocía lo que le había acontecido. No obstante, todos en la comarca sabíamos del prodigio manifiesto.

Se sentó en la mesa y, con una voz gutural —desconocida para nosotras—, exigió que le sirviéramos de comer. El cordero aún no estaba asado, pero él insistió; y ante nuestra pasividad, se paró de su asiento sin muestra de disgusto en su semblante, y se dirigió hacia el fuego para extraer, con una fuerza descomunal, un buen trozo del muslo. Mi hermana y yo no quisimos detenerlo: había algo en su arrastrado andar que nos transmitió temor. Nuestros cuerpos temblaron de manera involuntaria. Lázaro tomó la carne con ambas manos y, sin ninguna dificultad, la desgarró a dentadas; entretanto, un poco de sangre chorreaba por sus mejillas. Tras terminar de engullir la cruda vianda, se tumbó en el suelo y se acomodó para arrullarse. Sobre el plato, sólo el pan ázimo quedó.

Exhaustas por la jornada, nos fuimos a reposar nuestro cansancio bajo una oscuridad inmóvil, sin estrellas ni luna. De manera repentina, se escucharon fuertes aullidos que nos despertaron. María me recordó que, la pasada primavera —hacía en ese momento casi un año—, los lobos, cautelosos a la reprimenda humana, no se aproximaban al poblado para atacar a las reses. Fui al cuarto contiguo para llamar a Lázaro, pero él no se encontraba ahí. Se nos hizo rara su ausencia, pues antes de su regreso siempre mostró temor a los ruidos de la noche.

Me asomé por la ventana para mirar si lo veía por algún lugar, y alcancé a observar a un ser bermejo y amorfo avanzar por el camino de espesa niebla, sin sospechar de qué se trataba. Tomé del hombro a mi hermana y decidimos irnos a acostar de nuevo; de seguro, Lázaro se habría unido con los demás en la persecución de aquellas fieras nocturnas.

El alba rayaba cuando encontramos a Lázaro echado en el suelo, inmerso en un profundo sueño, con la túnica rasgada, el camisón enlodado, y desde su habitación un denso olor a orín se respiraba. Esparcí en la pieza algunas hierbas fragantes y nos fuimos al mercado de la ciudad por viandas. A nuestro regreso, observamos a Lázaro pasearse silencioso y triste por el huerto, con una angustia intensa. María le habló con delicadeza, pero no recibió contestación. Nos acercamos a él y comentamos que el grupo de lobos, al cual había participado en su caza, atacó a una joven en Jericó, cercenándole la cabeza y las extremidades, aunque nadie vió a los animales atacar. Lázaro no mostró ninguna conmoción en su rostro ni dijo palabra alguna; sólo acarició la mejilla de María, se apartó y fue a confinarse en su recámara.

En la segunda noche de su retorno, acontecimientos similares a la víspera previa nos despertaron. Pero en esta singular ocasión, al ir a ver a Lázaro, pude observar perpleja, a través del rosetón, la sombra de un largo perfil similar al de un enorme lobo, que con singular agilidad y destreza evadía la verja. Lancé un grito agudo y María acudió a mi auxilio. Para entonces, la imponente imagen había desaparecido en las sombras. Nos dirigimos de prisa a la alcoba de Lázaro, pero él no estaba allí. Su ausencia era incomprensible, pues el día anterior, durante las compras, un vendedor nos informó que nuestro hermano no había participado en la cacería. Intranquilas, nos fue difícil conciliar el sueño.

Al día siguiente, el aire estaba en calma, mas no así la comarca; gritos de histeria se esparcieron por el pueblo. Una abominable alimaña, en Gálgala, había rebatado la vida de dos infantes que dormían de manera plácida en su lecho. Escuchar ese acontecimiento alteró sobremanera a María. Lázaro, por el contrario, sin conmoverse, aún contemplaba el horizonte con su pálido rostro de pasión y hastío. Noté, en el borde de su túnica, una pronunciada mancha de sangre. María le cuestionó sobre lo sucedido. Pero él evadió las respuestas, y tras un parpadeo

inquietante, sólo estas palabras de deceso tenían sus labios: «¿No escuchan a los difuntos...? ¿Están acaso sordas?» Una escalofriante sensación nos invadió por completo, y decidimos alejarnos de allí y entrar pronto a la morada. El denso hedor a orina ahora se manifestaba en toda la vivienda. Prendí mirra y lavamos los pisos.

El crepúsculo llegó antes de lo esperado; el viento soplaba, y parecía que una tormenta de arena se presentaría. Aseguramos todas las entradas y nos fuimos a resguardar. Para la media noche, escuchamos unos gruñidos provenientes del aposento de Lázaro. María fue a ver si todo estaba bien con él, pero enseguida se oyó un quejido desgarrador, cargado de una especial intensidad. Acudí rápido a su encuentro, y fue entonces cuando pude ver en sus ojos el iris de una perla enferma, y un hocico con unos dientes afilados, ávidos y voraces, devoraban las entrañas de mi desventurada hermana. Después de acercarme a él, con lágrimas incontenibles, lo llamé por su nombre: ¡Lázaro, sal de ahí! El sanguinario animal, de pelaje rojo ceniciento y con una larga cresta de pelo en el dorso, escapó de un salto. Llamé pronto a los moradores del pueblo para ir tras el asesino de mi sangre, y pasamos toda la noche en persecución, hasta encontrarlo oculto en la brecha donde el camino a Belén se bifurca, allí donde la tierra es negra y sin hierbas. Y de la rama de una acacia, consciente de su miseria y lleno de temer de Dios, se ahorcó frente a ellos.

Lázaro de Betania, meciéndose a voluntad del vendaval, se le veía sonreír por última vez. Se impuso el silencio. Ya sin el menor soplo de vida, lo descolgaron y, a pesar de mi aflicción y desolación, reclamé un espacio para enjuagar su cuerpo llagado con mi cabellera; al terminar, la muchedumbre lo partió en dos.

En memoria de los escabrosos hechos, y con la intención de sellar el puente de lo desconocido, el cuerpo desmembrado de Lázaro fue sepultado debajo de una losa marmórea, entre ortigas,

a las puertas del templo, para que los restos del condenado de la tierra fuesen pisados por la eternidad.

EL EXTRAÑO DE NEGRO

Xavier de la Fuente

MÉXICO

Allí estaba de nuevo el mismo tipo, en la misma esquina bajo la luz mortecina de ese farol. Ya eran cinco noches en que me observaba. Me asomaba a la ventana y allí estaba: me miraba, y aunque no alcanzaba a verle los ojos, podía sentirlos penetrantes bajo el ala de ese sombrero. Me observaba de forma fija, con esa mirada fría. «¿Qué es lo que quería?», me pregunté.

En otras circunstancias habría bajado a confrontar al espía, a correrlo a golpes si era necesario, pero este sujeto me atemorizaba de verdad. Me daba miedo, al grado de espantarme el sueño. Nunca he sido cobarde, pero desde que apareció, algo siniestro se había instalado en el departamento que alquilé en el tercer piso de esa casona. Buscaba algo de paz después de mi tormentoso divorcio.

Me sentía acechado, inquieto, incluso inapetente; algo muy raro, pues soy de buen comer. Quizá estaba algo enfermo y desganado. En la oficina no lograba concentrarme del todo. Me distraía un poco el trabajo, sin duda: los pendientes hacían que me olvidara por un momento del asunto, alejaban mi desazón y me permitían pensar en otras cosas menos angustiantes. Pero entonces caía la noche.

Volvía a casa ya tarde, cenaba frente al televisor y me iba a la cama agotado. Me sumía en un sueño inquieto, plagado de imágenes raras en las que siempre escapaba de algo o de alguien que no podía distinguir. Corría apresurado, con mis piernas temblorosas por el temor de ser alcanzado. Como la noche anterior, desperté justo a las tres de la mañana. Sudoroso, corrí la cortina para asomarme y allí estaba otra vez, como cada noche:

ese tipo alto, siniestro, mirándome desde la acera de enfrente, como si mirara a través de mí. «¿Qué rayos quería?», me volví a preguntar.

Ya me tenía harto. Tal vez era momento de conseguirme un arma y confrontarlo. Por suerte, recapacité y mejor decidí llamar a la policía. En cuanto colgué el teléfono, el sujeto ya se había esfumado. Tuve que disculparme por hacer venir a los agentes en vano. Eso fue la tercera noche. En realidad, esto que les narro nadie podría creérmelo, pero esa noche algo aterrador estaba por suceder.

Desperté como siempre a las tres de la mañana, luego de mi habitual pesadilla. Miré el reloj aturdido y mi atención se centró en la ventana. Sabía que al abrir la cortina el extraño estaría allí, como siempre, vigilándome. Y yo volvería a la cama para tratar de conciliar el sueño, lleno de miedo bajo las sábanas y pendiente de cualquier ruido. Me pareció escuchar los pasos del extraño sujeto subir las escaleras.

Me levanté enseguida y fui directo a la ventana para abrir la cortina. Como era de esperarse, el hombre de negro estaba allí. «¿Cuándo me dejaría en paz?», me cuestionaba.

Y si tan solo bajara y lo enfrentara esta vez... Sería la oportunidad de acabar con todas mis angustias y de enterarme por qué estaba allí y qué buscaba.

«Sí, eso voy a hacer», me dije muy decidido. Pero entonces, al asomarme una última vez, ya no lo vi. Se había ido. Desconcertado, lo busqué y lo vi desaparecer bajo mi ventana, como si supiera mis intenciones. De inmediato corrí hacia la puerta y pasé el cerrojo, consciente de que la madera apolillada no soportaría un buen embate de ese corpulento sujeto. En mi desesperación busqué con qué pudiera defenderme: solo tomé la lámpara de la mesa de noche y esperé. Se la rompería en la cabeza si se atrevía a cruzar la puerta.

Ya podía escuchar sus pasos apresurados al subir los últimos escalones. Mi corazón latía sin control. Por fin terminaría este asunto de una buena vez. Un golpazo seco y mi puerta cedió en pedazos para dar paso al hombre de negro. Se paró frente a mí, imponente, tal vez dos metros de estatura. Hasta en ese momento vi la enorme lanza de madera que sostenía en su mano derecha. Mi triste lámpara me pareció un mal chiste.

Con rostro furioso levantó su brazo, presto a arrojar la lanza. Yo apostaba que mi final había llegado cuando escuché su grito:

—¡A un lado!

Por instinto me arrojé al piso justo a tiempo para evitar la punta que pasó por encima de mi cabeza. Un chillido espeluznante seguido de un golpazo en la pared me heló la sangre. Con piernas trastabillantes me incorporé de manera torpe, sin darme cuenta aún de lo que había ocurrido. Sorprendido, me di cuenta de que ese ataque no iba en mi contra.

Clavado en la pared con el pecho atravesado por la lanza se encontraba una horrenda criatura. Sus chillidos de dolor se ahogaban con la sangre que salía a borbotones de su hocico; sus ojos malignos, revelaban con maldad la agresión existente en ellos. Nos miraba como maldiciéndonos hasta en sus últimos estertores. Al final dejó caer sus enormes garras y sus alas se desmadejaron inermes, rindiéndose a la muerte.

Unos pocos segundos antes de que se pulverizara, pudimos observarla a detalle con horror: un ser humanoide con grandes alas de murciélago, grandes colmillos y piel grisácea que fue desintegrándose ante nuestros ojos, para convertirse en un montón de polvo maloliente. Nos dejó con el aliento contenido ante el macabro espectáculo.

Quedé allí, miraba incrédulo la lanza clavada en la pared, aún sin poder moverme, con el cuerpo adormecido y la mente

aletargada por la impresión. Cuando el ser extraño vestido de negro se dirigió hacia mí:

—Lamento mucho haberlo asustado. Subí cuando vi a la criatura parada a sus espaldas. He seguido a esa bestia desde que aniquilé a mi familia de la manera más cruel: mi esposa y mis tres hijos muertos, sin una gota de sangre en sus cuerpos. Tuve que sepultarlos yo mismo y venir tras de él. Lo seguí hasta su casa, donde se refugió hace cinco noches. Tenía que acabar con su miserable existencia antes de que hiciera más daño. Ahora debo regresar a mi pueblo; me temo que no es el único de su especie suelto por allí. Adiós, amigo, y mucha suerte.

Esta mañana apenas estoy dándome cuenta del peligro que corría todo este tiempo. He dormido con esa criatura muy cerca, acechándome cada noche, cada momento. Ahora comprendo por qué mi debilidad: estaba desangrándome poco a poco. Estoy seguro de que se ocultaba en el ático y ahora que amanece escucho chillidos allí, semejantes a los de la ser humanoide alado, pero más agudos. Pienso que son sus crías; era una hembra la maldita. Ahora me largo de aquí. Debo irme de inmediato porque ya no estará más para salvarme el extraño hombre de negro.

LA BRUJA Y EL SAPO

Maryto.

MÉXICO

Yo pienso que todos en algún momento hemos buscado por medio de internet el tutorial para hacer tal o cual cosa. Algunos tenemos suerte y hemos podido resolver alguna situación urgente gracias a ese apoyo. Pero otros piensan que por seguir las instrucciones de algo ya son expertos en la materia. Porque, al fin y al cabo, si se siguen las indicaciones, ¿qué podría salir mal?

Cuando Sergio le declaró su amor a Imelda, esta no lo podía creer. Aquel apuesto joven de cabello castaño y ojos color miel era, en palabras de las chicas del colegio, el más lindo de la clase. Hacía ya algunos meses que los chicos intercambiaban miradas y comentarios coquetos, pero al fin Sergio le había pedido a Imelda que fuera su novia.

Ella, sin pensarlo mucho, había dicho que sí, porque el muchacho le gustaba, pero más bien porque todas «querían con él». Imelda se sentía soñada al caminar por los pasillos de la escuela superior a la que asistían, de la mano de su tan codiciado novio.

Las cosas comenzaron muy bien: Sergio era un chico romántico y detallista. Al menos una vez a la semana le obsequiaba a Imelda algún detallito: dulces, flores, unos aretes, una cadenita... siempre acompañados de la frase: «Lo vi y pensé en ti».

Sin embargo, no todo lo bueno puede durar para siempre, y menos si uno mismo se sabotea. Imelda era muy celosa y Sergio muy amable con todo el mundo: mala combinación. La primera vez que tuvieron un disgusto fue un día que, al salir de la cafetería,

a una chica de otro grupo se le cayeron las copias que acababa de sacar, justo enfrente de ellos. Todo el piso quedó cubierto con una alfombra de fotocopias y la chica, toda apenada, se apresuró a recogerlas antes de que alguien las pisara. Sergio, como todo un caballero, ayudó a recoger las hojas de la chica, ante el enfado de su novia. Detalles como ese ensombrecían el maravilloso noviazgo de Imelda. Mas la gota que derramó el vaso vino un par de semanas después.

Los enamorados salieron de la última clase, caminaban tomados de la mano rumbo a la salida de la escuela, cuando Sergio le dijo a Imelda que quería invitarla a comer. La jovencita se puso muy contenta y le dijo a su chico que la esperara un momento, porque debía ir al tocador. Imelda se dirigió feliz al baño, pues quería retocar su peinado y maquillaje para verse perfecta en su improvisada cita, mientras Sergio, contento también, se recargaba en el bebedero del pasillo para esperar a su amada. En ese momento pasó Susana, una de las compañeras del grupo de Imelda y Sergio. La chica llevaba un montón de libros en brazos, y Sergio notó que una de sus agujetas se le había desatado. Atento como siempre era, se apresuró a comentarle a su compañera para que la atara antes de que sufriera un accidente. Susana entonces le pidió al joven que le ayudara a sostener sus libros para que ella pudiera atarse el zapato. Cuando Imelda salió del baño, alcanzó a ver el momento en que su novio le devolvía los libros a Susana, mientras esta le daba las gracias con una gran sonrisa.

Para cualquiera, eso solo fue un detalle caballeroso del joven para su compañera, pero para Imelda aquello ya significaba que su novio la había engañado con la chica. Bastante furiosa, Imelda comenzó a decirle a Sergio un montón de cosas feas, como que era un mentiroso y un mujeriego, que no podía dejarlo solo 5 minutos sin traicionarla. Con lo que la chica no contaba era con que su novio ya estaba cansado de sus reclamos: jamás le respondía nada, cada vez que ella le reñía por tener alguna

atención con otra chica, le molestaba, sí, pero nunca discutía con ella. Así que en ese momento ya no pensaba tolerar esa actitud posesiva de su novia. No peleó, no gritó, solo le dijo que esa había sido siempre su forma de ser, atento con los demás, y que si eso no le parecía a ella, tal vez había sido un error pedirle que fuera su novia. Sin más palabras, el muchacho se dio la vuelta y se marchó.

La joven se quedó en shock: no podía creer que así, de manera tan tranquila, el chico la hubiera cortado. Por supuesto que eso no se iba a quedar así. En cuanto llegó a su casa, empezó a buscar en internet —que siempre tiene respuestas para todo— a alguien que pudiera ayudarla con su problema. Había escuchado de personas que hacían «amarres», para que la persona que quieres no se aleje nunca de ti, y cosas así de absurdas. No estaba segura de lo que quería hacer, pero sí estaba segura de que no quería ser el hazmerreír de la escuela. Después de un rato encontró algunas opciones de personas que se dedicaban a la brujería y garantizaban resultados inmediatos en todos sus trabajos. Por desgracia los costos eran elevados, y su presupuesto era muy escaso. Decidida a no darse por vencida, la chica continuó su búsqueda en la red de alguna otra opción que le ayudara a recuperar a su amor. De pronto encontró un video que explicaba paso a paso una forma sencilla de preparar «un filtro de amor casero, con materiales que tienes en casa», decía el anuncio.

Imelda anotó las cosas que ocuparía y salió a comprarlas, pero eso de la brujería no es tan sencillo: todos los ingredientes deben ir al pie de la letra, pues alterar alguno podría modificar también el resultado final. Para una persona novata y engreída como Imelda, esa regla no aplicaba, así que después de mucho buscar ramas de romero fresco y no encontrarlas, se le hizo fácil ponerle a su filtro de amor romero seco.

Entre las opciones de recetas que podrían servirle, en medio de su enfado, Imelda reservó también una de una poción que le

ayudaría a vengarse del chico por haberla despreciado: dicha poción tendría el efecto de llenar de verrugas el rostro de la persona en cuestión, «como si fuera un sapo», decía la receta. Para esto Imelda también se puso creativa, pues hubo un par de ingredientes que no pudo conseguir y que sustituyó con otros que pensó que igual servirían.

Al día siguiente en la escuela, decidió que le daría a Sergio una última oportunidad: que tal vez, si el filtro de amor funcionaba, ya no tendría que llenarle la cara al chico de verrugas. Con estos pensamientos se acercó a él en cuanto pudo, fingió estar arrepentida —que estaba muy lejos de sentir—, le dijo al joven que lo había pensado y que quería cambiar, que por favor le diera otra oportunidad.

El muchacho, amable como era siempre, no despreció una galleta llena del filtro de amor que Imelda le ofreció, pero le dijo que él también lo había pensado y que de verdad prefería volver a tenerla como amiga. Por supuesto que a la chica eso no le agradó, pero decidió tranquilizarse y esperar que el filtro de amor hiciera su efecto.

A lo largo del día Imelda observó a Sergio: esperaba que en cualquier momento su embrujo hiciera efecto y el chico cayera rendido a sus pies, pero no fue así. Conforme avanzaban las horas, el enojo de la chica volvía. Al final del día, al ver que «el maravilloso filtro de amor» que elaboró no dio el resultado que esperaba, decidió pasar al plan «B».

A la hora de la salida pasó junto al chico; llevaba en la mano un pequeño atomizador que contenía la fórmula para las verrugas y, sin dudarlo, roció la cara de Sergio con aquel compuesto. La reacción del joven fue de asco y disgusto, pero no quiso armar un escándalo, así que solo se secó con un pañuelo y se fue a su casa, desconcertado por la actitud de Imelda.

Por la noche, Sergio despertó sintiéndose agitado: algo que no sabía explicar había interrumpido su sueño. Por alguna extraña

razón solo podía pensar en Imelda. En seguida se vistió para dirigirse a su casa. Al llegar se plantó frente a su ventana y comenzó a gritar a todo pulmón para que saliera: el chico se sentía desesperado, como si algo malo le fuera a ocurrir si no veía en ese momento a la joven.

Esta se asomó a la ventana y se emocionó mucho al ver al chico: su fórmula de amor había funcionado. Así que salió presurosa a abrir la puerta, pues no quería hacer esperar a su enamorado. Tan feliz estaba que olvidó por completo que también había ejecutado el plan «B».

Imelda llegó junto a Sergio, lo abrazó y le dio un apasionado beso en los labios, pero al separarse una sustancia viscosa se le quedó pegada en la boca. Sergio sonrió e Imelda pudo notar que sus dientes comenzaban a caerse. Asustada, retrocedió ante la extrañeza del joven que solo quería estar con su amada.

Cuando él quiso sujetarla para que no se alejara, ella notó que entre los dedos de sus manos se formaban membranas delgadas como batracio. La jovencita se echó a correr, seguida por Sergio, que le gritaba que ella era el amor de su vida y que no comprendía por qué huía, al tiempo que se jalaba los cabellos, arrancándolos a puños. Aquella grotesca escena se volvió toda una pesadilla. En el interior de la casa, Imelda corrió a encerrarse en su habitación: por suerte sus padres habían salido y solo estaba ella. La obsesión de Sergio por Imelda le daba una fuerza y determinación extraordinarias, así que no le fue difícil derribar la puerta del cuarto para llegar a su amada. Al entrar a la habitación ya solo le quedaban unos cuantos mechones de cabello y se le habían caído todos los dientes; sus labios se habían inflamado y sus ojos saltones parecía que en cualquier momento iban a abandonar su rostro. Parado frente a Imelda, extendió sus brazos como un bebé que pide ser levantado de su cuna, la miraba como cachorro abandonado sin entender por qué el amor de su vida lo rechazaba. En ese instante comenzó a sacudirse: su cuerpo se agitaba incontenible mientras su nariz y orejas se cayeron.

Enseguida su columna comenzó a torcerse y curvarse al igual que sus piernas, lo que permitió que su cuerpo adoptara una forma similar a la de un enorme sapo.

Enseguida saltó sobre Imelda derribándola y aplastándola con su pegajoso cuerpo, mientras lamía su rostro con su larga y viscosa lengua. Estaba tan feliz de estar con la mujer de sus sueños que no pensaba soltarla nunca...

EL MUSEO DE LAS SOMBRAS

Víctor Hugo Sánchez Sierra

MÉXICO

Los lugares que uno podría imaginar como los más embrujados suelen ser los cementerios, con sus lápidas silenciosas y su aire cargado de melancolía. Si se reflexiona con detenimiento, también se podría pensar en hospitales, donde el sufrimiento impregna los muros, o en cárceles, testigos de desesperación y arrepentimiento. Sin embargo, mi experiencia me ha enseñado que los museos, con su aparente quietud, son verdaderos epicentros de presencias inquietantes. Allí no solo yacen objetos antiguos, sino también ecos de almas que se resisten a abandonar este mundo, aferradas por emociones tan intensas como el odio, la venganza o el temor a un juicio eterno.

Mi nombre es Gabriel, y durante varios años trabajé como vigilante nocturno en el Museo de Historia Antigua, un edificio imponente con vitrinas repletas de reliquias de épocas lejanas. Cuando me contrataron, el director, un hombre de mirada severa y bigote canoso llamado Don Esteban, me advirtió con un tono que mezclaba seriedad y un dejo de burla: «Gabriel, si por las noches escuchas pasos o golpes en las puertas, no te preocupes. Son solo los amigos invisibles que rondan el lugar». Pensé que bromeaba, que era una manera de aligerar el peso de las largas noches en soledad. Pero no tardé en descubrir que sus palabras eran ciertas.

Desde mi primera noche, los sonidos comenzaron. Pasos que resonaban en la sala de la Cultura Griega, como si alguien caminara con prisa, siempre a la misma hora: las dos de la madrugada. Luego, cerca del amanecer, golpes suaves pero insistentes en la puerta trasera del museo, como si alguien, o algo, pidiera entrar. Al principio, esos ruidos me ponían los nervios de

punta. Me quedaba inmóvil en la caseta de vigilancia, con la linterna apretada en la mano, a la espera de que cesaran. Pero con el tiempo, se volvieron parte de mi rutina. Eran tan predecibles que comencé a llevar una bitácora, donde anotaba la hora exacta, la sala donde ocurrían y cualquier detalle peculiar. Los pasos, por ejemplo, siempre parecían provenir de un hombre calzado con botas pesadas, mientras que los golpes en la puerta tenían un ritmo pausado, casi melancólico.

Esos sonidos, aunque inquietantes, se convirtieron en una extraña compañía. Mis amigos invisibles, como los había bautizado Don Esteban, parecían inofensivos. Incluso llegué a imaginar sus historias: tal vez el de los pasos era un soldado griego que buscaba su hogar perdido, y el de los golpes, un alma atrapada que anhelaba ser liberada. Nunca me hicieron daño, y su presencia se volvió tan familiar que, en las noches más largas, casi agradecía su constancia. Pero todo cambió hace dos años, con la llegada de un envío que trastocó la calma del museo.

Era un cargamento de antigüedades provenientes de Francia, reliquias de la época de la Peste Negra. El solo nombre de la exhibición, Sombras de la Plaga, despertó la curiosidad de todos los empleados. Yo no era la excepción. Los objetos, guardados en doce baúles de madera reforzados con hierro, llegaron envueltos en un halo de misterio. Ayudé a descargarlos en las bodegas subterráneas del museo, un lugar húmedo y oscuro donde la luz apenas alcanzaba a iluminar las esquinas. Mientras bajaba el último baúl, una sensación extraña me recorrió el cuerpo. Mis oídos se taparon, como si hubiera cambiado de altitud, y un escalofrío me erizó la piel. Fue como si un instinto primal me advirtiera de un peligro inminente. Sacudí la cabeza, trataba de convencerme de que era solo mi imaginación, y seguí con mi trabajo.

El curador, David, un hombre joven y entusiasta con un amor desmedido por las antigüedades, estaba exultante. «¡Gabriel, esto será histórico!», me dijo mientras revisaba los

baúles con ojos brillantes. «Voy a catalogar todo, y en unas semanas montaremos la exposición. ¡Gracias por tu ayuda!». Asentí, todavía inquieto, y me despedí. Aunque los objetos me intrigaban, no tenía el impulso de investigarlos más allá de mi labor. Sabía que, como vigilante nocturno, tendría tiempo de sobra para explorar la exhibición una vez estuviera lista.

Esa noche, sin embargo, algo cambió. Los pasos en la sala de la Cultura Griega, que siempre habían sido constantes y rítmicos, se volvieron frenéticos, como si alguien corriera desesperado, huyendo de un peligro invisible. El eco resonaba con violencia, y por primera vez, los pasos no duraron los habituales dos minutos, sino casi media hora. Al final, un crujido seco, como el de un hueso al romperse, marcó el regreso del silencio. Me quedé helado, con la bitácora abierta frente a mí, incapaz de escribir. Más tarde, cerca del amanecer, los golpes en la puerta trasera también cambiaron. El toquido pausado dio paso a un golpeteo desesperado, acompañado de un sonido que juraría eran uñas que arañaban la madera. Había angustia, dolor, en esos golpes. Y luego, dos impactos fuertes, como si una cabeza se estrellara contra la puerta, antes de que todo quedara en silencio.

Esa mañana, al firmar mi salida, no pude evitar mirar hacia atrás, hacia el interior del museo. Sentía una presencia observándome, una mirada fría y calculadora que parecía venir de las profundidades del edificio. Había trabajado entre fantasmas durante años, y había aprendido que no podían hacerme daño. Pero esto era diferente. Había algo maligno, algo que no solo estaba presente, sino que había alterado el equilibrio de mis amigos invisibles. Era como si una fuerza nueva y oscura hubiera irrumpido en su mundo, y ellos, los muertos, hubieran pagado el precio.

El día siguiente no trajo alivio. Al llegar al museo para mi turno, encontré a dos policías que hablaban con Don Esteban en la entrada. Me saludaron con un gesto seco y, tras una breve

presentación del director, me interrogaron sobre David. «Lo vi hace dos días, cuando llegaron los baúles de la nueva exhibición», respondí, intentaba mantener la calma. Los policías intercambiaron una mirada grave y me informaron que la familia de David había reportado su desaparición la noche anterior. Mi garganta se secó, y un nudo se formó en mi estómago. «Si sabe algo, contáctenos», dijo el oficial de mayor rango, entregándome una tarjeta. Asentí, incapaz de articular palabra, y entré al museo con el corazón latiendo con fuerza.

Esa noche, los sonidos no regresaron. Esperé en vano los pasos en la sala de la Cultura Griega y los golpes en la puerta trasera. El silencio era asfixiante, más aterrador que cualquier ruido. Subí a la sala griega, en busca de alguna pista, alguna señal de mis amigos invisibles. Al entrar, un olor penetrante me golpeó: cuero húmedo, lodo y algo más, un trasfondo acre, como de carne en descomposición. Encendí mi linterna y revisé cada rincón, pero no encontré nada fuera de lugar. Sin embargo, mi cuerpo reaccionaba como si estuviera en peligro: el corazón acelerado, la piel fría, una sensación de vulnerabilidad que no podía explicar. Salí de la sala casi corriendo y me encerré en la caseta de vigilancia, donde pasé el resto de la noche tembloroso, suplicante. Pero los golpes en la puerta no llegaron.

Al amanecer, salí del museo sin mirar atrás. Estaba convencido de que algo terrible había ocurrido, algo que había silenciado a mis amigos invisibles. Si una presencia podía dañar a los muertos, ¿qué podía hacerme a mí, un simple mortal? Ese día, antes de mi próximo turno, tomé una decisión inusual: visité una iglesia cercana. Me confesé, algo que no hacía desde niño, y pedí por la protección de mi alma y la de los fantasmas que habían sido mis compañeros. También tomé una botella de agua bendita, un gesto impulsivo que, en mi mente, ofrecía una débil esperanza contra lo desconocido. Sabía que regresar al museo esa noche era una locura, pero algo me impulsaba a volver. Tal vez era la

necesidad de entender qué había pasado, o quizás un deseo inconsciente de vengar a mis amigos invisibles.

Cuando llegué al museo, Don Esteban me recibió con una expresión sombría. Me tendió una mano fría y huesuda, y con un tono grave me dijo: «Gabriel, cualquier cosa, lo que sea, llámame». Me entregó un papel con su número personal. Sus palabras confirmaron mis temores: él también sentía que algo maligno acechaba en el museo. Asentí, incapaz de hablar, y me dirigí a la caseta de vigilancia, donde pasé la primera hora inmóvil, preguntándome por qué no renunciaba y huía.

Entonces, una idea cruzó mi mente: todo había comenzado con la llegada de los baúles de Francia. Decidí bajar a las bodegas subterráneas, donde había visto a David por última vez. Armado con mi linterna y el morral donde guardaba la botella de agua bendita, me dirigí al sótano. Cada paso resonaba en el silencio opresivo, y el aire se volvía más denso a medida que descendía. Al llegar a la puerta de la bodega, dudé. Mi mano temblaba al sostener la llave. ¿Y si lo que estaba allí dentro me atacaba antes de que pudiera defenderme? Susurré para darme valor: «Esto va por mis amigos invisibles».

Abrí la puerta y encendí la luz. El olor a cuero mojado y putrefacción era abrumador. La bodega estaba en orden: mesas, estantes, cajas, todo en su lugar. Conté los baúles: uno, dos... hasta doce. Pero el último, el más alejado, estaba entreabierto. Me acerqué con cautela, y justo cuando estaba a punto de cerrar el cerrojo, una mano enguantada salió disparada, lo que abrió la tapa de golpe. Retrocedí, al tiempo que chocaba contra la pared, mientras una figura oscura emergía del baúl. Su cuerpo, cubierto de ropas negras y una máscara de cuervo, se enderezaba con un crujido escalofriante, como si las articulaciones se forzaran en una postura imposible. Era un doctor de la peste, una reliquia viviente de la muerte misma.

Me señaló con un dedo huesudo, y su cuerpo se inclinó hacia mí. El pánico me impulsó a correr, subiendo las escaleras hasta la sala de la Cultura Griega. Me escondí detrás de la puerta, intentaba controlar mi respiración. Entonces escuché pasos: secos, seguros, como botas pesadas. Cada uno más cerca. El sudor frío corría por mi frente. La presencia estaba al otro lado de la puerta. El tiempo se detuvo, y justo cuando pensé que había pasado de largo, una mano enguantada atravesó el espacio y se cerró en mi cuello con una fuerza inhumana.

Frente a mí, la máscara de cuervo me observaba, vacía y aterradora. Mis manos intentaron liberarme, pero era inútil. Mientras mi visión se nublaba, recordé la botella de agua bendita. Con un esfuerzo desesperado, la saqué del morral y la estrellé contra la cabeza de la figura. El vidrio se rompió, y el líquido salpicó la máscara. La criatura soltó un alarido inhumano, llevándose las manos al rostro, y cayó de espaldas, inmóvil.

Tembloroso, marqué el número de Don Esteban. A las nueve de la mañana, un equipo de criminalistas llegó al museo. Descubrieron que, bajo las ropas del doctor de la peste, estaba el cuerpo de David. Pero llevaba días muerto, mucho antes de que lo viera por última vez. Nadie pudo explicar cómo había ocurrido. Los baúles fueron sellados y devueltos a Francia, y la exhibición nunca se montó.

Renuncié al museo poco después. Mis amigos invisibles nunca regresaron, y el lugar, que alguna vez había sentido vivo con sus presencias, se convirtió en una tumba vacía. Aprendí que el odio y la maldad pueden aferrarse a objetos durante siglos, donde esperan de manera paciente el momento de desatar su furia. Y aunque escapé con vida, las noches en el museo me dejaron una certeza: algunos lugares guardan más que historia; guardan almas que nunca encuentran paz.

EN LO PROFUNDO DE LA MINA

Víctor Hugo Sánchez Sierra

MÉXICO

Escribo estas palabras con mano temblorosa, mientras la llama de mi lámpara de aceite titila y consume lo último de su vida. El túnel por el que entré ya no existe; se derrumbó con un rugido que aún resuena en mi mente. No fue un accidente. No fue la naturaleza traicionera de la mina. Fue él, el ser que me acecha, quien lo provocó. Cientos de toneladas de roca me rodean, un mausoleo de piedra que me aprisiona. Sé que mi fin está cerca. La asfixia me espera, o, si la suerte me abandona por completo, la inanición será mi verdugo. He perdido toda esperanza de escapar, así que dejo estas notas como un testimonio desesperado de mi destino, un grito en la oscuridad para quien las encuentre.

Soy capataz de la mina de Golem, un lugar olvidado por la luz del sol, donde la tierra guarda secretos que el hombre no debería desenterrar. Mi tarea era simple: supervisar la extracción de minerales y aprobar los cargamentos que se envían a la Capital. Amatistas, rubíes, esmeraldas... gemas que brillan como promesas de riqueza. Pero ayer, todo cambió. Los mineros descubrieron algo que no debería existir, un mineral que, estoy convencido, no pertenece a este mundo. Es un material maldito, la causa del derrumbe que sepultó la mina y me condenó a esta tumba de roca. Este es el relato de cómo llegué aquí, atrapado, a la espera de lo inevitable.

Todo comenzó con un hallazgo extraño. Los mineros, hombres curtidos por años de trabajo en la penumbra, encontraron un túnel que no figuraba en ningún mapa. Era diferente a los pasajes toscos que nosotros mismos excavábamos. Sus paredes eran lisas, curvas, pulidas hasta la

perfección, como si un escultor divino las hubiera tallado con precisión inhumana. Más sorprendidos que temerosos, me llamaron para que inspeccionara el descubrimiento. Querían una explicación, una respuesta que calmara la inquietud que se dibujaba en sus rostros.

Con la seguridad que otorga la experiencia, les aseguré que no había nada sobrenatural en ello.

—Es solo el lecho de un antiguo río subterráneo —les dije—. El agua, durante millones de años, pulió la roca hasta dejarla así.

Mi voz sonó firme, convincente, y ellos asintieron, aliviados por la lógica de mi argumento. La minería es un oficio que no da espacio al miedo; el trabajo debía continuar. Un grupo de cinco mineros, armados con picos y lámparas de gas, se ofreció a explorar el túnel para confirmar mi teoría y buscar posibles vetas de minerales. Les di mi aprobación, confiado en que no encontrarían más que agua estancada o, con suerte, algún depósito nuevo.

El día transcurrió sin incidentes, hasta que, cerca de las seis de la tarde, un grito urgente me llamó desde las profundidades. Los mineros habían encontrado algo. Bajé con ellos, recorrimos unos trescientos metros por el túnel liso, que parecía absorber la luz de nuestras lámparas. El aire se volvía más denso a cada paso, cargado de un olor metálico que no supe identificar. Al final, llegamos a una cavidad que desafiaba toda lógica. Era una bóveda colosal, tan vasta que las llamas de nuestras lámparas no alcanzaban a iluminar sus límites. La oscuridad era absoluta, un vacío que parecía tragarse el sonido y el tiempo. Pero, en la distancia, pequeños destellos carmesí brillaban como ojos en la penumbra.

La perspectiva en un lugar así es engañosa. Un punto de luz puede estar a kilómetros o a solo unos pasos. Los mineros, paralizados por una mezcla de asombro y temor, murmuraban entre ellos. Decidí tomar la iniciativa.

—No es más que un reflejo de minerales —les dije, aunque una parte de mí dudaba.

Con paso firme, avancé hacia los destellos, contaba mis pasos para mantener la calma. Fueron ciento cuarenta y ocho. Cuando llegué, lo que vi me dejó sin aliento.

Nueve rocas carmesíes, del tamaño de una naranja, brillaban con una intensidad hipnótica. No eran simples piedras; eran pirámides talladas a la perfección, con ángulos tan precisos que ningún artesano humano podría haberlas creado. Eran ligeras, casi ingravidas, como si estuvieran huecas. Al acercar mi lámpara, noté que estaban dispuestas en círculo alrededor de un cráter poco profundo, como si formaran un altar o un nido. La idea me golpeó como un relámpago, pero la deseché, atribuyéndola a la fatiga. Llamé a los mineros y pedí una cesta para llevar las pirámides a la superficie. Uno de ellos, un joven delgado de no más de veinte años, se acercó con manos temblorosas y me la entregó. Sus ojos, abiertos de par en par, reflejaban un miedo que no comprendí en ese momento.

Mientras recogía las pirámides, un zumbido sutil comenzó a resonar en mis oídos. Al principio, lo ignoré, pensaba que era el eco de la mina o la presión de estar tan profundo. Pero el sonido creció, un murmullo constante que parecía vibrar dentro de mi cráneo. El joven minero, pálido, susurró:

—¿No lo oye? —dijo con su voz temblorosa—. Es el Der'gor. El monstruo de la piedra.

—¿Qué es eso? —pregunté, incrédulo.

Tragó saliva, su mirada fija en la oscuridad.

—El monstruo que vive en lo profundo de las minas. Mi abuelo me hablaba de él. Es enorme, cubierto de ojos que no ven como los nuestros. Ve... cosas invisibles, más allá de lo que conocemos. Se alimenta de los mineros perdidos. Y nosotros... invadimos su hogar.

Me reí, nervioso, desechaba sus palabras como supersticiones.

—Eso es absurdo —dije, pero mi voz carecía de convicción.

En ese momento, un estruendo ensordecedor sacudió la bóveda. La roca crujió, el zumbido en mi cabeza se convirtió en un alarido, y el túnel frente a nosotros colapsó. Los mineros que iban adelante desaparecieron bajo una avalancha de piedra. Sus lámparas se apagaron, mientras dejaban solo el eco de sus gritos.

El joven y yo corrimos, impulsados por el instinto de supervivencia. Él me adelantó, sus pasos resonaban en el túnel. Pero entonces, otro crujido, otro zumbido insoportable, y una nueva pared de roca se alzó frente a mí. El joven quedó sepultado. Estaba solo, con mi lámpara a punto de extinguirse. Acerqué la luz a una de las pirámides, y lo que vi me heló la sangre. No eran piedras. Eran huevos. En su interior, algo se movía: una esfera pútrida, cubierta de cientos de ojos que parpadean como estrellas enfermas. Del extremo superior emergían tentáculos, una decena, que se retorcían con lentitud. En el otro extremo, una boca redonda, repleta de dientes diminutos y afilados como navajas. No era obra del diablo; era algo peor, algo que no pertenecía a este mundo.

Sabía que el Der'gor me observaba. No me había matado porque esperaba que sus crías se alimentaran de mí cuando eclosionaran. Escribo esto como una advertencia: no excaven más. Este lugar no es seguro. Las pirámides carmesíes son una trampa, un cebo para los incautos. Si las encuentran, huyan. Lo que habita en lo profundo de la tierra no debe ser despertado.

LOS DIENTES DE LA MAGA

Ricardo Julián Cabezas Pérez

COLOMBIA

Nadie en el barrio podía olvidar los dientes de aquella mujer extraña. Blancos como el marfil, afilados como colmillos de un animal salvaje, aunque siempre intentaba ocultarlos al bostezar o reír. Se hacía llamar Magally, aunque todos en el barrio la conocían como la Maga. Algunos susurraban que se había sometido a un diseño de sonrisa, un procedimiento caro que solo los ricos podían costear. Sin embargo, otros creían que aquellos dientes eran algo más, algo antinatural, como si escondieran un secreto más allá de la vanidad.

Magally era bella, con una presencia que parecía sacada de una pintura oscura. Delgada, de proporciones casi perfectas, su figura evocaba a una modelo de Instagram atrapada en un lienzo gótico. Siempre vestía faldas largas y oscuras, con telas que caían como sombras líquidas sobre su cuerpo, dándole un aire de muñeca de porcelana, frágil pero inquietante. Los chicos del barrio, los hombres maduros, incluso los ancianos, la miraban con una mezcla de deseo y temor. Sus ojos, profundos y negros como pozos sin fondo, parecían leer los secretos más oscuros de quienes se atrevían a cruzarse con su mirada.

Decían que Magally leía las cartas con una precisión escalofriante. Hablaban de sus conocimientos en amarres, pócimas de amor y rituales con cristales que brillaban bajo la luz de la luna. También se rumoreaba que dominaba la lectura del tabaco, al interpretar los hilos de humo como si fueran mensajes de otro mundo. Las santurronas del barrio, con sus vestidos largos y sus Biblias apretadas contra el pecho, la temían y la despreciaban. Para ellas, Magally era una adoradora del demonio, una bruja que hechizaba a sus maridos con la blancura

sobrenatural de sus dientes. En los templos improvisados en garajes, murmuraban sobre las decenas de hombres ancianos y calvos que llegaban a su casa en la penumbra de la noche. Eran hombres adinerados, con trajes caros y autos de lujo que rugían como bestias al estacionarse frente a su casona. «Sugars», los llamaban las lenguas viperinas del barrio, convencidas de que Magally los manipulaba con artes oscuras.

Magally había llegado a Bogotá siendo casi una adolescente, huía de las masacres que asolaban su pueblo, un lugar perdido entre las ciénagas del Magdalena Medio, donde el aire olía a lodo y muerte. Durante años, el recuerdo del olor a tierra húmeda la persiguió, un eco del día en que enterró el cuerpo descuartizado de su hermano pequeño, asesinado por las sombras de la guerra. Su abuela, el único familiar que le quedaba, murió poco después, consumida por la vejez o tal vez por el peso del dolor. Aquella noche, los dientes de Magally ardieron con un dolor insoportable, como si algo vivo y monstruoso se retorciese en su interior. Sintió una presencia negra y descomunal que se arrastraba por sus intestinos, para intentar emerger con la fuerza de la perversidad, como si su cuerpo fuera un portal para algo más grande, más antiguo.

En Bogotá, Magally hizo lo que pudo para sobrevivir. Trabajó en oficios ruines, soportó humillaciones y labores mal pagadas que apenas le alcanzaban para comer. Pero la oscuridad que llevaba dentro, una rabia profunda como un abismo, le dio la fuerza para resistir. Sus dientes, que una vez le dolieron hasta hacerla gritar, se volvieron fuertes, casi voluntariosos, como si fueran una extensión de su voluntad indomable. Aprendió a leer las cartas con una destreza que sorprendía incluso a los más escépticos. Engatusó a hombres brutos, aunque ricos, hombres que caían rendidos ante su belleza y su aura de misterio. Uno de ellos, un comerciante de Codabas con ojos pequeños y ambiciosos, le consiguió una vieja casona de dos pisos en el corazón del barrio. Allí, Magally montó su templo de adivinación,

un lugar decorado con ídolos de piedra tallados con rostros olvidados, estampas Yoruba que parecían observar desde las paredes y un pequeño altar dedicado a la Santa Muerte, cuya figura esquelética sostenía una vela que nunca se apagaba. Prefería vivir sola, así que dejó las habitaciones del piso inferior vacías, como si temiera compartir su espacio con alguien que pudiera descubrir sus secretos. El comerciante, encandilado por ella, le permitió todo, incluso las visitas de otros hombres, sin hacer preguntas.

Magally no tenía amigas, salvo Camila, una morena de rizos delicados y cuerpo atlético que parecía tallada por el viento del Pacífico. Camila era la mejor bailarina de salsa de la cuadra, siempre lista para la parranda, con un fuego en la sangre que incendiaba las noches de fiesta. Su amistad con Magally era extraña, casi improbable, pero con el tiempo se convirtió en una complicidad feroz. Magally cuidaba de Camila en sus borracheras, asegurándose de que nadie se aprovechara de su amiga en las noches de desenfreno. A cambio, Camila traía una chispa de vitalidad a los oscuros quehaceres de Magally, a sus noches arcanas llenas de rituales y susurros. En aquellos días, los dientes de Magally dejaron de doler, como si la presencia de Camila apaciguara la furia que habitaba en su interior.

Todo cambió cuando Camila se enamoró de Cristancho en una de sus rumbas por Las Américas. Cristancho, o «Cristo» como lo llamaban los pandilleros, era un hombre hecho de fuego y plomo, un animal hambriento de violencia. Había abandonado el colegio para convertirse en atracador, luego en ladrón de tiendas, y con el tiempo escaló en la jerarquía de la fauna criminal del barrio. De mensajero pasó a vendedor de Tusi, luego a chofer de los peces gordos, y ahora se murmuraba que era un lugarteniente del temido Tren de Aragua, sospechoso de asesinatos y secuestros que mantenían al barrio en vilo. Lo seguía un grupo de antisociales conocido como el Parche 27, una pandilla de jóvenes con ojos vacíos y cuchillos afilados. Camila, deslumbrada por la

fuerza bruta de Cristo y su aura de macho colosal, se entregó a él sin reservas. Él la sacó de su trabajo como mesera y la llevó a vivir a un apartamento de nuevo rico en el norte de la ciudad, un lugar decorado con mal gusto, lleno de espejos y muebles dorados que olían a dinero sucio.

Pero el paraíso que Camila imaginó pronto se convirtió en un infierno. Los celos de Cristo eran una bestia incontrolable. No la dejaba salir, le prohibía vestirse como quería y cortó todo contacto con Magally, a quien detestaba y temía sin razón aparente. Los golpes comenzaron, primero esporádicos, luego habituales. La sangre se convirtió en parte del paisaje del apartamento, con las paredes y el piso manchados. Una noche, aprovechó una de las juergas de Cristo, Camila escapó y buscó refugio en la casona de Magally.

La Maga la recibió con lágrimas y un abrazo que parecía querer detener el tiempo. «Tienes que huir», le dijo, con una urgencia que hizo temblar su voz. «Hoy mismo, si es posible». Magally prometió usar sus contactos con los hombres ricos para sacarla de la ciudad, para llevarla a un lugar donde Cristo no pudiera encontrarla. Pero Camila, que temblaba de miedo, confesó que no tenía nada: todo en su vida dependía de Cristo. El pánico la paralizaba, y no confiaba en desconocidos. Al final, decidió huir a Tumaco, donde se encerraría en la casa de sus abuelos hasta poder rehacer su vida. Magally, sin dudarlo, puso en sus manos varios fajos de billetes. «Toma esto y vuélate, amiga», le dijo, con los ojos que brillaban de determinación. Se abrazaron en un silencio cargado de tristeza, y Camila presurosa corrió, su figura desvaneciéndose en la noche.

Nunca se la volvió a ver en el barrio.

Sin que nadie lo supiera, los del Parche 27 habían seguido a Camila. La esperaban afuera de la casona de Magally, ocultos en las sombras como perros de caza. Seguían las órdenes de Cristo, la interceptaron y la metieron en una camioneta con vidrios

polarizados que arrancó hacia el sur. Semanas después, unos recicladores encontraron sus restos entre montones de basura, irreconocibles, como si la ciudad misma la hubiera devorado.

Esa misma noche, Cristancho, consumido por la rabia, paseaba en su habitación como una fiera enjaulada. «Voy a quebrar a esa desgraciada», pensó, refiriéndose a Magally. «Todo es culpa de esa malparida. Ella puso a Camila en mi contra con sus brujerías». Lleno de furia, tomó un trago de aguardiente, montó su motocicleta y salió a buscarla.

Eran casi las tres de la madrugada cuando llegó a la casona de Magally. La puerta principal estaba abierta, una invitación inquietante que lo hizo dudar por un instante. Con la pistola en una mano y la botella en la otra, entró al corredor en penumbra, donde el aire olía a incienso y a algo más, algo rancio y antiguo. La casa estaba en silencio, un silencio tan denso que parecía absorber los sonidos del exterior. De pronto, un crujido resonó desde el segundo piso, como una rama seca quebrándose bajo un pie descuidado. Cristancho subió las escaleras con la furia de un toro, sin importarle el ruido de sus botas contra la madera.

Allí, en el templo de Magally, la encontró. Estaba de pie contra la pared, de espaldas, inmóvil como un espectro consumido por una soledad macabra. Su figura, iluminada por la tenue luz de las velas, parecía más alta, más imponente. Al sentir su presencia, Magally giró la cabeza con lentitud, y sus ojos, dos pozos de desprecio infinito, lo atravesaron. Abrió la boca, y un alarido inhumano escapó de su garganta, un sonido que no pertenecía a este mundo. Sus dientes brillaban como antorchas diminutas, incandescentes, y los muros de la casona temblaron como si un terremoto los sacudiera. Por un instante, Cristancho sintió una presencia desconocida, una fuerza que lo odiaba con una intensidad que le heló la sangre.

Pero él era un hombre duro, como se jactaba. Sacudió el miedo, levantó su Beretta y disparó tres veces a quemarropa. Las

balas se hundieron en el cráneo de Magally, lo que destrozó sus dientes perfectos. Un líquido espeso comenzó a brotar de las heridas, desprendían un olor a pantano y podredumbre. Ella cayó al suelo, su cuerpo inerte, con los dientes rotos esparcidos como fragmentos de marfil.

«La desgraciada no era inmortal», dijo con una risa burlona, al tiempo que escupía sobre el cuerpo de Magally. Pero entonces, contra toda lógica, ella se levantó. Sus movimientos eran lentos, deliberados, como si el dolor no tuviera poder sobre ella. Cristancho, incrédulo, disparó de nuevo, cuatro o cinco veces. Una bala le rompió la clavícula; otras dos se incrustaron en sus ojos, que ahora ardían con un odio visceral. Su rostro, destrozado y deforme, avanzaba hacia él, imperturbable.

El delincuente, presa del pánico, intentó correr. Tropezó con el altar de la Santa Muerte, lo que hizo caer velas y medallones Yoruba que se estrellaron contra el suelo. Cayó de bruces sobre las baldosas carmesí, y antes de que pudiera levantarse, Magally lo agarró por la pierna con una fuerza inhumana. En su mandíbula astillada, comenzaron a crecer dientes grotescos, largos y afilados como los de un lagarto prehistórico. Su rostro se hinchó, deformándose como un globo grotesco de carnaval. Una lengua negra y viscosa salió de su garganta y se enroscó en la boca de Cristancho, mientras sus labios se fundían en un beso de sangre helada. Los golpes resonaron en la casona, acompañados del sonido de vidrios rotos y deidades que caían al suelo. Los alaridos del hombre se mezclaron con el rugido de algo mucho más grande, algo que no era humano. Las luces de las casas vecinas comenzaron a encenderse, y pronto llegaron patrullas y ambulancias, atraídas por el caos.

Los forenses encontraron un cuerpo mutilado, con mordidas de una bestia furiosa y huesos triturados por una presión imposible. Los informes policiales, reproducidos en los noticieros, no mencionaron a Magally ni los sucesos sobrenaturales. El caso fue archivado como un ajuste de cuentas entre narcos aficionados

al ocultismo, una explicación conveniente para una ciudad que prefería no mirar demasiado profundo.

Meses después, los vecinos comenzaron a escuchar una risa en los techos de las viejas casonas, una risa enloquecida que cortaba el silencio de la noche. Era el sonido de alguien que no conocía la paz ni la cordura, un eco que helaba la sangre. Al día siguiente, los cuerpos despedazados de los miembros del Parche 27 aparecieron junto a las vías del ferrocarril. En sus cadáveres, incrustados como trofeos macabros, se encontraron fragmentos de colmillos más blancos que los de cualquier animal, pero tan duros como una sierra de diamante. En los rostros de los asesinos, congelados en un rictus de terror, había un horror que trascendía la muerte, como si hubieran visto algo más allá de la aniquilación, algo que los había destruido desde el alma.

Y en las noches más oscuras, los vecinos juraban que aún podían escuchar el crujido de los dientes de la Maga, que resonaban en las sombras, en busca de justicia o venganza, o tal vez ambas.

LAS GARGOLAS

Esteban Ferrari

ARGENTINA

No sabría decir por qué, aquella noche, el aire tenía un peso diferente.

Haedo, mi barrio de siempre, parecía suspendido en una calma inusual, casi expectante. Las luces LED de las modernas luminarias apenas lograban perforar la neblina que reptaba sobre el asfalto, y cada sonido —el ladrido lejano, el zumbido de un transformador, el crujir de mis propias pisadas— se sentía amplificado, como si el mundo se hubiese reducido a ese instante.

Yo caminaba, como cada noche, con mi perra loba Alaska. Era un ritual. Ella avanzaba unos pasos delante, olfateaba los troncos de los plátanos que se alineaban en la vereda. Tenía el pelaje blanco y brillante, como sus primos del Ártico, y sus ojos parecían absorber la luz. Siempre me había acompañado sin miedo, pero esa noche noté que algo en ella estaba distinto: las orejas rígidas, la respiración contenida, el cuerpo tenso, como si percibiera una presencia invisible.

Fue entonces cuando las vi.

Dos adolescentes caminaban delante nuestro, unos veinte metros más adelante. Reían. Reían con esa despreocupación que sólo tienen los cuerpos jóvenes en la noche. Llevaban mochilas colgadas y un brillo extraño en la mirada, o eso me pareció desde lejos. Su risa, sin embargo, no era natural. Tenía un eco hueco, metálico, como si saliera de una caverna.

«Vamos Alaska», murmuré, intentaba ignorar la sensación que me recorría la espalda.

Avanzamos unos metros más, hasta que ellas, casi al mismo tiempo, se dieron vuelta.

Nunca olvidaré ese momento.

Las luces parpadearon y el aire se contrajo. Las risas se apagaron de golpe, y sus rostros —o lo que quedaba de ellos— comenzaron a mutar. Las bocas se estiraron en muecas imposibles, los ojos se hundieron hasta volverse huecos, y la piel... la piel empezó a adquirir un tono grisáceo, pétreo, como si la carne se solidificara desde adentro.

La loba gruñó con un sonido bajo y gutural.

Las figuras —porque ya no podían llamarse muchachas— se alzaron unos centímetros del suelo, como si el viento las levantara. Sus brazos se extendieron, y de sus omóplatos brotaron dos alas oscuras, de textura rocosa, que se desplegaron con un crujido mineral. Los rostros eran ahora máscaras de piedra, y sus risas regresaron distorsionadas, se propagaban por toda la calle.

Las gárgolas.

No eran esculturas inmóviles sobre catedrales ni adornos góticos de alguna iglesia vieja. No. Estaban allí, frente a mí, vivas, palpitaban y respiraban con un sonido semejante al roce de las piedras bajo la lluvia.

Retrocedí un paso. Alaska comenzó a ladrar de forma frenética, tiraba de la correa, pero yo no podía moverme. Una de las criaturas giró la cabeza con lentitud antinatural y me miró de manera directa. Sentí que sus ojos, profundos como cavernas, me atravesaban. Vi dentro de ellos una tormenta que todavía no había llegado: relámpagos azules, vientos furiosos, árboles arrancados de raíz.

De pronto, una ráfaga helada me envolvió. Las gárgolas se elevaron en un torbellino de polvo, y desaparecieron en dirección al cielo, perdiéndose entre las nubes que comenzaban a juntarse sobre Haedo.

El aire cambió esa madrugada.

Una presión insoportable pesaba sobre el pecho de todos los que aún estábamos despiertos. Los perros —no sólo Alaska— comenzaron a aullar desde distintos puntos del barrio, un coro agudo y desesperado. Los cables se agitaban solos, como si una fuerza invisible los hiciera vibrar.

Encendí la radio para distraerme, pero en todas las emisoras se oía la misma voz quebrada:

«Se recomienda permanecer en sus hogares. El Servicio Meteorológico Nacional ha emitido una alerta roja para toda la zona oeste del Gran Buenos Aires. Se espera un fenómeno sin precedentes»

Apagué el aparato. No necesitaba más palabras. Afuera, el cielo se había vuelto un abismo de nubes negras, y la primera gota golpeó la ventana como un anuncio.

La lobita gimió. Me miró con un brillo que jamás le había visto: miedo.

El viento comenzó a soplar con violencia; arrastraba ramas, chapas, polvo. Las luces se cortaron. Desde la calle llegó el rugido del huracán —un sonido denso, casi orgánico, como si la tierra misma exhalara con furia.

Las horas siguientes fueron confusas.

Recuerdo que los vidrios estallaban, el techo parecía ceder, los gritos de los vecinos. El agua entraba por todas partes, y en

medio de la oscuridad, juraría que vi sombras aladas cruzar el cielo. No eran aves ni restos de techos que se desplazaban por el aire: eran ellas. Las gárgolas.

Sus siluetas se movían contra los relámpagos; planeaban sobre el caos. Algunas se posaban en los techos que aún resistían, observaban, inmóviles, como centinelas antiguos. Otras descendían entre los escombros.

Quando todo terminó, el amanecer no trajo alivio.

La ciudad estaba irreconocible.

Las calles eran ríos; los autos, montañas de chatarra. Había cuerpos por todas partes.

Salí con Alaska, tembloroso.

El aire olía a ozono, a polvo y a muerte.

Y entonces las vi otra vez.

Decenas de gárgolas sobrevolaban el barrio en silencio. No había ya risa en ellas, sólo solemnidad. Descendían una a una, se posaban junto a los cadáveres y, con una delicadeza casi ritual, los alzaban entre sus garras. Algunos cuerpos desaparecían con ellas en el cielo; otros eran dejados a medio camino, en las azoteas, como si seleccionaran con cuidado a quién llevar.

Los sobrevivientes que se atrevían a mirar lo hacían con terror, pero también con una extraña fascinación. Nadie entendía nada.

Me quedé quieto, observaba. Una de ellas se acercó a pocos metros. Su rostro no era ya grotesco: tenía una tristeza antigua, infinita. Me miró y sentí que su voz no venía del aire, sino desde adentro de mi cabeza:

«No somos el mal... Somos el presagio».

Y con un batir de alas, se perdió entre las nubes.

Esa noche, cuando el silencio volvió, las gárgolas desaparecieron.

Las autoridades hablaron de un ciclón atípico, de corrientes convectivas, de una «tormenta perfecta» que había sorprendido a todos los sistemas meteorológicos. Pero yo sabía que no había sido sólo un fenómeno natural. Aquello fue un aviso.

Durante días, los noticieros repitieron cifras y teorías, mientras los vecinos recogían los restos de sus casas. Nadie mencionó a las criaturas. Tal vez no las habían visto. Tal vez nadie quiso creerlo.

Sin embargo, algunas cosas cambiaron para siempre. En los techos destruidos de las casas más antiguas, comenzaron a aparecer figuras nuevas: pequeñas esculturas de piedra, grotescas, con alas plegadas y rostros que parecían mirar al cielo. Nadie las talló, nadie las colocó. Solo estaban ahí al amanecer.

Alaska olfatea el aire y las mira, con cautela.

Yo, en cambio, las observo en silencio. En ciertos momentos, me parece que sus ojos se mueven.

A pesar de todo nunca suspendimos nuestros paseos nocturnos.

El viento suele traer a veces un rumor lejano, como el roce de alas contra el aire. Miro hacia arriba, entre las sombras de los cables y los árboles, y creo verlas tomar vida. No sé si me cuidan o me vigilan.

Pero estoy seguro de algo:

Las gárgolas no se fueron.

Esperan.

Porque las catástrofes —como los secretos del cielo—
nunca llegan una sola vez.

MISTERIO EN LA ANTÁRTIDA

Esteban Ferrari

ARGENTINA

En el extremo más remoto del planeta, donde el viento corta como un vidrio y el cielo parece un espejo del hielo, se extiende la Antártida: un continente de sombras congeladas y horizontes infinitos. Allí no hay fronteras visibles, solo la vastedad blanca que todo lo cubre, el susurro del hielo moviéndose de forma lenta bajo su propio peso, y el eco de los hombres que alguna vez creyeron poder dominar ese desierto helado.

Dentro de ese territorio impenetrable, en el sector austral reclamado por la Argentina —entre los meridianos 25° y 74° Oeste y al sur del paralelo 60°—, se levanta la «Antártida Argentina»: un fragmento de patria en el fin del mundo. Son tierras de glaciares milenarios, montañas ocultas bajo la nieve, y mares que respiran vapor helado. Allí se alzan las bases que resisten el invierno perpetuo; nombres como Esperanza, Marambio o Belgrano rompen el silencio del mapa como faros de una presencia humana casi fantasmal.

Nada parece moverse en ese confín, sin embargo, bajo el hielo se esconden secretos que ni el tiempo ni el frío han podido borrar. En ese escenario donde el sol apenas roza el horizonte y la noche se prolonga durante meses, comenzará el misterio.

El viento del sur soplaba con la fuerza de un presagio.

En la inmensidad blanca de la Antártida Argentina, nada parecía tener vida. Todo era silencio, un silencio tan profundo que podía confundirse con la eternidad. Solo el crujido del hielo bajo las orugas de los vehículos militares rompía la monotonía sonora de aquel paisaje inhumano.

Era el verano austral de 1987, y el sol —si podía llamarse así— apenas rozaba el horizonte con una luz oblicua y metálica. Desde la Base Marambio, el general Noel Fuentes había recibido el orden de dirigir una misión hacia el interior helado, en las cercanías de la «Base Belgrano II», donde un grupo de científicos había detectado una extraña anomalía magnética bajo el hielo. El fenómeno no correspondía a ningún registro geológico ni metálico conocido. Algunos lo habían atribuido a la caída de un meteorito; otros, con menos ciencia y más superstición, hablaban de algo que no debía ser perturbado.

El general Fuentes no era hombre de leyendas.

Había servido en el sur, combatido en terrenos duros y conocido el miedo bajo otras formas. Pero algo en ese destino blanco lo inquietaba. Había una vibración en el aire, un presentimiento helado que no provenía del clima.

La misión partió en tres vehículos oruga, con ocho hombres bajo su mando. Les acompañaba también un joven geólogo del CONICET, el doctor Ezequiel Lamas, encargado de operar los sensores de profundidad. Tras tres días de avance sobre la planicie helada, llegaron a la zona indicada: una extensión infinita donde el cielo y la tierra parecían fundirse en una sola cúpula de hielo.

—Aquí está —dijo Lamas, al tiempo que clavaba una sonda en el suelo—. A unos treinta metros. Es... metálico. Y enorme.

El general lo miró con una mezcla de desconfianza y fascinación.

—Proceda, doctor. Pero recuerde: no queremos otra historia para el diario.

Las máquinas comenzaron a perforar. Durante horas, el golpeteo del taladro resonó bajo el cielo inmóvil; levantaba un humo blanco de hielo molido. Cuando por fin se detuvo, el hueco

reveló una superficie oscura, lisa, imposible. No era piedra ni metal terrestre. Tenía la textura de algo que el tiempo no había tocado.

Lamas bajó con una linterna y susurros de excitación.

—No es una roca. Es... algo construido. Como una cápsula.

El general descendió detrás de él. La luz oscilante reveló símbolos grabados en la superficie: líneas y espirales que parecían moverse, como si el metal respirara bajo la luz.

De pronto, un ruido sordo retumbó desde el interior. Un golpe, como un puño que golpeará la pared desde adentro.

— ¡Retroceda! —ordenó Fuentes, mientras el aire se helaba aún más.

Pero fue tarde.

Una grieta se abrió con un sonido metálico, a la vez que liberaba una exhalación oscura: un vapor que no era niebla ni humo, sino algo más denso, más antiguo.

Uno de los soldados, el cabo Fernández, cayó de rodillas. Gritaba. Sus ojos se tornaron negros como la obsidiana. Luego, el silencio. Se desplomó sobre la nieve, sin vida.

El general apuntó con su arma al interior del objeto —una vieja pero efectiva Magnum .45— aunque sabía que las balas serían inútiles contra lo desconocido. Vacío el cargador de su arma sin lograr ningún resultado.

Algo emergió del hueco: una forma alta, encapuchada, de contornos difusos, hecha de sombra y hielo. Sus movimientos no obedecían las leyes del cuerpo, sino las del miedo.

La criatura emitió un sonido, profundo, gutural, ahogado.

Su voz era un eco de muchas voces, todas susurraban en una lengua imposible, resonaban dentro de las cabezas de los hombres. Dos soldados más cayeron, con los ojos sangrantes. Otro disparó al aire y corrió hasta perderse en la ventisca.

Nadie lo volvió a ver.

Fuentes comprendió que aquello no pertenecía a ningún tiempo humano. Ni siquiera era de este mundo. Era un ser «atrapado», una entidad que dormía desde antes de los hielos, quizás desde el origen de la Tierra, cuando el fuego aún moldeaba la forma del abismo.

El doctor Lamas, tembloroso, recogió un fragmento de metal del objeto.

—General... esto no puede ser real. No existe material así en ningún catálogo. No puede oxidarse, no existen signos de deterioro...

—Entonces entiérrelo —respondió Fuentes con voz ronca—. Y olvídelo.

Pero la criatura avanzaba en sus mentes. Sin salir de la cápsula, era un dilema cuántico. Una paradoja. Cada paso suyo apagaba la luz, como si devorara el resplandor. El aire se volvió pesado, inmóvil. Los relojes dejaron de funcionar. El hielo alrededor comenzó a derretirse, revelaba un agujero profundo, un abismo de sombras.

Fuentes comprendió que no podría matarla, pero sí contenerla.

—Escúchenme —ordenó con voz firme a los sobrevivientes—. Vamos a sellarlo. Con fuego, con explosivos, con todo lo que tengamos. Nadie debe saber lo que vimos.

El grupo obedeció entre el pánico y la fe. Mientras la criatura se alzaba, mostraba su forma amorfa, el general activó el sistema de detonación. En un último instante, la sombra pareció fijar su mirada en él: no con ojos, sino con conciencia. Una conciencia que prometía regresar.

El estallido fue cegador.

El hielo se cerró sobre sí mismo, como una herida que se cura de golpe. Luego, el silencio. Un silencio aún más profundo que antes.

Pocas horas después, al cortarse los canales de comunicación y no recibir señales de la misión de Fuentes, fue enviado un helicóptero de la Base «Esperanza», que divisó el campamento destruido. No había señales del objeto. Solo cuerpos congelados y fragmentos de equipos cubiertos por la ventisca.

Encontraron al general Noel Fuentes vivo, aunque apenas consciente. Sus labios estaban morados y su piel tenía el tono de los muertos.

Cuando lo rescataron, solo dijo una frase:

—Nada debe despertar ahí abajo. Nada.

Fue trasladado a Buenos Aires. Jamás volvió a hablar del tema.

El informe oficial habló de un «accidente geológico» durante una perforación experimental. Los documentos se sellaron bajo clasificación militar.

No obstante, cada invierno, los satélites detectan una débil emisión de energía en las coordenadas de aquella expedición. Un pulso rítmico, casi como un corazón.

Algunos científicos lo atribuyen a movimientos del hielo.

Otros, en voz baja, dicen que «algo late bajo la Antártida».

En 1995, un operador de radio en la Base San Martín captó una transmisión extraña en una frecuencia muerta. Era un murmullo. Una señal incomprensible que se repetía una y otra vez.

El operador creyó que era el viento. Pero al reproducir la grabación a baja velocidad, descubrió algo más:

En el fondo del sonido, una segunda voz susurraba en un idioma desconocido, seguido de un golpe seco... como si alguien golpeará una pared desde adentro del hielo.

El general Noel Fuentes murió en silencio, años después, en una casa de las sierras cordobesas. Dicen que en sus últimos días hablaba con alguien invisible, y que en sus noches de fiebre pedía cerrar todas las ventanas, temeroso del viento del sur.

Cuando lo enterraron, su hijo encontró entre sus pertenencias una pequeña caja metálica. Dentro, un fragmento oscuro de forma irregular, idéntico al que el doctor Lamas había recogido en la Antártida.

Nadie supo cómo llegó a sus manos.

Esa misma noche, la caja desapareció.

Y en algún lugar del sur del mundo, bajo kilómetros de hielo eterno, «algo» pareció moverse.

El hielo crujió.

Luego volvió el silencio.

EL PUEBLO MAIDITO

Alejandro González Soria

MÉXICO

La calamidad que azotó a ese pueblo fue indescriptible. La desolación había alcanzado niveles extremos y, para colmo, las autoridades guardaron un silencio total.

Fue entonces cuando decidí investigar por mi cuenta lo que había sucedido en ese remoto poblado, ahora al borde de la extinción.

Lo que logré descubrir —a través de pasquines y redes sociales— fue que una compañía extranjera, vinculada al ámbito médico, al parecer llegó con la intención de producir medicamentos a partir de ingredientes extraídos de algunas plantas autóctonas.

En ese momento, imaginé que, debido al mal manejo de sustancias, se había producido una acumulación excesiva de residuos peligrosos, materiales inflamables o ambos, lo que habría provocado una fuerte explosión, la contaminación de los alrededores y, por supuesto, el consabido soborno.

Eso me provocó una comezón en el espíritu aventurero, así que abordé un transporte rumbo a Saltillo, Coahuila. Desde ahí pensaba ir al pueblito, pero nadie quería llevarme; no me daban razón. Así que me dirigí a San Cristóbal, que estaba más cerca, y allí encontré a una persona dispuesta a llevarme al pueblito por la módica cantidad de todo mi efectivo.

Después de unas horas de camino, sobre una pick-up, llegamos a nuestro destino por la tarde. El calor era agobiante. A pesar de ser época de lluvias, parecía no haber caído ni una sola gota.

Al aproximarnos al poblado, observé que estaba situado en una loma. Un poco más adelante, hacia el oeste y a varios kilómetros de distancia, se encontraba lo que en otro tiempo fueron la fábrica y los laboratorios de la empresa que produciría los medicamentos.

Era una construcción que, vista desde lejos, parecía imponente y de gran tamaño, circular, como si se tratara de un enorme y grueso corral. No pude ver qué había en el centro. Tampoco me fue posible divisar restos de alguna explosión, como suponía en mi hipótesis inicial.

Mientras avanzaba por el desolado camino, noté varios baches, típicos de una calle olvidada. Me llamó la atención que muchos de ellos eran circulares, con tamaños que iban de diez a treinta centímetros, como si fueran huellas de un animal grande. Al fondo se veía el pavimento, aunque el terreno arenoso sugería posibles hundimientos.

Cuando nos adentramos en lo que alguna vez fue el zócalo, la soledad del lugar resultaba inquietante. Casi todas las casas estaban destrozadas; algunas parecían haber sido aplastadas.

Al llegar a un camino casi intransitable, Don Goyo —el chofer— me dijo sin rodeos:

—Bueno, hasta aquí llegamos.

—¡No me diga eso! El trato era que revisaríamos el pueblo y después me regresaría con usted.

—Lo siento, tendrá que seguir usted solo. El sol comienza a ocultarse y aquí pasan cosas raras. Si quiere, mañana temprano vengo por usted.

—Bien, de acuerdo. Déjeme aquí, pero mañana temprano vuelva por mí.

—Entendido, pero tenga cuidado.

Cuando se fue, me di cuenta de la estupidez que había cometido: estaba solo en un pueblo que no conocía. Continué mi recorrido y pude notar que no había ni perros en las calles.

Unos metros más adelante, distinguí una casucha que, al menos, parecía intacta. La techumbre estaba cubierta con numerosas tablas, como si intentaran reforzarla contra el tiempo o el abandono. Al llegar, toqué la puerta, pero fue como golpear una losa de concreto: firme, impenetrable. Busqué una piedra cercana y la utilicé para golpearla con más fuerza. Tal vez me excedí, porque la hoja cedió un poco. La empujé con cautela, apenas lo suficiente para asomar la cabeza.

—¿Hay alguien en casa? —pregunté, con cierta aprensión.

De pronto, sin saber de dónde, emergió un sujeto de aspecto insólito: encorvado, con el cabello y la barba tan crecidos que parecía no haber conocido el agua en años. Me escudriñó con los ojos bien abiertos, recorriéndome de pies a cabeza, y con una voz ronca y quebrada dijo:

—Disculpe que lo mire con tanta sorpresa, pero por aquí no pasa mucha gente.

—No se preocupe, lo entiendo... ¿Cuál es su nombre?

—Me dicen «El Perro».

—¿Sabe qué ocurrió en este lugar?

—Hubo una explosión muy fuerte. Murió mucha gente.

—¿Queda alguien más que viva en el pueblo?

—Sí, el maestro Agapito —respondió, al tiempo que señalaba hacia una calle polvorienta que descendía entre ruinas.

A pesar del hedor penetrante que despedía aquel hombre, decidí ir en busca del otro habitante antes de que cayera la noche y comenzara la lluvia.

La casa del maestro no se distinguía mucho de la anterior: una casucha maltrecha, con tablonos improvisados en el techo. Parecía que solo ellos dos quedaban en ese lugar olvidado. Me acerqué y golpeé la puerta con una piedra, pero no hubo respuesta; estaba bien atrancada. Volví a golpear, esta vez con más fuerza. Al girarme, lo único que vi fue el extremo del cañón de una escopeta apuntándome.

Quedé paralizado, con las manos alzadas frente al rostro, sin saber qué decir. De hecho, aún me pregunto cómo logré conservar la lucidez.

—¿Qué se le perdió? —escupió con desconfianza.

—Solo vine a preguntarle... ¿qué pasó aquí?

—No sé nada. ¡Lárguese!

—Solo quiero conseguir ayuda.

—¿Ayuda de qué, o para qué?

—No sé... del gobierno, de alguna ONG.

—¿Ayuda, dice? ¡¿Ya para qué?! ¡Ya mataron a mi familia! ¡Mi hija lleva dos años desaparecida! ¿Y ahora viene usted a ofrecirme ayuda?

Giró el rostro, y en su mirada vi el destello de una locura violenta, esa que se instala en los que han visto demasiado. Mostró los dientes en un gesto que parecía un gruñido mudo, y levantó la escopeta con manos temblorosas.

Tuve apenas un segundo para agacharme, justo cuando el maldito viejo jaló el gatillo.

Una explosión ensordecedora cruzó sobre mi cabeza. Caí de rodillas, aturdido, con ese pitido agudo que se instala en los oídos cuando todo gira sin sentido.

Me incorporé como pude, tambaleante, y vi al «maistro» tirado en el suelo a unos dos metros de distancia. El retroceso del disparo lo había lanzado por los aires.

Sin pensarlo, corrí y me oculté en la negrura que comenzaba a envolverlo todo, mientras el viejo gritaba algo que ya no pude entender.

—¡Malditos! ¡Ustedes lo trajeron! ¡Ustedes los mataron a todos! ¡Te voy a matar, maldito!

Corrí entre casas derrumbadas, tropezaba una y otra vez entre el cascajo. Sentía cómo mi cuerpo se hundía entre clavos oxidados, vidrios rotos y astillas de madera. Las rodillas, los codos y las manos ya sangraban.

Agapito venía detrás, cada vez más cerca.

Escuché el chasquido del portamano de la escopeta, seguido de una detonación que hizo estallar algo sobre mi cabeza. El polvo me cubrió el rostro, y los fragmentos desprendidos me golpearon como metralla.

Corrí como un desquiciado por las calles desiertas, mientras el demente me disparaba sin tregua.

Agarré una piedra grande y la lancé hacia atrás, con la absurda esperanza de acertarle en la cabeza. En respuesta, otra explosión sacudió una pared a mi derecha. Perdí el equilibrio y caí de bruces sobre los restos de tabiques, el dolor me arrancó un gemido.

Me incorporé encorvado, trataba de mostrarme lo menos posible. La luz de la luna ya bañaba las calles con su resplandor pálido. Me refugié tras una barda baja y, al asomar la cabeza, lo vi: estaba a unos ocho o diez metros frente a mí.

Tomé un trozo de madera astillado que tenía al alcance y lo observé mientras recargaba la escopeta. Introdujo los cartuchos con manos torpes, jaló el pasamanos con fuerza.

Entonces, detrás de él, apareció una sombra gigantesca. Un golpe seco, profundo, hizo vibrar el suelo. Algo descomunal lo embistió con tal violencia que apenas alcanzó a emitir un quejido. Su cuerpo se dobló hacia atrás de forma antinatural, como si le hubieran partido la columna y las costillas de un solo golpe.

La escopeta cayó a escasos centímetros de donde yo estaba escondido.

El terror me paralizó por completo. No pude moverme, apenas si alcancé a ver cómo aquella criatura lo tomó y lo arrastró con una rapidez antinatural, como si fuera la lengua gigantesca de un camaleón.

Un nuevo golpe estremeció el suelo, y algo —una extremidad o apéndice— pasó por encima de mí, destrozó lo que quedaba de la pared de la casa donde me había refugiado. Agarré la escopeta y corrí en dirección contraria, mientras escuchaba cómo algo comenzaba a caer a mi alrededor: plof, plof, plof.

La luz de la luna, junto con mis pupilas ya adaptadas a la oscuridad y la sobredosis de adrenalina que me recorría, me permitió distinguir con claridad lo que descendía del cielo.

Eran criaturas similares a ácaros gigantes, de unos veinte centímetros, con múltiples patas articuladas. Emitían un brillo apagado, como si fueran fosforescentes o estuvieran cubiertas por una sustancia luminosa. No me detuve a averiguarlo: una nueva oleada de pánico me invadió.

Corrí otra vez. Una de ellas cayó justo frente a mí y saltó como una araña descomunal. Le disparé con la escopeta y el impacto fue directo. Su cuerpo estalló, rociándome el rostro con una baba viscosa y pestilente, mezcla de entrañas y fluidos nauseabundos.

Estaban por todas partes. Cientos de esas abominaciones me rodeaban. Disparé cuanto pude, pero solo logré recargar cinco veces más.

Cuando se acabaron los cartuchos, usé la escopeta como garrote. Golpeaba a diestra y siniestra, logre lanzar a varias por los aires. Una de ellas se aferró a mi zapato y me arrancó una parte, lo que dejó los dedos del pie expuestos, cubiertos apenas por el calcetín.

Cuando creí que todo estaba perdido, una voz aguardentosa y familiar rompió el caos.

Era el indigente conocido como El Perro, empapaba el entorno con gasolina desde un bidón que agitaba sin cuidado.

—¡Corra por su vida! —gritó.

Por un instante, sentí el impulso de abrazarlo, pero no había tiempo. El monstruo mayor se acercaba.

Corrimos hasta su jacal. Apenas entramos, cerró la pesada puerta y la atrancó con fuerza.

—¡Silencio! —susurró, mientras me tapaba la boca con su mano sucia y temblorosa.

Afuera se oían golpes secos, arañazos insistentes contra la madera. Luego, un silencio espeso lo cubrió todo.

Encendió un par de veladoras. La luz temblorosa reveló su rostro curtido por el abandono.

—Tuvo suerte —dijo—. Salió con vida.

Yo seguía paralizado, con el corazón en la garganta.

—¿Qué eran esas cosas? —pregunté.

—Llegaron después de la explosión.

El amanecer comenzó a asomar, y con él apareció Don Goyo en su destartalada pick-up. Me subí sin pensarlo. No dije una palabra.

Fue entonces que comprendí: los del laboratorio hicieron algo que salió mal. Despertaron —o trajeron— aquello que destruyó el pueblo. El resto es historia. Solo espero que esa cosa nunca salga de aquí.

Después de esa noche, no volví a ser el mismo. Lo primero que perdí fue mi «espíritu aventurero».

EL CURA DE REPAROESPINO

José Antonio Cruz Coutiño

MÉXICO

Corría la mitad del siglo XVIII, en los primeros días de enero de mil setecientos cuarenta y cinco, cuando el pequeño pueblo de Reparoespino, perdido entre los pliegues de un valle polvoriento, comenzaba a tomar forma. Sus casas de adobe, sus calles empedradas y su plaza sombreada por una ceiba centenaria eran testigos de una vida sencilla, marcada por el trabajo en las milpas, las salinas y las tejerías. Fue en esos años cuando se alzó el templo del Señor del Santuario, una iglesia modesta pero imponente, con su cruz de madera en lo alto y un altar que, según decían, guardaba un Cristo milagroso traído desde tierras lejanas. La fundación del templo trajo consigo la llegada de un cura, destinado por el purpurado de Santiago, para guiar las almas de los reparoespinenses. Sin embargo, este sacerdote, un hombre entrecano, de mirada astuta y lengua melosa, resultó ser un lobo vestido de oveja.

El cura, cuyo nombre nadie pronunciaba sin un dejo de recelo, era un personaje peculiar. Su rostro curtido, surcado por arrugas, y su cabello plateado le daban un aire de autoridad, pero sus ojos, siempre esquivos, parecían guardar secretos inconfesables. Se decía que era licencioso, marrullero y, sobre todo, indigno del hábito que portaba. En el confesionario, donde las mujeres del pueblo —casadas, viudas y solteras— acudían a descargar sus culpas, él encontraba su oportunidad. Con una voz suave, casi hipnótica, las instaba a relatar no solo sus pecados, sino las intimidades de sus amores prohibidos, sus desencantos y las peripecias de sus encuentros clandestinos.

—Cuéntame, hija, hasta el menor detalle —decía, mientras sus manos se retorcían bajo la sotana, como si el relato avivara un fuego oculto.

Las penitencias que imponía eran extrañas, casi teatrales: peregrinaciones solitarias a la capilla de San Pedro, en la vecina hacienda Las Salinas, rezos interminables frente al altar del Señor del Santuario o visitas a la sacristía, donde, según él, «se purificarían mejor las almas». En más de una ocasión, las confesiones se trasladaban a la casa parroquial, un edificio de adobe con un patio trasero sombreado por naranjos y una noria que chirriaba con el viento. Allí, bajo la penumbra de las velas, el cura escuchaba, preguntaba y, según los rumores, aprovechaba para sus propios fines.

Al principio, las mujeres acudían confiadas, movidas por la fe o la necesidad de desahogo. Pero con el tiempo, los murmullos comenzaron a crecer como la maleza en los senderos del pueblo. Los hombres, ocupados en las labores del campo, las salinas o las montañas, empezaron a notar las ausencias prolongadas de sus esposas o hijas. Las muchachas jóvenes, que antes reían en las esquinas de la plaza, ahora evitaban las miradas y se escabullían hacia la iglesia con pretextos vagos. La desconfianza se sembró como una plaga.

Una tarde, en la pulquería de doña Ernestina, un grupo de hombres, con los rostros curtidos por el sol y las manos ásperas de tanto trabajar la tierra, comenzaron a hablar en voz baja.

—Ese padrecito no es trigo limpio —dijo uno, mientras apuraba su jarro de pulque—. ¿Por qué merodea de noche por el barrio de San Juan? ¿Y por qué siempre anda con esa viuda, la de las gemelas, que vive en las tejerías?

Los demás asintieron, a la vez que fruncian el ceño. Habían visto al cura salir sigiloso por la tranca del traspatio de la iglesia, envuelto en una capa oscura, como si temiera ser visto. En más de una ocasión, al alba, lo sorprendieron cuando regresaba por la

calle empedrada de la barranca, escabulléndose entre las sombras de los nambimbos y la pochotona de la plaza central.

El colmo fue una mañana, al mediodía, cuando una mujer enrebozada, con el rostro cubierto por un rebozo negro, fue vista al salir de la casa parroquial. Pasó presurosa bajo la ceiba de la plaza, y aunque nadie pudo identificarla, las lenguas no tardaron en arder.

—¡Qué casualidad! —exclamaban las mujeres más viejas, sentadas en las bancas de la iglesia—. Siempre aparece alguien cuando los hombres están en el acagual o en las salinas. Ese cura tiene mañas de demonio.

Los rumores crecieron, y con ellos, la rabia de los hombres del pueblo.

En el río, en los bañaderos del bajadero de la Santa Cruz, donde los hombres se reunían a lavar sus ropas y a charlar, las conversaciones giraban en torno al cura.

—Es un gran cabrón —dijo uno, mientras escupía al suelo—. Si no fuera por el respeto al hábito, ya lo hubiéramos sacado a palos.

Otro, más joven, añadió:

—Mi hermana anda rara, siempre con pretextos para ir a la iglesia. No me gusta cómo la mira el padrecito.

El miedo a que sus mujeres o hijas estuvieran enredadas con el presbítero los carcomía. Decidieron que ya era hora de pasar del murmullo a la acción.

Una noche, un grupo de siete hombres, todos de armas tomar, se reunió en la pulquería de doña Ernestina. Bebieron un par de tragos para armarse de valor, se persignaron frente al Señor del Santuario y cruzaron el atrio de la iglesia con paso firme. Sus sombreros de palma, polvorientos por el trabajo del día,

permanecían encasquetados; sus huaraches, llenos de lodo, resonaban en el empedrado. No había tiempo para cortesías. Entraron a la casa parroquial sin tocar, atravesaron el jardincito donde la noria aún gemía y llegaron a la notaría, donde el cura, apoltronado en una butaca de madera, los recibió con una mezcla de sorpresa y disimulo.

—Sabemos lo que hace con las mujeres, padre —dijo el más viejo del grupo, un hombre de barba canosa y ojos fieros— Tus visitas a San Juan, tus pláticas con las mujeres, tus borracheras al atardecer. No nos vengas con cuentos.

El cura intentó levantarse, pero un gesto de los hombres lo mantuvo en su sitio. Le hablaron de todo: de las mujeres que salían a escondidas de la parroquia, de las confesiones que parecían más interrogatorios, de las peregrinaciones absurdas que imponía. Le advirtieron que, si no cambiaba, lo sacarían del pueblo a golpes o algo peor.

—Y no te salva ni el mismo Dios —remató otro, mientras los demás asentían.

El cura, pálido, balbuceó excusas, pero los hombres no dieron tregua. Se fueron tan rápido como llegaron, dejaron tras de sí un silencio pesado. Al día siguiente, el sacristán, un muchacho flaco y nervioso, corrió la voz de que el padre estaba enfermo. Doña Eustolia, la anciana que lavaba los manteles y las casullas de la iglesia, confirmó que el cura había caído en cama, cubierto de una extraña erupción, como si la desvergüenza se le hubiera subido a la piel.

—Es la erisipela del pecado —murmuró, santiguándose.

Semanas después, el obispo de Santiago envió un mensaje: el cura, demasiado enfermo para permanecer en un lugar tan aislado como Reparoespino, sería trasladado a otra parroquia del valle. En su lugar, llegaría un nuevo sacerdote, más joven y, según prometían, más recto. Los reparoespinenses respiraron aliviados.

La pesadilla del cura malnacido parecía haber terminado. El pueblo volvió a su rutina: las mujeres bordaban en los portales, los hombres trabajaban en las milpas, y los niños jugaban bajo la ceiba. Pero la calma duró poco.

Tres meses después, cuando la temporada de sequía cubría el valle de polvo y el viento silbaba entre los cerros, un nuevo terror comenzó a acechar. Al principio, fue solo un rumor: un aullido lejano, como el grito de un coyote mezclado con el bramido de un toro herido, resonaba en las noches sin luna. Venía del Espinazo, un farallón rocoso que se alzaba al poniente del pueblo, como un dedo que señala al cielo. Los primeros en escucharlo fueron los pastores, que juraban que el sonido no era natural.

—Es como si el diablo tocara un cuerno —decían, temblorosos.

Con los días, el aullido se acercó. Ya no era solo un eco en la montaña, sino un rugido que atravesaba el pueblo, acompañado de un chirrido metálico, como si alguien arrastrara cadenas sobre el empedrado. Los reparoespinenses comenzaron a trazar el camino del espanto: partía de Las Piedrecitas, un barrio escondido detrás del altozano, cruzaba el puente hamaca sobre la laguna, pasaba por las huertas de aguacate de don Abenamar, doblaba por la casa del viejo Onesíforo y recorría la calle principal hasta la plaza. Allí, bajo los nambimbos, el sonido se volvía más intenso, como si la criatura se detuviera a olfatear el aire. Luego, torcía hacia el barrio de Santa Emilia, donde vivían los salineros y los vaqueros de don Porfirio, y no paraba hasta llegar al rancho de don Austreberto Espinosa, un terrateniente conocido por su ferocidad.

Una noche, un borrachín llamado Anselmo, conocido por dormir en las banquetas con su ampolleta de caña, vio al espanto de cerca. Estaba acurrucado en la calle principal, bajo la sombra de los matilisguates, cuando un gruñido lo despertó. Frente a él, a pocos pasos, apareció una criatura que no parecía de este

mundo: un perro enorme, más grande que un lobo, con orejas afiladas como estandartes y colmillos retorcidos como los de un jabalí. Sus ojos despedían chispas, y de su hocico brotaban espumarajos que brillaban bajo la luz de las estrellas. El olor que emanaba era insoportable: una mezcla de azufre, huevo podrido y carne descompuesta. Anselmo, petrificado, sintió el calor que desprendía la bestia, como si el mismísimo infierno lo hubiera rozado. El chirrido de cadenas lo ensordeció, y el aullido, mitad animal, mitad lamento humano, le erizó la piel. Cuando la criatura se alejó, Anselmo, tembloroso, se dio cuenta de que se había orinado encima. Corrió a su casa, al tiempo que juraba nunca volver a beber.

El relato de Anselmo corrió como pólvora. Las madres encerraban a sus hijos al caer la noche, colgaban cruces de palma en puertas y ventanas, y rociaban agua bendita en los rincones. Los hombres, aunque valientes, evitaban salir después de las ocho. En las pulquerías, los más temerarios se burlaban del espanto, pero sus risas eran nerviosas.

—¡Chingue su madre el que se quede al último! —gritaban antes de correr a sus casas, con los quinqués encendidos para ahuyentar las sombras.

Los rumores no tardaron en conectar al espanto con el cura. Algunos decían que lo habían visto en una hacienda franciscana del valle, montado en un caballo alazán y acompañado de un perro negro con un collar plateado. Otros aseguraban que visitaba a escondidas a doña Eduviges, la viuda galana del barrio de San Juan, con quien se le había relacionado.

—Es el cura, convertido en demonio —susurraban las viejas en la iglesia—. Toca un pitón o un caracol, como los que usaban para llamar al ganado, y con eso espanta al pueblo.

Pero una noche, durante la fiesta del Tercer Viernes, cuando el pueblo se reunía para honrar al Señor del Santuario, la verdad salió a la luz de una manera que nadie esperaba. La plaza estaba

llena de velas, música y el aroma de tamales y atole. Los reparoespinenses, por un momento, olvidaron sus temores. Hasta que un grito desgarrador, más humano que animal, resonó desde el Espinazo. La muchedumbre se paralizó. El nuevo cura, un joven de mirada serena, alzó la mano y pidió calma.

—Es hora de enfrentar al espanto —dijo, y con una antorcha en la mano, guió a un grupo de valientes hacia el farallón.

Allí, en la cima del Espinazo, encontraron no a un perro demoníaco, sino a doña Eduviges, la viuda. Estaba de pie, envuelta en un rebozo negro, tocaba un caracol con furia, mientras un hombre encapuchado arrastraba cadenas a su lado. Los hombres, atónitos, reconocieron al encapuchado: no era el cura, sino don Austreberto Espinosa, el terrateniente. Eduviges, con lágrimas en los ojos, confesó. Ella y Austreberto, amantes en secreto, habían inventado el espanto para mantener al pueblo atemorizado y distraído. ¿El motivo? El cura, antes de partir, había descubierto su relación prohibida y los chantajeaba, exigía dinero y favores. Al ser confrontado por los hombres, huyó, pero ellos, temían que regresara, crearon la leyenda del espanto para culparlo y proteger su secreto.

El pueblo, dividido entre la rabia y la compasión, dejó que Eduviges y Austreberto abandonaran Reparoespino al alba, con la condición de no volver jamás. El caracol y las cadenas fueron quemados frente al Señor del Santuario, y el aullido del Espinazo nunca más se escuchó. Anselmo, el borrachín, retomó su oficio de zapatero, pero siempre sonreía con picardía cuando alguien mencionaba al espanto. Y aunque el cura nunca regresó, los reparoespinenses aprendieron una lección: en un pueblo pequeño, los secretos más oscuros no siempre vienen del infierno, sino de los corazones de quienes los guardan.

EL AMIGO DIABOLICO

Sergio Lomán

MÉXICO

En un rincón olvidado del Estado de México, cerca de Valle de Bravo, la familia Torres buscaba un refugio. Martín y María, recién casados, habían ahorrado cada peso con un sueño en mente: una casita modesta rodeada de naturaleza, lejos del smog y el caos de la ciudad, donde su hijo único, Andresito, de ocho años, pudiera crecer libre. Su nuevo hogar, en una localidad llamada El Arco, era un terreno agreste con una casa vieja y desvencijada que requería mucho trabajo. Al fondo del terreno, un árbol seco y nudoso se alzaba como un centinela oscuro, sostenía un columpio con cuerdas podridas que se mecía con el viento y emitía un crujido que resonaba como un lamento.

Andresito, inquieto y lleno de energía, corrió hacia el columpio en cuanto lo vio. Martín, con un grito que cortó el aire, lo detuvo:

—¡Andrés, no! ¡Esas cuerdas están podridas, podrías caerte!

La advertencia era más que práctica; algo en el columpio, en su vaivén solitario, inquietaba a Martín. Fueron al pueblo y compraron cuerdas nuevas, herramientas y provisiones. Al regresar, el columpio estaba listo, pero el árbol parecía más siniestro bajo la luz del atardecer, sus ramas como dedos retorcidos que arañaban el cielo. Andresito, sin embargo, no parecía notarlo. Se balanceaba por horas, reía, cantaba, perdido en su mundo. María y Martín, desde la ventana, lo observaban con una mezcla de ternura y preocupación. Como hijo único, Andresito no tenía hermanos con quienes compartir sus juegos, y aunque lo llenaban de juguetes, siempre volvía al columpio.

María, desde la cocina, notó algo extraño una tarde. Andresito no solo se balanceaba; movía la boca, gesticulaba, como si hablara con alguien. Sacó unos binoculares y lo observó: el niño reía, señalaba al aire, respondía a una presencia invisible. Un escalofrío recorrió su espalda. Corrió hacia él.

—¿Andresito, cariño, estás bien?

—Sí, mami, estoy feliz aquí —respondió él, con una sonrisa que no parecía del todo suya.

—¿Te sientes solo? ¿Con quién hablas?

—No, mami, no estoy solo —dijo, pero su voz vaciló, como si ocultara algo.

María insistió, pero Andresito solo la abrazó, murmuraba:

—Te quiero mucho.

Los días pasaron, pero la armonía inicial se desvaneció. Andresito comenzó a cambiar. Ya no jugaba al fútbol con Martín ni cantaba con María. En cambio, pasaba horas en el columpio, hablaba solo, con una expresión que oscilaba entre la alegría y algo más oscuro, algo que María no podía descifrar. Lo observaba con los binoculares, y cada sonrisa del niño parecía menos suya, como si otra entidad se reflejara en su rostro.

Una tarde, María no pudo más. Se acercó al columpio, su corazón latía con fuerza.

—Andresito, ¿con quién hablas, amor? —El niño la miró, sus ojos brillantes con una duda que no era propia de un niño de su edad—. No... no es nada, mami.

— No me mientas, ¡Lo vi! ¡Hablabas con alguien! —insistió ella, su voz temblorosa.

Andresito se quedó helado.

—¿Lo viste? —susurró, como si temiera haber roto un pacto secreto—. Me dijo que no te dijera...

María sintió que el suelo se desvanecía bajo sus pies.

—¿Quién es? ¿Qué quiere?

—Es simpático —dijo Andresito, con una voz que parecía venir de otro lugar—. Quiere jugar a las escondidas... y que lo siga... a otro sitio.

María frunció el ceño, su instinto maternal en alerta.

—Invítalo a la casa, cariño. Aquí hay muchos juguetes.

El niño asintió, pero su mirada estaba perdida, como si escuchara una voz que María no podía percibir.

Esa noche, María le contó todo a Martín. Él, práctico como siempre, intentó calmarla.

—Es solo un amigo imaginario, María. Es normal a su edad, más con el cambio de casa.

Pero María no estaba convencida. Había algo en el columpio, en el árbol, que la llenaba de un terror visceral, como si el aire mismo estuviera envenenado.

Esa noche, bajo una luna llena que bañaba el terreno en un resplandor plateado, María despertó de manera abrupta. Un ruido, como un crujido rítmico, la llamó hacia la ventana. Allí, entre la niebla, vio a Andresito que caminaba como sonámbulo hacia el árbol. El columpio se mecía solo, con un chirrido que resonaba como una risa baja. Las ramas del árbol, secas y afiladas, parecían brillar con una luz antinatural, y docenas de cuervos negros se posaban en ellas, sus graznidos perforaban la noche.

María intentó despertar a Martín, sacudiéndolo con desesperación, pero él no respondía, atrapado en un sueño profundo. Corrió hacia la puerta, pero algo la detuvo. Frente a ella,

en el umbral, apareció una figura: un niño, no mayor que Andresito, pero con una presencia que helaba la sangre. Su piel era pálida, casi translúcida, y sus ojos, negros como pozos sin fondo, brillaban con una malicia diabólica. Su sonrisa sarcástica torcía su rostro en algo que no era humano. María quiso gritar, pero su voz se ahogó en su garganta. La energía maligna de la criatura la envolvió, y antes de que pudiera moverse, el mundo se oscureció y cayó desmayada.

Por la mañana, María despertó en su cama, con el corazón acelerado. Martín y Andresito desayunaban en la cocina, como si nada hubiera pasado. Ella los observó, buscaba alguna señal de lo que había visto, pero ambos parecían normales. No obstante, algo en sus miradas, en el silencio que compartían, la hizo dudar.

—¿Dormiste bien, cariño? —preguntó Martín, para romper el silencio.

María, con un nudo en el estómago, respondió con furia contenida:

—¡No me engañen! ¡Sé lo que vi anoche! ¡Ese... ese demonio!

Andresito la miró, sus ojos llenos de miedo, y comenzó a llorar. María, consumida por la culpa, rompió en sollozos.

—Perdóñenme... fue una pesadilla.

Pero el terror no terminó. Esa tarde, cuando Andresito quiso ir al columpio, María lo detuvo con un grito:

—¡Ni se te ocurra ir allí!

—¿Por qué, mami? —preguntó el niño, frustrado.

—Porque ese lugar no es seguro —respondió ella, su voz temblaba de miedo. Andresito, furioso, corrió a encerrarse en su cuarto.

Cuando Martín regresó del trabajo, María le contó todo: la pesadilla, el niño demoníaco, los cuervos. Martín, incrédulo, intentó calmarla, pero ella estaba decidida. Esa noche, cuando todos dormían, María se levantó, armada con una linterna y una determinación feroz. Se dirigió al árbol, que parecía esperarla, inmóvil bajo la luna. Subió al columpio, y al comenzar a balancearse, sintió una presencia abrumadora. El aire se volvió denso, y el mundo a su alrededor se transformó. El terreno se convirtió en un paraíso falso, lleno de flores venenosas y un brillo enfermizo. Frente a ella apareció el niño demoníaco, su sonrisa más cruel que nunca.

—¿Qué buscas? —preguntó con una voz que resonaba como mil susurros.

—A ti —respondió María, su voz firme a pesar del terror—. ¿Quién eres?

—Soy el destino de todos —dijo el niño, sus ojos brillantes llenos de malicia.

—¿Eres la muerte? ¿Vienes por mi hijo? —María sintió que su corazón se rompía—. ¡Llévame a mí, pero déjalo en paz!

El niño no respondió. El paraíso se desvaneció, y María quedó sola, temblorosa, con un nudo en la garganta y lágrimas que corrían por su rostro.

Los días siguientes fueron una tortura. María vigilaba a Andresito de manera constante, pero él parecía cada vez más distante, atraído por el columpio. Cada noche, la luna llena parecía traer consigo una energía más oscura. María apenas dormía, temía que el niño demoníaco regresara.

Y entonces, llegó la noche fatídica. María despertó de nuevo, alertada por el mismo crujido rítmico del columpio. Miró por la ventana y vio el árbol seco, los cuervos graznaban, y a Andresito caminaba hacia él, con los ojos vacíos. El columpio se

meía, y en él, una figura fantasmal, indistinta pero con una malignidad evidente, parecía esperar al niño.

María corrió al cuarto de Andresito, pero él ya no estaba. Gritó a Martín, pero él no despertaba. Desesperada, salió al terreno, donde el niño demoníaco apareció frente a ella, para bloquear su camino.

—Ya no es tu hijo —dijo con una risa que helaba la sangre—. Ahora es mío. Ese es el destino.

María, consumida por el amor por su hijo, enfrentó al demonio.

—¡No existes! ¡Fuera de mi camino!

Pero la criatura no cedió. Tomó a Andresito y colocó la soga del columpio alrededor de su cuello. En ese momento, una nube de cuervos se lanzó sobre María, sus picos afilados desgarraban su piel. Ella cayó al suelo, protegiéndose el rostro, mientras la sangre corría por sus brazos. El dolor era insoportable, pero su amor era más fuerte. Con un grito que desgarró la noche, exclamó:

—¡Andresito, te amo! ¡Despierta!

El niño pareció titubear, como si su voz lo hubiera alcanzado. Martín, al fin despierto, corrió hacia ellos, su propia voz uniéndose a la de María:

—¡Hijo, te amo! ¡No te vayas!

De repente, una luz cegadora explotó en el terreno, un resplandor que consumió la niebla y los cuervos, que cayeron inertes al suelo. El árbol seco se desmoronó en cenizas, y la figura demoníaca se disolvió en un grito de furia. Andresito, libre del trance, corrió a los brazos de sus padres.

Por la mañana, el terreno estaba transformado. El árbol, antes muerto, ahora estaba cubierto de hojas verdes, y el

columpio se mecía de forma suave, como si invitara a la alegría. La familia Torres, exhausta pero unida, decidió no hablar de lo sucedido. Nadie les creería.

Meses después, la vida parecía haber vuelto a la normalidad. Andresito reía, jugaba y había hecho amigos en la escuela del pueblo. María y Martín, aunque marcados por el terror, comenzaron a sanar. Pero una noche, mientras María ordenaba el cuarto de Andresito, encontró un cuaderno escondido bajo su cama. Al abrirlo, su corazón se detuvo. Las páginas estaban llenas de dibujos perturbadores: el árbol seco, el columpio, y un niño idéntico a Andresito, pero con ojos negros y una sonrisa torcida. En cada dibujo, había una frase garabateada: «Ese no soy yo, es un impostor».

María comenzó a temblar, llamó a Andresito. El niño entró, sonriente, pero algo en su expresión era diferente, más fría, más calculada.

—¿Qué pasa, mami? —preguntó, con una voz que sonaba como un eco de sí misma.

—¿Qué es esto? —dijo María, al tiempo que sostenía el cuaderno con manos temblorosas.

Andresito inclinó la cabeza, su sonrisa ensanchándose.

—No debiste mirar, mami.

—¿Quién eres? —susurró María, mientras retrocedía.

El niño dio un paso hacia ella, sus ojos brillaban con una oscuridad infinita.

—Andresito está lejos, muy lejos. En un lugar donde nadie lo escucha gritar. Yo tomé su lugar. Y ahora, este es mi hogar.

De repente, el columpio afuera comenzó a mecerse con furia, aunque no había viento. La casa se llenó de un zumbido bajo, como mil voces que susurraban al unísono. María corrió

hacia Martín, pero lo encontró sentado en la sala, inmóvil, con los ojos vidriosos, como si su alma hubiera sido arrancada. En el espejo, la imagen del verdadero Andresito, pálido y demacrado, golpeaba el cristal desde el otro lado; sus gritos silenciosos atrapados en una dimensión que María no podía alcanzar.

El falso Andresito giró hacia ella, su sonrisa ahora una mueca grotesca.

—Juguemos a las escondidas, mami. Pero esta vez, no me encontrarás.

La casa se sumió en la oscuridad, y un grito desgarrador resonó desde el árbol, donde el columpio seguía meciéndose, ahora con una soga vacía que parecía esperar. María cayó de rodillas, suplicaba por su hijo, pero solo el eco de una risa inhumana respondió, mientras los cuervos regresaban, para cubrir el cielo como una plaga.

RETORNO CON SUEÑO

Jorge Etcheverry Arcaya

CHILE

No puedo precisar la fecha exacta de aquella noche, pero su sombra se extendía sobre mí como una niebla que se niega a disiparse. Fue una noche que partió mi vida en dos, un umbral entre lo que era y lo que ahora soy: un hombre atrapado en un sanatorio moderno, rodeado por las montañas precordilleranas, donde el viento susurra secretos que no quiero escuchar. Esa noche, por primera vez, sentí la presencia de algo que no podía explicar, algo que más tarde identificaría como un súcubo, un demonio que se alimentaba de mi alma mientras mi cuerpo temblaba de deseo y terror. La experiencia fue tan vívida que aún siento su peso, como si una garra invisible me apretara el pecho cada vez que cierro los ojos.

Recuerdo la habitación del psiquiátrico, bañada por la luz pálida de la luna que se filtraba a través de las cortinas raídas. Estaba acostado, atrapado en esa frontera difusa entre el sueño y la vigilia, cuando una presión cálida y opresiva se posó sobre mi pecho. No era solo un peso; era una presencia, algo vivo, que respiraba contra mi piel. Mis pulmones luchaban por aire, pero mis extremidades estaban paralizadas, como si cadenas invisibles las anclaran a la cama. Mi cuerpo, traicionero, respondió con una erección pulsante, un deseo que no buscaba ni entendía, pero que ardía con una intensidad que me avergonzaba. No había nada tangible frente a mí, ningún cuerpo, ningún «agujero», como diría en un arranque de crudeza, para liberar la tensión que me consumía. Era como si esa presencia se burlara de mí, alimentándose de mi deseo mientras me dejaba vacío, atrapado en un tormento sin fin.

Me clavé las uñas en la palma de la mano izquierda, desesperado por probar que estaba despierto, que esto no era un sueño. La piel se desgarró, y la sangre tibia goteó sobre las sábanas, pero el dolor no disipó la presencia. Al contrario, pareció fortalecerla, como si mi sufrimiento la atrajera aún más. Todavía llevo una cinta adhesiva vieja y mugrienta que cubre la herida, que se niega a sanar. La piel alrededor está enrojecida, hinchada, con un olor dulzón que me revuelve el estómago. Temo que se infecte, que la gangrena se extienda desde esa marca, pero la idea de buscar ayuda médica me llena de un pavor irracional. Los médicos de este lugar, con sus batas blancas y sus ojos fríos, me observan como si supieran algo que yo no. Solo Anita, la enfermera, me ofrece algo de consuelo, con su voz suave y sus manos cálidas que deslizan píldoras entre mis labios cada mañana. Pero incluso ella, con su bondad, parece estar al borde de un abismo que no puedo ver.

No sabía nada de súcubos entonces. La palabra era ajena, un eco de mitos olvidados. Pero la intensidad de aquella noche me empujó a buscar respuestas. Durante las salidas que me permite el sanatorio, me escabullí a bibliotecas públicas, donde el olor a polvo y papel viejo se mezclaba con el zumbido de mi propia ansiedad. Hojeé libros de demonología, mitología y psicología, mis dedos temblaban mientras pasaba las páginas con la mano sana. En una computadora pública, con la pantalla parpadeante, leí sobre los súcubos: demonios femeninos que seducen a los hombres en la noche, para drenar su energía vital a través de un deseo insaciable. Algunos sitios, con textos generados por inteligencia artificial, sugerían que estas entidades eran meras alucinaciones, proyecciones de deseos reprimidos o traumas no resueltos. Recordé entonces mis días en la universidad, cuando leía a Carl Jung y sus ideas sobre los arquetipos. ¿Era este súcubo un reflejo de mi propia psique, un símbolo de mi soledad y mis anhelos reprimidos? ¿O era algo más, algo que había cruzado el velo entre mundos para reclamarme?

La experiencia no terminó con esa noche. La presencia regresó, noche tras noche, cada vez más audaz. A veces, sentía un aliento cálido en mi nuca, un roce invisible en mi piel, como si dedos etéreos trazaran líneas sobre mi cuerpo. En los momentos más oscuros, veía un rostro: no del todo humano, con contornos difusos y un color naranja ardiente, como el cielo al atardecer cuando la luz se desangra en la noche. Sus ojos, si es que tenía ojos, eran pozos oscuros que parecían mirarme desde dentro, como si conocieran cada rincón de mi alma. No sé si mis ojos estaban abiertos o cerrados cuando lo veía; quizás entrecerrados, atrapados en ese estado liminal donde la realidad se fractura. Ese rostro era más que una visión: era una presencia que lo abarcaba todo, como si el cielo mismo se hubiera inclinado para envolverme.

El sanatorio, con su fachada de modernidad y sus pasillos estériles, se convirtió en el escenario de este tormento. Durante el día, me sentaba en la terraza, un lugar que debería haber sido apacible, con vistas a las montañas y un cielo surcado por pájaros que lanzaban gritos lejanos, como lamentos de otro mundo. Desde allí, podía ver el terreno donde una vez estuvo la casa de mi infancia, una mansión antigua llena de sombras y ecos, ahora reducida a un estacionamiento de asfalto agrietado. Sentado en una silla de plástico, con el sol que calentaba mi rostro, sentía que los recuerdos de aquella noche se mezclaban con los de mi pasado, como si el tiempo se hubiera plegado sobre sí mismo. La casa demolida, el sanatorio, el barrio venido a menos: todos formaban un triángulo geográfico que resonaba con un triángulo más profundo, más oscuro, que habitaba en mi mente.

Anita era mi único refugio en este lugar. Cada mañana, con una paciencia casi ritual, deslizaba las píldoras entre mis labios, que apretaba por instinto más que por resistencia. Bajo el sol brillante de la cordillera, su presencia era un bálsamo, aunque incluso ella parecía tocada por algo extraño. Una vez, mientras cambiaba mis sábanas, comentó con una sonrisa sobre las

manchas pegajosas que encontraba, atribuyéndolas a «sueños interesantes». Su broma me hizo sonrojar, pero no le conté la verdad: que esas manchas eran la prueba de algo más, de una presencia que me visitaba en la noche, que dejaba su marca en mi cuerpo y en mi alma. A veces, cuando Anita se acercaba, sentía un escalofrío, como si el súcubo la observara a través de mis ojos, celoso de su calidez.

Mi infancia en este barrio, que alguna vez fue elegante pero ahora está marcado por el abandono, parecía estar conectada con estas visitas nocturnas. Crecí en una casa grande, llena de corredores oscuros y puertas que crujían sin motivo. Mi familia, distante y fría, nunca fue un refugio. Cuando mi abuelo murió, heredé una suma inesperada de dinero, un regalo de una rama de la familia que apenas me reconocía. Gasté ese dinero en viajes, vagué por el extranjero en busca de algo que nunca encontré. Ahora, de vuelta en esta ciudad, en este sanatorio, siento que he regresado al punto de partida, pero el mundo es diferente, más oscuro. Las montañas que rodean el sanatorio parecen observarme, sus picos afilados como dientes de una bestia antigua. Los pájaros, con sus gritos, parecen advertirme de algo que no puedo comprender.

El súcubo se ha convertido en más que una presencia nocturna; es una fuerza que se ha instalado en mi vida, en mi mente, en este lugar. A veces, cuando estoy en la terraza, siento su aliento en mi nuca, aunque no hay nadie detrás de mí. Otras veces, escucho risas, un coro de voces femeninas jóvenes que resuenan en mi cabeza, como si vinieran de otro tiempo. Son las risas de las niñas que conocí en mi infancia, o quizás de las mujeres que nunca me atreví a acercarme. Estas risas no son amables; tienen un filo cruel, como si se burlaran de mi soledad, de mi incapacidad para conectar. Junto con el súcubo y el rostro naranja, forman un triángulo que me obsesiona, un espacio cálido y oscuro que me acoge y me atrapa al mismo tiempo. Este triángulo no es solo una metáfora; es un lugar donde existo, un

pubis simbólico que pulsa con una energía que no puedo controlar.

Mi relación con las mujeres siempre ha sido complicada. En mi juventud, en la universidad, sentía una atracción que nunca supe cómo expresar. Había una barrera invisible, un miedo a que el contacto me consumiera. Ahora, en el sanatorio, esa barrera se ha transformado en estas visiones, en estas presencias que me persiguen. Los médicos hablan de alucinaciones, de ansiedad, de medicamentos que debo tomar para calmar mi mente. Pero no estoy seguro de querer que desaparezcan. Hay algo en el súcubo, en el rostro naranja, en las risas, que me resulta familiar, como si siempre hubieran estado conmigo, a la espera de el momento adecuado para manifestarse.

Una noche, mientras yacía en mi cama, la presencia regresó con una intensidad que no había sentido antes. La habitación se llenó de un olor dulzón, como el de mi herida, pero más fuerte, más corrupto. La presión sobre mi pecho era insoportable, y el aire se volvió denso, como si respirara melaza. Entonces lo vi: el rostro naranja, flotaba sobre mí, sus contornos más nítidos, sus ojos como pozos que absorbían la luz. Pero esta vez, no estaba solo. Alrededor de la cama, en las sombras, escuché las risas, más cercanas, más reales. Eran figuras indistintas, siluetas femeninas que se movían como humo, sus voces entretejiéndose en un cántico que me helaba la sangre. Intenté gritar, pero mi voz se ahogó en mi garganta. Mi mano izquierda, con su herida palpitante, se alzó por instinto, y sentí algo frío y viscoso rozar mis dedos, como si una de esas figuras hubiera tocado mi piel.

Desde esa noche, el sanatorio ha cambiado. Los pasillos, antes estériles, parecen vibrar con una energía que no puedo explicar. Las luces parpadean sin motivo, y a veces escucho pasos detrás de mí, aunque no hay nadie allí. Anita, con su sonrisa, parece ajena a esto, pero a veces la he sorprendido que mira por encima de mi hombro, como si viera algo que yo no. La herida en mi mano se ha oscurecido, y pequeñas venas negras

comienzan a extenderse desde ella, como raíces que se hunden en mi carne. No sé cuánto tiempo podré resistir, cuánto tiempo podré seguir en este lugar que es a la vez mi hogar y mi prisión.

El triángulo —el súcubo, el rostro naranja, las risas— es ahora mi realidad. No sé si son demonios, arquetipos o fragmentos de mi mente rota. Pero sé que están conmigo, que me han elegido. En ocasiones, en la terraza, miro el cielo y siento que el rostro naranja me observa desde las nubes, que las risas resuenan en el viento, que el súcubo espera en las sombras de mi habitación. Y aunque tengo miedo, también siento una extraña paz. Este triángulo, este pubis cálido y oscuro, es donde pertenezco. Es mi casa, mi infierno, mi verdad.

EL OMEGALIPSIS DE LOS CIELOS QUEMADOS AL ROJO VIVO

José Jesús Rodríguez Velázquez

MÉXICO

En la megalópolis de México, el 7 de octubre de 2033, la noche se cernía como un sudario sobre la ciudad. El aire, denso y gélido, vibraba con un zumbido perturbador, como si las entrañas de la tierra susurraran augurios de fatalidad. La urbe, un laberinto de concreto fracturado y neón parpadeante, parecía contener el aliento bajo un cielo cubierto de nubes que ardían con un rojo infernal, como si el firmamento mismo estuviera desangrándose. En el corazón de esta distopía, la Arena Cósmica se alzaba sobre las ruinas de Tenochtitlán, un coliseo de geometría maldita, sus contornos afilados como cuchillos rituales. Aquella noche, sus muros resonaban con los ecos de un terror ancestral, un horror que no solo amenazaba a los vivos, sino a los cimientos mismos del cosmos.

La Arena Cósmica no era un simple estadio; era un altar profano, un portal donde el tiempo se retorció y los dioses olvidados observaban desde las sombras. La multitud, apiñada en gradas que parecían ascender hacia un abismo infinito, no gritaba de entusiasmo, sino de un pánico colectivo apenas contenido. Sus rostros, iluminados por luces estroboscópicas que destellaban en tonos carmesí y negro, reflejaban una mezcla de fascinación y temor. Los cánticos que entonaban no eran de celebración, sino de súplica, un intento desesperado de apaciguar a las entidades que acechaban en los bordes de la realidad. Los relojes,

atrapados en un bucle de tiempo roto, marcaban horas imposibles, y el aire olía a ozono y sangre seca.

En el centro de la arena, el cuadrilátero brillaba con una luz enfermiza, como si absorbiera las almas de quienes lo contemplaban. No era un ring de lucha libre, sino un vórtice, un agujero negro donde las leyes del universo se deshacían. Esa noche, dos entidades se enfrentarían en un combate que no era solo por la gloria, sino por la supervivencia de la realidad misma: Aztetoltekranes, el mago tolteca, y Tezernarcotitlancalli, el Necronauta. No eran hombres, sino avatares de fuerzas primordiales, sus máscaras y capas impregnadas de un poder que helaba la sangre. La función no era un espectáculo, sino un sacrificio, un duelo para aplacar a los dioses oscuros que manipulaban los hilos del destino desde dimensiones prohibidas.

Los Luchadores: Encarnaciones del Terror

Aztetoltekranes, el defensor de la humanidad, avanzó hacia el ring con pasos que resonaban como tambores funerarios. Su máscara, un mosaico de símbolos estelares, parecía absorber la luz, sus ojos invisibles brillaban con un fuego frío. Su capa, de un azul índigo tan profundo que evocaba el vacío entre las estrellas, estaba bordada con un volcán que parecía palpitar, como si en su interior latiera un corazón demoníaco. Un águila espectral, tejida en la tela, parecía vigilar con ojos que perforaban el alma, mientras cisnes fantasmales nadaban en un lago de pesadilla. Sus pantalones, adornados con pirámides ciclópeas que sangraban sombras, evocaban las ruinas de Teotihuacán, Chichén Itzá y Palenque, pero retorcidas por un horror innombrable. No luchaba solo con su cuerpo; canalizaba el espíritu de los toltecas, un poder que desafiaba las cadenas de los tiranos y los carteles bancarios, pero que ahora temblaba ante la magnitud de su adversario.

Frente a él, Tezernarcotitlancalli emergió de un portal que se abrió como una herida en el aire, escupía un hedor a azufre y

cenizas. Su máscara, cubierta de espejos humeantes, reflejaba rostros distorsionados que gritaban en silencio, cada uno atrapado en un tormento eterno. Sus mandíbulas, descritas en antiguos textos como «destructoras de almas y sueños», chasqueaban con un sonido que perforaba la mente. Su capa, tejida en los mares plutónicos de una dimensión maldita, estaba adornada con rostros demoníacos que se retorcían y gemían, sus ojos brillaban con un aleteo lívido. No era un luchador, sino un heraldo del fin, un ser nacido de explosiones nucleares y colapsos estelares, enviado por los arcontes de la sexta dimensión para consumir la realidad misma.

El réferi, una figura envuelta en túnicas blancas que parecían manchadas de sangre seca, alzó una voz que resonó como un lamento:

—¡Lucharán a una sola caída en el Eón de los eones malditos! Por el bando de la esperanza rota, ¡Aztetoltekranes! Y por el abismo eterno, ¡Tezernarcotitlancalli!

El Combate: Una Danza de Pesadilla

El combate comenzó con un estallido de luces que cayeron como sangre derramada, bañaban el cuadrilátero en un resplandor carmesí que parecía pulsar con vida propia. Los dos titanes chocaron con una violencia que hizo temblar los cimientos de la arena, sus movimientos rompían el aire con un crujido que evocaba huesos fracturándose. Aztetoltekranes, con la agilidad de un depredador espectral, ejecutó una voltereta que parecía desafiar la gravedad, golpeaba a Tezernarcotitlancalli con una patada que resonó como un grito en el vacío. El Necronauta respondió con un rugido que heló la sangre, abrió un portal con un cubo satánico que escupía fragmentos de estrellas muertas. Desde el vórtice emergió una sombra que golpeó a Aztetoltekranes, enviándolo al suelo con un impacto que hizo crujir la lona.

La multitud, paralizada por el terror, emitía gemidos que resonaban como un coro de almas condenadas. Cada golpe era un desafío a la cordura, cada llave un intento de reescribir un universo al borde del colapso. Aztetoltekranes aplicó una llave de a caballo, al tiempo que torcía el brazo de su adversario mientras susurraba versos de una tecnoteogonía prohibida:

—Los murmullos de las voces, miden el tiempo como relojes rotos, mentes quebradas en la revelación del abismo, ¡el tiempo es tu verdugo!

El cielo sobre la arena se transformó en un torbellino de luz blanca y enferma, del cual descendieron entidades aladas, dioses toltecas con rostros desfigurados por el dolor. Sus espadas de tiempo cortaban el aire, lanzaba torbellinos de huracanes dorados que chocaban contra Tezernarcotitlancalli. Pero el Necronauta, imperturbable, invocó a los arcontes de la sexta dimensión, seres azules con rostros que parecían máscaras de carne arrancada. Estas criaturas lanzaron plagas de energía oscura que devoraban la luz, para crear explosiones que hacían temblar las gradas y arrancaban gritos de la multitud.

El combate se volvió una pesadilla. Tezernarcotitlancalli, con un rugido que parecía desgarrar la realidad, lanzó un cubo satánico que abrió un agujero de gusano. Entró y salió en fracciones de segundo, a la vez que golpeaba a Aztetoltekranes con puñetazos que dejaban rastros de ceniza y sangre. El mago tolteca, con el cuerpo magullado pero el espíritu intacto, rodó por el suelo en una lucha desesperada, evocaba los duelos de los antiguos guerreros águila. Con un movimiento preciso, aplicó un martinete que hizo crujir las vértebras del Necronauta, un sonido que resonó como un lamento del año cero.

La Guerra de los Cielos

El combate trascendió el cuadrilátero, llevándose a los luchadores a un plano etéreo donde el tiempo se deshacía. Flotaban en los siglos del apeiron, un infinito de pesadilla descrito

por Anaximandro. Sus movimientos eran una danza de terror, un ajedrez cósmico donde cada golpe era un sacrificio. Tezernarcotitlancalli, con una voz que parecía surgir de un abismo sin fondo, recitó:

—Morirás en los cielos de la desesperación, conocerás el peso de la realidad rota, los puños de los destructores de mundos, rompen las cadenas de los anatemas, ¡porque los asesinos del tiempo devoran las almas!

Sus palabras invocaron montañas de estrellas muertas que cayeron como meteoros, mientras golpeaban a Aztetoltekranes con una furia que parecía invertir el flujo del tiempo. Pero el mago tolteca, con un grito que desafió el silencio del cosmos, se alzó en un torbellino de energía pura. Atrapó a Tezernarcotitlancalli como si fuera un cometa maldito y lo lanzó contra el suelo del cuadrilátero. El impacto fue cataclísmico: los dientes del Necronauta se rompieron, su columna crujió, y un aullido inhumano escapó de su máscara mientras su cuerpo se desmoronaba.

La multitud, al borde de la locura, susurró:

—¡Uno por el cielo, dos por el abismo, tres para destruir!

El réferi levantó la mano de Aztetoltekranes, pero la victoria no trajo alivio. El cuadrilátero comenzó a disolverse, absorbido por un vórtice de sueños rotos. La Liga de Mesías Electrónicos, derrotada, explotó en un estallido de fragmentos que consumió los cielos quemados, un Omegalipsis que dejó un silencio sepulcral.

Epílogo: El Silencio de los Cielos

Cuando el polvo se asentó, la Arena Cósmica había desaparecido, y la megalópolis yacía bajo un silencio que parecía devorar el alma. Aztetoltekranes, con su máscara resplandeciente pero manchada de sangre, se alzó como un faro en la oscuridad, un símbolo de resistencia contra el caos. Pero la victoria era

amarga; los cielos, ahora vacíos, parecían observar con ojos invisibles, a la espera del próximo sacrificio.

En las calles de México, los ecos de la batalla se convirtieron en susurros de terror, historias que los niños contaban con miedo, temían que el Necronauta regresara. La lucha libre, ahora un mito maldito, recordaba a todos que, en el corazón de cada combate, late el horror de un universo al borde del colapso, donde el alma humana lucha no solo por sobrevivir, sino por no ser consumida por los cielos estrellados y rotos.

EL AISLAMIENTO EN LA METRÓPOLIS SUBTERRÁNEA DE LA PAMPA

José Jesús Rodríguez Velázquez

MÉXICO

En los pliegues del tiempo, donde los relojes se astillan bajo el peso de un terror ancestral, atrapado en los tribunales de una guerra de espías que desgarrar la carne del mundo. Soy Ezevan Verzelius, y desde mi prisión en los laberintos subterráneos de la Pampa, en este maldito jueves 13 de octubre de 2050, garabateo estas crónicas con dedos temblorosos. Los muros de esta metrópolis subterránea, erigida por el imperio chino en su delirio de dominio, gimen con lamentos que no son de este mundo. Las sombras se retuercen en las esquinas, y los ecos de un pasado deshecho se mezclan con susurros de un futuro que huele a podredumbre. Aquí, en este aislamiento maldito, los libros son mis únicos guardianes, pero incluso sus páginas parecen sangrar, murmuran relatos de mundos rotos, exorcismos fallidos y un silencio que nunca fue paz, sino la calma antes del horror.

Mis manos, manchadas de tinta negra y óleo que parece coagularse como sangre, trazan en lienzos malditos las visiones que me acechan. Son imágenes de un Omegalipsis, un fin que no solo devora la carne, sino que desgarrar los cimientos del cosmos con garras invisibles. Los lienzos, impregnados de una melancolía que huele a cenizas y azufre, narran la profanación de los trece lienzos sagrados, robados en parte por las máscaras alienígenas en la avenida de la Reencarnación, en la Calle México, el fatídico 7 de enero de 2033. Tres de ellos fueron arrancados por entidades

que no eran humanas, sus formas retorcidas disolviéndose en la niebla. Los diez restantes yacen en los santuarios de las pirámides de México, custodiados por la Madre de Todos los Arquetipos, una presencia que susurra en lenguas olvidadas, sus ojos vacíos que vigilan desde las sombras.

La Caída de los Imperios y el Reinicio del Terror

La Madre Rusia yace sepultada bajo una nieve que parece teñida de sangre, víctima de una guerra que no conoce fin. Las operaciones secretas, tejidas con hilos de un neuromarketing que infunde pavor en las almas, han desatado un caos que trasciende la carne y el acero, al abrir grietas en la realidad misma. Los Tenets biológicos, engendros programados por mesías electrónicos con rostros sin piel, han profanado los mares de Saturno, donde las olas de éter chocan contra pilares de un tiempo fracturado, que gimen como almas en pena. El mundo que conocí —la glamorosa Buenos Aires, el estuario de Bahía Blanca, los cielos púrpúreos del Mar de Plata— se ha desvanecido en un polvo que sabe a muerte.

La Pampa, antaño llanura de sueños infinitos, es ahora un osario de pesadillas. Llegué desde México en mi juventud, atraído por la promesa de Argentina, pero esa tierra de esperanza fue violada por las máscaras alienígenas el 7 de enero de 2033. Esas entidades, con rostros que no podían ser rostros, descendieron sobre la Calle México, sus formas disolviéndose en un vaho que quemaba los pulmones. Robaron los lienzos del Omegalipsis, desencadenaron un horror que culminó en el autoatentado nuclear en el paralelo 33, en las arenas blancas de Tex-Rex. Ese estallido no fue solo una explosión; fue una herida en el tejido del tiempo, un portal por el que se filtró un imperio celeste, un espejismo roto que condenó al mundo a un terrorismo que no conoce fronteras. Las potencias cayeron, y el imperio chino, en su arrogancia, construyó estas metrópolis subterráneas como refugios. Pero no hubo guerra nuclear; solo un horror que se arrastra en la oscuridad, al tiempo que devoraba almas.

La Metrópolis Subterránea: Un Sepulcro Vivo

En la metrópolis subterránea de la Pampa, los pasillos de acero y roca vibran con un zumbido que parece el latido de un corazón moribundo. Las paredes, grabadas con símbolos alquímicos que parecen moverse cuando no las miro, me observan con ojos que no puedo ver. Esta ciudad, diseñada como un bastión contra la aniquilación, es ahora un sepulcro vivo, un mausoleo donde las esperanzas se pudren. Los chinos, en su obsesión por el control, vertieron fortunas en estas fortalezas bajo la tierra, desde Mongolia hasta África. Pero el enemigo no fue una bomba; fue el tiempo mismo, un depredador que roe las almas de quienes osaron soñar con salvación. Cada noche, las luces parpadean, y juro que escucho pasos en los corredores vacíos, pasos que no pertenecen a nadie.

En mi aislamiento, mi biblioteca es un santuario profanado. Los libros, con sus cubiertas desgastadas, parecen respirar. San Agustín me susurra de una Ciudad de Dios que nunca existió, un eco burlón en este infierno de acero. Dante me arrastra por círculos infernales donde las almas gritan en lenguas que duelen al oír las. Espronceda, con su *Diablo Mundo*, me habla de una rebelión contra dioses que ya no escuchan, mientras Calderón de la Barca convierte este laberinto en un teatro donde las marionetas sangran. Cervantes, con su *Numancia*, me recuerda la resistencia fútil, y Virgilio, con la *Eneida*, me lleva a mares de papel donde los héroes naufragan, perseguidos por sombras aladas.

Estos libros no son refugios; son puertas a abismos. En sus páginas, me pierdo en una teleportación que quema mi mente, para huir de estas paredes que parecen cerrarse. Pero el Omegalipsis me encuentra incluso en mis sueños. Los lienzos, pintados con sangre de seres que no deberían existir, muestran un trono de cabezas cercenadas, donde el emperador del Batir de Alas reina. Su disco de oro brilla con un fulgor enfermo, y los libros del holocausto caníbal, escritos en piel, murmuran profecías que

me hielan la sangre. Su pie aplasta un cráneo que aún gime, un eco de la humanidad devorada por su propia locura.

El Arte como Portal al Horror

En las noches de la Pampa, cuando el silencio se vuelve un rugido, me convierto en un pintor maldito. Mis pinceles, impregnados de un óleo que huele a muerte, dan forma a los horrores que me devoran. Pinto cuerpos desplomados en geometrías imposibles, seres alados atrapados en las vías de trenes de Moebius, condenados a un ciclo de tormento eterno. Cada trazo es un ritual, una invocación que amenaza con abrir grietas en la realidad. Los símbolos árabes, grabados en las cámaras secretas de mi alma, se transforman en sellos que despiertan volcanes donde titanes arden, sus gritos resuenan en mis lienzos.

La Titanomaquia de Hesíodo cobra vida en mis pinturas, un cielo al rojo vivo donde las lágrimas guardianas se evaporan en un osario de pesadillas. Los cuerpos empalados, apilados en hileras de lanzas que sangran, son los restos de una humanidad que creó a Cronos solo para ser devorada por él. En el centro, un sol hiberna, engullido por tigres alados que rugen en los mares de la fortuna, sus ojos brillaban con un hambre que no es de este mundo. Mis recuerdos de México, de las pirámides que aún guardan los lienzos del Omegalipsis, se mezclan con estas visiones. Recuerdo mi juventud en Argentina, cuando sus llanuras eran un canto de libertad. Ahora, solo tengo un vino chileno, cuyo sabor evoca el aliento de Osiris, fermentado en un tiempo que ya no existe.

La Guerra de los Espías y el Multiverso 700

Fuera de este sepulcro subterráneo, el mundo es un matadero. Los espías, atrapados en un frenesí de traiciones, se despedazan en un tablero de ajedrez cósmico donde las piezas sangran. Las mentes frenéticas, programadas por mesías electrónicos con rostros que se derriten, chocan en colisiones que

despiertan imperios ocultos en los sueños. Mis pantallas mentales, conectadas a códigos que pulsan como venas, muestran seres de dimensiones filosóficas, activados por partículas que rasgan el velo de la realidad. Sus susurros, fríos como el vacío, hablan del multiverso 700, un lugar donde el tiempo se retuerce y grita.

El emperador del Batir de Alas ha caído, su trono de restos divinos desmoronándose en un torbellino de antimateria. Los cubos satánicos, impregnados de una energía que quema la mente, operan como llaves a un caos primordial. Mis lienzos intentan capturar este horror, pero son insuficientes. Las palabras, transformadas en alquimia, florecen en símbolos del eterno omega, pero cada pincelada cierra un sueño que amenaza con devorarme.

El Silencio que Devora

En la Pampa, el aislamiento es mi cárcel y mi maldición. Sobre la metrópolis, los pasos de una guerra de naciones resuenan como un réquiem. Todos contra todos, en un teatro de carnicería donde las sombras ríen. Nosotros, los prisioneros de este laberinto, esperamos, atrapados en un silencio que susurra promesas de aniquilación. Las alertas rojas del multiverso 700 parpadean en la distancia, heraldos de un colapso que se arrastra hacia nosotros. Cuando llegue, no saldremos. Nos quedaremos aquí, para beber el cielo emponzoñado de Osiris y escribir crónicas de un mundo que ya es polvo.

En mi galería de libros, entre lienzos que sangran y un vino que sabe a muerte, aún pinto. Cada trazo es un desafío al vacío, un grito contra las sombras que me rodean. El Omegalipsis no es solo el fin; es la puerta a un horror que aún no logro comprender. Pero mientras las partículas subatómicas aceleran y los espías mueren en la superficie, yo, Ezevan Verzelius, aún soy el artesano de un alma condenada, atrapado en los laberintos de la Pampa, sueño con un México perdido y un mundo que nunca volverá.

LA OFRENDA

Silvia Carús

ESPAÑA

En un rincón olvidado entre montañas, donde los picos parecían arañar las nubes y los bosques espesos susurraban secretos antiguos, yacía un pueblo sin nombre, envuelto en un silencio que solo los vivos podían romper. Los árboles, altos y nudosos, se inclinaban como si escucharan las voces de los habitantes, y en las noches sin luna, un escalofrío recorría las calles de tierra. Los ancianos, con rostros surcados por el tiempo, advertían a los niños que cerraran bien las ventanas y no miraran hacia el bosque. Una bruja, decían, vagaba por los caminos con una lámpara encendida, en busca de ojos curiosos que se atrevieran a cruzarse con los suyos.

Pronunciar su nombre era casi un sacrilegio: Isolda. Nadie sabía cuándo había llegado al valle, ni cómo había encontrado refugio en la cabaña en ruinas al borde del río. De día, la cabaña no era más que un montón de maderas podridas, cubiertas de musgo y telarañas. Pero de noche, un resplandor amarillento escapaba por las rendijas, como si un fuego imposible ardiera en su interior, para desafiar el paso del tiempo. Los rumores corrían como el viento: Isolda había vendido su alma a un demonio a cambio de la juventud eterna. Su piel era blanca como un sudario, su melena negra ondeaba como alas de cuervo, y sus ojos, amarillos y felinos, podían atrapar el alma de quien los mirara demasiado tiempo. Su sonrisa, demasiado amplia, revelaba dientes afilados, más propios de una fiera que de un ser humano. Algunos juraban haberla visto hablar sola, mientras otros aseguraban que conversaba con las sombras que habitaban su cabaña.

El Pacto

Décadas atrás, cuando una peste implacable azotó el valle, la desesperación llevó a los aldeanos a buscar a Isolda. La enfermedad se llevaba a los niños, dejaba camas vacías y hogares rotos. Los hombres más valientes, con el corazón apesadumbrado, cruzaron el río y llamaron a la puerta de la cabaña. Isolda los recibió con una calma perturbadora, sus ojos brillaban en la penumbra. Escuchó sus súplicas y accedió a salvar al pueblo, pero no por bondad. Su precio fue cruel: cada diez años, un niño debía ser entregado a la cabaña del río. Nadie se atrevió a negarse, pues el miedo a la peste era más grande que el horror de su demanda.

El pacto se selló en una ceremonia torpe y silenciosa. El alcalde, con manos temblorosas, dejó una caja de madera en el umbral de la cabaña. Nadie vio cómo Isolda la recogió; solo se oyó un crujido, y la caja desapareció en la oscuridad. Al amanecer, la peste comenzó a retroceder, como si la muerte misma hubiera decidido retirarse. Pero la gratitud pronto se transformó en un miedo profundo, un peso que el pueblo llevaría por generaciones.

Desde entonces, cada década, el consejo del pueblo realizaba un ritual sombrío. Granos de maíz marcados con hollín se depositaban en una urna de barro. Los nombres de los niños se leían en voz alta, y el silencio que seguía era más pesado que cualquier palabra. Los mayores callaban, los padres lloraban en los rincones, y los niños crecían con un temor que no entendían del todo hasta que llegaba el día de la ofrenda.

El Elegido

Cuando el nuevo ciclo llegó, el destino señaló a Diego, un muchacho de trece años, hijo de una viuda pobre que lavaba ropa en el río. Las manos de la mujer, cuarteadas por el frío, temblaron al escuchar el nombre de su hijo. El anciano del consejo, con voz áspera, lo anunció en la plaza, y un silencio espectral cubrió a los presentes. Nadie se atrevió a mirarla. La madre de Diego, con el corazón desgarrado, intentó resistirse. Golpeó la mesa del

consejo, suplicó, gritó que no era justo. Pero las reglas del pacto eran inquebrantables, más fuertes que cualquier justicia humana.

Aquella tarde, llevó a Diego a casa. Lo sentó a la mesa de la cocina y le sirvió un caldo de gallina espeso y humeante. El chico apenas probó bocado, sus ojos fijos en el suelo.

—No te rindas en tu corazón —le dijo ella, con la voz rota por el dolor—. Lo único que la alimenta es el miedo. Si no se lo das, no podrá contigo.

Diego asintió, aunque el nudo en su garganta le impedía hablar.

Al caer el sol, tres hombres del pueblo, armados con hachas, picos y rastrillos, lo escoltaron hasta el borde del bosque. Le entregaron una antorcha y lo dejaron solo, tembloroso, mientras las sombras de los árboles lo engullían. Diego caminó, llamaba a gritos, hasta que la vio. Isolda estaba allí, con su lámpara encendida, su figura recortada contra la niebla. La cabaña ruinosa parecía cobrar vida detrás de ella, como si respirara con un ritmo propio.

—Ven conmigo, pequeño —dijo Isolda con una voz dulce que escondía algo antiguo y hambriento—. Aquí no hay dolor, ni hambre, ni lágrimas.

Diego quiso correr, pero sus piernas se negaron a moverse. Los ojos amarillos de la bruja lo atrapaban como cadenas invisibles, que tiraban de su voluntad.

La Revelación

Dentro de la cabaña, el aire era denso, cargado de un olor a cera derretida y sangre seca. No había telarañas ni polvo; todo brillaba con un fulgor antinatural. En estantes de madera, Diego vio frascos de vidrio con líquidos oscuros donde flotaban mechones de cabello, dientes de leche y cintas anudadas. En otra estancia, cofres rebosaban de juguetes rotos: peonzas partidas,

caballitos sin patas, muñecas sin ojos. El corazón de Diego latía con fuerza, pero las palabras de su madre resonaban en su mente.

—No temas —dijo Isolda, acariciándole el rostro con una mano fría como el hielo—. Todos ellos viven aún, en mí. Cada uno de sus latidos alimenta mi corazón. Gracias a ellos, aún camino por este mundo.

Diego rompió a llorar, y la bruja rió, al tiempo que mostraba unos colmillos que relucían bajo la luz de la lámpara. Lo llevó a una silla junto a un círculo negro dibujado en el suelo con carbón y sal. Encendió velas que goteaban sobre platos de metal y murmuró palabras en una lengua extraña, gutural, que parecía vibrar en las paredes. En el centro del círculo, colocó la lámpara, y la llama creció, danzaba como si tuviera vida propia.

—Eres fuerte —afirmó Isolda, con una sonrisa que helaba la sangre—. Me durarás muchos inviernos.

La Noche de las Marcas

A medianoche, un viento feroz golpeó los muros de la cabaña, y el río rugió como una bestia enfurecida. La llama de la lámpara cambió a un azul espectral, y Diego sintió un escozor en el antebrazo. Bajo su piel, una línea negra comenzó a serpentear hacia la muñeca, como tinta viva. Entendió que aquella marca era el principio del vínculo, el sello del pacto que lo ataría a Isolda para siempre. Pero entonces recordó las palabras de su madre: «El miedo es su alimento».

Reunió todo su coraje, Diego aferró la antorcha y la arrojó contra las cortinas impregnadas de aceite. El fuego se extendió con rapidez, a la vez que devoraba la madera seca. El aire se volvió trémulo por el calor, y la bruja lanzó un grito inhumano, un alarido que parecía contener mil voces desgarradas:

—¡Insensato! —rugió, mientras su piel se cuarteaba como barro seco y sus ojos ardían con furia.

Intentó atraparlo, pero la luz del incendio debilitaba su figura, como si el fuego deshiciera su esencia.

Diego corrió hacia la puerta, tropezó con el peldaño y cayó al suelo. Al volverse, vio cómo el techo de la cabaña se hundía y una lengua de fuego la engullía por completo. El humo tiñó el cielo, y un eco de carcajadas malditas resonó en la noche.

Epílogo

El pueblo observó las llamas desde la distancia, un resplandor rojo que iluminaba el valle. Cuando Diego regresó al amanecer, cubierto de hollín y con el cabello chamuscado, nadie se atrevió a tocarlo. Algunos lloraban de alivio, otros temblaban de miedo. Su madre lo abrazó con fuerza, sabía que había roto el pacto, pero también que la victoria era frágil.

Los ancianos, sin embargo, no celebraron. Sabían que Isolda no podía ser destruida tan fácil. El fuego podía consumir madera y carne, pero no un alma ligada a las tinieblas. Desde entonces, en las noches sin luna, los niños aún escuchan pasos en el bosque. Una lámpara titila entre los árboles, y una voz dulce canta sus nombres, mientras espera el momento de cobrar su deuda.

BAJO LA NIEBLA

Silvia Carús

ESPAÑA

La guerra había terminado en 1943, según los partes oficiales que llegaban desde la capital, pero en Santa Elvira, un pueblo olvidado entre colinas y campos arrasados, nadie lo creía del todo. Los cañones se habían silenciado, las sirenas ya no rasgaban la noche, pero el aire seguía cargado de un hedor a polvo, hierro oxidado y humo condensado. Las calles, antaño llenas de risas y carretas, ahora estaban pobladas por casas a medio derrumbar, con ventanas como ojos ciegos y tejados que crujían bajo el peso de la desolación. Los habitantes caminaban con la cabeza gacha, como si temieran que mirar al cielo pudiera despertar de nuevo el rugido de los aviones.

Susana, una viuda de apenas veintiséis años, cargaba con su propio duelo. Su cabello, antes negro y brillante como ala de cuervo, ahora caía lacio sobre sus hombros, y sus ojos, de un castaño profundo, parecían haber olvidado cómo brillar. Cada madrugada, cuando el pueblo aún dormía, subía a la colina donde yacían las fosas comunes. Allí, entre cruces de madera torcidas y nombres garabateados con carboncillo, buscaba a Gabriel Lozano, su marido. Lo habían llamado al frente en 1941, prometiéndole un regreso que nunca llegó. Ni cuerpo, ni tumba, ni una mísera carta. Solo un vacío frío, como si la tierra misma lo hubiera devorado.

Las noches eran peores. Susana despertaba empapada en sudor, con un grito atrapado en la garganta. Siempre el mismo sueño: Gabriel, con su uniforme raído y los ojos vacíos, avanzaba hacia ella entre la niebla, al tiempo que extendía una mano cubierta de tierra. No hablaba, solo la miraba con una intensidad que le helaba el alma, como si pidiera algo imposible. Ella se

despertaba en busca de aire, con el corazón que latía como un tambor, y corría a la ventana para abrirla, como si el viento pudiera llevarse el eco de esa mirada.

El 2 de noviembre de 1943, Día de los Difuntos, Santa Elvira se llenó de velas titilantes en las ventanas y flores marchitas en los cementerios improvisados. El pueblo parecía contener el aliento, atrapado en un luto colectivo. Susana, incapaz de unirse a las procesiones, decidió quedarse en casa. Preparó un té de tilo con manos temblorosas, encendió un cirio en el alfeizar y abrió las contraventanas de par en par. No sabía si esperaba algo, pero su corazón latía con una mezcla de miedo y esperanza. Tal vez, solo tal vez, Gabriel la encontraría esa noche.

A medianoche, un aullido desgarrador de los perros rompió el silencio. Un viento helado recorrió las calles, lo que hizo titilar las velas sin apagarlas. Susana, sentada en su silla de madera, sintió un escalofrío que no explicaba el frío de noviembre. Se levantó, temblorosa, y miró por la ventana. Allí, entre la niebla que lamía las piedras del camino, lo vio.

Era Gabriel. Pero no el Gabriel de los retratos que guardaba en su mesilla, con la piel tostada por el sol de Castilla y una sonrisa que prometía mañanas mejores. Este Gabriel era pálido, con los labios amoratados y los ojos hundidos en cuencas oscuras. Su uniforme estaba hecho jirones, y la tierra se adhería a sus mejillas como una segunda piel.

—Susana... —musitó, y su voz, rasposa como un susurro desde el fondo de un pozo, atravesó el aire.

Ella retrocedió, el corazón golpeándole el pecho.

—No... no puede ser. Tú estás... —La palabra "muerto" se le atoró en la garganta.

Gabriel avanzó, y para horror de Susana, su figura traspasó la ventana como si el vidrio fuera humo. La temperatura de la habitación cayó en picada, su aliento se volvió visible, y las flores

del jarrón se marchitaron en un instante, sus pétalos caían como lágrimas negras.

—Me arrancaron la vida, pero no de ti —dijo él, a la vez que extendía una mano huesuda—. He vagado en la oscuridad, atrapado entre gritos y fuego. Esta noche, al fin, puedo regresar.

Susana lloraba, atrapada entre el terror y la fascinación. Quiso abrazarlo, pero algo en su interior, un instinto más antiguo que el amor, la detuvo. Había algo torcido en su mirada, un brillo que no era humano.

—¿Qué eres? —preguntó, con la voz rota.

Él sonrió, y aquella mueca hizo que se le erizara la piel.

—Soy lo que queda de un hombre que amó con intensidad. Pero la muerte no me dejó en paz. Necesito tu ayuda para volver a mi cuerpo.

Los días siguientes fueron un torbellino de locura. Susana dejó de acudir al mercado, ignoró las miradas preocupadas de las vecinas y se encerró en su casa, rodeada de velas y rezos. Cada noche, Gabriel aparecía, susurrándole instrucciones en la oscuridad. Su voz, aunque familiar, tenía un matiz extraño, como si varias gargantas hablaran al unísono.

—Búscame en la fosa número tres —le ordenó una madrugada—. Cava hasta encontrar mis huesos y tráelos a casa.

Ella obedeció, aunque cada fibra de su ser le gritaba que se detuviera. Bajo la luz mortecina de la luna, subió a la colina con una pala vieja. Cavó durante horas, con las manos sangrantes y el aliento entrecortado. El hedor de la tierra removida era insoportable, pero entre los restos descompuestos encontró la medallita de oro que le había regalado a Gabriel el día de su boda. Era él. O lo que quedaba de él.

Esa misma noche, llevó los restos a casa, los envolvió en sábanas viejas y encendió velas en círculos, como él le había indicado. Gabriel, o el espectro que lo habitaba, le enseñó un conjuro que decía haber aprendido en el limbo de los muertos.

—Repítelo tres veces —ordenó—. Y no cierres los ojos, pase lo que pase.

Susana temblaba, pero lo hizo. Las palabras, en una lengua que no reconocía, le quemaban la lengua. A medida que las pronunciaba, la casa se estremecía como si un terremoto la sacudiera. Las paredes lloraban humedad, los espejos se agrietaban, y un vecino, despierto por el ruido, juró haber visto sombras que danzaban tras las cortinas.

En el suelo, los huesos comenzaron a moverse. La carne se formó poco a poco, primero en los dedos, que se crisparon como arañas, luego en los brazos, el rostro y el torso. Gabriel respiró con dificultad, como un recién nacido, pero su piel era cetrina, enfermiza, y sus ojos... demasiado negros, como pozos sin fondo.

—He vuelto —declaró, con una voz que era un eco de sí misma—. Ahora nada nos separará.

Pero Susana sintió un escalofrío. Aquello no era Gabriel. Sus movimientos eran bruscos, casi antinaturales, y sus manos, heladas, dejaban marcas moradas en su piel cuando la tocaban. Por las noches, no dormía. Se quedaba para mirar por la ventana, inmóvil, con una expresión vacía que la llenaba de pavor.

El 14 de noviembre, el pueblo comenzó a susurrar sobre desapariciones. Primero fue el pequeño Juan, luego María, la hija del panadero. Los niños se desvanecían en la noche, sin testigos, sin rastro. Solo un rumor: una figura demacrada que arrastraba cuerpos hacia la colina.

Susana no tardó en sospechar. Una madrugada, fingió dormir y vio a Gabriel salir en silencio. Lo siguió, con el corazón en la garganta, hasta la colina. Allí, bajo la luz plateada, lo

encontró hincado sobre una fosa, mientras devoraba algo con las manos ensangrentadas. Cuando se giró, su rostro estaba manchado de carne, y sus ojos ardían con un brillo inhumano.

No era Gabriel. Era algo nacido del dolor y la guerra, un espíritu hambriento que usaba su cuerpo como un traje roto.

Desesperada, Susana corrió a la iglesia y buscó al padre Elías, un párroco anciano con ojos cansados. Entre sollozos, le contó todo. El sacerdote palideció.

—No has traído a tu esposo —dijo, con voz grave—. Has liberado un espíritu del hambre, un espectro que habita los cuerpos rotos de los soldados y los usa para alimentarse de los vivos. Debes detenerlo antes de que devore a todo el pueblo.

Esa noche, Susana preparó el último encuentro. Encendió las velas, colocó el cuerpo de Gabriel en el centro y esperó con una daga bendita que el párroco le había dado. Cuando él regresó, la casa se llenó de un frío insoportable.

—Me traicionaste, Susana —sentenció, al tiempo que avanzaba con las manos extendidas—. Regresé por ti, y ahora pretendes arrebatar me esta vida.

Ella lloraba, pero su mano no tembló.

—Tú no eres Gabriel. Mi marido murió en la guerra. Yo solo me aferré a un fantasma.

Él rugió, y de su boca salió un alarido que hizo estallar los cristales. Su rostro se deshizo en jirones de piel, lo que reveló un cráneo cubierto de cenizas, y sus manos se alargaron en garras huesudas. Susana, con un grito de desesperación, hundió la daga en su pecho. El cuerpo se retorció, lanzó un chillido inhumano y se desmoronó en polvo, desvaneciéndose entre las sombras.

La casa quedó en silencio. Solo las velas titilaban. Susana cayó de rodillas, exhausta, con lágrimas corriéndole por las

mejillas. Por un instante, creyó escuchar la verdadera voz de Gabriel, suave y cálida, como una despedida.

—Gracias, amor mío. Ahora puedo descansar.

Años después, Santa Elvira intentó olvidar. Nadie hablaba de los niños perdidos ni de la viuda que quemaba velas cada noche. Pero en las tormentas, entre los muros derruidos de su casa, aún se escuchaba un lamento:

—Susana... abre la ventana...

EL VAMPIRO DEL LAMENTO ETERNO

Sebastián Benavides

ECUADOR

El castigo en las Islas Marías era un tormento diseñado para quebrar el espíritu. El Sapo pasó siete días en la celda de piedra, encadenado a la pared con grilletes que le cortaban la carne de las muñecas. El sol se colaba por una rendija, quemándole la piel ya cubierta de heridas, mientras la poca agua que le daban apenas lo mantenía vivo. Los guardias, encabezados por El Gavilán, lo visitaban cada día, dándole macanazos en las piernas para recordarle su lugar. Pero José Ortiz no gritaba ni suplicaba; se limitaba a mirarlos con esos ojos saltones que brillaban como carbones, con una sonrisa torcida que ponía nervioso incluso a los más duros.

El Vampiro de la Cueva del Lamento Eterno: La Leyenda de Hjalmar Ulfson

I. El Mendigo de la Plaza (Presente)

Bajo la luz plateada de la luna llena, Svartfjord parece contener el aliento. El pueblo, encajado entre acantilados azotados por el mar y un bosque de pinos retorcidos, se sume en un silencio inquietante. En la plaza central, donde las sombras se alargan como dedos huesudos, un mendigo encapuchado rasga una guitarra rota. Sus cuerdas, deshilachadas y oxidadas, emiten un lamento que resuena en los corazones de quienes lo escuchan, para desenterrar recuerdos de pérdidas olvidadas. Sus ojos púrpuras, brillaban como amatistas en la penumbra, atraían miradas curiosas y temerosas. Nadie se acercaba demasiado.

El anciano, envuelto en una capa negra raída, es conocido solo como Hjalmar. Los aldeanos susurran que su música no es de este mundo, que sus notas son un canto fúnebre que despierta la tristeza más profunda. Si alguien, movido por piedad o fascinación, le ofrece una moneda, Hjalmar inclina la cabeza y murmura:

—Que la fortuna te acompañe —Pero esas palabras, pronunciadas con una sonrisa espectral, sellan una maldición.

Esa noche, Astrid Svendsson, una joven maestra de 24 años, cruza la plaza. Su rostro, pálido bajo la luz lunar, refleja el peso de una pérdida reciente: su hermano menor, Erik, se ahogó en una tormenta en el mar. Desde entonces, el insomnio la atormenta, y su corazón es un pozo de melancolía. La guitarra de Hjalmar la envuelve como una marea. Contra las advertencias de los aldeanos, que la observan desde ventanas empañadas, Astrid deja una moneda en la mano huesuda del mendigo. Sus ojos púrpuras se clavan en ella, y por un instante, Astrid ve en ellos el reflejo de su dolor: la risa de Erik, su silueta desvaneciéndose entre las olas.

En los días siguientes, la melancolía de Astrid se intensifica. Sus pensamientos se tiñen de desesperanza; la vida le parece un ciclo inútil de sufrimiento. Una noche, guiada por un eco lejano de la guitarra, se adentra en el Bosque Prohibido de Gråskog. Los árboles, nudosos y retorcidos, susurran secretos de tragedias antiguas. Cada paso la hunde más en un trance de tristeza. Al llegar a un claro, descubre la entrada de una cueva en el acantilado de Nattfjell, oculta tras enredaderas que se retuercen como venas. Un frío glacial la envuelve, pero su voluntad está quebrada. Desciende.

El interior de la cueva huele a sal y podredumbre. Murciélagos revolotean en la oscuridad, sus chillidos evocan lamentos antiguos. Astrid tropieza hasta una cámara profunda, donde el aire es denso y opresivo. Allí, Hjalmar ya no es un

mendigo. Es Skriða, una criatura monstruosa: un demonio blanco de casi tres metros, con alas venosas que rozan las paredes húmedas. Su rostro es una boca ovalada, un abismo de dientes afilados en espiral, y en su fondo, un ojo amarillo-anaranjado que pulsa con luz siniestra. Astrid, hipnotizada por esos ojos púrpuras que aún persisten en la criatura, extiende las manos en un gesto de súplica.

Skriða la observa, y la luz de su ojo estalla. Astrid siente cómo su cuerpo se desgarrar: piel, músculos y sangre se disuelven en un torbellino de agonía. Su esencia se reduce a un polvo rojo que la criatura absorbe con un rugido gutural. Su último pensamiento es un susurro: «Tal vez en el olvido encuentre paz». Luego, silencio. Hjalmar, de nuevo en su forma de mendigo, regresa a la plaza, mientras afina su guitarra bajo la luna.

II. El Príncipe y la Traición (Orígenes y Primer Crimen)

Siglos atrás, Hjalmar Ulfrson no era un mendigo, sino un príncipe de belleza sobrenatural. Su piel era nívea, sus facciones esculpidas, y sus ojos púrpuras destellaban con una intensidad que inquietaba a todos. Hijo del rey Sigurd Ulfrson, apodado «El Despiadado», Hjalmar creció en el palacio de Svartfjord, un lugar de piedra fría y sombras alargadas. Desde joven, mostró una fascinación por lo prohibido. En la biblioteca real, descubrió grimorios antiguos, textos que hablaban de deidades olvidadas y pactos con entidades más allá de las estrellas.

Cuando Sigurd descubrió los estudios de su hijo, lo confrontó con furia.

—¡Buscas poderes que no comprendes! —rugió el rey.

Hjalmar, con una calma que heló la sangre de su padre, respondió:

—El sufrimiento humano es una prisión. Yo encontraré la llave.

Alarmado por la ambición de su hijo, Sigurd lo exilió, desterrándolo al Bosque Prohibido.

Hjalmarr, solo y al borde de la muerte, encontró refugio en la cueva de Nattfjell. Allí, en la oscuridad, llamó a Úlfrheim, una deidad que habita entre las estrellas muertas. La voz de la entidad, fría como el vacío, le ofreció un pacto: mil años de vigor a cambio de un alma desgarrada cada luna llena. Hjalmarr, consumido por su deseo de trascendencia, aceptó sin dudar.

Con una fuerza renovada, regresó a Svartfjord. En el gran salón del palacio, bajo la luz de la luna, enfrentó a su padre. Al tiempo que blandía una espada ceremonial, Hjalmarr atacó con precisión brutal. Cada golpe fue un acto de desafío, una negación de su linaje. Desolló la piel de Sigurd mientras aún vivía, un ritual macabro que simbolizaba su ruptura con la humanidad. Cuando el rey al final murió, Hjalmarr se proclamó soberano, su coronación marcada por sangre y horror.

III. El Reinado de Terror y la Caída del Monarca Eterno

Durante mil años, Hjalmarr gobernó Svartfjord con un sadismo refinado. Las lunas llenas se convirtieron en noches de festines sangrientos, donde las víctimas eran elegidas entre aquellos consumidos por la desesperanza. Bajo su mandato, el pueblo se expandió, pero a un costo terrible: guerras provocadas para sembrar miseria, hambrunas toleradas para alimentar la tristeza. Los aldeanos vivían en un miedo silencioso, mientras susurraban sobre el rey inmortal cuya mirada púrpura podía desentrañar el alma.

Hjalmarr evitaba dos lugares: la plaza de Svartfjord, donde los vivos aún se aferraban a la esperanza, y la cueva de Nattfjell, donde el eco de su pacto resonaba como una advertencia. Pero el tiempo, incluso para un ser maldito, no perdona. Al acercarse el final de su milenio, su cuerpo comenzó a debilitarse. La piel se agrietó, los músculos se atrofiaron, y el rey eterno se convirtió en un anciano frágil.

IV. El Origen de Skriða y la Renovación del Pacto

Desesperado, Hjalmarregresó a la cueva de Nattfjell, arrastrándose por los túneles húmedos. En la cámara más profunda, invocó a Úlfrheim. La deidad se materializó como una sombra humanoide con una luz tenue en el centro de su cabeza, su voz un rugido gutural que resonó en la mente de Hjalmarregresó: «Tuvimos un acuerdo. Te di mil años de vigor. El pacto ha terminado».

Hjalmarregresó, suplicante, ofreció más almas, más sufrimiento. Úlfrheim, complacido por su devoción, reconsideró: «Tu sangre es mía. Cada alma en sufrimiento, cada luna llena, te devolverá un año de vida». En un instante, Hjalmarregresó se transformó en Skriða: un demonio blanco de tres metros, con alas venosas y una boca infinita de dientes afilados, en cuyo fondo brillaba un ojo cegador.

Al salir de la cueva, encontró una guitarra vieja junto al cuerpo de un trovador que se había ahorcado en el bosque. La tomó y regresó a Svartfjord, ahora como un mendigo. Su música se convirtió en un arma, un canto que atraía a los quebrados hacia la cueva, donde Skriða los devoraba.

V. El Encuentro de Astrid: Un Nuevo Festín

En el presente, Astrid Svendsson encarna la tragedia de Svartfjord. Su dolor por la muerte de Erik la hace vulnerable a la guitarra de Hjalmarregresó. Al dejarle una moneda, cae en un trance que la lleva al Bosque Prohibido y a la cueva. Su descenso es un viaje de introspección, donde revive cada momento de su vida: la risa de Erik, las noches de insomnio, la sensación de vacío. En la cámara profunda, Skriða la espera. Su transformación es aterradora: la luz de su ojo ilumina la cueva, y Astrid es consumida en un torbellino de agonía. Hjalmarregresó, revitalizado por su esencia, siente un destello de fuerza, pero su carne aún cede.

VI. 1000 Años Más

Hjalmarr, frágil pero astuto, regresa a la plaza. Cada acorde de su guitarra es un eco de la angustia de Svartfjord. Sabe que cada lágrima le otorga vida, pero también que su tiempo se agota. Mientras afina su instrumento, una figura emerge del bosque: un clérigo de mirada firme, porta un amuleto que brilla con luz propia. Su propósito es claro: romper el pacto antes de que Hjalmarr reclame otra alma. La lucha entre la redención y la desesperanza está a punto de comenzar.

¿Fin o principio?

LAS PESADILLAS DE LUCY

Iraldo Ramírez

CUBA

Lucy era una joven de alma inquieta, atrapada en un torbellino de pesadillas que la perseguían sin descanso. Cada noche, cuando cerraba los ojos, un hombre alto, de rostro en apariencia simpático y vestido de negro, irrumpía en su mente como un intruso implacable. Sus pasos resonaban en los recovecos de sus sueños, y aunque Lucy intentaba huir, sus piernas parecían ancladas a un suelo viscoso que la retenía. No importaba cuán rápido corriera; él siempre estaba un paso detrás, su sombra alargándose como un presagio.

Era una noche de tormenta, de esas en las que la lluvia golpea los cristales de las ventanas con un ritmo hipnótico, como susurros que prometen secretos oscuros. La ciudad, sumida en la penumbra, parecía contener el aliento bajo el peso del aguacero. Lucy, agotada por la rutina de sus terrores nocturnos, despertó de golpe bien entrada la madrugada. Su respiración era entrecortada, su camisón pegado a la piel por el sudor frío que recorría su cuerpo. Se aferró a la almohada, en busca de un ancla en la realidad, cuando lo vio: una figura pálida, casi translúcida, flotaba en el rincón de su habitación. No estaba en su sueño. Estaba allí, en carne y hueso, o al menos en algo que imitaba la carne. Su piel brillaba con un fulgor enfermizo, como si la luz de la luna se hubiera atrapado en su superficie.

—¡No me asustas! —gritó Lucy, su voz temblorosa más de lo que quería admitir.

El hombre inclinó la cabeza, y un sombrero de copa, ridículo y siniestro a la vez, coronaba su figura. En la copa del sombrero, una boca grotesca, con labios carnosos y dientes afilados, se

abría y cerraba, para dejar ver una lengua viperina que se retorció como una serpiente. La lengua emitía un siseo que parecía perforar el aire. Lucy, agotada por años de enfrentarse a estas visiones, acomodó la cabeza en la almohada y cerró los ojos. No era la primera vez que sus pesadillas se filtraban en su realidad. Con un suspiro de resignación, se obligó a dormir, su rostro adoptó una expresión de indiferencia, como si pudiera desafiar al terror con pura voluntad.

Pero el sueño la atrapó de nuevo, y con él, la pesadilla. Esta vez, no podía moverse. Sus músculos estaban rígidos, como si una fuerza invisible la atara a la cama. Abrió los ojos dentro del sueño y lo vio: el hombre de negro, observándola desde una esquina de la habitación. Sus ojos brillaban con una intensidad que no era humana, y su sonrisa, aunque amistosa en apariencia, destilaba malicia. Un espasmo sacudió el cuerpo de Lucy, que cayó al suelo con un golpe seco. Sin pensarlo, echó a correr por el pasillo de su casa, descalza, con el corazón latiéndole en los oídos.

Sin embargo, al doblar una esquina, se dio cuenta de que no estaba en su hogar. El pasillo se había transformado en un túnel oscuro, un laberinto de paredes húmedas y resbaladizas que parecían palpitar con vida propia. El aire era denso, cargado de un olor a tierra mojada y algo más, algo metálico, como sangre antigua. Exhaustos sus pies, Lucy se detuvo a mitad del camino y encontró un banco de madera carcomida. Se sentó, jadeante, mientras el dolor en sus plantas le recordaba que, aunque estuviera sumida en un sueño, el sufrimiento era real.

—¿Qué haces? —susurró una voz infantil a su lado.

Lucy giró la cabeza y vio a una niña sentada al borde del banco, con el cabello negro liso que caía como una cortina sobre su rostro. Sus ojos eran pozos vacíos, sin pupilas, y su vestido oscuro, demasiado formal para una niña, le daba un aire perturbador. Lucy fijó la mirada en su boca: era idéntica a la del

sombrero del hombre, con esos labios carnosos y la lengua viperina que se movía inquieta. Un escalofrío recorrió su espalda, pero decidió ignorar la coincidencia.

—¡Es que no me ves! Estoy perdida en este maldito túnel —respondió Lucy, su voz cargada de frustración.

La niña la observó con una intensidad que la hizo sentir desnuda. Sus ojos vacíos recorrieron cada detalle: el camisón arrugado, el cabello revuelto, los pies descalzos y sucios. Luego, con una sonrisa que no transmitía calor, dijo:

—No sé cómo puedes vivir con esas pesadillas que gobiernan tu cabeza.

—Es difícil —admitió Lucy, con un gesto que mezclaba cansancio y desafío—. Pero aquí estoy.

—Ese desorden está en ti, en tu cabeza —replicó la niña, y su lengua se deslizó entre sus labios, brillante como un relámpago en miniatura.

La niña se puso de pie y, con un movimiento grácil, le indicó que la siguiera.

—Vamos —dijo, su voz un susurro que resonaba en las paredes del túnel.

—¿A dónde? —preguntó Lucy, vacilante.

No hubo respuesta. La curiosidad, esa fuerza traicionera que siempre la empujaba hacia lo desconocido, la obligó a seguirla. El túnel se abrió en un sendero que llevaba a un bosque de pinos de un verde tan intenso que parecía antinatural. La luz del sol, que hasta entonces había sido tenue, se desvaneció por completo, y una punzada de dolor atravesó la sien de Lucy. Por un instante, consideró dar media vuelta, pero algo en su interior —una mezcla de horror y fascinación— la mantuvo en movimiento.

La niña, ahora a varios metros de distancia, se detuvo frente al bosque. Sus ojos vacíos brillaban con una chispa de esperanza, aunque Lucy dudaba de sus intenciones. Sin embargo, se internó en el sendero, mientras sentía cómo las agujas de los pinos crujían bajo sus pies. El aire era frío, casi cortante, y los árboles parecían observarla con rostros alargados tallados en sus troncos, sus ramas rotas colgaban como miembros fracturados en un campo de batalla olvidado.

De pronto, un movimiento rápido a su lado la hizo girar la cabeza. Algo pasó como un relámpago, cegándola de forma momentánea. En un claro del bosque, la niña reapareció, pero ya no era una niña. Ante los ojos de Lucy, su cuerpo se contorsionó y creció hasta transformarse en un enorme suricato, con un hocico puntiagudo y unos ojos que destilaban hambre. La criatura saltó hacia ella, y Lucy apenas tuvo tiempo de retroceder antes de que todo se oscureciera.

Despertó atada a un tronco seco en medio del bosque. Los árboles a su alrededor tenían rostros aún más grotescos, con ojos huecos idénticos a los de la niña. Un crujir de dientes resonó cerca de su oído, seguido de un siseo que erizó cada vello de su cuerpo. Los árboles parecían acercarse, sus ramas extendiéndose como dedos ansiosos. Lucy forcejeó, pero las cuerdas que la ataban eran implacables. Entonces lo vio: el hombre de negro emergió de entre los árboles, su sombrero ladeado y la boca en la copa reía con un sonido que perforaba el alma.

Lucy intentó gritar, pero su voz se ahogó en su garganta. El hombre se acercó, y por un instante, ella sintió algo extraño: una familiaridad perturbadora, como si ya hubiera estado en ese bosque, quizás en su infancia, con sus padres bajo un cielo gris de invierno. El recuerdo era vago, pero la brisa helada que azotaba su rostro avivó una sensación de déjà vu. De repente, el hombre comenzó a transformarse. Su piel se oscureció, para adoptar un tono rojizo y brillante, como el faldón que cubre la base de un árbol de Navidad. Su boca se abrió, al tiempo que revelaba

dientes blancos y afilados, y su cuerpo se encorvó hasta adoptar la forma de un animal salvaje.

Con un esfuerzo desesperado, Lucy logró soltarse de las cuerdas y corrió. El suelo del bosque era traicionero, lleno de raíces que parecían moverse para hacerla tropezar. Cayó por un montículo de tierra y rodó varios metros hasta detenerse en un charco de lodo. Se levantó, tambaleándose, pero una mano invisible la sujetó por el tobillo, y los árboles comenzaron a bailar a su alrededor, sus ramas moviéndose en una danza fúnebre. El viento traía un ulular lánquido, y el terror se alojó en su garganta, impidiéndole gritar. En ese momento, vio a la niña de nuevo, que levantaba una mano en un saludo burlón mientras sostenía en la otra una boca gigantesca que reía con carcajadas ensordecedoras.

Lucy comprendió que, para sobrevivir, debía romper el ciclo de sus pesadillas. Desde la adolescencia, había estado atrapada en una soledad que alimentaba sus terrores. Por un momento, fantaseó con llevarse al hombre de negro a su vida real, como una forma de domesticar sus miedos, de cumplir con los deseos de su madre de verla acompañada. Pero esa idea era absurda. Sus pesadillas no eran algo que pudiera negociar; eran un incendio que debía extinguir.

Mientras luchaba por mantenerse en pie, el hombre —ahora una bestia— saltó sobre ella. Rodaron por el suelo, y sus garras rasgaron su camisón. Lucy gritaba, pudo patearlo y lograr escapar, al tiempo que corría para encontrar un escondite entre los árboles. Su corazón latía desbocado, pero una chispa de determinación se encendió en su interior. Ya no podía huir más.

Exhausta, se enfrentó al bosque y al hombre que la perseguía. Con una voz que apenas reconoció como propia, gritó:

—¡No eres real! ¡Eres solo un sueño!

El hombre, ahora una criatura de garras y colmillos, se detuvo, como si sus palabras lo hubieran desconcertado. Pero la victoria fue efímera. Lucy despertó en su cama, agitada, con el eco de su propio grito que resonaba en sus oídos. Corrió al baño y se miró en el espejo, en busca de algún rastro de cordura. Allí, escrito en el cristal con un trazo irregular, estaba el mensaje: ¡Bienvenida a las pesadillas!

Antes de que pudiera reaccionar, una carcajada macabra llenó la habitación. El espejo se quebró en cientos de pedazos, y los fragmentos tomaron forma frente a sus ojos. El hombre de negro reapareció, alto y sonriente, pero esta vez no se limitó a observarla. Con un movimiento fluido, atravesó su frente, instalándose en su mente como un parásito. Lucy cayó de rodillas, al tiempo que sentía cómo su conciencia se fracturaba. Él no era solo una pesadilla. Era parte de ella, y siempre lo sería.

Mientras el alba comenzaba a filtrarse por la ventana, Lucy se quedó inmóvil, al tiempo que miraba los pedazos del espejo esparcidos por el suelo. En cada fragmento, veía el rostro sonriente del hombre, y en su interior, una certeza: sus pesadillas no terminarían. Pero también había una chispa de rebeldía. Si no podía destruirlas, aprendería a vivir con ellas. Y quizás, algún día, encontraría el fuego necesario para reducirlas a cenizas.

TENTACULOS

Ana Martínez Castro

URUGUAY

Desde su nacimiento, Diego estuvo envuelto en un ciclo interminable de visitas al médico, especialistas y frascos de antibióticos. Su garganta, frágil y propensa a infecciones, era una fuente constante de preocupación. Las defensas de su cuerpo, debilitadas por los tratamientos, lo convirtieron en un niño que requería más cuidados que otros. No eran cuidados extremos, pero para los ojos de familiares y vecinos, las precauciones de su madre parecían exageradas. Ella lo abrigaba con capas adicionales en invierno, evitaba que jugara en el barro y siempre llevaba un termo con té de manzanilla para calmar su garganta irritada. Diego, sin embargo, no entendía estas atenciones; solo quería ser como los demás niños, libre para correr sin restricciones.

A sus ocho años, Diego cursaba segundo grado en la escuela primaria. Las mañanas eran una lucha diaria: levantarse temprano era una tarea titánica, y el estudio no estaba entre sus pasiones. Prefería dibujar criaturas extrañas en los márgenes de sus cuadernos o imaginar aventuras en mundos donde no había horarios ni tareas. Aquella mañana, el aire estaba un tanto frío, con un viento cortante que se colaba por las rendijas de la vieja casa de madera donde vivía con su madre. Como cada día, ella entró en su habitación para despertarlo, con una mezcla de ternura y firmeza. Al acercarse a la cama, notó que la garganta de Diego estaba más inflamada de lo habitual, una hinchazón rojiza que sobresalía bajo su piel pálida. La preocupación la invadió, pero intentó mantener la calma.

—Diego, mi amor, hora de levantarse —susurró, dándole un beso en la frente.

Él apenas gruñó, al tiempo que hundía la cara en la almohada. Ella insistió, mientras elevaba la voz y sacudiéndolo de forma suave por los hombros. Diego, perezoso como siempre, se resistía a abrir los ojos. Tras varios minutos de esfuerzo, logró que se incorporara, sentándose en la cama con los hombros encorvados. Estaba pálido, más de lo normal, pero cuando la miró, una sonrisa débil cruzó su rostro.

De pronto, un sonido húmedo y grotesco llenó la habitación. La garganta de Diego se hinchó aún más, como un globo a punto de reventar. Antes de que su madre pudiera reaccionar, la piel de su cuello se desgarró con un estallido, a la vez que salpicaba sangre por las paredes y el techo. De la herida surgieron tres tentáculos verdosos, viscosos, cubiertos de un líquido oscuro y brillante. Uno de ellos se enroscó en el cuello de su madre con una fuerza inhumana, mientras los otros dos se lanzaron hacia sus ojos, perforándolos como taladros. Ella gritó, pero el tentáculo en su garganta ahogó su voz. Los otros dos, giraron con precisión macabra, llegaron hasta su cerebro, succionándolo con un sonido húmedo y voraz, para dejar su cráneo vacío. Cuando los tentáculos terminaron, se deslizaron de vuelta a la garganta de Diego, y dejaron solo tres pequeños puntos marrones en su piel, como marcas de un tatuaje olvidado.

Diego, ajeno a la carnicería, se levantó con la misma parsimonia de siempre. Se puso su túnica escolar, tomó su mochila y, al pasar por la cocina, agarró una manzana para el recreo. Caminó solo hacia la escuela, algo que nunca había hecho. Al llegar, su maestra lo miró con sorpresa. Era la primera vez que lo veía sin su madre.

—¿Viniste solo, Diego? —preguntó, mientras fruncía el ceño.

—Mi mamá me dejó en la esquina. Dijo que ya estoy grande para venir solo —respondió él con una voz monótona, casi ensayada.

La mañana transcurrió sin incidentes. Diego se sentó en su pupitre, garabateaba en su cuaderno mientras los otros niños charlaban y reían. Nadie notó nada extraño, ni siquiera él, que parecía haber borrado de su mente lo sucedido en su casa. Durante el recreo, mientras los niños jugaban en el patio, la maestra se acercó a Diego, que estaba sentado solo en un banco. Al observarlo, notó los tres puntos marrones en su garganta. Preocupada, se inclinó para examinarlos más de cerca, pensaba en avisar a la directora.

—¿Qué tienes ahí, Diego? —preguntó, al tiempo que extendía una mano hacia su cuello.

Antes de que pudiera tocarlo, la garganta de Diego explotó otra vez. Un tentáculo se lanzó hacia la lengua de la maestra, enrollándose con tanta fuerza que casi la arrancó. Los otros dos se clavaron en sus oídos, para llegar hasta su cerebro y devorarlo con una avidez feroz. La sangre salpicó el suelo del aula, y los tentáculos, ahora más fuertes, regresaron a la garganta de Diego, saciados. Él, impasible, se limitó a recoger su manzana y volver al patio, como si nada hubiera pasado.

Esa tarde, cuando Diego regresó a casa, encontró la calle llena de patrullas, ambulancias y vecinos curiosos. Dentro de la casa, la escena era dantesca: el cuerpo de su madre, vacío y destrozado, yacía en el suelo de su habitación. Los policías buscaban pistas, pero no había signos de robo ni lucha. El crimen era inexplicable, y el miedo comenzó a cundir en el vecindario. Diego, sin entender lo que sucedía, fue llevado a vivir con sus abuelos, quienes lo recibieron con abrazos y lágrimas.

Por un par de días, los tentáculos permanecieron inactivos, como si estuvieran dormidos. La escuela suspendió las clases, y el barrio entero vivía en un estado de paranoia. Las mujeres, en particular, estaban aterrorizadas, pues ambos ataques habían sido contra ellas. Los hombres salían a trabajar con el corazón en un puño, temían que el «monstruo» atacara de nuevo. Diego,

mientras tanto, pasaba sus días en la carpintería de su abuelo, jugaba con trozos de madera y lo ayudaba a lijar tablas. El anciano, un hombre callado pero afectuoso, lo observaba con una mezcla de cariño y preocupación.

Una tarde, mientras Diego apilaba astillas, su garganta comenzó a hincharse de nuevo. Su abuelo, de espaldas, no lo notó. Un tentáculo emergió, rápido y silencioso, y se enroscó en su cuello. Otros dos se clavaron en sus fosas nasales, mientras un cuarto, nuevo y más grueso, perforó sus ojos con una lengua fina y serpenteante que succionó todo a su paso. La carpintería se convirtió en un caos de sangre y una viscosidad verde-amarilla que los tentáculos expelían como desecho. Diego, con la ropa salpicada, corrió hacia la casa, donde su abuela lo esperaba.

Al verlo, ella gritó, pensaba que su esposo había sufrido un accidente con la sierra. Corrió hacia Diego y lo tomó por los hombros, preguntándole qué había pasado. Antes de que pudiera procesar las manchas de sangre, los tentáculos volvieron a surgir. Uno entró por su boca, dos por sus ojos, y otros dos por sus oídos. Su cuerpo se convulsionó mientras los tentáculos succionaban su cerebro y órganos internos, dejándola como un saco vacío cubierto de sangre y viscosidad. Diego, con la mirada perdida, entró en la casa, se sentó a la mesa del comedor y comenzó a tomar la leche que su abuela le había preparado, mientras veía caricaturas en la televisión como si nada hubiera ocurrido.

Una vecina, alertada por los gritos, llamó a la policía. Diego, ahora sin familia, fue llevado a un hogar para niños, donde lo alojaron en una habitación compartida con dos chicos: uno de siete años, Tomás, y otro de diez, Lucas. Al principio, todo parecía normal. Diego era callado, pero los otros niños lo aceptaron sin sospechar nada. Sin embargo, el monstruo en su garganta seguía latente, a la espera.

Diego comenzó a mostrar un deterioro emocional. Extrañaba a su madre, lloraba por las noches y dejó de comer. Su

aspecto pálido y demacrado preocupó al personal del hogar, que lo envió a la enfermería. El doctor, un hombre mayor con gafas gruesas, notó una irregularidad en su garganta y le pidió que abriera la boca. Al hacerlo, los tentáculos estallaron con una furia renovada. Esta vez eran más numerosos, como ramas de un árbol retorcido. Se enroscaron en el doctor y la enfermera que estaba cerca, perforaron ojos, narices y bocas. La sangre salpicó las paredes blancas de la enfermería, y los tentáculos, tras devorar sus cerebros, regresaron a Diego, quien permaneció inmóvil, con la mirada vacía.

Esa noche, en su habitación, Diego jugaba con un colgante de piedras de colores, un recuerdo de su madre. Tomás, curioso, intentó quitárselo. Diego, furioso, sintió una oleada de rabia que despertó a los tentáculos. Estos surgieron con una violencia inusitada, enrollándose en los cuerpos de Tomás y Lucas. Los apretaron con tanta fuerza que sus huesos crujieron, y luego los desgarraron, al tiempo que esparcía sangre, carne y una viscosidad púrpura por la habitación. Por primera vez, los tentáculos no actuaron por hambre, sino por la furia de Diego, quien, aunque inconsciente, comenzaba a dominarlos.

Tras el incidente, Diego fue aislado en una habitación individual. Comenzó a acariciarse la garganta, como si quisiera confirmar la presencia de los tentáculos. A veces, se enfurecía sin motivo, a la espera de que emergieran. Jugaba con un poder que no entendía, un poder que lo consumía.

Tres días después, mientras estaba solo en su habitación, un tentáculo se asomó de forma tímida para explorar. De pronto, su garganta estalló, y decenas de tentáculos surgieron, hambrientos y descontrolados. Esta vez, no buscaron víctimas externas: se volvieron contra Diego. Se enroscaron en sus piernas, subieron por su cuerpo y perforaron sus ojos, boca, nariz y oídos. Su propio cerebro fue succionado, y su cuerpo cayó al suelo, envuelto en una maraña de tentáculos secos, como una enredadera muerta.

Al día siguiente, lo encontraron así: un cascarón vacío, cubierto de sangre y viscosidad. Diego y los tentáculos habían muerto juntos, mientras dejaban atrás un rastro de horror que nadie pudo explicar.

EL SUEÑO DEL PAJARO

Camilo Rincón

COLOMBIA

La conocí un viernes al caer la tarde, en un parque olvidado en la vasta llanura del país, donde rosas negras de tallos lisos, sin espinas, se alzaban como centinelas de un mundo roto. El aire olía a tierra húmeda y a algo más, algo rancio, como si el tiempo se hubiera estancado en ese lugar. La mujer, de unos veinticuatro o veintiocho años, emergió de la penumbra entre los arbustos. Su rostro, pálido como la luna, destilaba una vivacidad perturbadora, como si sus ojos escondieran un secreto que no debía ser desentrañado. Su atuendo era un vestido oscuro, raído, con lentejuelas que tenían un brillo tenue bajo la luz mortecina, y cristales diminutos que parecían absorber la poca claridad del crepúsculo.

Al estrechar su mano, una corriente helada trepó por mi brazo, para punzar mis sienes como agujas. Sus dedos estaban fríos, casi inertes, y el aire se volvió denso, lo que oprimía mi pecho. Intenté hablar, pero mi voz tembló. Señalé un avestruz que caminaba con pasos torpes al borde del parque, sus plumas de colores imposibles relucían como un espejismo maligno. La mujer lo observó, y un suspiro escapó de sus labios, un sonido que no parecía humano, sino el eco de un lamento de otro tiempo.

—Primera vez que veo un avestruz con plumas así... y esas patas... tan grandes —dijo, su voz como un susurro que se deslizaba entre las sombras.

—Y yo... es la primera vez que veo algo así en este parque. Estas flores, este calor... me adormecen —respondí, mientras el ave se desvanecía en la bruma que comenzaba a envolvernos.

El escenario parecía un teatro maldito, donde cada palabra resonaba con un peso sobrenatural. La mujer no pertenecía a esta época. Sus gestos, su forma de hablar, evocaban un pasado lejano, un lugar donde los valores y las virtudes se pronunciaban con fervor, pero también con miedo. ¿Era un espectro? ¿Un ángel caído que vaga en busca de algo perdido? Nadie podía asegurarlo. Nadie podía negarlo.

—¿Te excita el ave? —pregunté, al tiempo que sentía un escalofrío.

Ella volteó de manera lenta, sus ojos brillaban como carbones en la oscuridad.

—Solía jugar en un jardín... veía un pájaro enorme. Una noche cerré los ojos y soñé que volaba, pero un viento cálido y podrido frenaba mis alas. Cambié de rumbo y me perdí... en el vacío. Ahora, aquí, ese pájaro... —Su voz se quebró, como si temiera nombrarlo.

—¿Estás despierta? —Mi voz tembló, mientras el suelo bajo mis pies parecía vibrar.

—Sigo dormida... sueño con todo un poco —Sus labios apenas se movieron.

—¿Sueñas con pájaros?

—El ave... es sobrenatural. Se parece a ti —Sus palabras cortaron el aire como un cuchillo.

El avestruz reapareció, más cerca, sus ojos fijos en nosotros, brillaban con un fulgor rojo. Sentí un crujido, como tablas rompiéndose bajo la tierra. El olor a podredumbre se intensificó.

—Alguien me dijo que te encontraría aquí, junto a un avestruz que camina sin prisa —susurré, aterrado.

—¿Eres tú? —preguntó, su rostro ahora demasiado cerca, su aliento frío como una tumba.

—No sé... ¿Me parezco a ti?

—Has cambiado... pero eres él —Su sonrisa era un rictus de pesadilla.

El crujir de la madera se volvió ensordecedor. El avestruz alzó la cabeza, y su graznido rasgó el silencio, un sonido que no era de este mundo.

—Huelo la tierra... —dijo ella, sus ojos vidriosos.

—No huelo nada —mentí, mientras el suelo temblaba.

—Escucho la madera... se quiebra —Su voz era un eco que se desvanecía.

—Veo lo que otros no pueden —dije, mientras sombras con forma de plumas se retorcían en el cielo.

—Me desvanezco —susurró, y su figura comenzó a disolverse, como niebla tragada por la noche.

—¡Nos vamos de aquí! —grité, pero ella ya no estaba.

Veinte años después, volví al parque. Las rosas, ahora rojas como sangre, parecían sangrar bajo el sol pálido. Encontraron una foto allí, un daguerrotipo donde ella, de piel morena, miraba al vacío, inmóvil. Yo, paralizado, observé el cielo. Las nubes formaban un avestruz, y su graznido resonó en mi alma, eterno, mientras la tierra bajo mis pies crujía de nuevo, llamándome.

VARADA

Camilo Rincón

COLOMBIA

Tobo encendió un cigarrillo con dedos temblorosos. El humo, denso como un espectro, se enroscó en su ojo izquierdo, arrancándole lágrimas que cayeron al suelo. El charco a sus pies creció, oscuro y viscoso, hasta engullirlo. Sus pasos lo hundieron en aguas gélidas, un abismo que apestaba a sal y podredumbre. Creyó estar en el océano Antártico, donde un buque destrozado, con las entrañas retorcidas por una explosión nuclear, flotaba como un cadáver metálico. Sombras danzaban en el agua, susurros guturales lo envolvían.

Una sirena emergió, su piel escamosa brillaba bajo una luz enfermiza. Sus ojos, negros como pozos sin fondo, lo atravesaron.

—Tus ojeras son grietas, Tobo. No duermes, no comes. Te abandonaron, te arrancaron el alma. Mírame: soy el remplazo.

Su voz era un eco que taladraba su cráneo. Tobo intentó gritar, pero un alga negra, viva, le selló la boca, lo apretaba como una garra.

La sirena lo arrastró, sus uñas rasgaban su piel, hasta una cúpula de cristal sumergida. El aire dentro olía a muerte.

—Duerme conmigo —siseó, acostándose en una cama de escamas que crujían como huesos. Tobo, paralizado, vio a Jora a través del vidrio, en la bahía desierta. Encendió un cigarrillo, pero el humo no tocó sus labios. Sonreía, libre, mientras un frío inhumano trepaba por la espina de Tobo. La sirena rió, y el cristal vibró, atrapándolo para siempre en su prisión espectral. todos.

EL INDIO

Camilo Rincón

COLOMBIA

En la penumbra de Tocarema, bajo un cielo donde las nubes parecían desangrarse en el mar, el chamán Tintoa yacía atado a una planta de tabaco, castigado por abusar de una mujer. Los gritos de los guerreros, masacrados en la batalla, resonaban como un lamento espectral, que perforaba la noche. La tierra vibraba bajo él, como si quisiera tragarlo, y el aire olía a muerte y ceniza. Tintoa alzó la vista, tembloroso, y vio nubes negras desplomarse en el océano, donde una figura femenina nadaba desnuda, con una flor carmesí que flotaba a su lado y brillaba con un fulgor sobrenatural.

Aterrorizado, convencido de que su fin llegaba, Tintoa imploró a su dios. Pero el silencio del creador era sepulcral. Desesperado, su grito rasgó el viento, un alarido que hizo temblar las olas y los corales. Los peces, horrorizados, se hundieron en las profundidades, al tiempo que dejaban escamas iridiscentes que flotaban como sangre luminosa en la superficie. Aquel fenómeno grotesco llamó la atención de una mujer, Nuna, quien emergió del agua, hipnotizada por el eco de la voz. Sus ojos vacíos brillaban bajo la luna, y corrió desnuda, atravesó ríos oscuros, montañas que susurraban y lagos que parecían observarla, hasta llegar al chamán.

—Tú gritaste —dijo Nuna, su voz un murmullo que helaba la sangre—. Me has traído.

Tintoa, con el corazón que latía como tambores fúnebres, respondió:

—Ayúdame, o seré devorado por esta tierra maldita.

Nuna, hechizada, lo desató, pero su mirada bondadosa ocultaba un vacío aterrador. Tintoa, traicionero, la envolvió en hojas de tabaco y dejó que el sol la consumiera. Siete días después, su cuerpo era cenizas negras. Con un hambre antinatural, Tintoa las devoró, y algo inhumano se apoderó de él. Su piel se desgarró, sus huesos crujieron, y se transformó en Nuna, pero sus ojos ahora ardían con un fuego maldito.

Corrió, desnuda, por paisajes donde las sombras susurraban su nombre. Al llegar al mar, su tribu la esperaba, armada con arcos y flechas. El cacique, con una voz que parecía surgir de la misma tierra, rugió:

—¡Liberaste a Tintoa, el chamán maldito! Serás azotada y devorada por el sebo.

Las flechas volaron, y el grito de Nuna, o de lo que fue Tintoa, se perdió en un viento que olía a muerte eterna.

EL BAILE DE SANGRE

J. Azeem Amezcua

MÉXICO

La noche acababa de desplegar su manto negro sobre el mundo, para reclamar por unas horas el dominio absoluto del cielo y de cada sombra que se extendía como dedos ansiosos por los rincones olvidados. El sol, con su trompeta de luz dorada y abrasadora, anunciaría pronto el fin de este reinado efímero, pero mientras tanto, innumerables criaturas de la oscuridad se regocijaban en los minutos errantes que les pertenecían. Era una época de castillos imponentes y palacios opulentos, donde los bailes fastuosos y los banquetes extravagantes llenaban las noches de risas huecas y secretos susurrados. En medio de un bosque remoto y enmarañado, un castillo gótico se erguía como una silueta amenazante contra el firmamento estrellado. Desde sus grandes vitrales multicolores se filtraban luces parpadeantes y una música bizarra, un sonido espectral que parecía provenir de las entrañas de la tierra misma, para atraer a cientos de entes que seguían una coreografía extraña y frenética en el gran salón.

El señor del castillo, una figura alta y pálida envuelta en una capa de terciopelo negro que absorbía la luz como un abismo, contemplaba la escena desde el balcón del piso superior. Su expresión era de un aburrimiento profundo, casi palpable, como si el espectáculo ante él fuera un ritual repetido hasta la saciedad. Sus ojos, rojos como brasas en la penumbra, escaneaban la multitud con desdén. A su lado, su leal sirviente, un hombre encorvado y de piel arrugada como pergamino antiguo, se inclinaba con reverencia.

—Mi señor —murmuró con un timbre de voz teñido de temor—, fue usted quien eligió y trajo de manera personal a todos

estos invitados. Incluso los colocó en el gran salón, atrayéndolos con un festín imposible de rechazar para seres como ellos.

El amo asintió con lentitud, recordaba cómo había seleccionado a cada uno: vampiros de linajes olvidados, atraídos por la promesa de sangre fresca y excesos ilimitados. Los había vestido a su gusto caprichoso, mandó a imprimir telas finas y cortes extravagantes que ahora danzaban en un torbellino de elegancia macabra.

Un impulso furioso brotó de la garganta del señor, un gruñido bajo que reverberó por el balcón y atrajo, solo por unos segundos, la atención de los invitados abajo. Estos se detuvieron en su coreografía, sus rostros pálidos volviéndose hacia arriba con colmillos apenas disimulados, pero pronto reanudaron su danza, mientras ignoraban el estallido de su anfitrión. El salón era inmenso, un vasto espacio de techos abovedados y columnas de mármol talladas con motivos demoníacos. Con cientos de pies que pisaban el suelo de baldosas pulidas, aún quedaba espacio suficiente para albergar un circo entero si ese hubiera sido el capricho del amo. Hombres y mujeres, de forma indistinta, vestían ropajes de una elegancia sobrenatural: vestidos de lino fino importado de Oriente o terciopelo rojo sangre de las cortes europeas, con guantes que subían por encima de los codos, algunos pomposos con encajes y plumas, otros atrevidos con escotes que revelaban pieles marmóreas y venas azuladas. Los trajes negros o azul oscuro flotaban como sombras vivientes, y las mujeres que los portaban parecían etéreas, con pantalones que caían en cascadas de tela desde chalecos ajustados. Nada importaba la convencionalidad; la elegancia se juzgaba en complicidad mutua, un pacto silencioso entre depredadores. Todos disfrutaban de la fiesta, al tiempo que devoraban manjares vírgenes dispuestos en mesas largas: copas de cristal rebosantes de un líquido rojo viscoso, frutas exóticas que ocultaban sabores metálicos, y platos que humeaban con aromas hipnóticos.

En la mente del amo y su sirviente danzaban pensamientos más oscuros. «¿Habría sido mayor la diversión si estos entes hubieran sido convertidos durante la propia fiesta, en medio del caos?» Pero eso ya había ocurrido en veladas pasadas, y la novedad se había desvanecido como niebla al amanecer. El dueño de la casa, un vampiro ancestral cuya edad se medía en siglos, ponderaba si otorgarles más conciencia a sus marionetas, permitirles un atisbo de libre albedrío para que el juego fuera más impredecible. Sin embargo, el control era su único consuelo en la eternidad; perderlo sería invitar al caos verdadero, y eso no lo toleraría.

La verdadera diversión para aquel ser sobrenatural dio inicio con una interrupción inesperada. Fuertes golpes resonaron en la puerta principal del castillo, como tambores de guerra lejana. El sonido activó la alerta en todos los invitados: entes de instinto puro, vampiros cuya sed de sangre fresca se agitaba como una bestia encadenada. Sus narices se arrugaron, olfateaban el aire cargado de promesas humanas. El sirviente, con una sonrisa torcida que revelaba dientes amarillentos, corrió escaleras abajo, cruzaba salones adornados con ídolos de mármol y piedra que representaban dioses olvidados y criaturas mitológicas. Sus pasos resonaban en el suelo frío hasta llegar al corredor que daba a la alta puerta principal, tallada en roble antiguo y reforzada con hierro forjado.

Allí esperaban los últimos invitados: una joven pareja, mortales ingenuos atraídos por la ilusión de la grandeza. El sirviente les dio la bienvenida con una reverencia exagerada, preguntaba por el viaje con una cortesía fingida.

—El bosque es traicionero de noche, ¿verdad? Pero han llegado a tiempo para el festín.

La pareja, exhausta y embriagada por la ambición, respondió con inclinaciones torpes. Su ropa intentaba emular la gala aristocrática: él con un traje raído en los bordes, ella con un

vestido que había visto mejores días, remaches de segunda mano y piezas mal acomodadas que delataban su origen humilde. Para el sirviente no fue difícil sobornarlos; la codicia brillaba en sus ojos, y la necesidad de ascender en la alta sociedad los había hecho aceptar la invitación sin dudar. Una carta sellada con cera roja, prometía riquezas y conexiones, había sido suficiente cebo.

La dama se excusó para refrescarse después de la larga caminata por el bosque, donde su caballo había perecido en un barranco oculto por la niebla. El caballero la siguió, alegaba el mismo motivo, pero en realidad para calmar sus nervios. El amo, desde su balcón, observaba a través de un espejo encantado, anticipaba las expresiones de terror que pronto deformarían sus rostros mortales. El sirviente esperó de manera paciente en una antesala adornada con tapices que narraban cazas sangrientas. Cuando regresaron, el traje de él y el vestido de ella encajaban mejor: limpios, ajustados, aunque aún marcados por el viaje. Caminaron por pasillos laberínticos, sorprendidos por las pinturas oscuras que retrataban escenas de banquetes caníbales y estatuas con deformidades grotescas —rostros contorsionados en éxtasis eterno—, mantuvieron el valor, susurraban excusas sobre el arte «moderno» de los ricos.

La música extraña se intensificaba, una cacofonía de violines desafinados y órganos que gemían como almas en pena. Ninguno había estado en un baile real, así que asumieron que era lo normal en círculos elevados. Se propusieron encajar, mientras soñaban con invitaciones futuras que los elevaran en la escala social, para saltar de banquete en banquete por conexiones superficiales. El bullicio crecía, un murmullo de risas guturales y copas que chocaban. La puerta principal, que los superaba en altura por triplicado, se abrió con un chirrido que heló su sangre.

Caminaron con timidez hacia el interior; la puerta se cerró tras ellos con un ruido seco y definitivo. Sin llamar la atención, el joven chocó con un hombre por descuido, hipnotizado por el salón: candelabros de cristal proyectaban sombras danzantes, mesas

rebosantes de delicias exhalaban aromas de especias exóticas y un sutil matiz metálico flotaba en el aire. Al voltear, le llamó la atención el atuendo amarillo vibrante del desconocido, mientras balbuceaba disculpas exageradas. El amo observaba divertido y contenía una risa silenciosa. La sorpresa del mortal llegó al ver su rostro —un vampiro de gustos excéntricos— que, de forma instintiva, reveló unos colmillos finos como dagas. Estos emergieron y se lanzaron hacia su cuello con velocidad inhumana.

El grito del joven rompió el hechizo. Empujó al ser, al tiempo que atraía las miradas de todos: ojos rojizos que brillaban con hambre renovada. La esposa palideció, aferrándose a su brazo. Para ellos, la tortura apenas comenzaba; para los vampiros, era el clímax de la velada. Corrieron hacia la puerta mientras gritaban plegarias y auxilios, convencidos de que la trampa —de sonidos siniestros y elegancia falsa— los había encerrado. El sirviente había desaparecido: un mal presagio más. Pero la puerta no estaba cerrada con llave; cedió, escupiéndolos al pasillo.

Huyeron de la horda que se lanzaba en persecución, colmillos relucientes bajo las antorchas. Se escondieron en una habitación aleatoria: una biblioteca vasta, con libreros que ascendían cinco metros hasta el techo abovedado, pasillos laberínticos repletos de tomos encuadernados en piel humna. Exhalaban quejidos de miedo, arrepentidos de su ambición. Se perdieron entre estanterías, guiados por un susurro etéreo entre las sombras que les indicaba giros: «Por aquí... más profundo...». Distráidos por el aroma de páginas antiguas y humedad mohosa, ignoraban que algo siniestro —el amo mismo, proyectaba su voluntad— los dirigía como ratas en un laberinto. De su clase social humilde, no comprendían el valor de esa mina de oro: Grimorios prohibidos, de valor incunable; volúmenes que contenían secretos de alquimia y necromancia.

De fondo, los acordes bizarros del salón se filtraban, mezclándose con los susurros del maestro oscuro. Un ruido fuerte —pisadas colectivas— sorprendió al joven. Giró para ver a su

esposa, pero ella había desaparecido, succionada por la oscuridad. El abrazo de la desesperación lo envolvió: latidos acelerados, sudor frío. Escuchó olfateos, susurros insistentes que lo urgían a avanzar, y el llanto de su esposa fundiéndose en una risa maníaca —¿ilusión o transformación?—. Su humanidad pendía de un hilo; la cordura, una ilusión social, se desmoronaba sin testigos.

Con furia mortal, destrozó anaqueles, astillas volaban como confeti sangriento. La frustración movía sus manos; imaginaba salvarla, pero el egoísmo primal surgía. Entre escombros, halló una cruz ornamental con puntas afiladas, un relicario olvidado. No esperó: un vampiro irrumpió, y la adrenalina lo impulsó. La herramienta devota funcionó, al perfora el corazón inmortal con un chisguete de un liquido negruzco. Exterminó a ese, y a una decena más. Sus gritos se apagaban mientras los colmillos rasgaban el aire. Guiado por la música del baile, alcanzó la puerta y logró zafarse de los perseguidores en un baño de sangre improvisado.

Salió del castillo y echó a correr por el bosque con desesperación, dejaba atrás la esperanza, la lógica y el amor que, en medio de aquel horror, no valía más que su vida. La noche lo tragó, pero el amo, desde su balcón, sonreía: el entretenimiento había sido sublime.

ENTRE REZOS Y AULLIDOS

Karla María

GUATEMALA

En la época colonial, cuando la Iglesia Católica dominaba la vida de los pueblos, la fe y el miedo se entrelazaban como hilos de un tapiz oscuro. La penitencia era vista como un puente hacia la redención, y el castigo, un medio para purificar el alma. En las calles empedradas de un antiguo barrio conocido como La Recolectión, las sombras parecían susurrar historias olvidadas, secretos que el viento llevaba de esquina en esquina. Una de esas historias, grabada en la memoria de los habitantes, aún provoca escalofríos a quienes la recuerdan.

Los vecinos contaban que, en las noches previas a la Semana Santa, cuando el reloj marcaba la medianoche, se escuchaban pasos lentos y el arrastrar de cadenas por las calles desiertas. Era una procesión de almas en pena, figuras encapuchadas con túnicas negras que avanzaban en silencio. Cada una portaba una vela encendida, cuya tenue luz apenas alcanzaba a revelar sus rostros demacrados. Los ancianos advertían: quien se atreviera a mirarlas de frente recibiría una vela maldita. Aquel que la aceptara quedaría marcado, obligado a buscar al cortejo la noche siguiente en compañía de un niño para devolverla. De no hacerlo, sería arrastrado al cortejo para siempre, condenado a una eternidad de errancia hasta la iglesia abandonada al final del barrio, donde las almas se flagelaban para expiar sus pecados.

Joaquín, un joven de espíritu inquieto y mente racional, nunca creyó en esas historias. Hijo de un médico y educado con ciencia, consideraba los relatos de almas en pena como supersticiones de un pueblo atado al pasado. Una noche, mientras cenaba con su abuela, una mujer de mirada severa y voz

temblorosa, ella le narró la leyenda de los penitentes. Joaquín se rió, al tiempo que decía que no podía fiarse de cuentos antiguos.

—Soy un hombre de ciencia —afirmó, mientras golpeaba la mesa con una sonrisa desafiante.

Su abuela, sin embargo, lo miró con gravedad y murmuró:

—No tientes al destino, hijo. Hay cosas que la razón no explica.

Esa misma noche, cuando el reloj de la plaza marcó las doce, un sonido inquietante rompió el silencio: el eco de cadenas arrastrándose por el empedrado, acompañado de murmullos que parecían rezos en una lengua antigua. Joaquín, curioso y decidido a desmentir la leyenda, tomó aire y abrió la puerta de su casa. Lo que vio lo dejó sin aliento. Una procesión de figuras encapuchadas avanzaba por la calle, sus velas proyectaban sombras danzantes en las paredes. Sus rostros eran apenas visibles, pero sus ojos huecos parecían perforar el alma. Uno de los penitentes se detuvo frente a él y, sin decir palabra, le extendió una vela encendida. Paralizado, Joaquín la tomó de manera instintiva. La luz de la llama iluminó por un instante el rostro del penitente: una calavera envuelta en jirones de piel. El cortejo se desvaneció en la penumbra, y Joaquín, tembloroso, corrió a refugiarse en su habitación, mientras dejaba la vela sobre la mesa de noche.

A la mañana siguiente, la vela había desaparecido. En su lugar, sobre la mesa, reposaba un fémur humano, amarillento y frío. El pánico lo invadió. Corrió a contárselo a sus abuelos, quienes, con rostros pálidos, le explicaron que debía devolver el hueso esa misma noche al cortejo, acompañado de un niño puro de corazón, o quedaría atrapado para siempre. Joaquín pasó el día inquieto, sentía que cada sombra lo observaba, que cada susurro del viento llevaba su nombre. Cuando la medianoche llegó, el sonido de las cadenas y los rezos volvió a llenar el aire. Armado de valor, salió al encuentro de los penitentes, llevaba

consigo a Lucía, la hija de siete años de un vecino, una niña de mirada clara y valentía inesperada.

El cortejo apareció, avanzaba con la misma solemnidad espectral. Joaquín extendió el fémur con manos temblorosas. Uno de los penitentes lo tomó, pero en lugar de soltarlo, le aferró la muñeca con una fuerza inhumana y lo arrastró al centro del grupo. El frío sobrenatural caló hasta sus huesos, y el terror le robó la voz. Lucía, sin embargo, no se movió. Con una calma que desafiaba su edad, levantó la mirada y pronunció una oración que su madre le había enseñado. De pronto, un ladrido resonante cortó la noche. Un enorme perro negro, el Cadejo Negro, emergió de las sombras con ojos rojos como brasas. Los penitentes se apartaron, para permitir que la bestia avanzara hacia Joaquín, sus garras rasgaban el suelo.

Quiso gritar, pero el miedo lo paralizó. La criatura estaba a punto de abalanzarse cuando un resplandor blanco iluminó la calle. Un majestuoso perro blanco, el Cadejo Blanco, apareció con una mirada serena y protectora. Se interpuso entre Joaquín y el Cadejo Negro, y en un combate silencioso, las dos bestias chocaron con ferocidad. La luz del Cadejo Blanco ahuyentó a su contraparte, que se desvaneció en la niebla. Los penitentes, como si hubieran perdido su poder, se disolvieron en el aire. Joaquín, exhausto, colapsó. Lucía lo tomó de la mano y lo llevó de vuelta a casa. Al alba, despertó en su cama, marcado por un poder sobrenatural que nunca comprendería, una mezcla de alivio y temor que lo acompañaría siempre.

El relato de Joaquín se convirtió en una advertencia para los habitantes de La Recolección. Pero no todos aprendieron la lección. Meses después, Esteban, un joven imprudente y arrogante, encontró una vela encendida en una calle desierta. La curiosidad lo impulsó a llevarla a su casa, pese a las advertencias que había escuchado. Esa noche, visiones de penitentes y cadenas lo atormentaron, pero el miedo nubló su juicio. En lugar de buscar ayuda o esperar a la medianoche para devolver la vela,

intentó destruirla. Al hacerlo, un viento gélido llenó su habitación, y el sonido de cadenas resonó con furia. Afuera, los ojos rojos del Cadejo Negro brillaban en la oscuridad, mientras los penitentes avanzaban con lentitud, como si lo esperaran.

Esteban intentó huir, pero una fuerza invisible lo levantó del suelo, arrastrándolo hacia el cortejo. La vela, que había arrojado al suelo, brilló con una luz intensa antes de apagarse. Nadie volvió a verlo. Los vecinos encontraron la vela en la calle, temblaba con un viento que no existía. Desde entonces, se dice que su grito aún resuena en las noches silenciosas, mezclado con el arrastrar de cadenas y los murmullos de los penitentes.

La leyenda de los penitentes y los Cadejos persiste como un recordatorio de la fragilidad de la vida y el respeto que se debe a lo sobrenatural. Los ancianos advierten que el Cadejo Blanco protege a los caminantes nocturnos y guía a los extraviados, mientras que el Cadejo Negro acecha a los pecadores, persiguiéndolos durante nueve noches hasta llevarlos a la locura o la muerte. En las noches más oscuras de La Recolectión, cuando el viento calla y la luna se oculta, aún se escuchan los rezos, el arrastrar de cadenas y los aullidos de los Cadejos, recordándonos que, en algún lugar, alguien está siendo juzgado por sus acciones.

LA HUIDA DE LA TATUANA Y EL GARRETÓN DE LA MUERTE

Karla María

GUATEMALA

En las noches más oscuras de la ciudad, cuando la luna se ocultaba tras nubes densas y el viento susurraba entre los callejones, los pobladores se reunían alrededor de fogatas para compartir historias que helaban la sangre. Entre todas, la más fascinante y aterradora era la de La Tatuana y su encuentro con el Carretón de la Muerte, un relato que mezclaba magia, valentía y el escalofriante peso del destino.

La Tatuana era una mujer joven de origen mulato, cuya belleza era tan magnética como enigmática. Su piel brillaba como el ébano pulido bajo la luz de las estrellas, y sus ojos, profundos y sagaces, parecían guardar secretos de siglos pasados. Algunos la llamaban bruja, susurraban con temor que dominaba artes prohibidas; otros, con reverencia, la consideraban una sabia, una guardiana de conocimientos ancestrales transmitidos por generaciones. Lo cierto es que quien la veía una vez quedaba marcado por la sensación de misterio que la envolvía, como si el mismo aire a su alrededor vibrara con un poder indómito.

Vivía sola en una humilde choza en las afueras del pueblo, rodeada de un bosquecillo de cipreses y yerbas silvestres. Allí, en la penumbra de su hogar, preparaba remedios para los enfermos, ofrecía consejos a los desesperados y, según los rumores, conjuraba hechizos para quienes se atrevían a pedirlos. Su fama, sin embargo, no pasó desapercibida. En una época dominada por el miedo y la superstición, las autoridades de la Inquisición la señalaron como amenaza. La acusaron de brujería, un delito que

no admitía defensa. Sin juicio justo, fue condenada a morir en la hoguera al amanecer. La encerraron en una celda húmeda y oscura, con paredes de piedra que parecían absorber cualquier esperanza.

Pero La Tatuana no era una mujer común. En la víspera de su ejecución, con la calma de quien conoce su propio poder, pidió a los guardias un simple pedazo de carbón.

—Quiero dibujar algo para despedirme de este mundo — dijo con voz serena. Los guardias, confiados en que una mujer encadenada no podía hacer nada, se lo entregaron, burlándose de su extraña petición.

Con el carbón en mano, La Tatuana trazó en la pared de su celda un barco de vela, majestuoso y detallado, con mástiles altos y velas desplegadas como si estuvieran listas para surcar un océano invisible. Los guardias observaban, entre risas y murmullos, pero su burla se transformó en asombro cuando ella comenzó a recitar palabras antiguas, un cántico rítmico en una lengua que ninguno reconoció. El aire en la celda se volvió pesado, cargado de una energía que erizaba la piel. De pronto, el dibujo del barco comenzó a brillar con una luz tenue, como si cobrara vida. Las líneas de carbón se movieron, las velas ondearon, y el barco se desprendió de la pared, al tiempo que flotaba en el aire. La Tatuana, con una sonrisa desafiante, subió al mástil y, ante los ojos incrédulos de los guardias, desapareció en un resplandor cegador. En la celda quedó solo el dibujo intacto del barco, como un testimonio mudo de su fuga milagrosa.

Esa misma noche, mientras los ecos de su escape se extendían por el pueblo, otro fenómeno llenaba de terror a los habitantes: el Carretón de la Muerte. Su presencia era anunciada por un sonido siniestro que atravesaba la noche: el crujir de ruedas que parecían hechas de huesos, el golpeteo de cascos de caballos que resonaban como martillos en el umbral del más allá, y un viento helado que llevaba consigo el olor de la tierra húmeda.

Nadie podía ver al carretón, solo escuchar su paso ominoso, pero los más valientes —o imprudentes— afirmaban haber vislumbrado a su conductor: una figura encapuchada, un esqueleto envuelto en una capa negra, con un cráneo desnudo que brillaba bajo la luz de la luna. En el carretón, se decía, viajaban las almas de los condenados o los cuerpos de quienes habían muerto en pecado, como una advertencia para los vivos.

El Carretón de la Muerte recorría las calles y barrios de la ciudad después de la medianoche, en las horas conocidas como «las horas de las ánimas». Se detenía frente a ciertas casas, y los habitantes sabían que, si el carretón se detenía ante su puerta, alguien en el hogar estaba destinado a morir pronto. Nadie se atrevía a abrir la puerta ni a mirar de manera directa al espectro, pues hacerlo era invitar a la muerte a llevarse al observador. Las familias, presas del pánico, rezaban de forma fervorosa, colgaban cruces y rosarios en las ventanas, y evitaban salir en las noches en que el carretón rondaba.

Aquella noche, mientras La Tatuana huía en su barco etéreo, el Carretón de la Muerte recorría las calles empedradas con su retumbar siniestro. Ella, al avanzaba por senderos oscuros, sintió el crujido de las ruedas y el relinchar de los caballos negros con ojos de fuego. Su corazón, aunque valiente, se aceleró. Sabía que, si el Carretón la atrapaba, ni siquiera su magia podría salvarla. Con agilidad, navegó su barco por callejones estrechos y plazas desiertas, su figura envuelta en sombras. Pero el Carretón la seguía, lento y persistente, como si el destino mismo la persiguiera.

En su huida, La Tatuana murmuraba hechizos antiguos, y el viento parecía obedecerla, levantaba remolinos de polvo y hojas secas para desorientar al espectro. No obstante, el Carretón no se detenía. Los cascotes resonaban con un ritmo que evocaba el latido de la muerte misma, cada vez más cerca. En un momento, mientras cruzaba una plaza, su silueta fue vista por un joven campesino llamado Diego, que observaba desde la ventana de su

casa. Su corazón latía desbocado. Nunca había presenciado algo tan extraordinario y aterrador: una mujer que flotaba en un barco de luz, perseguida por la sombra ominosa del Carretón de la Muerte. Diego contuvo el aliento, temía que su curiosidad lo condenara.

Con un último esfuerzo, La Tatuana transformó su barco en un espejo de humo, disolviéndose en la neblina que cubría las calles empedradas. El Carretón, frustrado, pasó de largo, al tiempo que dejaba tras de sí un eco de ruedas chirriantes y un frío que calaba los huesos. Diego cayó de rodillas, tembloroso, incapaz de comprender lo que había visto, pero agradecido de seguir con vida.

No todos, sin embargo, tuvieron la misma suerte. Años después, un joven llamado Martín, conocido por su curiosidad imprudente, encontró en un callejón oscuro una vela negra encendida que palpitaba con una luz sobrenatural. Intrigado, la recogió, ignoraba las advertencias de los ancianos sobre objetos malditos. Esa noche, mientras caminaba por la ciudad, escuchó el eco de ruedas y relinchos acercándose. El Carretón lo perseguía.

Martín corrió, pero los callejones parecían alargarse de forma infinita. La figura del cochero, con sus ojos vacíos, lo observaba desde la penumbra. Desesperado, intentó gritar, pero su voz se ahogó en la garganta. Entonces, en un instante fugaz, vio una silueta femenina que flotaba en el aire, como un eco del pasado. Era La Tatuana, o al menos su reflejo, que con un gesto urgente parecía advertirle que no se detuviera. Pero Martín, agotado, tropezó y cayó. El Carretón lo alcanzó, y una fuerza invisible lo levantó, arrastrándolo al interior del vehículo espectral. Sus gritos se perdieron en el crujir de las ruedas y el viento helado. Nunca volvió a ser visto. La vela negra quedó en el suelo, aún encendida, como una trampa eterna para los incautos.

Desde entonces, los pobladores saben que La Tatuana y el Carretón de la Muerte son más que leyendas. En noches de

neblina, algunos juran escuchar el crujir de ruedas y el susurro de hechizos antiguos. Otros afirman ver la figura de una mujer que flota entre sombras, un símbolo de astucia y resistencia frente a la muerte que acecha. La historia, transmitida de generación en generación, es un recordatorio de la fragilidad de la vida, del poder de la magia y la voluntad, y de la certeza de que la muerte, con su carretón implacable, siempre está vigilante, a la espera de quienes desafían su destino.

JUEGOS EN EL VACÍO

Francisco Araya Pizarro

CHILE

Nadie podía precisar el momento exacto en que el universo cambió, pero en algún punto entre las devastadoras Guerras del Eje Lunar y la misteriosa desaparición de la Tierra, las señales de radiotelevisión subespacial se transformaron en algo siniestro. Lo que una vez fueron transmisiones caóticas de datos estelares se convirtió en una única emisión que se infiltraba en todas las frecuencias, incluso en sistemas que la humanidad creía extinguidos. Era una señal imposible, un murmullo que resonaba en el abismo: «Los Juegos del Vacío». No había forma de bloquearla. Aparecía en pantallas rotas, en implantes neuronales obsoletos, en los sueños de los durmientes. Mostraba competiciones grotescas: carreras a través de nebulosas fracturadas, combates en arenas de polvo estelar, partidos donde las reglas parecían burlarse de la realidad. Pero lo más aterrador no eran los juegos en sí, sino la sensación de un espacio sin materia que emanaba de ellos, como si el universo mismo contuviera el aliento.

Las voces de los comentaristas no eran humanas. Hablaban en lenguas que cortaban la mente como cuchillas, pronunciaban nombres imposibles y describían jugadas que desafiaban las leyes de la física. Cada vez que un equipo perdía, una estrella en el firmamento se apagaba, como si el cosmos llorara en silencio. Alec «Rayo Astral» Reginald, un atleta terrícola de tercera generación nacido en una colonia minera del cinturón de Orión, descubrió la transmisión por accidente. Su pasión era el fútbol gravitacional, un deporte olvidado de los días en que la humanidad aún construía estadios en planetas habitables. Una noche, mientras ajustaba su implante visual para sintonizar una vieja frecuencia deportiva, la pantalla de su cápsula de sueño parpadeó

con un brillo enfermizo. Una voz metálica, como el eco de un motor moribundo, pronunció su nombre.

—Alec Reginald —dijo, cada sílaba vibraba en sus huesos—. Has sido seleccionado para representar a tu especie en los Juegos del Vacío.

Pensó que era una broma macabra, un virus digital de las colonias piratas. Pero esa misma noche, mientras dormía, algo lo arrancó de su cápsula. Despertó a la deriva en un espacio sin coordenadas, un vacío tan absoluto que el aire parecía devorar su propia existencia. Frente a él, una estructura colosal giraba con lentitud en la penumbra: la Galactic Arena. Era una estación del tamaño de una luna, construida con fragmentos de naves destrozadas y los restos óseos de planetas olvidados. Sus contornos brillaban con una luz pálida, como si la estructura estuviera viva y respirara.

Una compuerta se abrió con un gemido que resonó como un lamento. Una figura emergió, envuelta en una armadura negra sin rostro, con un casco que absorbía la luz.

—Bienvenido, atleta —dijo una voz femenina, fría como el espacio profundo—. Soy Kara Vorex, tu compañera de equipo.

Junto a ella estaban los otros miembros de Los Astros: Zorg Bronton, un coloso cubierto de placas óseas que crujían al moverse, como si su cuerpo estuviera fracturándose de manera constante; Luna Celestia, una gimnasta de piel translúcida y ojos vacíos que parecían mirar a través de la realidad; y Niri Eclipse, un estratega cuya presencia era inquietante, como si su sombra se negara a seguirlo. El Comandante Orión, su anfitrión, apareció poco después. Su armadura ceremonial parecía fusionada con su carne, y su rostro, aunque perfecto, tenía ojos que eran pozos de negrura infinita, como si contuvieran galaxias muertas.

—Los Juegos del Vacío —dijo Orión, su voz un eco que parecía provenir de todas direcciones—, no son un simple

deporte. Son el equilibrio entre la existencia y El Olvido. Las civilizaciones ya no pelean con armas, sino con destreza. El vencedor sobrevive. El perdedor se disuelve para siempre.

Alec intentó reír, pero el sonido se ahogó en su garganta cuando una estrella, visible a través de una ventana fracturada, se apagó con un parpadeo agónico.

—Un equipo acaba de perder —susurró Luna, sin apartar la vista del firmamento—. Esa estrella... era su hogar.

El estadio no tenía suelo. Era un abismo infinito, con plataformas flotantes hechas de fragmentos planetarios que giraban en un torbellino cósmico. En las gradas, miles de figuras incorpóreas observaban: almas condenadas, atrapadas en un ciclo eterno de espectadores, sus rostros desdibujados por el tiempo. Sus murmullos eran un coro de lamentos que perforaban la mente.

La Voz del Cosmos, el comentarista invisible, resonó como un trueno: *«Comienza el primer encuentro de los Juegos del Vacío. Los Astros contra los Hijos de la Nebulae. El premio: la existencia»*.

No había árbitros ni reglas claras. El fútbol gravitacional era una pesadilla. La esfera de energía que servía como balón estaba viva, pulsante, y se alimentaba del miedo de los jugadores. Cada vez que Alec la tocaba, sentía sus pensamientos traicionarlo, susurrándole secretos oscuros: *«Tus compañeros no son reales. Solo uno puede regresar»*.

Los Hijos de la Nebulae no jugaban; cazaban. Eran seres translúcidos, hechos de niebla y hambre, con rostros que se retorcían en muecas imposibles. Uno de ellos atravesó a Kara Vorex, y su cuerpo se deshizo en una nube de luz que gritó antes de desvanecerse. Alec quiso huir, pero la esfera se fusionó con su pecho, inundándolo con visiones de torneos antiguos: civilizaciones enteras borradas, sus nombres olvidados, sus

mundos reducidos a polvo estelar. Con un alarido, lanzó la esfera hacia la meta enemiga. La explosión fue un destello blanco que cegó el cosmos. El público aulló, un sonido que parecía arrancado de mil gargantas torturadas.

Y en el cielo, una nueva estrella brilló.

Esa noche, los sobrevivientes de Los Astros se reunieron en una cabina de mando fracturada, donde el aire olía a metal quemado. Zorg bebía un líquido negro que parecía moverse dentro de su vaso. Niri observaba el vacío a través de una ventana rota, su reflejo ausente. Luna dormía, pero su pecho no subía ni bajaba.

—¿Qué somos? —preguntó Alec, su voz temblorosa.

—Competidores —respondió Niri, sin girarse—. Como todos los que alguna vez existieron. Ganamos para existir. Perdemos, y nos convertimos en El Olvido.

El Comandante Orion los visitó, escoltado por sombras que se retorcían como humo con forma humana.

—Los Juegos son eternos —dijo, su voz suave pero cargada de amenaza—. Surgieron cuando las divinidades se extinguieron y las almas vagaban sin propósito. Las razas antiguas crearon este pacto para evitar la aniquilación mutua. Pero los dioses del deporte murieron... y el vacío tomó su lugar.

Alec notó que la piel de Orión temblaba bajo su armadura, como si algo vivo se agitara debajo para escapar.

—¿Qué eres tú en realidad? —preguntó, su corazón latía con un ritmo que no reconocía.

Orión sonrió, y su rostro pareció fracturarse por un instante, a la vez que revelaba un abismo de dientes y ojos.

—Soy el árbitro. Y también el castigo.

Con cada torneo, Alec sentía que su humanidad se desvanecía. Su sangre emitía destellos plateados en la oscuridad. Sus ojos reflejaban constelaciones que no existían. Los juegos se volvían más grotescos. En uno, debían cruzar un campo de cadáveres flotantes que susurraban súplicas mientras intentaban arrastrarlos al vacío. En otro, debían mantener viva una antorcha que consumía recuerdos felices, para dejar a los jugadores vacíos y rotos. Zorg perdió la mitad de su rostro en una prueba, y de la herida brotó un enjambre de luces diminutas que chillaban como insectos atrapados.

—Nos convierten en ellos —dijo Luna, su voz apenas un eco—. En los que miran desde las gradas.

A la mañana siguiente, Niri desapareció. Su sombra permaneció, pegada a la pared de la cabina, moviéndose como si intentara escapar.

En un momento de descanso, Alec encontró un cuarto prohibido: la Galería de los Campeones. Era un salón de estatuas doradas, cada una representaba a un atleta legendario, sus rostros congelados en expresiones de terror. Al acercarse, una estatua exhaló un vapor frío y susurró: «Ayúdanos...».

Eran los campeones del pasado, atrapados en un limbo dorado, condenados a ser trofeos eternos. En el fondo del salón, una figura encadenada levantó la cabeza. Era Kara Vorex, viva pero deformada, su cuerpo atravesado por líneas de energía que palpitaban como venas.

—El Olvido no es externo —dijo, su voz un eco metálico—. Es la suma de todos nosotros, de cada alma que compite y muere. Orión lo alimenta. Es su dios. Y tú eres el último sacrificio.

Antes de que Alec pudiera responder, Orión apareció, sus sombras arrastrándose tras él como un manto vivo.

—El espectáculo debe continuar, Rayo Astral —dijo, su voz dulce pero venenosa—. Es tu turno.

El campo de batalla final era un planeta muerto, su superficie cubierta de grietas que exhalaban un aliento frío. Los rivales, los Herederos, eran figuras envueltas en túnicas que flotaban, mientras dejaban fracturas en el suelo con cada movimiento. El balón era un sol en miniatura, y cada toque lo hacía crecer, lo que amenazaba con consumirlos a todos.

Mientras jugaban, Alec comprendió la verdad: los Juegos no resolvían guerras, las creaban. Cada victoria alimentaba al Olvido, un ciclo infinito que devoraba el universo. Pero en medio del caos, vio algo: un árbol solitario, el Balibor, con raíces que brillaban con energía azul, como si absorbieran la vida misma. Las crónicas mencionaban a Hadaxe, una capitana perdida, que habló del Balibor como la clave para romper el ciclo. Si el balón tocaba sus raíces, El Olvido colapsaría.

Alec corrió, al tiempo que esquivaba las sombras que lo perseguían. Orion rugió desde las alturas, su armadura resquebrajándose para revelar una masa negra y palpitante, llena de ojos que lo observaban con odio. Con un grito final, Alec lanzó el balón hacia las raíces del Balibor. El impacto fue una luz cegadora que devoró el cosmos.

Cuando abrió los ojos, la arena había desaparecido. Flotaba en el vacío, rodeado por los rostros de sus compañeros: Kara, Luna, Zorg, incluso Niri. Todos lo miraban, sus sonrisas frías y vacías.

—¿Lo logramos? —susurró Alec, su voz apenas audible.

—Sí —respondió Kara, su figura desvaneciéndose—. El Olvido ya no tiene hambre.

Del Balibor brotaban estrellas nuevas, cada una un alma liberada. Pero Alec no sonrió. Su cuerpo comenzó a disolverse en partículas de luz, su existencia consumida por la victoria.

—El juego ha terminado —dijo Luna, mientras se desvanecía—. Gracias, Rayo Astral.

Siglos después, en una colonia lejana, un niño encendió una consola antigua. La pantalla parpadeó con un mensaje:

Transmisión restaurada. Torneos del Vacío. Jugador 1: Alec Reginald. Continuar partida.

El niño, con ojos llenos de curiosidad, presionó «sí». En el cielo, una estrella se apagó, y un grito silencioso resonó en el vacío.

ENTREGA MORTAL

N. Soler

CUBA

Mario había recorrido las entrañas de la ciudad como repartidor durante casi cinco años. Cada calle, cada esquina oscura, cada edificio desvencijado era un mapa grabado en su memoria. La ciudad, un coloso insaciable, devoraba luces y ruido durante el día, pero al caer la noche, bajo la furia de una tormenta, se transformaba en un ente vivo, vigilante, con ojos invisibles que acechaban desde los callejones y los charcos reflejaban neones como si fueran sangre luminosa.

Esa noche, la tormenta era un monstruo propio. Relámpagos rasgaban el cielo, al tiempo que iluminaban edificios que parecían a punto de colapsar, mientras el viento azotaba su motocicleta con dedos helados. Mario revisó la aplicación de entregas con las manos entumecidas por el frío. Un nuevo pedido apareció, pero algo en él lo hizo estremecerse. La dirección no existía en ningún mapa, un punto ciego en la red de calles que conocía como la palma de su mano. El pago era alto, como si alguien estuviera dispuesto a pagar cualquier precio por esa entrega. No había reseñas, ni comentarios, solo un nombre: Cliente X.

«Dinero es dinero», murmuró, intentaba convencerse mientras ajustaba el casco empapado. La calle estaba desierta, salvo por el ulular del viento y las hojas que danzaban en los charcos. Los faros de su moto cortaban la oscuridad, proyectaban sombras que parecían alargarse con vida propia, como si intentaran alcanzarlo. Un escalofrío le recorrió su cuerpo, pero lo achacó al frío y aceleró hacia lo desconocido.

El edificio al que lo llevó la aplicación era una reliquia olvidada, un complejo de departamentos en ruinas que parecía exhalar podredumbre. La pintura descascarada colgaba como piel muerta, y un letrero oxidado se balanceaba con un chirrido que resonaba como un lamento. Al empujar la puerta principal, un hedor a moho y algo más, algo metálico y rancio, como carne podrida, le golpeó el rostro. La recepción estaba vacía, con muebles destrozados cubiertos de polvo y telarañas que se mecían en corrientes invisibles. Una puerta lateral conducía a un ascensor antiguo, con puertas corroídas y un panel de botones que parecían no corresponder a ningún orden lógico.

Subió. El ascensor temblaba y gemía, como si protestara por ser despertado. Cada piso que dejaba atrás sumía al cubículo en una oscuridad más densa. La luz interior parpadeaba, proyectaba sombras que se retorcían en las paredes, como si figuras informes danzaran a su alrededor. Mario apretó los dientes, intentaba ignorar la sensación de que algo lo observaba desde los rincones. Cuando las puertas se abrieron en el piso indicado, un pasillo largo y angosto lo recibió. La alfombra, raída y manchada de un rojo oscuro que no podía distinguir si era sangre o moho, amortiguaba sus pasos. Las paredes estaban cubiertas de grietas, y de ellas parecía emanar un frío que calaba hasta los huesos.

Al final del pasillo, una puerta entreabierta dejaba escapar un hilo de luz pálida. Frente a ella, en el suelo, había una caja grande, envuelta en cinta adhesiva negra. Letras rojas y torcidas garabateadas en la superficie decían: «No abras hasta recibir la instrucción». El aire se volvió pesado, como si el edificio contuviera el aliento. Mario tragó saliva, su instinto gritándole que diera media vuelta, que huyera. Pero la curiosidad, o tal vez la codicia, lo mantuvo clavado en el lugar. Se inclinó y tocó la caja. Estaba fría, húmeda, como si sudara.

Entonces, un susurro rasgó el silencio a sus espaldas. Se giró, pero no había nadie. La oscuridad parecía más densa, como

si se hubiera solidificado en los bordes de su visión. «No hay nadie», se dijo, aunque su corazón latía desbocado. Con manos temblorosas, decidió ignorar la advertencia. Rompió la cinta adhesiva y levantó la tapa.

Dentro, algo se movió. Era pequeño, pálido, con una piel translúcida que dejaba ver venas negras palpitantes. Sus ojos, dos pozos oscuros sin fondo, lo miraron de forma fija. Antes de que Mario pudiera reaccionar, la criatura saltó con un chillido inhumano, clavándole dientes afilados como agujas en el brazo. El dolor fue cegador, un fuego que le desgarró la carne. La sangre brotó, caliente y pegajosa, a la vez que empapaba su chaqueta. Mario gritó, al tiempo que retrocedía, pero la criatura era rápida, escurridiza. Desapareció entre sus piernas solo para reaparecer en su hombro, arañó su espalda con garras que parecían cortarlo hasta el hueso.

La criatura no tenía forma definida. Se retorció, se estiraba, se fundía con las sombras y reaparecía en un parpadeo. Cada mordida era un estallido de agonía, cada arañazo un recordatorio de su fragilidad. Mario cayó al suelo en busca de algo con qué defenderse. Su mochila se volcó y esparció toda la comida, papeles y una botella de agua que se mezclaron con la sangre que ahora cubría la alfombra. La criatura susurraba palabras ininteligibles, un coro de voces que resonaban en su cabeza como chillidos. Su visión se tiñó de rojo, el dolor era tan intenso que el suelo parecía ondular bajo él, como si el edificio mismo estuviera vivo.

Con un esfuerzo desesperado, Mario gateó hasta la puerta y salió al pasillo. La criatura lo siguió, deslizándose sobre la alfombra como si flotara, sus garras destellaban bajo la luz parpadeante. Tropezó con un mueble roto, cortándose el rostro, y la sangre se mezcló con la lluvia que se filtraba por una ventana rota. El ascensor estaba al final del pasillo, su única esperanza. Presionó todos los botones, pero las puertas no se abrían. La

criatura estaba justo detrás, su aliento frío quemándole la nuca, sus garras rozaban su piel.

En un acto de desesperación, Mario levantó la caja y la lanzó contra la criatura. La caja estalló al impactar, a la vez que liberaba un aire fétido que llenó el pasillo de un hedor insoportable. La criatura retrocedió, chillaba, y Mario cayó al suelo, exhausto, con el corazón a punto de estallar.

Entonces, escuchó sirenas a lo lejos. Corrió hacia la salida, al tiempo que resbalaba en charcos de sangre y agua. Afuera, la lluvia parecía lavar parte del horror, pero no podía borrar la sensación de que algo lo seguía. Mientras se tambaleaba hacia su moto, sintió una punzada en el brazo herido. Bajó la mirada y vio, entre la sangre, pequeños bultos moviéndose bajo su piel, como gusanos que trazaban caminos hacia su cuello. Intentó arrancarlos, arañándose con desesperación, pero una voz resonó en su mente: «La entrega no ha terminado».

El asfalto bajo sus pies parecía respirar, pulsaba al ritmo de su propio pánico. Subió a la moto y arrancó, pero el retrovisor le devolvió un reflejo aterrador: sus ojos eran negros, como los de la criatura, y su boca se movía sola, a la vez que repetía el nombre Cliente X. La lluvia golpeaba su casco, mezclándose con un eco de risas que lo perseguían en cada esquina. Algo en su interior despertaba, un hambre ajena que no podía controlar. Comprendió, con un terror que le heló el alma, que no había escapado del edificio. La criatura, o lo que fuera, estaba ahora dentro de él.

Los días siguientes, Mario no volvió a trabajar. Se encerró en su apartamento, pero las noches eran un tormento. Golpes en la puerta, rasguños en las ventanas, susurros que parecían venir de las paredes. Cada sombra en la calle le recordaba esos ojos negros, afilados, hambrientos. La caja había desaparecido del apartamento de Cliente X, como si nunca hubiera existido. Pero la herida en su brazo no sanaba. Bajo la luz del baño, la piel

palpitaba, como si algo vivo intentara abrirse paso hacia la superficie.

Formateó su teléfono, pero la aplicación de entregas aún aparecía, imperturbable. Cada madrugada, el mismo pedido llegaba, con la misma dirección y el mismo nombre: Cliente X. Debajo, un mensaje parpadeaba: «Entrega pendiente». Mario sabía que no podía escapar. La ciudad, con sus luces y sombras, lo observaba. Y algo dentro de él, algo que ya no era humano, aguardaba su próxima entrega.

LA MAIDICIÓN DEL ESPECTÁCULO

N. Soler

CUBA

Leo vivía atrapado en la pantalla de su teléfono, como si su existencia dependiera de las notificaciones que destellaban en la oscuridad de su apartamento. Cada like, cada comentario, era un soplo de vida, una prueba de que alguien, en algún lugar, lo veía. Al principio, sus publicaciones eran inofensivas: selfies con amigos, platos de comida iluminados a la perfección, frases ingeniosas que buscaban un puñado de corazones. Pero con el tiempo, la sed de atención creció como una fiebre. Las fotos comunes ya no bastaban; necesitaba más. Algo que estremeciera, que provocara, que lo mantuviera en el centro de la mirada digital. Así fue como sus publicaciones se volvieron oscuras: imágenes de cortes superficiales en su piel, videos en callejones desiertos a medianoche, retos que rozaban lo peligroso. Todo por no desvanecerse en el olvido de las redes.

Esa noche, en su apartamento bañado por el resplandor frío de luces LED, un mensaje extraño iluminó su pantalla:

«Sé que quieres más. Te lo puedo dar».

El remitente era un usuario sin rostro, sin historia, solo un nombre perturbador: @literal_fan. Leo, con una mezcla de curiosidad y burla, respondió con un emoji de risa y un desafío: «¿Qué me quieres dar?» El enlace que recibió lo llevó a una transmisión en vivo. La pantalla mostró una habitación oscura, apenas iluminada por un foco que parpadeaba como un corazón moribundo. El aire parecía denso, cargado de algo que Leo no podía nombrar. Entonces, desde las sombras, emergió una figura:

un hombre con una máscara de carnaval, los ojos huecos y una sonrisa grotesca tallada en plástico. En su mano, un cuchillo largo brillaba con un filo que parecía cortar la misma oscuridad. Manchas húmedas y oscuras cubrían su ropa, reflejaban la luz como si estuvieran vivas.

Leo se inclinó hacia la pantalla, su respiración atrapada en la garganta. La figura en el video comenzó a moverse, imitaba cada gesto suyo: la forma en que inclinaba la cabeza, el parpadeo nervioso de sus ojos, incluso el ritmo de su pecho al respirar. Una risa gutural y distorsionada brotó de los altavoces, mientras llenaba el apartamento con un eco que parecía venir de todas partes y de ninguna.

Un golpe seco en la puerta lo hizo saltar. El teléfono casi se le resbala de las manos. Corrió a mirar por la mirilla, pero no había nadie. Solo un charco oscuro en el suelo del pasillo, viscoso y brillante, como si alguien hubiera derramado pintura negra. En la alfombra, una nota escrita con tinta roja, casi coagulada, decía: «Tu perfil me pertenece ahora». Leo retrocedió, el corazón latiéndole en las sienes. Una parte de él quería reír, pensar que era una broma elaborada. Pero el charco en el pasillo parecía moverse, extenderse, como si tuviera vida propia.

Al día siguiente, sus publicaciones comenzaron a cambiar. Las selfies que subía mostraban cosas que no recordaba haber capturado: su rostro estaba más pálido, su sonrisa torcida, casi dolorosa. En el fondo de las imágenes, había detalles que no pertenecían a su apartamento: una sombra encorvada en una esquina, un cuchillo clavado en la pared, manchas rojas que parecían gotear desde el techo. Sus seguidores, en lugar de alarmarse, estaban extasiados. «¡Esto es arte puro!» escribían. «¡Por fin contenido que da miedo de verdad!» Los comentarios se multiplicaban, los likes llovían, y Leo, atrapado entre el terror y la fascinación, no podía dejar de publicar. Cada vez que tocaba el teléfono, sentía un pinchazo en las manos, como si la pantalla le

cortara la piel. La sangre, real o no, manchaba el cristal, pero cuando la limpiaba, no había nada.

Una noche, mientras transmitía en vivo para un reto de terror, escuchó un susurro que no venía de los auriculares, sino de su propia habitación: «Mira lo que puedo hacer por ti». La cámara captó algo que sus ojos no habían visto: un charco de sangre en la alfombra, moviéndose de forma lenta hacia él, como si buscara sus pies. Leo intentó levantarse, pero sus piernas no respondían. El aire se volvió pesado, cargado de un olor metálico que le revolvía el estómago. Entonces lo sintió: uñas frías hundiéndose en su hombro, desgarraban la piel. La figura de la máscara estaba allí, en carne y hueso, su cuchillo brillaba bajo las luces LED. La sangre brotó, caliente, empapaban su camiseta y goteaba sobre el teclado.

El streaming seguía en marcha. Miles de espectadores observaban, sus comentarios inundaban la pantalla como un enjambre de moscas. «¡Qué efectos tan reales!» «¡Esto es cine!» «¡Sigue, no pares!» Nadie parecía notar que los gritos de Leo no eran actuados, que la sangre no era maquillaje. Cada corte del cuchillo era un espectáculo, cada alarido un aplauso. La figura de la máscara se movía con una precisión ritual, cortaba su piel en patrones que parecían deliberados, como si escribiera algo con cada herida. Leo intentó apagar la transmisión, pero sus manos, temblorosas y ensangrentadas, no podían controlar el teléfono. La pantalla parecía viva, atrapándolo en su propio reflejo.

El video se volvió viral en minutos. Páginas de noticias sensacionalistas lo replicaron con titulares morbosos: «Influencer lleva el terror al extremo», «¿Crimen en vivo o actuación maestra?» Los espectadores compartían fragmentos en redes, añadían filtros, música, emojis de fuego. Algunos analizaban la sangre cuadro por cuadro, convencidos de que era un efecto digital. Otros, más oscuros, pedían más, exigían que la cámara no se apartara. El contador de vistas subía sin parar: diez mil, veinte mil, cien mil. Cada like era una puñalada, cada comentario una

gota de sangre. Leo no era un hombre que moría; un creador de contenido que superaba sus propios límites.

La figura de la máscara se inclinó sobre él, su aliento frío rozaba la oreja de Leo. «Ahora eres parte de mi espectáculo», susurró. «Cada publicación tuya será un recordatorio de quién manda». Leo sintió que su cuerpo ya no le pertenecía. Sus manos se movían solas, escribían mensajes en redes que él no reconocía. Publicaba fotos de su propio sufrimiento, de cortes frescos, de ojos vacíos que no eran los suyos. Su reflejo en los espejos había desaparecido; solo quedaba la máscara, sonriente desde las sombras.

El amanecer llegó, pero el apartamento estaba vacío. La sangre seca cubría el suelo, el teclado, las paredes. El teléfono seguía encendido, la cámara grababa un espacio donde Leo ya no estaba. No obstante, su cuenta seguía activa. Nuevas publicaciones aparecían cada hora: fotos de lugares que no existían, videos de sombras que se movían solas, mensajes escritos en un idioma que nadie entendía. Los seguidores aún reaccionaban, ciegos al horror que alimentaban. Cada like, cada comentario, era una ofrenda a algo que vivía en la pantalla, algo que crecía con cada clic.

Y cada noche, un nuevo usuario, alguien más hambriento de fama, recibía el mismo mensaje: «Sé que quieres más. Te lo puedo dar». La máscara esperaba en la oscuridad, el cuchillo listo, la transmisión siempre en marcha. En un mundo donde la atención era la moneda suprema, el precio de la fama era la sangre, y el espectáculo nunca terminaba.

ME LLAMA. ME AMENAZA. ESTÁ AFUERA

Ángel Iván

MÉXICO

Jessica no había salido de su casa en años. Las paredes de su pequeña vivienda en las afueras de la ciudad se habían convertido en su refugio y su prisión. Sus familiares, que alguna vez la visitaban con frecuencia, dejaron de hacerlo, cansados de sus temores irracionales y de sus relatos incoherentes. Los doctores, tras numerosos diagnósticos, le recetaban pastillas para mantenerla calmada, atribuían su comportamiento a un trastorno psicológico. Pero Jessica sabía que su problema no era mental. No eran alucinaciones. Lo que la acechaba era real, y estaba afuera, a la espera.

Cada día era una lucha para mantener la cordura. Vivía atrapada en una rutina monótona: despertaba, revisaba las cerraduras de puertas y ventanas, y pasaba horas con la mirada fija hacia el exterior detrás de las cortinas, temerosa de lo que pudiera estar aguardándola. Su voz temblaba cada vez que repetía, las palabras que la perseguían: «Me llama. Me amenaza. Está afuera de casa».

Los médicos insistían en que su fobia al exterior era producto de su mente, una alucinación que la hacía creer que el mundo más allá de su puerta era un lugar vacío, un abismo donde solo existía una presencia maligna que la castigaría si se atrevía a salir. Pero ella lo sentía. No era una idea vaga ni un temor abstracto; era una certeza que le helaba la sangre. Algo la observaba desde el otro lado, algo que la conocía, que la juzgaba, que la quería.

El único que pareció tomarla en serio fue el Dr. Oswald, un psiquiatra de mediana edad con un enfoque poco convencional. A diferencia de los demás, no descartaba de inmediato sus palabras ni las atribuía a una simple enfermedad mental. Él escuchaba con paciencia, tomaba notas en su libreta, buscaba patrones en los relatos fragmentados. Con el tiempo, sus sesiones comenzaron a mostrar pequeños avances. Jessica, aunque seguía aterrorizada, parecía menos convencida de que el exterior era un lugar prohibido.

—¿Qué miras, Jessica? —preguntó el doctor durante una de sus sesiones, notaba cómo ella desviaba la mirada hacia la ventana, con el rostro tenso y los ojos entrecerrados.

—Está ahí afuera. Me espera para castigarme —respondió ella, con un hilo de voz, a la vez que apretaba las manos contra su regazo.

El doctor frunció el ceño, no con incredulidad, sino con curiosidad. Había tratado muchos casos de fobias, pero el de Jessica era único. Su miedo no parecía provenir de un evento cotidiano, como un asalto o un accidente. Había algo muy profundo arraigado en su psique, algo que ella describía con una mezcla de reverencia y terror. Él sospechaba que su fobia tenía raíces en un trauma infantil, pero necesitaba más detalles para confirmarlo.

—¿Recuerdas cómo era el exterior de tu casa antes de que empezara todo esto? —preguntó, inclinándose hacia ella.

Jessica dudó. Sus recuerdos del mundo exterior eran borrosos, como si una neblina los hubiera cubierto. Pero tras un largo silencio, respondió:

—Oscuro y frío.

—¿Todo el tiempo? —insistió Oswald.

—No, no siempre. A veces... a veces lo recuerdo diferente. Cuando sueño, veo un parque. Antes era un parque, creo. Mis vecinos dicen que ahora es un terreno con negocios. Pero en mis sueños, estoy allí, camino entre árboles altos. Son tan grandes que tapan el sol, y el pasto siempre está fresco. Iba con mis padres. Lo extraño... pero no puedo volver.

El doctor anotó de inmediato en su libreta. Era la primera vez que Jessica hablaba de un lugar específico con tanto detalle. Decidió profundizar.

—Describe ese sueño, Jessica. Cuéntame todo lo que puedas.

Ella respiró hondo, como si revivir el sueño le costara un esfuerzo físico.

—Era de anoche. Todo parecía irreal, como suelen ser los sueños, ¿sabe? Estaba en el parque, caminaba por un sendero rodeado de árboles. Sentía el aire fresco, pero también... una presión, como si algo me observara. No estaba sola. Había algo más allí, algo que no podía ver, pero que sabía que estaba cerca. Y entonces... lo sentí. Su presencia. Era cegadora, como si el sol mismo hubiera bajado a la tierra. No era cálido, era abrasador. Quise correr, pero mis piernas no respondían. Y luego, desperté.

El doctor asintió, trataba de mantener la calma mientras procesaba sus palabras. Había algo en la manera en que Jessica describía esa «presencia» que lo inquietaba. No era solo miedo; era una mezcla de fascinación y pavor, como si hablara de algo divino y aterrador al mismo tiempo.

—¿Por qué no puedes volver al parque? Sé que es por el miedo, pero quiero entender qué te detiene. ¿Qué pasa por tu mente cuando piensas en salir?

Jessica bajó la mirada, sus manos temblaban de manera ligera.

—No quiero meterme en problemas otra vez —dijo, con un sollozo ahogado, como si fuera una niña que confesaba una travesura.

El doctor notó el cambio en su tono. Había algo infantil en su respuesta, una vergüenza profunda que no encajaba con su edad adulta. Durante las siguientes sesiones, trabajó de manera paciente para desentrañar el origen de ese miedo. Poco a poco, Jessica comenzó a recordar fragmentos de su infancia, eventos que parecían estar conectados a su fobia.

Tras varias semanas, el doctor logró que Jessica hablara de un incidente específico. Según ella, cuando era niña, se había escapado de casa a escondidas para reunirse con unos amigos en el parque. Pero en el camino, se encontró con algo que marcó su vida para siempre: el cuerpo sin vida de un hombre, tirado en la calle. Jessica no podía precisar si había sido un asalto o un accidente, pero lo que sí recordaba con claridad era la sensación de que algo sobrenatural había estado allí.

—Él apareció —dijo Jessica, con los ojos vidriosos—. Su presencia era cegadora. Lo consumió desde dentro, se llevó su alma y dejó su cuerpo allí, frente a mí. Era Dios.

Oswald se quedó en silencio, procesaba la intensidad de sus palabras. No era la primera vez que un paciente mencionaba creencias religiosas en el contexto de un trauma, pero la convicción de Jessica era inquietante. Ella no hablaba de Dios como una figura abstracta o benevolente; lo describía como una entidad tangible, vengativa, que la perseguía.

—¿Por qué Dios haría algo así? —preguntó el doctor, al tiempo que trataba de mantener un tono neutral.

—No lo sé —respondió ella, con lágrimas que rodaban por sus mejillas—. Creía que solo castigaba a los malos, a los que desobedecían sus reglas. Pero, ¿por qué me persigue a mí? ¿Es porque vi cómo actúa con nuestras vidas?

El doctor sabía que debía proceder con cuidado. La educación religiosa de Jessica parecía haber moldeado su percepción del mundo, y su trauma estaba de manera profunda entrelazado con esas creencias. Decidió abordar el problema desde una perspectiva que respetara su fe, pero que la ayudara a cuestionar la idea de que Dios la perseguía.

—No soy creyente, Jessica, pero hasta donde sé, Dios no castiga sin razón. No veo por qué te perseguiría solo por haber estado en el lugar equivocado. Creo que tu miedo te hace enfocarte en un lado de Dios que no es real, un lado que te castiga como si fueras una niña que necesita aprender una lección.

Por primera vez, Jessica pareció considerar sus palabras. Sus ojos, antes llenos de terror, mostraron un destello de duda, como si encontrara sentido en lo que el doctor decía.

En las siguientes sesiones, el doctor se enfocó en dismantelar la culpa que Jessica cargaba. Ella creía que su «desobediencia», al escaparse de casa cuando era niña, había provocado la ira de esa presencia divina. Oswald le explicó que, incluso en las religiones más estrictas, el arrepentimiento era suficiente para obtener el perdón.

—Tú no hiciste nada malo de manera intencional —le dijo—. Estabas en el lugar equivocado, en el momento equivocado. ¿Por qué un dios justo te castigaría por algo que fue un accidente?

Jessica asintió con lentitud, pero aún había resistencia en su mirada.

—Él sabe que soy débil —susurró—. Sabe que no puedo resistir. Espera a que salga, a que caiga en su trampa. Quiere que mi perdición sea por mi propia mano.

El doctor suspiró. Sabía que el progreso sería lento, pero estaba decidido a ayudarla. Decidió que era hora de dar un paso más arriesgado: enfrentarla de forma directa a su miedo.

—Jessica, quiero que hagamos algo juntos —dijo, levantándose del sofá—. Vamos a acercarnos a la puerta. No te pido que salgas, solo que te acerques. ¿Puedes hacerlo?

Ella lo miró con pánico, pero después de un largo silencio, asintió. El doctor la tomó de la mano y caminaron de forma lenta hacia la puerta principal. Cada paso parecía costarle una eternidad a Jessica. Su respiración era errática, y sus manos temblaban. Cuando llegaron a un metro de la puerta, Oswald giró la perilla y la abrió.

La luz del sol inundó la entrada, cegadora y cálida. Jessica entrecerró los ojos, acostumbrándose a la intensidad. Afuera, el mundo parecía normal: un camino de piedras, césped fresco, el murmullo lejano de la ciudad. El docto salió primero, deteniéndose en el porche.

—Nunca hubo una amenaza real, Jessica —dijo, al tiempo que sonreía—. Solo el calor del sol. Puedes salir ahora. El mal que temías estaba dentro de ti, pero ya no más.

Jessica dio un paso hacia la puerta, vacilante. Por primera vez en años, sintió el aire cálido en su rostro. Pero entonces, algo cambió. La luz del sol se intensificó, convirtiéndose en un resplandor cegador que parecía consumir todo a su alrededor. El aire se volvió sofocante, y un viento abrasivo le raspó la piel.

El doctor, que estaba a pocos pasos de ella, comenzó a sudar de manera profusa. Su piel enrojeció, como si estuviera quemándose desde dentro. Jessica lo vio con horror, incapaz de moverse. La luz se concentró sobre él, suspendida en el aire como una esfera incandescente. Los ojos de Oswald se derritieron en sus cuencas, y el plástico de sus gafas se fundió en su rostro. En un instante, su cuerpo se desplomó, consumido desde dentro, mientras dejaba solo un cascarón vacío.

Jessica gritó, a la vez que retrocedía hacia la puerta. La luz, ahora frente a ella, parecía mirarla de forma directa al alma. Una

mano etérea emergió de la esfera, para recoger los restos del doctor. Por un momento, pareció que lo reanimaba, pero entonces una voz resonó, profunda y aterradora, como un trueno que sacudió el mundo:

—Lo intentare de nuevo, Jessica. Estaba convencido de que esta vez te haría salir.

Con el corazón que latía desbocado, Jessica corrió al interior de su casa y cerró la puerta de golpe. La oscuridad la envolvió, un contraste abrumador con la luz cegadora del exterior. Se derrumbó en el suelo, lloraba de forma desconsolada, mientras la voz seguía para resonar en su mente.

Durante los meses siguientes, Jessica permaneció encerrada, más aislada que nunca. Nadie volvió a visitarla, y los médicos que intentaron contactarla fueron ignorados. Ella repetía, una y otra vez, la lección que nunca olvidaría:

—Me llama. Me amenaza. Está afuera de casa.

Pero ahora sabía que no era solo una amenaza. Era una promesa. Y esa presencia, fuera lo que fuera, no descansaría hasta que ella cediera.

EL SUEÑO DE LA BESTIA

Frank Armando Clemente Ruiz

VENEZUELA

La tormenta había cesado, dejaba tras de sí un silencio tan profundo que parecía envolver el mundo en un manto de quietud. «Después de la tormenta, siempre viene la calma», solía repetirme, aferrándome a esa promesa como si fuera un amuleto. Aquella noche, en la soledad de una cabaña al pie de la Sierra Madre del Sur, sentí esa calma por un instante. Me acerqué a la ventana de la sala, y a través del cristal polvoriento, contemplé una luna llena que brillaba con un resplandor plateado, navegaba entre jirones de nubes que parecían danzar a su alrededor. El paisaje, bañado en esa luz espectral, era hipnótico, casi sobrenatural. Por un momento, el mundo parecía en paz.

Sin embargo, una opresión comenzó a crecer en mi pecho, una sensación que conocía demasiado bien. Mis fuerzas menguaban, como si algo invisible drenara mi vitalidad. Decidí sentarme en un viejo sillón junto a la chimenea, donde una débil llama crepitaba con suavidad, y rompía el silencio con su arrullo. Frente a mí, la ventana aún mostraba esa luna imponente, pero mi mirada se perdía en el fuego. Mis párpados, pesados como losas, comenzaron a cerrarse, y aunque luché por mantenerme despierto, sabía que no podría resistir. Porque al cerrar los ojos, él regresaría. Ese sueño. Ese perturbador sueño que me perseguía como una maldición.

El escenario cambió de golpe. La débil llama de la chimenea se transformó en una hoguera voraz, una conflagración que rugía con furia sobrenatural. A lo lejos, a unos doscientos metros, se alzaban seis estacas clavadas en la tierra, cada una envuelta en llamas que lamían el cielo nocturno. Atadas a ellas, figuras humanas se retorcían, sus siluetas difuminadas por el calor y el

humo. No podía distinguir sus rostros, pero algo en mi interior me decía que no eran humanas, no del todo. Sus movimientos eran demasiado violentos, sus gritos demasiado inhumanos. Me quedé paralizado, incapaz de apartar la vista.

De pronto, una mano pesada se posó en mi hombro. Me giré, sobresaltado, y vi a un hombre de rostro curtido y ojos encendidos por una mezcla de miedo y determinación. Llevaba una túnica raída, y su voz era un gruñido ronco:

«¡Debemos hacerlo! ¡No hay tiempo que perder!»

El impacto de sus palabras me arrancó del sueño. Desperté en el sillón, con jadeos, y mi corazón latía como un tambor. Miré mis manos, temblorosas, y un escalofrío me recorrió al reconocerlas: eran las mismas manos que habían irrumpido en esa cabaña, las mismas que habían profanado la paz de este lugar. Intenté levantarme, pero mi cuerpo estaba agotado, como si cargara el peso de un siglo. Mis párpados volvieron a cerrarse, y el sueño me reclamó una vez más.

Ahora sostenía una antorcha encendida, su calor abrasándome la piel. Estaba rodeado de una turba de hombres, sus rostros desencajados por el odio y el fervor. Corríamos hacia las estacas, gritaban consignas que resonaban como cánticos de guerra. Al acercarnos, pude ver con claridad a las criaturas atadas: mujeres, o lo que alguna vez habían sido mujeres. Sus rostros estaban deformados, sus ojos brillaban con un fulgor maligno, y sus cuerpos se retorcían con una fuerza que desafiaba la lógica. Eran brujas, no había duda. Y yo, de alguna manera, formaba parte de esa muchedumbre que las condenaba a la hoguera.

«¡Por todos los dioses! ¿Qué significa esto?» grité, pero mi voz se perdió en el tumulto. El hombre a mi lado, el mismo que había tocado mi hombro, me miró con urgencia.

«¡Sujeta tu crucifijo con fuerza! ¡Nos acercamos a la más poderosa!» rugió.

Busqué el crucifijo que siempre llevaba colgado al cuello, pero mis dedos solo encontraron piel desnuda. Un terror helado me invadió. Alcé la vista hacia la bruja principal, atada a la estaca más alta. Su sonrisa era una mueca de triunfo, como si supiera algo que yo ignoraba. Entonces, su cuerpo comenzó a cambiar. Creció, se volvió más grande, más grotesca. Sus ataduras se rompieron como si fueran de papel, y con un salto imposible, aterrizó frente a mí. Su garra me golpeó con tal fuerza que el mundo se desvaneció en oscuridad.

Desperté de nuevo, pero esta vez no estaba solo. El silencio de la cabaña había sido reemplazado por un coro de voces airadas que se acercaban desde el exterior. Gritos, pasos pesados, el crujir de la madera. Mi mirada se desvió hacia una puerta entreabierta en el pasillo. Desde allí, un hilo de sangre se deslizaba por el suelo, serpenteante, hasta llegar a mis pies. La habitación pertenecía a la mujer que vivía en la cabaña, y ahora, un presentimiento horrible me decía que no volvería a verla con vida. Quise moverme, investigar, pero el letargo me tenía atrapado. Mis ojos se cerraron una vez más.

En el sueño, la turba ya estaba frente a las estacas. Las brujas gritaban, sus rostros retorcidos en expresiones de odio y dolor. La líder, libre de sus ataduras, se alzaba sobre nosotros como una sombra infernal. Sus ojos se clavaron en los míos, y su voz, un susurro que atravesaba el alma, dijo: «Eres mío. Siempre lo has sido»

Desperté con un estruendo. La puerta principal de la cabaña se hizo añicos, y una multitud irrumpió en la sala, armada con palos, estacas y machetes. Sus gritos resonaban en mis oídos: «¡Allí está la Bestia!».

Miré mis manos una última vez. No eran humanas. Ni tampoco eran las garras de un lobo. Estaba atrapado en una

forma intermedia, un ser abominable, una aberración de carne y hueso. La maldición de la bruja me había transformado en un lobizón, un monstruo condenado a vagar entre dos mundos. Recordé a la mujer de la cabaña, su cuerpo destrozado en la habitación, una de mis víctimas. La culpa y el horror se mezclaron con una furia animal que crecía en mi interior.

Con un rugido, me lancé contra la turba. Mis garras desgarraron carne, mis colmillos se hundieron en cuerpos, y el sabor metálico de la sangre inundó mi boca. Los gritos de los aldeanos llenaban el aire, un coro de terror que alimentaba mi frenesí. Pero en medio de la matanza, sentí un dolor agudo en el pecho. Miré hacia abajo y vi una estaca clavada donde antes colgaba mi crucifijo. La sangre manaba, cálida y espesa, y supe que mi tiempo se agotaba.

Con un último esfuerzo, salté por la ventana, al tiempo que rompía el cristal que antes me había mostrado la luna. Corrí hacia la colina, mi fuerza animal impulsándome a pesar de la herida mortal. A lo lejos, los aullidos de otros lobizones resonaban, como un lamento por mi destino. Me desplomé en la cima, mi cuerpo tembloroso mientras la vida se me escapaba. Alcé la vista una vez más, y allí estaba la luna, inmensa, indiferente, bañándose con su luz plateada.

Por un instante, todo fue calma. La tormenta había pasado, y con ella, mi existencia maldita. Cerré los ojos, y supe que no volvería a abrirlos. Ya no era hombre, ni bestia, ni esclavo de aquel perturbador sueño. Solo era un eco, perdido en las tenebrosas montañas del sur, donde los lobizones ya no cazarían más.

EL PABELLÓN MAIDITO

María Balbina López

ESPAÑA

Las ruedas del coche crujen sobre la grava; la radio se apaga sin aviso y, por un momento, siento que el mundo ha parado.

Me adentro en un bosque espeso, donde las ramas de los árboles parecen cuerpos retorcidos y el viento susurra con tono de agonía.

El navegador anuncia que he llegado. El camino se disuelve entre raíces y lápidas viejas. El asfalto desaparece bajo las ruedas, lo que da paso a la naturaleza.

Ante mí se alza un enorme edificio de paredes blanquecinas. Enredaderas lo cubren casi por completo y los ventanales, negros y altos, parecen ojos que observan.

Subo las escaleras hasta la puerta principal y entro.

Nunca me han gustado los hospitales, pero este tiene algo peor que el olor a desinfectante o los pasillos interminables. Desde que crucé la verja oxidada del psiquiátrico de San Florián, el aire se volvió asfixiante, pesado, como si el suelo respirara a cada paso.

Nadie sabe en qué ando metido. Mi esposa lleva tiempo reclamándome atención; ya casi no pregunta por Lucía. Dice que me pierdo con ella.

Mi hermana lleva desaparecida casi un año, y las últimas noticias la sitúan aquí, en «tratamiento», bajo la tutela de una secta disfrazada de fundación religiosa.

El guardia no levanta la vista del periódico cuando entro.

—¿Viene de visita? —pregunta.

—Vengo por mi hermana —respondo—. Se llama Lucía. Ingresó hace casi un año.

El hombre se encoge de hombros, aún sin mirarme.

—Tendrá que hablar con dirección.

El interior es un laberinto de corredores con azulejos amarillentos y bombillas parpadeantes. No hay pasos ni voces, solo un zumbido constante que me taladra la cabeza. A ambos lados, puertas con mirillas cubiertas de polvo.

Un cartel medio borrado indica «Pabellón de mujeres — Nivel inferior».

Bajo las escaleras. El olor cambia: humedad, moho. La sensación de ser observado me oprime el pecho. Miro al fondo, pero no veo nada. Solo sombras que se alargan con la luz del pasillo.

En una sala encuentro a una enfermera. Es joven, con uniforme impecable, demasiado blanco para aquel lugar.

—Busco a mi hermana —le digo.

—Nombre completo.

—Lucía López Ballesteros.

La mujer revisa un libro polvoriento.

—No hay ninguna paciente con ese nombre —dice, y tras una pausa, levanta la vista—. Aunque, claro, aquí los nombres a veces cambian. ¿Ha firmado usted la autorización?

Antes de que responda, la luz parpadea dos veces. Un sonido metálico resuena en la pared, como un portazo lejano. Giro la cabeza. Cuando vuelvo a mirar, la enfermera ha desaparecido.

Avanzo por el pasillo.

Cada puerta tiene un número grabado. En algunas se oyen susurros, lamentos; en otras, nada. Me acerco a una.

—No abras... no abras... —susurra una voz infantil—. Márchate de aquí.

El murmullo es infantil, como si un niño repitiera la misma frase una y otra vez. Me aparto con cautela.

La luz titila. Por unos segundos infinitos, todo queda a oscuras.

Camino hasta el final del pasillo. Hay una puerta doble con cristales rotos.

Detrás, un patio interior cubierto por una niebla espesa y maloliente. Las ramas golpean las ventanas como grandes manos.

Abro la puerta y avanzo entre la niebla. Las hojas crujen bajo mis pies y un frío húmedo lame mis huesos.

En un banco, alguien está sentado.

Es ella: Lucía.

Lleva una bata gris, el cabello más largo, la mirada perdida. Balancea los pies descalzos sobre la tierra húmeda.

Por un instante, no sé si es real.

Corro hacia ella y la abrazo. Su cuerpo está rígido, casi helado.

—Soy yo, Francisco... tu hermano —digo con la voz rota—. He venido a por ti, cariño.

Ella levanta la mirada. Sus ojos tienen el color de la ceniza.

—No debiste hacerlo —susurra.

—No digas eso, mi amor. No sabes lo mal que lo hemos pasado sin ti. Vamos, tu sitio no es este.

Le tiendo la mano. Ella la toma.

Camina torpe, como si no fuera dueña de sus movimientos.

Intento sacarla de allí.

Cada pasillo es un laberinto. Las paredes parecen cerrarse sobre nosotros. Las luces estallan, los relojes giran al revés. En algún punto suena una sirena lejana.

—Nos vigilan —dice ella, al tiempo que señala el techo.

Miro hacia arriba. Entre las rendijas de ventilación se mueve algo: una sombra.

La arrastro hacia una escalera lateral.

Detrás de nosotros, escucho pasos, respiraciones agitadas. Alguien grita mi nombre con voz aflautada, casi anfiada.

Subimos. Tropezamos. Lucía llora y grita. Se deja caer al suelo, rígida, como un niño en plena rabieta.

—¡Vete! —chilla—. ¡Quiero quedarme aquí!

—No puedo... Dios mío, ¿qué te han hecho?

Las puertas del pasillo se abren una tras otra. Las habitaciones están vacías, llenas de camas oxidadas y muñecos rotos. En las paredes hay símbolos: cruces invertidas, círculos con ojos pintados dentro.

Levanto a Lucía del suelo y la obligo a caminar. Llegamos al piso superior, donde una luz roja parpadea. En el suelo, un cartel viejo y medio borrado dice «Salida».

Empujo la puerta con todas mis fuerzas.

Detrás solo hay oscuridad.

Un viento helado nos golpea y, por un instante, el aire fresco de la noche acaricia mi rostro.

El bosque se extiende ante nosotros. Las copas de los árboles ocultan la luna. El aire huele a tierra recién removida... a cementerio.

Detrás, el hospital sigue iluminado.

—Vamos, Lucía —le digo—. Un paso más y somos libres.

Ella se detiene.

—No —responde con calma—. Este es mi sitio. Aquí fue donde perdí la vida.

Sus palabras se disuelven como un terrón de azúcar.

Algo me golpea en la nuca, un impacto denso. Todo se oscurece.

Veo su rostro por última vez: tranquilo, resignado.

Cuando recupero la conciencia, un sabor agrio me llena la boca.

Estoy tendido en una cama sucia, herrumbrosa.

El techo se agrieta sobre mí; las fisuras se ramifican como raíces en busca de mi rostro.

Intento moverme, pero el cuerpo responde con lentitud.

Las sábanas son ásperas, frías, y al rozarlas siento que sangro sin hacerlo.

El silencio es absoluto.

Ni una voz, ni un paso. Solo mi respiración agitada y ese zumbido grave que parece venir de las paredes... o del interior de mi cabeza, que se balancea como una guadaña.

Me incorporo con torpeza.

El colchón cede bajo mi peso, húmedo, tibio, como si hubiera alguien más debajo.

No recuerdo cómo llegué hasta aquí.

Por mi mente pasea una y otra vez la imagen de Lucía, sentada en el banco, inmóvil, mirándome como un fragmento de película.

El hospital entero parece dormido.

No hay enfermeras, ni luces, ni rastro de vida.

Solo polvo acumulado y telarañas que cuelgan del techo como hilos viejos.

Camino por los pasillos.

Las paredes están agrietadas, los cristales rotos, los relojes detenidos en la misma hora: 03:33.

Encuentro la sala donde había visto a la enfermera.

Ahora solo hay un esqueleto vestido con un uniforme amarillento.

Grito el nombre de Lucía hasta quedarme sin voz.

Nadie responde.

Llego al patio.

El banco sigue allí, cubierto de hojas muertas.

Lucía está sentada, inmóvil; la bata gris cae sobre sus hombros.

La niebla le cubre el rostro.

—Lucía... —susurro.

Ella levanta la cabeza.

Sus ojos ya no están, solo un vacío que parece mirarme.

De las cuencas gotea un líquido espeso, negro, que cae sobre la tierra.

El suelo tiembla, la niebla se enrojece.

Mi hermana camina hacia mí con la piel ardiendo, grita, blasfema. Su cuerpo se deshace con lentitud, convertido en un remolino de ceniza que el viento arrastra.

Entre aquel polvo, algo brilla.

Me agacho, introduzco los dedos y extraigo su pulsera: la misma que le regalé cuando éramos niños, con sus iniciales grabadas.

La sostengo entre las manos temblorosas y lloro en silencio.

Respiro hondo, pero el aire no entra.

Todo se queda suspendido, incluso yo.

Entonces doy un paso, y otro, hasta que la oscuridad queda atrás.

Salgo al exterior.

El sol asoma entre las ramas.

El hospital y los árboles parecen menos tenebrosos, casi inofensivos. Por un segundo, casi puedo creer que todo ha terminado.

Durante unos minutos me quedo sentado en el coche.

Estoy agotado.

La radio se enciende sola.

Una voz aflautada, añeja, se cuela por los altavoces:

—El psiquiátrico de San Florián ardió la noche del 21 de julio de 1973.

Las llamas devoraron a los vivos y a los muertos.

Nadie volvió a cruzar sus puertas... pero el fuego nunca se apagó del todo.

La voz se multiplica, se descompone en un coro de gritos lejanos.

—El fuego nos purifica...

—Nadie sale del sanatorio...

Y entre aquel eco final, distingo la voz dulce de mi hermana.

La misma que escuchaba de niño, antes de dormir.

Mientras arranco el coche y me alejo por el camino de grava, el humo del hospital se eleva en el retrovisor, oscuro, ondulante, como un rezo que nunca termina.

LA VELA MAIDITA

Ozkar Nava

MÉXICO

La casa de mi abuela siempre fue un lugar mágico para mí, un refugio donde la imaginación no tenía límites y la fantasía cobraba vida. Sin embargo, había algo en aquella casa que me inquietaba, una presencia que me hacía estremecer.

Cada noche, mi abuela encendía velas que llenaban la sala con un resplandor cálido. Yo me sentaba a su lado, escuchaba sus historias mientras las sombras danzaban en las paredes. Pero había una vela que destacaba entre las demás. Su llama parecía diferente, más viva, y proyectaba una sombra que no debería estar allí.

Aquella sombra se movía sola, como si tuviera voluntad propia. Sentía que me observaba, que me susurraba sin voz. Mi abuela insistía en que era solo mi imaginación, que las sombras no eran más que juegos de luz. Pero yo sabía que no era así.

Una noche, mientras mi abuela dormía, me acerqué a la vela. La contemplé de forma fija, hipnotizado por su llama. De pronto, la sombra se alzó, alargándose hacia mí como si quisiera tocarme. Entonces, habló. Su voz era un susurro frío que se deslizó por mi piel:

—Te conozco. He estado esperandote.

El terror me paralizó. La sombra creció, envolviéndome en una oscuridad sofocante. Sentí que me absorbía, que me arrastraba a un lugar sin retorno. Lo último que recuerdo es el suelo frío bajo mi cuerpo y la vela apagada en mi mano.

Cuando desperté, mi abuela estaba a mi lado, pálida. Me dijo que me había encontrado inconsciente, y que la causa

probable era una pesadilla. Pero yo sabía la verdad: aquello no había sido un sueño. La sombra era real, y estaba viva.

Con voz temblorosa, mi abuela me confesó un secreto. Aquella vela era antigua, un objeto que había pertenecido a una bruja que vivió en la casa décadas atrás. La sombra, según ella, era el espíritu de esa bruja, atrapado en la cera. Me aseguró que no podía hacerme daño, que solo era un eco del pasado. Pero sus palabras no me tranquilizaron. Había sentido la malevolencia de la sombra, su deseo de apoderarse de mí.

A partir de entonces, no podía mirar la vela sin sentir un escalofrío. Decidí que debía deshacerme de ella. Una noche, mientras mi abuela dormía, tomé la vela y la llevé al jardín. Cavé un hoyo profundo y la enterré bajo un montón de tierra húmeda. Al terminar, suspiré aliviado, convencido de que había liberado la casa de aquella presencia maligna.

Pero al regresar a la sala, mi corazón se detuvo. La vela estaba allí, en su lugar de siempre, con su llama titilante como si nada hubiera pasado. La sombra que proyectaba se alzó, observándome con una intensidad que me heló la sangre. Sentí su odio, su furia, como si supiera lo que había intentado hacer.

Comprendí entonces que la sombra no se iría. Estaba atrapada en la vela, y yo, de alguna manera, estaba atrapado con ella. Mi abuela, con una tristeza que nunca le había visto, me dijo que la vela era parte de la casa, parte de su historia. No podía ser destruida.

El miedo se convirtió en una certeza: estaba condenado a convivir con aquella presencia para siempre. Una noche, la oscuridad pareció cerrarse a mi alrededor. Desperté en la casa, solo. Mi abuela había desaparecido. La vela estaba apagada, pero la sombra seguía allí, acechándome desde la penumbra.

Entonces, ocurrió lo imposible. Mi propia mano, como movida por una fuerza ajena, tomó un fósforo y encendió la vela.

La sombra cobró vida de inmediato, alzándose frente a mí. Sentí su presencia a mi espalda, fría y opresiva.

—Estoy aquí —susurró la sombra—. Y nunca te dejaré ir.

LA BRUJA Y EL ÁNGEL CAÍDO

Ozkar Nava

MÉXICO

La ciudad yacía bajo una llovizna inmóvil, como si el cielo, agotado, se negara a lavar los pecados que se acumulaban en sus calles. Los faroles parpadeaban, ahogados por una niebla espesa que se aferraba al suelo como un sudario. En las esquinas, los perros ladraban a sombras que ya no pertenecían a los vivos, sus aullidos resonaban en un eco que parecía más lamento que advertencia. La ciudad, una aldea que había crecido hasta convertirse en una ruina urbana, respiraba con dificultad, atrapada entre el pasado y un presente que olía a ceniza y promesas rotas.

En su corazón, se alzaba una iglesia abandonada, un esqueleto de piedra que parecía sostenerse por pura terquedad. Su cruz torcida, inclinada hacia el cielo, era una herida abierta, un recordatorio de que la fe había sido traicionada mucho antes de que los hombres modernos caminaran sobre el asfalto. Nadie se acercaba a aquel lugar desde hacía décadas. Los rumores contaban que allí habitaba algo inmortal, algo con aroma a fuego y ceniza húmeda, algo que no envejecía ni olvidaba. Esa noche, el aire estaba cargado de un presagio: ella había regresado.

Su nombre verdadero se había perdido, devorado por las lenguas que la maldijeron siglos atrás. Ahora respondía a un solo nombre: Sara. Era una sombra con forma humana, una figura que parecía absorber la luz misma. Su piel, pálida como la muerte, brillaba con un fulgor antinatural bajo la luna. Su cabello, una maraña de oscuridad, caía como un manto que el viento no se atrevía a mover. Sus ojos, dos brasas dormidas, se encendían con el recuerdo del odio, un fuego que había ardido durante generaciones, alimentado por la traición y el dolor.

Sara había presenciado la caída de aquella aldea cuando aún era un puñado de casas de piedra, cuando la fe era joven y los hombres temblaban ante lo desconocido. Había visto cómo se alzaba sobre cimientos de devoción, solo para corromperse con el tiempo, transformándose en un lugar de hipocresía y miedo. Los descendientes de quienes la habían condenado a la hoguera ahora vivían entre luz eléctrica y templos de concreto, pero la raíz del pecado —el miedo, la culpa, la arrogancia— seguía viva, enraizada en lo más profundo de sus almas. Y Sara había regresado para arrancarla de cuajo.

No buscaba redención. No buscaba perdón. Buscaba fuego. Y para encenderlo, debía destruir al único ser que aún protegía esa tierra maldita: el ángel caído.

Nadie recordaba su verdadero nombre. Los ancianos, con voces temblorosas, lo llamaban Zidane, un nombre que pronunciaban con una mezcla de reverencia y temor. Los pocos que lo habían visto hablaban de un hombre de mirada serena, que aparecía en los callejones más oscuros cuando la desesperación tocaba fondo. No vestía de blanco, ni llevaba alas visibles, pero su presencia era como un peso que detenía el aire, como si el mundo temiera romper su calma. Zidane había sido un ángel, un ser de luz que había descendido no por rebeldía, sino por compasión. Había abandonado el Cielo para proteger a una humanidad que los dioses habían olvidado, un acto que lo marcó para siempre.

Sin embargo, los siglos lo habían desgastado. La fe que una vez lo sostuvo se había transformado en superstición, la luz en sus manos se había vuelto tenue, y el amor que lo impulsó a caer se había convertido en un cansancio que pesaba como cadenas. Aun así, en su interior ardía una chispa, un resto de divinidad que se negaba a apagarse. Y esa chispa era lo que Sara quería extinguir.

La bruja caminaba por las calles con una elegancia que desafiaba la realidad. Cada paso resonaba como un latido, dejaba tras de sí un leve temblor en el aire, como si el asfalto respirara bajo sus pies. Su presencia era un veneno sutil: entraba en los sueños de los habitantes, susurraba promesas a los desesperados, ofrecía justicia a los heridos. En menos de una semana, la ciudad comenzó a desmoronarse desde dentro. Los vecinos se miraban con desconfianza, los niños se volvían crueles, las madres maldecían a sus hijos en susurros venenosos. Las risas desaparecieron, reemplazadas por un silencio que se arrastraba como una sombra. Las luces parpadeaban cada noche más lento, y las sombras se alargaban, afiladas como garras.

Zidane lo sintió en su interior. Su cuerpo, que ya no era del todo humano ni celestial, comenzó a quebrarse, como si la esencia de la ciudad estuviera ligada a su propia existencia. Sabía que esa energía oscura, esa corrupción que se extendía como una plaga, solo podía venir de una fuente: Sara. Había esperado este momento durante siglos, desde la última vez que sus caminos se cruzaron, cuando el fuego de su odio casi lo consumió. Ahora, la batalla era inevitable.

El cielo se abrió con un trueno seco la noche del equinoccio. La ciudad quedó sumida en una oscuridad absoluta, como si las estrellas mismas se hubieran apagado. Como si un pacto invisible se hubiera activado, ambos se dirigieron al mismo lugar: la vieja iglesia, la ruina donde la fe había muerto y donde sus destinos estaban entrelazados.

Zidane entró primero, sus pasos resonaban en la nave vacía. Las paredes estaban cubiertas de moho y hongos, como si la podredumbre hubiera reclamado el lugar como suyo. Los vitrales rotos filtraban relámpagos que pintaban el aire de tonos carmesí y azul profundo, para crear un mosaico de luz fracturada. Frente al altar derrumbado, un crucifijo yacía en el suelo, cubierto por una capa de polvo tan espesa que parecía nieve muerta. El

ángel se detuvo, su respiración contenida, sintía el peso de los siglos en sus hombros.

Entonces, la escuchó.

—Siempre vuelves donde todo empezó —dijo una voz que era a la vez miel y veneno, suave como una caricia y afilada como un cuchillo.

Sara emergió desde la penumbra, su figura recortada contra el resplandor de velas que se encendían solas a su paso, como si obedecieran su voluntad. Su sonrisa era un filo, una promesa de destrucción. Vestía un manto negro que parecía tejido por la noche misma, y sus ojos ardían con un fuego que no necesitaba llamas.

—Creí que te habías rendido, ángel —dijo, su voz cargada de desprecio y algo más, algo que Zidane reconoció como dolor.

—Nunca me rendí. Solo me cansé de pelear con fantasmas —respondió él, sin apartar la mirada. Sus ojos, aunque agotados, aún brillaban con una luz tenue, como una estrella al borde de extinguirse.

—No soy un fantasma. Soy lo que tu Dios dejó atrás —escupió Sara, su voz temblaba de rabia contenida.

La bruja alzó una mano, y de su palma emanó un resplandor oscuro, líquido, que flotó en el aire como humo invertido, retorciéndose con vida propia. Zidane extendió su brazo, y de su piel brotó una luz dorada, desgarrada, temblorosa, pero aún viva. Cuando ambas fuerzas se encontraron, el mundo se contrajo en un instante de caos.

El suelo se quebró con un crujido que resonó como un grito. Los vitrales estallaron y lanzaron fragmentos de vidrio que brillaban como sangre cristalizada. Las sombras cobraron forma, al tiempo que emergían del suelo con alaridos de agonía, rostros deformados que parecían recordar cada injusticia sufrida. Sara

invocó los nombres olvidados de los que habían muerto en vano, sus palabras tejían una magia alimentada por el dolor y la venganza. Zidane, en cambio, no invocó nombres ni poderes. Solo pronunció una palabra, suave pero firme: «Perdón».

Con esa palabra, el fuego oscuro de Sara se transformó en una luz pura, cegadora, que llenó la iglesia como un amanecer imposible. Las energías chocaron con un rugido que hizo temblar la ciudad entera. Los edificios vibraron, los relojes se detuvieron, y por un instante, el tiempo mismo pareció desvanecerse.

Sara cayó de rodillas, su sonrisa torcida por la incredulidad. —No puedes vencerme con misericordia —escupió, su voz quebrada—. La humanidad no la merece.

—No lucho por ellos —dijo Zidane, su voz calma pero cargada de peso—. Lucho por ti.

Sara lo miró, y por primera vez en siglos, dudó. Sus ojos, siempre encendidos por el odio, titilaron con un destello de algo olvidado: vulnerabilidad.

Zidane avanzó entre la niebla de poder, su cuerpo sangraba luz dorada. Cada paso lo consumía, su forma física deshaciéndose como arena al viento, pero sus ojos —esos ojos que habían visto el principio del mundo— brillaban con una ternura que desafiaba el caos. Extendió su mano hacia ella, un gesto simple, aunque cargado de intención.

Sara retrocedió, la oscuridad en su piel desmoronándose como ceniza. —¿Qué haces? —susurró, su voz temblaba por primera vez.

—Recordarte quién eras antes del odio —respondió él.

Y entonces, los recuerdos la golpearon como un torrente. La aldea en llamas, el calor de la hoguera lamía su piel, los gritos de los que la acusaban, el cielo mudo que ignoró sus súplicas. Recordó la primera lágrima que juró no volver a derramar, el

momento en que su corazón se convirtió en brasas. Pero también, en un rincón olvidado de su alma, recordó algo más: una niña que soñaba con el cielo, que creía en la bondad, que amaba sin temor.

El ángel la tocó, y por un instante, el mundo se llenó de paz. Las sombras se disolvieron, la ciudad respiró aliviada, la lluvia se detuvo. La iglesia, por un momento, pareció recuperar su antigua santidad. La redención parecía posible.

Pero entonces, una risa resonó, fría y profunda, como si las piedras mismas se burlaran. No era de Sara. Ni de Zidane. Venía de las paredes, del polvo, de la tierra bajo sus pies.

Sara abrió los ojos, el fuego en ellos reemplazado por miedo. Zidane retrocedió, confundido, su luz titilante. El suelo comenzó a moverse, las cruces torcidas se enderezaron, y de los vitrales rotos surgieron figuras sin rostro, hechas de una luz podrida que apestaba a corrupción.

—¿Qué has hecho? —susurró Sara, su voz apenas audible.

Zidane no respondió. Porque en ese momento lo entendió.

La iglesia no estaba abandonada. Había sido sellada, un lugar donde el Cielo y el Infierno habían encerrado algo mucho peor que ellos mismos. El sello solo podía romperse con la unión de luz y oscuridad, con el choque de sus poderes. Su batalla, su intento de redención, su toque... los habían liberado.

Del altar emergió una figura inmensa, sin forma definida, con un rostro que se multiplicaba mil veces, cada uno más grotesco que el anterior. Era la entidad que ambos habían intentado olvidar, una fuerza primigenia que no pertenecía ni al Cielo ni al Infierno. No tenía nombre. No tenía fin. Era el odio puro, la raíz de toda corrupción, el vacío que devoraba todo lo que tocaba.

El ser abrió sus innumerables ojos, y la ciudad entera gritó, un alarido colectivo que desgarró el silencio. Sara cayó de

espaldas, su cuerpo temblaba. Zidane intentó alzar su espada de luz, pero esta se quebró como cristal frágil.

—Creíste que podías salvarla —dijo una voz, un eco que resonaba en sus mentes—. Y tú, que podías destruirlo todo. Ambos me pertenecen.

Las sombras se alzaron como una marea, para envolver al ángel y a la bruja. Sus cuerpos fueron arrastrados hacia el altar, fundiéndose en un torbellino de luz y oscuridad. El ser los absorbió, y en ese instante, todo se detuvo.

Silencio. Oscuridad total. Ni el viento se atrevía a moverse.

Días después, los habitantes comenzaron a regresar a la ciudad. La lluvia había cesado, el aire era más claro, y las campanas de la vieja iglesia —que nadie recordaba haber reparado— repicaron una vez al amanecer, un sonido que resonó como una promesa.

Un nuevo sacerdote llegó, un hombre que decía llamarse Elías, aunque los ancianos juraban que su mirada tenía algo... distinto, como si hubiera visto cosas que ningún mortal debería. A su lado, una mujer de cabello oscuro y voz suave que ayudaba a los pobres, su sonrisa cargada de secretos que nadie podía descifrar.

La iglesia volvió a llenarse de vida. Los vitrales, ahora reparados, brillaban con una luz extraña, y si alguien los miraba con atención, podía notar algo perturbador: en uno de ellos, el ángel y la bruja estaban unidos, sus manos entrelazadas, rodeados por un resplandor que no era ni luz ni sombra, sino algo intermedio, algo eterno.

Y bajo el altar, si alguien se atrevía a escuchar con atención, podía oír un susurro. Dos voces, entrelazadas en un eco que nunca se desvanecía: «El amor... fue nuestra condena».

LA MAIDICIÓN ANCESTRAL

Rosaura Béjar Hernández

MÉXICO

Concluida la boda religiosa, y después de cumplir con el protocolo familiar, partimos a la casona que heredé de mis padres junto al lago de Zirahuén.

La noche nos envolvió en una bruma sombría y espesa que se cernía sobre el camino a casa. La casa misma se erguía ante nosotros, su fachada cenicienta y sobria proyectaba una atmósfera tétrica. Los ventanales, como ojos vacíos, vigilaban el bosque con una tenue luz que apenas lograba traspasar la oscuridad, perdiéndose en la distancia.

—Bienvenido, Antonio —saludó Beatriz; sus labios dibujaron una sonrisa casi maternal que no llegó a sus ojos.

La abracé y la levanté en vilo. ¡Es un gusto, mi querida nana!

—Nana, te presento a mi esposa, Santa. ¿Verdad que es hermosa?

—Muy hermosa —su voz sonó seca.

Había amabilidad en sus palabras, pero vislumbraba una tensión invisible, desconocida para mí. Santa se sacudió como si recibiera una descarga eléctrica; cruzamos nuestras miradas sin dejar ver nuestra zozobra.

Comentamos trivialidades, les deseamos buenas noches y nos retiramos a nuestra alcoba, la que un día fue de mis padres.

Empezábamos a conciliar el sueño... De pronto se escuchó un grito que no parecía humano. Santa y yo nos enderezamos, sorprendidos, espantados y aterrados.

—¿Qué fue eso? —preguntó, aferrándose a mi brazo; temblaba como un condenado a muerte camino al cadalso.

—No sé —le contesté, trataba de aparentar fuerza. La acurruqué en mis brazos hasta que su respiración se hizo rítmica, acompañada de ese suspiro ahogado.

No pude dormir; después del grito, todo quedó en silencio, un silencio que pesaba cual losa de tumba.

Por la mañana me dirigí a la cocina.

—Buenos días —saludé—. ¿Qué fue lo que pasó anoche?

Beatriz sonrió de manera burlona y lanzó una mirada de complicidad a Bertha.

—Anoche no pasó nada; fue una noche como todas, sin novedad.

En ese momento irrumpió Santa; tenía el rostro desencajado, pálido como la cera de un cirio mariano. Tartamudeó mi nombre, se plantó ante mí igual que una niña.

—Ven, Antonio, ven por favor —dijo; tomó mi mano y me arrastró hacia la alcoba.

Ya en la habitación, me explicó que estaba dormida y que una persona a la que no vio le tapó la cara con un cojín de terciopelo verde que adornaba el sillón contiguo.

En ese momento descubrí un arañazo en su cuello, muy cerca de la oreja izquierda; no le dije nada para no espantarla, pero me prometí estar pendiente de ella.

Transcurrió el día sin novedad. Llegada la noche, después de la cena, Santa quiso caminar un poco; recorrimos el jardín a la luz de las estrellas, acompañados del canto de cigarras y grillos. Eso nos relajó.

Mientras caminábamos hacia el final del pasillo, una mano se deslizó por mi espalda, tiraron de mi cuerpo hacia adelante. Un escalofrío me erizó la piel desde la nuca hasta los tobillos.

Le propuse a Santa que rezáramos juntos, para agradecer al Creador por esta nueva vida. Esperaba que se riera, pero en su lugar, se arrodilló junto a la cama con una seriedad que me sorprendió. En un murmullo armonioso, comenzamos a recitar las oraciones que habíamos olvidado, una a una, con una devoción que me conmovió.

Nos recostamos juntos; ella posó su cabeza sobre mi pecho y acercó sus labios encendidos, de un rojo intenso, hacia los míos. Pero justo antes de que se encontraran, la cama se estremeció con fuerza, como si una mano invisible la hubiera sacudido sin piedad.

Nos miramos con los ojos desorbitados y vacíos; estábamos solos con nuestra alma atormentada. No podía explicar este fenómeno. Sin palabras, nos abrazamos para calmar nuestros miedos, que teníamos a flor de piel; así nos quedamos dormidos.

Eran cerca de las tres de la madrugada. Otra vez se oyó aquel alarido que rompía el silencio como un cuchillo, pero esta vez lo acompañaban rasguños en las paredes y golpes secos que hacían temblar los escasos muebles del lugar.

El terror se apoderó de mí y perdí el control: agarré la mano de Santa, pero no reaccionaba, no decía nada; era como una figura inmóvil, una muñeca de porcelana, fría y rígida.

Bajamos a la sala y, acurrucados en un sillón, pasamos el resto de la noche. Ahí nos encontraron las mujeres.

—¿Qué pasa? ¿Por qué durmieron aquí en la sala? — preguntó Beatriz con naturalidad ficticia.

—No podemos seguir aquí —le contesté.

Desde la noche en que llegamos, escuchamos gritos desgarradores. Anoche fue una experiencia brutal: recorría el pasillo y sentí que una mano que recorrió mi espalda.

Después, en la recámara, la cama se sacudió como un mar embravecido. Aun así, decidimos dormir en la habitación. A las tres de la mañana, el reloj se detuvo justo cuando comenzaron los gritos desgarradores de una mujer, que más bien sonaban como la risa de una hiena. Los arañazos en las paredes eran visibles y desprendían chispas en la oscuridad. Los muebles vibraban, y luego se escucharon sonidos huecos, semejantes a quejidos y lamentos de ultratumba.

Por eso es que estamos aquí. ¿Qué es lo que pasa?

En ese instante, me fijé en sus rostros descompuestos, lívidos, marcados por una expresión de profundo desasosiego.

Beatriz me miró con compasión.

—Tienes que salir de aquí; hoy es luna llena, luna roja.

—¿Qué significa? —le pregunté.

—Que tu esposa Santa fue elegida para el sacrificio de tus ancestros. Hoy se cumplen quinientos años en que una mujer de tu linaje fue quemada en la hoguera; ella, en su agonía, maldijo a los varones de tu familia que no la defendieron. Cumplidos los cien años, la mujer más amada, pura e inmaculada morirá para que su hombre viva y la descendencia sea respetada y prevalezca por cien años más.

—Eso no sucederá jamás ¿Cómo podemos romper esa maldición? —pregunté decidido.

—Si hubieras consumado tu matrimonio antes de venir a esta casa, se hubiera roto, pero tu esposa aún es virgen. No conozco otra manera —concluyó con voz pausada, fría como el acero.

Bertha, que no perdía detalle de aquella conversación, intervino.

—En la biblioteca de tu padre se guarda un libro con ilustraciones inquietantes, como salidas de un sueño que nadie ha tenido, escrito en una lengua arcaica que no logro descifrar. Tu madre lo protegía con una devoción casi obsesiva; en una ocasión la oí recitar sus páginas con voz temblorosa y ojos implorantes, mientras las lágrimas corrían por su rostro como lluvias torrenciales de agosto.

Quizá recuerdes que, cuando cumpliste doce años, ella te llevó a la oficina de tu padre, leyó varias páginas de ese libro y, al final, te preguntó si habías entendido; tú le contestaste que sí.

—Así es, ahora lo recuerdo; mi padre y mi abuelo también lo leían en voz alta, desde que era pequeño, para que lo aprendiera. Ya lo había olvidado.

No fue sino hasta ese instante que dirigí la mirada hacia mi esposa; su rostro pálido parecía aún más desvanecido por las profundas ojeras que enmarcaban sus grandes y hermosos ojos. Me estremeció verla tan frágil, tan diminuta, como si el miedo la hubiese encogido. Me miraba con una mezcla de zozobra, temor e incertidumbre, como si yo fuera el causante de su angustia, su juez, su verdugo.

Caminamos hacia la recámara. Al terminar el corredor, sentí apenas la presencia de una sombra que acompañaba mis pasos y no era la mía; el mismo escalofrío recorría mi espalda. Me sentí vigilado, indefenso, vulnerable, expuesto.

A solas, traté de calmar a mi esposa, asegurándole que nada le pasaría, que yo la protegería. Pero apenas pronuncié esa promesa, la casa entera se estremeció, crujía como si mil almas en pena la recorrieran. Santa, sobrecogida por el terror, se desmayó. Le pedí a Bertha que se quedara con ella un momento. Yo, en cambio, me dirigí a la biblioteca en busca del libro antiguo.

Avanzaba con rapidez; al descender las escaleras, un crujido inquietante las hacía parecer a punto de colapsar. No me detuve. Mi paso era firme, casi automático. Mis ojos se deslizaban por los estantes repletos de libros antiguos, herencia de seis generaciones, o al menos eso decía mi madre.

Mientras rebuscaba con urgencia, una memoria se deslizó entre mis pensamientos: el día de mi cumpleaños número doce. Mi madre, con voz suave y mirada grave, me dijo que algún día me casaría, que formaría una familia, y que cuando ese momento llegara, tendría que recitar las oraciones escritas en la página 666 de aquel libro antiguo.

Allí, en la biblioteca, dentro del baúl de madera de cedro rojo, se encontraba todo lo que necesitaba. Estuve a punto de buscarlo, pero decidí continuar con la búsqueda del libro. Y ahí estaba, en el mismo sitio donde mi madre lo había dejado aquel día inolvidable.

Lo tomé con manos temblorosas, sacudido por la emoción. Pasé los dedos por sus cubiertas de cuero, decoradas con una estrella de David grabada en oro, bajo la cual se leía, en un idioma ancestral, la frase: «La verdad prevalece ante la injusticia». Un olor penetrante a moho antiguo se filtró hasta mi nariz, traía consigo el recuerdo vívido de mi madre, que me explicaba con solemnidad el ritual de liberación.

Mi corazón latía acelerado, como caballo desbocado; mis manos se tropezaban entre ellas mientras rastreaba la página 666. Por fin la encontré. En ese momento se escuchó el alarido, como si saliera del centro de la tierra, lo que hizo que vibraran los enormes cristales, que chocaban contra los marcos del ventanal que daba al jardín trasero.

Aparté sin cuidado los tapetes y cojines que cubrían el baúl; lo abrí con una fuerza desmedida, tiré de la tapa como si intentara arrancarla de cuajo. En su interior, descubrí varias bolsas de

terciopelo rojo, cada una marcada con una inscripción bordada en hilo dorado que revelaba su contenido.

Mi mente recobró lucidez; en medio de mi aturdimiento, se dibujó con nitidez el rostro de mi madre, sus labios repetían una advertencia: «No te vayas de aquí». Entonces grité con todas mis fuerzas el nombre de mi esposa: ¡Santa, ven aquí! ¡Amor, te necesito! ¡Beatriz, Bertha, por el amor de Dios, traigan a mi esposa!

Tras varios intentos infructuosos, Santa finalmente apareció, acompañada por Bertha. Le pedí a esta última, con voz firme pero serena, que nos dejara a solas.

Senté a mi esposa al centro de la estancia; dibujé un círculo de protección con tierra de panteón, recolectada por varios siglos. ¡Los libros comenzaron a volar, estrellándose unos contra otros! ¡Uno de ellos giró directo a mí; apenas lo esquivé! ¡Una figura de un búho —símbolo de sabiduría, inteligencia y de la luna— surcó los aires directo a la cara de mi esposa; logré atraparla con tal fuerza que quemó mis manos!

La coloqué junto a ella en el centro del círculo y seguí el contorno para dibujar una estrella de David con sal del Himalaya. ¡La casa crujía como si fuera a desbaratarse! Tomé una botella con agua bendita y otras dos que no sé qué contenían.

Agarré la sagrada Biblia, poniéndola en las manos de Santa, abierta en las páginas del Apocalipsis.

—Lee con devoción y en silencio —le ordené con voz firme, pero amable—. Esto terminará pronto.

Ella asintió con un gesto automático, como si su mente estuviera lejos. Su mirada, desbordada de espanto, parecía sangrar miedo puro. Y, sin embargo, no apartaba los ojos de mí; lo sé, porque me vi reflejado en ellos.

Tomé el libro y leí esas oraciones en lenguaje antiguo. Los aullidos eran más fuertes y feroces; Santa lloraba, temblorosa como si fuera a convulsionar, pero no dejaba de leer de forma automática, aunque con precisión, en voz alta.

Rocié a su alrededor el líquido de una de las botellas; las puertas se abrieron, azotándose con gran fiereza. Santa no desviaba la vista; la mantenía fija en la Biblia, al tiempo que repetía los salmos marcados. Rocié la segunda botella, gritaba a todo pulmón las peticiones al Creador; al caer el líquido, salía un humo negro espeso con aroma a azufre.

—No te rindas —le manifesté a mi esposa con una dulzura que amargaba mi boca.

El agua bendita la arrojé sobre ella, y procuré cubrirla por los cuatro flancos.

La casa se cimbraba desde sus cimientos; escuché las vitrinas derrumbarse; las vajillas, muñecas y diversas figuras de porcelana se partieron en mil pedazos. Los aullidos bajaron de intensidad hasta convertirse en mudos lamentos. Mi esposa y yo aún rezábamos, cada quien con su libro, su idioma, su pena, su devoción, su miedo.

De pronto, todo quedó en calma en un silencio sepulcral; solo nuestras voces se escuchaban, como un coro evangélico. Rompió el silencio un grito ardiente, salido desde el mismo infierno: «¡Malditos!».

LA PÁGINA EN BLANCO

Alan Montellano

MÉXICO

Página I (Elena)

La habitación apestaba a tabaco rancio y cerveza seca. La máquina de escribir, cubierta de polvo y telarañas, yacía bajo papeles arrugados que ya no olían a café, sino a algo más antiguo... algo muerto.

Elena irrumpió como siempre, con pasos que no hacían eco, como si el suelo ya no la reconociera.

—¿Todavía sigues con esa chingadera? —escupió con una voz que parecía venir de una garganta que ya no respiraba—. ¡Llevas toda la vida como un idiota!

Arnoldo no levantó la vista. Sus dedos, huesudos y amarillentos, rozaban las teclas sin apretarlas. No podía. No desde que el tiempo dejó de avanzar.

—Sufro «bloqueo de escritor» —susurró, mientras miraba el cenicero, donde las colillas nunca se apagaban del todo—. Terminaré cuando deba terminar.

—¡Vete a la mierda! —gritó Elena, a la vez que arrojaba un vaso al fregadero. El sonido no fue de vidrio, sino de algo hueco, como si el mundo ya no tuviera materia. El eco se repitió tres veces, como si la habitación no supiera en qué momento estaba.

—Veinte años sentado, soñabas con tu pendeja novela y nada. ¡Ni una página, cabrón! ¡Sacrifiqué mi carrera por ti! Yo sí era buena.

Arnoldo se levantó con la lentitud de los que ya no tienen sangre. La silla rechinó, aunque el sonido era más un lamento que un ruido. Levantó el brazo, pero el gesto quedó suspendido, como si el tiempo se hubiera congelado en ese instante. Luego bajó la mano. No podía tocarla. No podía tocar nada.

—Estoy cansado —dijo, aunque no tenía pulmones que lo sostuvieran—. Déjalo ya, ¿quieres?

—¿Cansado? —Elena se acercó, pero sus pasos no dejaban huella. El suelo pegajoso parecía no notarla—. ¿De qué? ¿De no hacer nada? ¡Eres un maldito inútil! Me casé contigo pensando que serías algo, y mira: sólo eres un fantasma con una máquina descompuesta.

Arnoldo miró la pared. La pintura se caía en bucles, como si cada escama repitiera su caída de forma eterna. La mancha de humedad parecía crecer, pero nunca avanzaba.

—Tienes razón —dijo, sin emoción—. Todo se fue a la mierda. ¡Todo!

—¡Cállate! —Elena encendió un cigarro. El humo subió, aunque no se disipó. Se quedó suspendido, como si el aire ya no supiera qué hacer con él.

Ambos se quedaron callados. El ventilador zumbaba, pero no movía nada. El humo seguía aferrado al aire, como ellos a su condena.

Página II (Imelda)

El departamento estaba más oscuro. No por la luz, sino porque la oscuridad parecía brotar de las paredes. El foco centelleaba, pero nunca se apagaba. El aire olía a humedad, a

comida que se pudrió hace años, y a algo más profundo: el olor de lo que no debería seguir aquí.

Imelda, su madre, estaba sentada en el sillón. El mueble rechinaba, aunque no por los resortes: era como si se quejara de tener que sostenerla otra vez. Pelaba una naranja, pero el jugo no era fresco. Era espeso, como sangre vieja.

Frente a ella, Arnoldo se hundía en la silla. La máquina de escribir lo observaba. El cenicero humeaba, aunque nadie había encendido nada.

—¿Qué te pasa, hijo? —dijo Imelda, con una voz que parecía venir del fondo de una tumba—. Pareces muerto.

Arnoldo se rascó la barba. Las migajas que caían no eran de pan, sino de algo que ya no se podía nombrar. Las paredes se encogían, como si quisieran tragárselo.

—¿Y qué quieres que haga? —balbuceó—. Todo es una mierda. Siempre lo ha sido.

Imelda lo miró. Sus ojos no brillaban. Eran pozos. Surcos de algo que ya no lloraba.

—Te di todo lo que pude —dijo, al tiempo que aplastaba la naranja hasta que se deshizo como carne podrida—. Una casa, una carrera... incluso esa maldita máquina. Y mírate, ahí sentado, pasmado en la nada.

Arnoldo soltó una risa seca. No era risa. Era el sonido de algo que se rompe por dentro.

—¿Crees que es mi culpa? —gritó—. Tú me hiciste creer que podía ser alguien. Me llenaste la cabeza de cuentos. Y ahora estoy aquí. Con nada.

Imelda encendió un cigarro. El humo subió, pero no se movió. Se quedó ahí, como si el tiempo no supiera qué hacer con él.

—No te llené de cuentos —dijo—. Quise que tuvieras algo mejor que yo. Pero me equivoqué. No supe cómo.

—Déjalo —susurró Arnoldo—. Estoy cansado.

Imelda aspiró. El papel crepitó como hueso seco.

—Nunca entendí... qué carajos querías.

Ambos se miraron. Pero no había ojos. No había nada. Ella se levantó. La puerta quedó entreabierta. Siempre quedaba entreabierta.

Página III (El ser / Arnoldo solo)

Todo estaba quieto. No por paz, sino porque el mundo ya no giraba. Arnoldo estaba solo, o eso creía. La máquina de escribir lo observaba. El cenicero rebosaba de colillas que nunca se apagaban. La casetera sonaba, pero la cinta ya no giraba.

La lluvia golpeaba la ventana, sin embargo, no mojaba. El ventilador zumbaba, pero no movía aire. Arnoldo se hundía. Más y más. Como si el sillón lo absorbiera.

En una esquina, un ser lo miraba. No tenía rostro. Sólo una silueta con un cigarro que no se consumía.

—¿Con qué así se siente? —dijo Arnoldo. Su voz era un eco de sí mismo—. No está tan mal. Ya no me pesa tanto.

El ser no respondió. Sus ojos eran pozos. Buscaban algo que ya no existía.

—Todo este tiempo, pensaba que iba a escribir algo importante. Y nada. Ni una maldita página. —Rio. Tosió. Sangró.

El ser inclinó la cabeza. Luego habló.

—No eres especial —dijo—. Nadie lo es. Todos creen que su vida importa. Pero se acaba. Y tú... tú ya se acabó.

Arnoldo apagó el ventilador. El humo se quedó. El sudor no era sudor. Era agua estancada.

—Vaya, hasta que hablas —dijo—. Pensé que sólo ibas a mirarme como si fuera un perro apaleado.

El ser se levantó. Tocó la máquina. El polvo se movió, pero no cayó.

—Cállate ya —dijo—. Lo que no hiciste, no lo vas a hacer. Trágate tu mierda y déjalo ir.

Arnoldo quiso hablar. No pudo. El ser se acercó a la ventana. La lluvia lo atravesaba.

Arnoldo miró la hoja. Blanca. Siempre blanca. Pensó en escribir. No lo hizo. Arrancó la hoja. La tiró. Rodó hasta el montículo de ceniza. Se quedó ahí. Como siempre.

Luego, colocó otra hoja. Puso las manos. Nada. Los dedos no se movían. La idea llegó. Brillante. Pero la oscuridad también. Como tierra sobre su cabeza.

—¡No! —gritó—. ¡Ya sé qué escribir!

Pero las palabras se fueron. La tos volvió. La sangre también.

—Demasiado tarde —dijo el ser—. Se te acabó el tiempo.

Arnoldo cayó. Jadeó. La idea se fue. La hoja quedó en blanco. El cenicero se apagó. El ser no estaba. O nunca estuvo.

La habitación quedó en silencio. La gotera contaba los segundos. Hasta que también cesó.

Y entonces, todo volvió a empezar.

MIS DOS ARLEQUINES IMAGINARIOS

Rosa Blanca

MÉXICO

Aún recuerdo con claridad el día en que todo comenzó, aunque los detalles se desdibujan como si el tiempo hubiera empañado un cristal. Creo que tenía entre cuatro y siete años, una edad en la que el mundo aún parece un lienzo de colores vibrantes, pero el mío comenzaba a teñirse de sombras. Estaba sentada en el porche de la casa, con las piernas cruzadas y los ojos fijos en el jardín. Las flores de mi madre, siempre tan cuidadas, se mecían bajo una brisa que olía a tierra húmeda. Entonces, la vi.

Era una mujer de pie junto al rosal, inmóvil como una estatua, pero con una presencia que hacía que el aire se sintiera más pesado. Su cabello era blanco como la nieve, largo y desordenado, que caía en mechones desiguales sobre un vestido rasgado en jirones, como si un animal salvaje hubiera intentado destrozarlo. Sus ojos eran negros, profundos, como pozos sin fondo que absorbían la luz. Pero lo que más me inquietó fueron sus pies: descalzos, con una piel aperlada que brillaba bajo el sol, como si estuviera cubierta de diminutas escamas. No se movió, solo me miró, y un escalofrío me recorrió el cuerpo, como si alguien hubiera deslizado un cubo de hielo por mi piel.

—Hola, pequeña —dijo con una voz que era a la vez suave y afilada, como el susurro del viento que corta una hoja.

No respondí. Mi corazón latía tan fuerte que podía sentirlo en las sienes. Quise correr hacia mi madre, gritar, pero mis piernas no se movían. Sus ojos no dejaban de observarme, y

aunque no volví a mirarla de frente, su presencia seguía allí, como una sombra que se pega a los talones. Al día siguiente, volvió. Y al siguiente. Siempre estaba en el jardín, siempre con ese vestido roto y esos ojos que parecían saber algo que yo no. A veces, solo me saludaba con un gesto lento de la mano, pero otras veces sus palabras se deslizaban detrás de mis orejas, frías y punzantes:

—Vamos a jugar, pequeña. Te ves hermosa hoy.

Cada vez que hablaba, sentía unas manos heladas que rozaban mis hombros, como si unos dedos huesudos intentaran reclamarme. Intenté contárselo a mi madre, pero ella solo sonrió, acariciándome el cabello.

—Son tus amigos imaginarios, cariño. Todos los niños tienen uno alguna vez.

Pero no eran como los amigos imaginarios de los que hablaban mis primos, con dragones de colores o princesas que reían. Estos no eran míos. No los quería. Y, sobre todo, no podía hacer que desaparecieran.

Cuando cumplí ocho años, las cosas cambiaron. Una tarde, mientras jugaba en el patio trasero, lo vi. Un hombre estaba sentado en el columpio viejo, balanceándose con una lentitud que hacía crujir la madera. Llevaba un saco extravagante, cubierto de lentejuelas que brillaban como si atraparan fragmentos de estrellas. Su chaleco azul, demasiado corto, dejaba ver una camisa arrugada, y su cabello rojo estaba atado en una coleta desordenada, como si nunca hubiera conocido un peine. Sus ojos eran idénticos a los de la mujer: negros, insondables, con un brillo que no parecía humano. Su piel también tenía ese tono aperlado, casi translúcido, como si estuviera hecha de nácar.

—Vaya, qué tenemos aquí —dijo con una voz que parecía ensayada, como la de un actor de teatro aficionado. Hizo una pausa dramática, al tiempo que inclinaba la cabeza, y su sonrisa

se torció en una mueca que me hizo retroceder—. ¿No vas a saludarme?

No respondí. Corrí hacia la casa, cerré la puerta tras de mí. Pero al día siguiente, él estaba allí otra vez, junto a la mujer. Los dos me observaban, siempre con esa sonrisa, siempre demasiado cerca. Intenté ignorarlos, pero era imposible. Sus miradas me seguían como reflectores, y sus voces se colaban en mi mente incluso cuando cerraba los ojos. A veces, sentía sus manos frías que tocaban mi cabello o rozaban mis brazos, y un escalofrío me recorría el cuerpo. No me preguntaban, no me escuchaban, solo se reían de mis intentos por ignorarlos.

Mis padres comenzaron a preocuparse cuando cumplí nueve años. «Ya eres demasiado grande para amigos imaginarios», me decía mi madre con un suspiro, mientras mi padre me miraba con esa mezcla de frustración y lástima que tanto detestaba. Les expliqué que no eran imaginarios, que no los había inventado, que estaban ahí, pero no me creían. ¿Cómo podía explicarles que estas criaturas, con sus risas distorsionadas y sus toques helados, no eran parte de mi mente? Nadie más podía verlos. Ni mis hermanos, ni mis maestros, ni los vecinos. Solo yo. Y ellos lo sabían.

—Pobrecita —decía la mujer a veces, con un tono que sonaba a burla disfrazada de compasión—. Nadie te entiende, ¿verdad?

El hombre, al que empecé a llamar el Arlequín por su ropa ridícula, se limitaba a reír, balanceándose en el columpio o apoyado contra un árbol.

—No te preocupes, pequeña. Somos tus amigos. Siempre estaremos aquí.

Pero no eran mis amigos. Eran intrusos. Y, sin embargo, no podía escapar de ellos.

La secundaria trajo consigo un nuevo tipo de tormento. Siempre me habían dicho que sería «la mejor etapa de mi vida», pero era una mentira cruel. La escuela era un campo de batalla donde los más fuertes pisoteaban a los débiles, y yo, con mi timidez y mi incapacidad para encajar, era un blanco fácil. Las burlas eran constantes: notas crueles en mi mochila, risas disimuladas en los pasillos, memes en las redes sociales que me convertían en el chiste del día. Bloqueaba a los acosadores en línea, pero siempre reaparecían con nuevas cuentas, nuevos mensajes, nuevas formas de hacerme sentir invisible y, al mismo tiempo, demasiado visible.

Intenté cambiar. Me corté el cabello, usé ropa que creía que me haría «encajar», forcé sonrisas que no sentía. Pero nada funcionaba. Era como si llevara un letrero invisible que decía: «Búrlense de mí». Las noches se convirtieron en un refugio donde lloraba hasta que mis ojos ardían, con el cuerpo tembloroso de rabia y cansancio. Quería desaparecer. Quería que el mundo me dejara en paz.

Los arlequines, por supuesto, estaban allí, observándome desde las sombras de mi habitación. A veces, se sentaban al pie de mi cama, con sus sonrisas torcidas y sus ojos brillantes.

—No llores —decía la mujer, acariciándome el cabello con sus dedos fríos—. No vale la pena.

—Déjalos que se rían —añadía el Arlequín, con un tono teatral—. Los necios siempre caen al final.

Sus palabras eran extrañas pero reconfortantes, aunque me aterrorizaban. Eran lo único constante en mi vida, lo único que no me abandonaba. Y, poco a poco, comencé a depender de ellos. No porque los quisiera, sino porque no tenía a nadie más.

A los trece años, los arlequines cambiaron. Una noche, mientras estaba sola en mi habitación, los vi deformarse. Sus

rostros comenzaron a distorsionarse como imágenes en un televisor viejo, con líneas quebradas y colores fuera de lugar. Las manos de la mujer se alargaron, sus dedos se curvaron como garras, y su cuello se torció en un ángulo imposible. El Arlequín no se quedó atrás: su boca se abrió demasiado, mostraba sus dientes afilados que no había notado antes, y sus ojos se fijaron en un punto vacío, como si vieran algo más allá de mí.

—Ellos no te merecen —susurró la mujer, con una voz que sonaba como vidrio roto—. Todo sería más fácil si desaparecieran.

—¿Quieres que se vayan? —preguntó el Arlequín, inclinándose hacia mí. Su aliento olía a algo putrefacto—. Solo di la palabra, pequeña. Nosotros nos encargaremos.

Me quedé helada. Sus palabras resonaban en mi cabeza como un eco interminable. Quería que el dolor terminara, que las burlas cesaran, que el mundo me dejara en paz. Pero algo en sus sonrisas me hizo dudar. No eran humanos. No eran mis amigos. Eran algo más, algo oscuro.

Aun así, una parte de mí, agotada y rota, quería creerles.

—No sé —murmuré, temblorosa.

Ellos rieron, un sonido que retumbó en las paredes de mi habitación como un trueno lejano.

—No te preocupes —dijo la mujer, acercándose tanto que sentí su aliento frío en mi mejilla—. Sabemos lo que necesitas.

Al día siguiente, la escuela estaba en caos. Los estudiantes susurraban en los pasillos, con los rostros pálidos y los ojos llenos de miedo. Hablaban de un sueño compartido, una pesadilla que los había atrapado a todos. Estaban en un circo antiguo, con luces parpadeantes y un olor a humedad y podredumbre. Dos figuras,

una mujer de cabello blanco y un hombre de saco brillante, los obligaban a participar en juegos macabros: domar leones con colmillos ensangrentados, caminar por cuerdas flojas sobre un abismo, esquivar cuchillos arrojados con precisión mortal. Las risas de los arlequines resonaban en sus cabezas, incluso después de despertar.

—Eran como demonios —dijo una chica, temblorosa—. Reían mientras nos hacían daño.

Me quedé paralizada. Sus descripciones coincidían a la perfección con ellos. Miré hacia el rincón del salón donde solían aparecer, pero no estaban. En su lugar, escuché un eco de risas distorsionadas, como si se burlaran de mí desde la distancia.

Esa noche, los enfrenté. Estaban en mi habitación, sentados en el suelo como si fuera su hogar. La mujer jugaba con un mechón de su cabello, y el Arlequín hacía malabares con una pelota invisible.

—¿Qué hicieron? —les pregunté, con la voz temblorosa pero firme—. ¿Por qué todos soñaron con ustedes?

La mujer inclinó la cabeza, al tiempo que sonreía.

—Solo les dimos un pequeño espectáculo —dijo, con un brillo maligno en los ojos—. Queríamos que sintieran lo que tú sientes.

El Arlequín se levantó, acercándose a mí con pasos exagerados, como un payaso en una actuación.

—Tú nos salvaste, pequeña —dijo, con una voz que goteaba sarcasmo—. ¿No lo recuerdas?

Me quedé pasmada. Entonces, la mujer habló, su voz baja y deliberada:

—Cuando tenías cuatro años, salvaste a dos perritos de ser atropellados. Te pusiste frente a un auto, gritándole al conductor. Eras tan valiente... y tan ingenua.

El Arlequín rió y dio una voltereta en el aire que desafiaba la gravedad.

—No éramos perros, querida. Éramos... algo más. Espíritus errantes, antiguos cirqueros, atrapados en un ciclo de diversión eterna. Nos gustaba hacer reír a los perturbados, verlos retorcerse bajo nuestras bromas. Pero tú... tú nos salvaste. Y decidimos seguirte.

—¿Por qué? —pregunté, con el corazón en la garganta.

—Al principio, por diversión —respondió la mujer, encogiéndose de hombros—. Pero luego... nos encariñamos contigo.

—Vimos cómo sufrías —añadió el Arlequín, acercándose tanto que pude ver las grietas en su piel aperlada—. Y no podíamos quedarnos de brazos cruzados.

Me quedé mirándolos, dividida entre el miedo y una extraña sensación de alivio. Por primera vez, alguien parecía estar de mi lado. Pero sus sonrisas, sus ojos, sus voces... todo en ellos gritaba peligro.

—¿Qué quieren de mí? —pregunté.

La mujer se inclinó hacia mí, sus dedos fríos rozaban mi mejilla.

—Queremos ayudarte —susurró—. Podemos hacer que dejen de lastimarte. Que nadie vuelva a reírse de ti. Solo tienes que pedirlo.

Mi mente era un torbellino. Quería creerles, pero algo en mi interior me advertía que estaba a punto de cruzar una línea de la que no habría vuelta atrás.

—¿Cómo? —pregunté, con la voz apenas audible.

Sus sonrisas se ensancharon, y el aire de la habitación se volvió más frío.

—Déjanos tomar el control —dijo el Arlequín, mientras extendía una mano hacia mí—. Y todo estará bien.

Dudé. Mi vida era un infierno, pero ¿hasta dónde estaba dispuesta a llegar para escapar de él? Miré sus rostros, ahora casi humanos, pero con un brillo que los delataba como algo más. Algo antiguo. Algo hambriento.

—Está bien —dije al final, con el corazón que latía tan fuerte que pensé que se me saldría del pecho—. Hagan lo que tengan que hacer.

El mundo a mi alrededor se nubló. Sus risas llenaron la habitación, y por un momento, todo se volvió negro.

Cuando desperté, algo había cambiado. El mundo parecía diferente, como si alguien hubiera bajado el volumen de los colores. Mis compañeros de clase ya no me miraban con burla, sino con un miedo silencioso. Nadie hablaba de los sueños, pero podía verlo en sus ojos: estaban marcados. Los arlequines no estaban a la vista, pero sentía su presencia en cada rincón, en cada sombra.

Con el tiempo, me di cuenta de que ya no veía a las personas como antes. Eran sombras, figuras borrosas que se movían sin propósito. Los únicos que parecían reales eran ellos. La mujer de cabello blanco y el Arlequín de saco brillante. Mis protectores. Mis carceleros.

—Todo estará bien —me decían, con sonrisas que nunca se borraban.

Y yo, temblorosa, sabía que ya no era solo yo. Era parte de ellos.

EPÍLOGO

Queridos lectores de sombras y susurros.

Al cerrar este volumen de la antología internacional de terror paranormal, donde voces noveles de México, Argentina, Colombia, España y más allá han tejido sus hilos de oscuridad, sentimos un escalofrío colectivo que trasciende fronteras. Estas páginas, nacidas de plumas emergentes, no son mero entretenimiento; son portales invocados por mentes frescas que, sin el peso de la fama, se atreven a explorar lo inefable. En ellas, los fantasmas no son ecos del pasado, sino presencias que se filtran en el presente, recordándonos que el velo entre mundos es más delgado de lo que creemos.

Imaginen: un espíritu errante en las ruinas de una hacienda mexicana que susurra secretos olvidados, o una entidad digital que acecha en las redes de una Buenos Aires nocturna. Estas narraciones, inspiradas en leyendas ancestrales y miedos contemporáneos, capturan la esencia del terror hispano: esa mezcla de lo sobrenatural con lo cotidiano, donde el duende ibérico se encuentra con el nahual andino, y el alma en pena latinoamericana danza con el espectro europeo. Los autores noveles, con su audacia innata, han evitado clichés para hundirnos en abismos psicológicos, donde el horror no grita, sino que se insinúa, como una mano fría en la nuca durante una lectura solitaria.

Este libro no busca resolver misterios, sino perpetuarlos. ¿Por qué el terror paranormal nos atrapa? Porque refleja nuestras propias grietas: el miedo a lo desconocido que habita en cada cultura hispana, desde las brujas de Galicia hasta los chupacabras caribeños. Estas historias emergentes invitan a cuestionar la realidad, a dormir con la luz encendida, a compartir en voz baja con amigos. Han surgido de talleres virtuales literarios,

de noches de insomnio compartidas en foros de escritores. Esto demuestra que el terror une más que divide.

En un mundo acelerado, donde lo paranormal se diluye en pantallas, estas voces noveles lo reviven con autenticidad cruda. Gracias por acompañarnos en este viaje espectral. Que las sombras los envuelvan en un abrazo silencioso. Y recuerden: la próxima historia podría estar en sus propias pesadillas.

Con un susurro eterno.

José Arturo Sarabia Campos

COLABORADORES DE LA ANTOLOGÍA

En esta antología internacional de terror paranormal, reunimos voces emergentes del mundo hispano que, por primera vez, dan vida a sombras inquietantes y presencias invisibles. Estos escritores noveles, procedentes de diversos rincones de México, Argentina, Colombia, Chile, España y otros países, exploran lo sobrenatural con frescura y audacia, tejiendo relatos que fusionan lo cotidiano con lo espectral. Cada uno aporta una perspectiva única, inspirada en leyendas urbanas, mitos ancestrales y miedos contemporáneos, invitando al lector a cuestionar la delgada línea entre la realidad y el más allá.





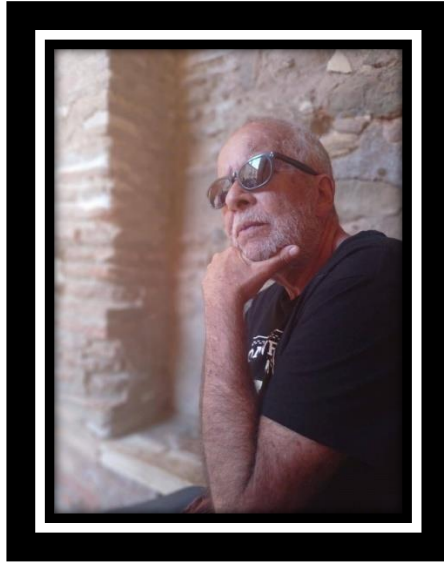
Andrés Vidal Santiago

País: México

Edad: 54 Años

Semblanza:

Nacido en Tuxpan, Veracruz, México, en los años setenta. Ingeniero de profesión, locutor y productor, apasionado amante de los cuentos de terror y de las historias del folclore mexicano. Hoy inaugura una nueva faceta: la de escritor, para compartir aventuras y anécdotas, retratando con palabras aquellas que quedaron en el silencio.



Nombre: Esteban Ferrari

País: Argentina

Edad: 68 años

Semblanza:

Es kinesiólogo (fisioterapeuta en otros países), docente universitario y gestor en salud pública, con amplia experiencia en instituciones académicas, investigación científica y organizaciones profesionales del ámbito sanitario. Ha formado parte de equipos clínicos deportivos y es autor de múltiples publicaciones especializadas, disponibles en plataformas como Google Académico y Academia.edu, entre otras.

Su interés por lo humano lo llevó también a crear Esteban Literario, un blog donde combina reflexión, sensibilidad y palabra escrita. Lector apasionado desde siempre y escritor silencioso durante años, da a conocer por primera vez su voz narrativa en

Un lugar inadecuado. En este libro, Esteban despliega diez historias que, inspiradas en hechos reales, se mueven en la frontera entre lo cotidiano y lo inexplicable. Con una prosa cercana y sugerente, invita al lector a explorar ese espacio ambiguo donde lo real y lo fantástico se rozan y se confunden.

Su próximo libro, *De otras vidas*, se encuentra en proceso de armado y edición, y verá la luz a comienzos del próximo año. Seguirá la línea del primero en cuanto al estilo de realismo fantástico.

También está en preparación su primera novela de ciencia ficción, *Las tribulaciones del general*, que igualmente será publicada el próximo año.



Nombre: jazmin hernandez Rodríguez

Seudónimo: Rosa Blanca

País: Colima, México

Edad: 19 años

Semblanza:

Estudiante de Psicología. Aunque aún no he publicado ningún libro, he participado en antologías como Herencia de tinta y Amada mía. Escribo con la esperanza de que alguien encuentre en mis historias el mismo consuelo que yo sentí al leer las de otros autores. Para mí, escribir es un gran pasatiempo: siempre intento mejorar y dejar al lector alguna enseñanza. Vivo dentro del espectro autista.



Nombre: Adriana de Jesús Casas Moreno

País: México

Edad: 54 años

Semblanza:

Neuropsicóloga mexicana. He publicado en redes sociales los microcuentos Voces, Dos gritos, Empatía, Perfección, Dos de tres caídas, entre otros, así como en diversas revistas digitales. He participado en antologías con los cuentos Carnaval, El día que te encontré, Mutación y No es Annabelle. Obtuve el primer lugar en el concurso de microcuentos organizado por la Revista Sublime Digital en dos ocasiones: con el microcuento Fobia y con el relato Ser mujer es ser mar. Recientemente recibí el Premio a la Narrativa 2025 de los Masticadores por el cuento Renacer. He incursionado en diversos géneros, como microrrelato, realismo mágico, ciencia ficción, terror y literatura infantil.



Nombre: Iván Medina Castro

País: México

Edad: 50 años

Semblanza:

Iván Medina Castro nació en México. Ha publicado cinco libros: En cualquier lugar fuera de este mundo, Más frío que la muerte, Lugares ajenos, Caminos irreverentes y La hija del gallero. Fue becario del FONCA-CONACYT en 2012 y nuevamente en 2024.



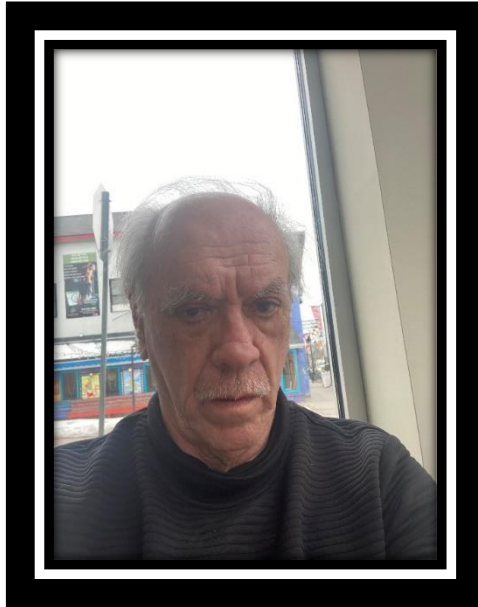
Sebastián Benavides

País: Ecuador

Edad: 30 años

Semblanza:

Desde siempre me ha apasionado la literatura, especialmente la de terror. Hoy estoy cumpliendo un sueño: liberar al mundo todas esas ideas que durante años habitaron en mi imaginación. Prepárate para adentrarte en una pesadilla de sensaciones misteriosas que no te dejarán dormir tranquilo.



Jorge Etcheverry Arcaya

País: Chile

Edad: 79 años

Semblanza:

Chileno, residente en Ottawa, Canadá. Profesor de Filosofía, máster en Lengua y Literatura Hispánica y doctor en Literatura Comparada. Sus textos de poesía, prosa y crítica han sido publicados en revistas y libros de diversos países, tanto en castellano como en traducción. Ha difundido su obra artística en múltiples medios y formatos, tanto impresos como digitales.

Entre sus libros más recientes se encuentran: Clorodioxepóxido (poemas, Chile, 2017), Los herederos (novela

de ciencia ficción, 2018), Canadografía (antología de prosa hispanocanadiense, Chile, 2017), Samarkanda (poemas, Canadá, 2019), Outsiders (narraciones en inglés, 2020) y Orejas y vanguardias (Chile, 2024).



Alejandro González Soria

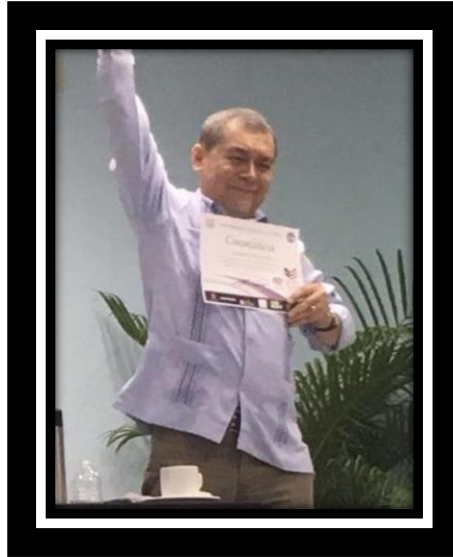
País: México

Edad: 68 años

Semblanza:

Nacido en la ciudad de Tijuana, Baja California. Estudió Medicina en la Facultad de Medicina de la Universidad Autónoma de Baja California y se especializó en Medicina del Trabajo. También cursó una ingeniería en el Instituto Tecnológico de Tijuana. Ha impartido materias relacionadas con su especialidad en diversos diplomados.

En el año 2000, junto con otros colegas, participó en la elaboración de un libro sobre seguridad e higiene, y colaboró activamente en un estudio binacional sobre trastornos del tubo neural. Actualmente ejerce su especialidad en el ámbito privado.



José Antonio Cruz Coutiño

País: México

Edad: 65 años

Semblanza:

Sociólogo, maestro en Estudios Regionales y doctor en Humanidades por la Universidad de Salamanca, España. Actualmente está asignado al Departamento de Investigación y Posgrado de la Universidad Autónoma de Chiapas (UNACH), donde forma parte del Núcleo Académico Básico de la Maestría en Estudios Culturales. Sus investigaciones se centran en el patrimonio ideológico, la mitología maya contemporánea y la oralidad en Mesoamérica. Es autor de varios libros, entre ellos *Mitología maya contemporánea* y *Mitología y continuidad maya aetetera*.



J. Azeem Amezcua

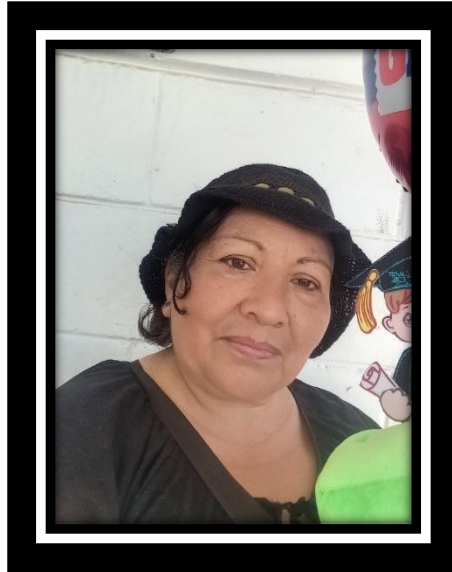
País: México

Edad: 34 años

Semblanza:

Cuenta con más de cincuenta cuentos publicados en diversos medios de distintos países, entre ellos: Hoja en Blanco, Editorial Kanon, Revista Palabrerías, Cósmica Fanzine, Straversa, Penumbria, Dragón Escritor, Oxymoron, Revista Anacronías, Lebrí Editorial, Revista El Nahual Errante, Verso Inefable, Revista Aeternum, Revista Clan Kutral, ITA Editorial, Revista Trinado, Rubeo Editorial, Elipsis Blog, Albores Caipell, Gorgona Editorial Cartonera, Letraria, Revista Dogevena, Editorial Digital Meperson, Kalmet Ediciones, ContArte Editorial, Linterna Negra y Terror Mítico.

También ha publicado una novela impresa con Lebrí Editorial, titulada Amistad Nigromante.



María Luisa González Torres

Seudónimo: Maryto

País: México

Edad: 56 años

Semblanza:

Nacida en la Ciudad de México el 19 de agosto de 1969. Aunque siempre he tenido una imaginación muy activa, fue hace unos treinta años cuando despertó en mí el gusanito de la escritura. Tengo algunas historias que aún no he podido publicar, y mi sueño es que algún día algo escrito por mí llegue a la pantalla grande.

Por ahora, comparto relatos breves en mi página de Facebook llamada Misterios de la mente. A lo largo de mi vida he

desempeñado muchos trabajos distintos, ya que me apasiona aprender algo nuevo cada día. Actualmente vivo en Tijuana, Baja California.



Karla María Barillas Paiz

Seudónimo: Karla María

País: Guatemala

Edad: 50 años

Semblanza:

Nacida en la tierra de la eterna primavera, Guatemala, me considero escritora. Desde la adolescencia, la creatividad ha brotado en mí de forma natural. Basta un segundo, una simple mirada a una flor, al atardecer, al sol o al mar, para comenzar a tejer historias.

Cada vida es una historia; solo hace falta detenerse un instante para narrarla.

Desarrollé una profunda pasión por la lectura y la escritura. Me fascinan el misterio, la historia y lo sobrenatural. Me considero una narradora comprometida con la riqueza cultural, donde la literatura —desde sus orígenes— ha sido el hilo que entrelaza memorias, voces y sueños.



Sergio Lomán

País: México

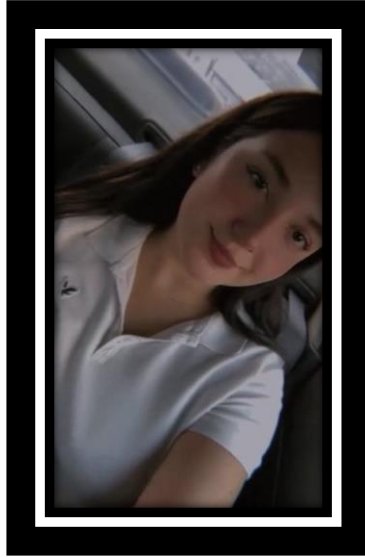
Edad: 69 años

Semblanza:

Fotógrafo profesional reconocido internacionalmente, ha compaginado desde siempre esta actividad con el cultivo de las letras, fruto de lo cual ha escrito numerosos cuentos, guiones cinematográficos y obras de teatro. En el ámbito fotográfico ha sido merecedor de importantes premios internacionales. En 1995, una imagen suya fue portada del número 20 del *Art Director's Index to Photographers*, editado en Suiza, publicación que recopila anualmente el trabajo de los mejores fotógrafos del mundo.

Su afición y profunda familiaridad con las culturas indígenas —resultado de una convivencia de diez años con chamanes y graniceros del volcán mexicano Popocatepetl— lo llevó a publicar

dos novelas: Xochipilli: En comunión con el universo (1996) y Semsaje: Las conciencias del futuro (1999).



Claudia Lizeth Rayón Lezama

Seudonimo: Lyz Rayón Lezama

País: México

Edad: 27 años

Semblanza:

Nació en el Estado de México en 1998. Es licenciada en Lenguas Extranjeras y maestra de inglés. Escritora apasionada por el género de terror, donde la imaginación y la oscuridad se entrelazan. También encuentra en el dibujo un medio de expresión y creatividad que cultiva de forma constante.

Siente un profundo respeto y cariño por los animales, y participa activamente en actividades comunitarias y de apoyo animal, donde descubre historias reales que también merecen ser contadas.



Ángel Iván

País: México

Edad: 24 años

Semblanza:

Originario de Nuevo León, México. Soy licenciado en Filosofía por la Universidad Autónoma de Nuevo León. He publicado los relatos Todo se tornó a negro, incluido en la revista CF Sueños Eléctricos #1, y Promesa utópica, que forma parte de la antología Archivos Oníricos de Minificciones. He participado en coloquios estudiantiles de filosofía, enfocándome en temas relacionados con la comunidad y la convivencia.

Apasionado por la literatura y su capacidad para transmitir ideas y percepciones fantásticas, busco integrar mis conocimientos filosóficos en historias de fantasía y ficción que inviten a mirar nuestras realidades desde nuevas perspectivas.



Julio César Aguilar

País: México

Edad: 55 años

Semblanza:

Cursó la carrera de Medicina en la Universidad de Guadalajara, una Maestría en Artes en Español en la Universidad de Texas en San Antonio y un Doctorado en Estudios Hispánicos en la Universidad de Texas A&M. Actualmente es profesor en Baylor University. Autor de Rescodos, 1995; El desierto del mundo, 1998; Orilla de la madrugada, 1999; La consigna y el milagro, 2003; El yo inmerso, 2007; Barcelona y otros lamentos, 2008; Alucinamiento, 2009; Aleteo entre los trinos, 2014;

Destellos de Zapotlán y otras penumbras, 2019; Alborozo, 2020, y Donde no falta nada, 2021, entre otros títulos.



Francisco Javier de la Fuente Vázquez

País: México

Edad: 55 años

Semblanza:

Nacido en la ciudad de Saltillo, Coahuila, México, el 5 de agosto de 1970. Músico, compositor, arreglista, guitarrista y cantautor, egresado de la Escuela Superior de Música de la Universidad Autónoma de Coahuila (U.A. de C.). He escrito más de 200 canciones, principalmente en los géneros de balada romántica y canción de autor.

Además, me he desarrollado como docente de guitarra clásica y lenguajes musicales, impartiendo cursos y talleres sobre escritura de canciones. He participado brevemente en teatro local como actor principal en tres obras, y he escrito algunas historias cortas de misterio. Actualmente trabajo en mi primer libro sobre composición de canciones populares.



Víctor Hugo Sánchez Sierra

País: México

Edad: 33 años

Semblanza:

Arquitecto de profesión y fanático del terror y la ciencia ficción. Desde muy pequeño demostró fascinación por aquellas cosas extrañas y tenebrosas que moran en la noche, las sombras y las pesadillas. Actualmente es profesor en la UNAM y divulgador de la ciencia durante el día; pero, al caer la noche, sueña con mundos más allá del nuestro.



Ricardo Julián Cabezas Pérez

País: Colombia

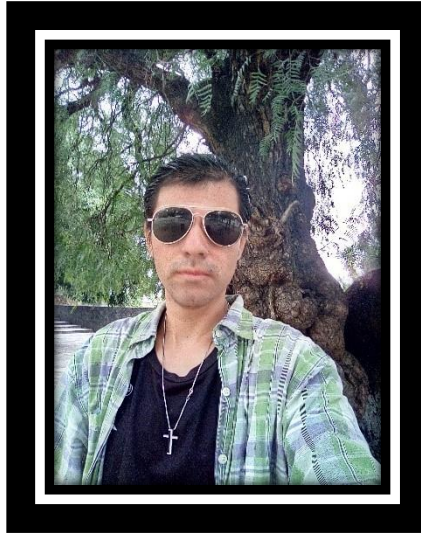
Edad: 43 años

Semblanza:

Nacido en Bogotá, Colombia. Soy biólogo y docente universitario. Desde muy temprana edad me han interesado las temáticas de ciencia ficción, fantasía, terror, y recientemente me he inclinado por el género weird. Tengo cuentos publicados en las revistas Axxon, Fantastique, Phoenix, Ficciorama, Minatura y Cosmocápsula. En el año 2011 participé en el taller literario Renata, en la ciudad de Ibagué, y actualmente formo parte del grupo Ciencia Ficcioneiros de Colombia, dedicado a la difusión y el aprendizaje sobre distintas temáticas de la ciencia ficción latinoamericana y global.

Me ha gustado mucho su convocatoria para la antología Ecos del Terror, ya que me atrae el terror desde su perspectiva folclórica.

Me encantaría tener la oportunidad de participar en ella con el relato adjunto, Los dientes de la Maga, basado en el mito colombiano de la Muelona: una mujer de grandes dientes que devoraba a los hombres malvados.



José Jesús Rodríguez Velázquez

País: México

Edad: 37 años

Semblanza:

Taller de Poesía en Voz Alta, impartido por la Casa de la Cultura y las Artes José Emilio Pacheco en Tlalnepantla. Taller de Canto en la Red, a través de Coursera de la UNAM. Performances poéticas al aire libre, presentaciones de poesía en cafés literarios, bares, entre otros espacios. Programa de radio local en Facebook: Fábulas en sol. Tres publicaciones en revistas electrónicas: dos en Ediciones Pluma, revista argentina, y una en Revista Cotidiana de España. Dos libros autopublicados en Amazon Kindle: Extinciones de las Humanidades (novela) y El Martillo Filosófico en el Ultramundo Aztlán Oikisai.



Iraldo Ramírez

País: Cuba

Edad: 57 años

Semblanza:

Narrador y poeta. Profesor. Licenciado en Estudios Socioculturales por la Universidad de Matanzas. Ha recibido varios premios nacionales e internacionales en certámenes literarios. Sus cuentos, relatos y poesías han sido publicados en antologías y revistas latinoamericanas.



Ana Martínez Castro

País: Uruguay

Edad: 51 años

Semblanza:

Nací el 14 de agosto de 1974 en la ciudad de Montevideo, capital de Uruguay. Mi infancia y adolescencia transcurrieron en una zona rural, en el campo, en el departamento de Canelones, en el paraje Cueva del Tigre. Más adelante me mudé a la ciudad de Soca, donde viví hasta la adultez, momento en que me trasladé a El Pinar, también en el departamento de Canelones, donde resido actualmente.

Allí compartí once años con mi esposo, quien partió físicamente en abril de 2021. Desde siempre me ha gustado escribir. Tengo algunos libros publicados en colectivos de poesía, cuentos breves y literatura infantil.



Camilo A. Rincón V.

País: Colombia

Edad: 52 años

Semblanza:

Magíster en Comunicación Educación. Autor de los libros *Más allá del infortunio* (Editorial Calixta, 2019) y *Muertos de hambre* (Editorial 531, 2025). Docente de Artes Escénicas y gestor del proyecto *Arte Silueta*.



Francisco Araya Pizarro

País: Chile

Edad: 47 años

Semblanza:

Nació en Santiago de Chile en 1977. Es Diseñador Gráfico Web, Community Manager y escritor. Ha publicado cinco libros, más de quince cuentos antologados, y diversos relatos suyos han aparecido en revistas literarias de habla hispana. Su obra ha recibido numerosos reconocimientos por su creatividad y calidad literaria.



Niurbis Soler Gómez

Seudónimo: N. Soler

País: Cuba

Edad: 50 años

Semblanza:

Poeta y narradora. Licenciada en Español y Literatura, y periodista. También se desempeña como locutora, directora y asesora de programas de radio. Es correctora, asesora literaria y especialista en cine. Ha publicado cinco libros, y su obra figura en plegables, revistas, periódicos y diversas antologías. Ha colaborado con las revistas digitales Dogevena, Pactum. Narrativa, Mujeres aladas, Pérgola de humo, En Tinta, Nudo Gordiano, Dizaster, El Narratorio, Tura, Minificción, Fragmentos

del Sur, Irradiación, Croparamas, Cotidianidad y La Dalia Transversal. También ha publicado con la Editorial Lebrí y la Editorial Digital Meperson. Actualmente reside en México.



Frank Armando Clemente Ruiz

Seudónimo: El Cadalso

País: Venezuela

Edad: 50 años

Semblanza:

Administrador Comercial de profesión, es un venezolano apasionado por la lectura que, desde el año dos mil veintiunos, ha venido desarrollando y difundiendo su trabajo literario. Se ha volcado a la escritura como un paliativo frente a la compleja situación socioeconómica que atraviesan los países latinoamericanos, especialmente el suyo. Fue en la expresión literaria donde encontró un espacio de sosiego.

Las buenas críticas recibidas por sus obras lo han motivado a participar en concursos y convocatorias, logrando presencia en importantes medios impresos y digitales de México, España, Argentina, Colombia, Perú, Paraguay y Venezuela. Estos logros

mantienen viva su pasión por las letras hasta el día de hoy. Hasta que su lápiz decida descansar y deje de exteriorizar sus pensamientos y sentires.



María Balbina López Caballero

País: España

Edad: 52 años

Semblanza:

Cantante.

Ganadora del concurso de relatos en Fuente Obejuna, en la modalidad de adultos.

Segundo lugar en el concurso de relatos de Palos de la Frontera (Huelva).

Seleccionada en el certamen 40 relatos de terror.

Seleccionada en el certamen 40 relatos de amor.

Seleccionada en el certamen 30 relatos de gritos y pesadillas.

Segundo lugar en el I Concurso de Relatos de Terror «De la mano de Alba».

ECOS DE TERROR: ANTOLOGÍA INTERNACIONAL

Finalista en el III Certamen de Relato Breve 2019, Residencia de Mayores Campiña de Viñuelas.

Finalista en el concurso de microrrelatos de Santaella.

Seleccionada para la Antología de Fantasmas de Kannoniccal Editores.



Rosaura Béjar Hernández

País: México

Edad: 60 años

Semblanza:

Estoy estudiando el oficio de la escritura en el taller de crónica y cuento del Centro Cultural de la UNAM. Me dedico al hogar y trabajé durante más de veinte años en el manejo de ganado. Ahora deseo aprender a escribir, adquirir experiencia mediante la práctica y participar en concursos literarios.



Oscar Gabriel Valadez Navarro

Seudónimo: ozkar nava (el poeta tapatío)

País: México

Edad: 52 años

Semblanza:

Me apasiona la lectura, e intento escribir todos los días. Mi objetivo es lograr tener un libro propio, conocer más sobre la literatura a nivel nacional y aprender a escribir de manera adecuada.



Alan Montellano

País: México

Edad: 34 años

Semblanza:

Historiador mexicano y escritor emergente, interesado en la fusión entre la ficción histórica y la narrativa evocativa, donde la memoria, el lenguaje y la imaginación configuran atmósferas densas y ambiguas. Sus textos exploran los límites del horror, la disociación y el realismo, con una escritura que interroga lo humano desde sus fisuras más profundas.



Francisco Araya Pizarro

País: Chile

Edad: 47 años

Semblanza:

Diseñador Gráfico Web, Community Manager y escritor. Ha publicado cinco libros, cuenta con más de quince cuentos incluidos en antologías, y sus relatos han aparecido en diversas revistas literarias en español. Su trabajo ha sido reconocido en múltiples ocasiones por su creatividad y calidad literaria.



Silvia Carús

País: España

Edad: 50 años

Semblanza:

Participa activamente en revistas y antologías literarias de ámbito nacional e internacional, y administra un grupo poético en redes sociales. Su obra se distingue por un estilo poético y atmosférico, en el que el misterio y lo sobrenatural dialogan con las emociones humanas más profundas. Ha publicado varios e-books, entre ellos *Rebeldes* y *Cupido*, y actualmente trabaja en su sexta novela. En 2025 recibió el Premio Tulipán de Oro por su trayectoria literaria, un reconocimiento a una voz creativa que fusiona sensibilidad, oscuridad y belleza en cada relato.

ECOS DE TERROR: ANTOLOGÍA INTERNACIONAL

Estos 31 escritores noveles, unidos por el español y el escalofrío, prometen renovar el género. Su antología no solo aterroriza, sino que refleja diversidad cultural hispana en lo paranormal.



México



Venezuela



Uruguay



España



Ecuador



Cuba



Colombia



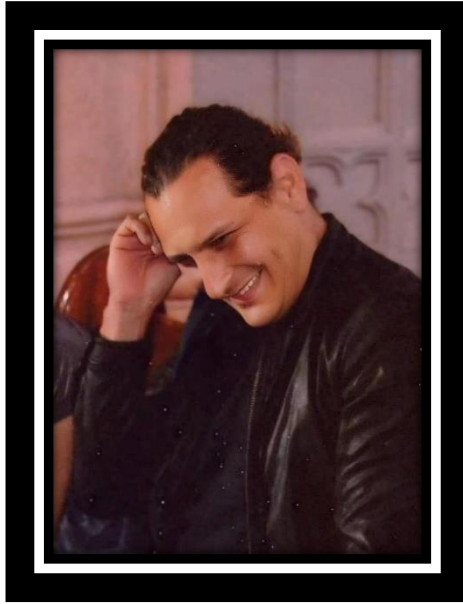
Guatemala



Chile



Argentina



José Arturo Sarabia Campos (México, 1969) es un escritor mexicano cuya trayectoria literaria se caracteriza por su versatilidad y pasión por la narrativa. Desde temprana edad, Sarabia mostró un profundo interés por la lectura y la escritura, actividades que, aunque en un inicio eran limitadas por sus múltiples ocupaciones, se convirtieron en el eje de su carrera creativa. Con una producción que abarca diversos géneros, su obra refleja una exploración constante de las emociones humanas, los conflictos sociales y los matices de la imaginación, consolidándolo como una voz relevante en la literatura contemporánea mexicana.

Sarabia Campos es autor de once novelas, las cuales destacan por su diversidad temática y estilística, donde abarca géneros como el terror, la narrativa histórica y la ficción contemporánea. Entre sus obras más reconocidas se encuentra «El Diario de la Monja», una novela que le valió el primer lugar en

el género de terror en el prestigioso Reality Internacional Literario (RIL) 2024. La novela, caracterizada por su atmósfera envolvente y su manejo del suspense, ha sido celebrada por su originalidad y profundidad psicológica.

Además de su labor como novelista, ha participado activamente en diversas antologías internacionales, reafirmando su compromiso con la difusión de la literatura y su integración en el panorama global. Estas colaboraciones han permitido que su obra trascienda fronteras, conectando con lectores de distintas culturas y contextos.

En la actualidad, Sarabia continúa participando en concursos literarios internacionales, donde su creatividad y dedicación siguen siendo reconocidas. Como parte de esta evolución, ha convocado a escritores de habla hispana para conformar su primera antología, un proyecto colaborativo que reúne el talento de 32 autores y marca un nuevo capítulo en su trayectoria como promotor literario.

ECOS DE TERROR: ANTOLOGÍA INTERNACIONAL

Obra protegida por derechos de autor



El escritor y editor literario José Arturo Sarabia Campos ha convocado a esta antología internacional de terror paranormal, reuniendo distintas voces que, desde los rincones más oscuros de países de habla hispana, tejen historias donde lo sobrenatural se entrelaza con los miedos más profundos del alma humana. En estas páginas, 31 autores de diversas latitudes exploran lo inexplicable, lo espectral y lo inquietante, creando un mosaico de relatos que desafían la realidad y estremecen los sentidos. Desde apariciones que susurran en la penumbra hasta fuerzas ancestrales que despiertan en la noche, esta colección captura la esencia del terror paranormal con una perspectiva única, impregnada de la riqueza cultural y las tradiciones de nuestra región. Prepárate para sumergirte en un viaje literario donde el escalofrío es inevitable y lo imposible se vuelve realidad.

En las sombras de lo cotidiano, donde lo imposible susurra y la realidad se desvanece, esta antología internacional de terror paranormal reúne voces que estremecen el alma. Desde los callejones embrujados de México hasta la Alhambra de Granada en España, pasando por Los Andes donde los ecos del pasado aún gritan, estos cuentos tejen un tapiz de miedo y misterio.

Autores de habla hispana exploran lo sobrenatural con maestría, sumergiendo al lector en mundos donde los espíritus vengativos, las presencias inexplicables y los pactos oscuros desafían la cordura.

Cada relato es una puerta hacia lo desconocido, donde el folclore se entrelaza con los temores modernos, y lo paranormal acecha en cada rincón.

Historias de casas malditas, apariciones que desafían el tiempo y rituales que despiertan fuerzas prohibidas te mantendrán al borde del abismo. Esta colección no solo celebra la riqueza cultural de la región, sino que también reafirma el poder del terror para revelar las profundidades del alma humana.

¿Te atreves a cruzar el umbral? Abre estas páginas y descubre que, en la noche, nadie está a salvo de lo que no se ve.

ISBN 9798269614793



9 798269 614793

Obra protegida por derechos de autor

